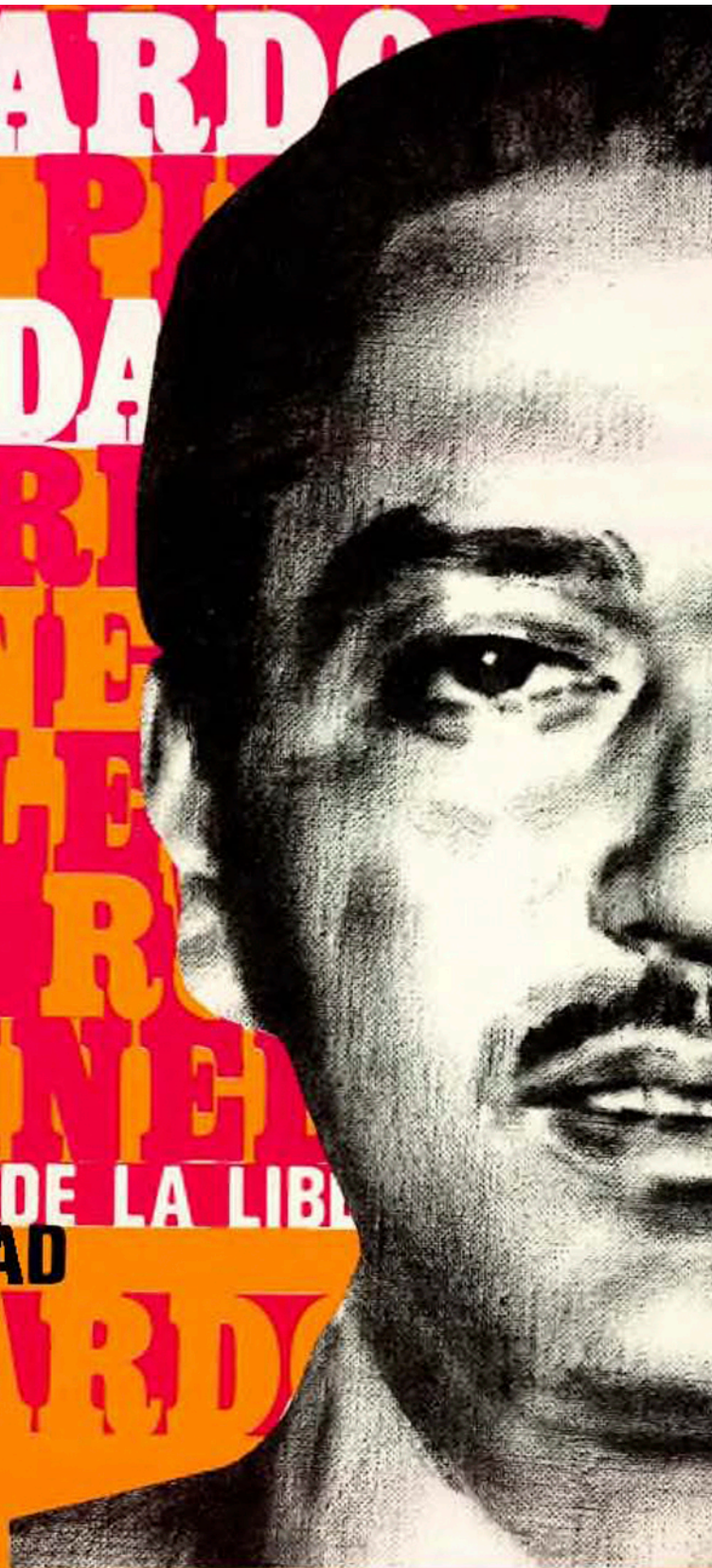


**LEONARDO
RUIZ PINEDA**

**LEONARDO
RUIZ PINEDA
LEONARDO
RUIZ PINEDA
LEONARDO
RUIZ PINEDA**

**GUERRILLERO DE LA LIBERTAD
DE LA LIBERTAD**

LEONARDO



José Agustín Catalá, editor

EDICIONES / 87
CENTAURO
Caracas / Venezuela

**4a. EDICION HOMENAJE EN EL
XXXV ANIVERSARIO DE SU ASESINATO
Caracas, octubre de 1987**

DEDICATORIA

A la memoria de Leonardo Ruiz Pineda, y en homenaje también a quienes cayeron junto a él, combatiendo la última tiranía venezolana.

A los sobrevivientes que le acompañaron en la contienda y que hasta hoy no han claudicado, ni torcido el rumbo, ni traicionado los principios de la lucha de entonces.

El Editor

LEONARDO RUIZ PINEDA

Guerrillero de la libertad

**4ª. EDICIÓN HOMENAJE EN EL
XXXV ANIVERSARIO DE SU ASESINATO
Caracas, octubre de 1987**

José Agustín Catalá, editor
EDICIONES CENTAURO 87
Caracas / Venezuela

LEONARDO RUIZ PINEDA

Prócer Civil

David Morales Bello

¡LEONARDO, cincelado en la roca de la historia y en la intimidad de su pueblo y de su gente!

Eran tiempos de dura prueba cuando cayó el prócer y se entonaron cantos para enaltecer su dignidad confundida con la del pueblo que vivió en él apasionadamente:

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
compañero, ¡noble hermano!
Cómo me duele tu muerte,
como me duelen las manos
de buscar entre tu sangre,
más allá de mis entrañas
a mi pueblo torturado”.¹

Pero en la noche aciaga no se apagó esa antorcha que pusiste en manos de tu pueblo ni se marchitó la esperanza de tu fecundo mensaje:

Leonardo Ruiz Pineda, combatiente
que hasta morir creciste en la batalla,
vengo a imprecicar, vengo a llorar, de pie,
mirando el porvenir que te contiene.
Vengo a alumbrar tu sombra libertada,
caudillo de esperanza, ánimo buena.

La imagen de la muerte que te dieron
quienes, en mi país, tan sólo saben,
mentir, matar, robar, matar de nuevo,
cazar al hombre con voraz astucia,
dar el zarpazo a la inocente presa,
lamer la oscura sangre derramada,
saciar, en fin, su bestia de rapiña...²

Y fueron diez años, uno tras otro, los tiempos de prueba:

¹ Alberto Ravell - Desde Puerto España, Trinidad.

² Juan Liscano, “Leonardo Ruiz Pineda, Guerrillero de la Libertad”, Ediciones Centauro 77, Caracas, pág. 179.

El presagio fatídico, el instante de la inmolación, el silbido de las balas sobre su cabeza, no fueron otra cosa, en aquella noche inenarrable, que la dramática y fatal confirmación de la persecución vesánica. Fue el signo de la ejecución de la caza y la captura, cual alimaña rastrera que debía aniquilarse.

Así cayó Leonardo sobre la baldosa ensangrentada, con el rostro mirando al firmamento; así cayó Leonardo, vencido en su cuerpo y en su integridad física, pero enhiesto, como en sorpresiva levitación, en un espacio cálido; sacudida su voluntad y la del pueblo, que enraizó en él sus enseñanzas, acrisolándole las virtudes ciudadanas. Cayó, con su espíritu indomable, mordiendo el polvo de la dignidad; en desoladora y vil ejecución de la sentencia injusta y deshumanizada; como en Hamlet, transformado en símbolo, dramáticamente realizado y desdoblado en espacio físico y profundo espacio espiritual, en las honduras del ser existencial, cuando trasciende el alma y se realiza el ser.

¡Y fueron tiempos de prueba, de dolor, de sacrificios, pero de pulcra actitud de rebeldía!

¡Cómo se repiten esas claras conciencias acunadas en lo más íntimo del espíritu humano! ¡Cómo regresan las páginas de la historia de la humanidad, para aposentar en los hombres las miserias humanas y, al mismo tiempo, las más excelsas grandezas?

En las “Vidas Ejemplares” de Romain Roland, para quien no había otro signo de excelsitud superior a la bondad, leemos que:

“Cuando no hay grandeza de carácter, no hay grandes hombres, ni siquiera grandes artistas ni grandes hombres de acción, apenas habrá ídolos exaltados por la multitud. Sea que un trágico destino haya querido formar sus almas en el yunque del dolor físico y moral, de la enfermedad y de la miseria; o bien que asolara sus vidas y desgarrara sus corazones el espectáculo de los sufrimientos y de las vergüenzas sin nombre que torturaban a sus hermanos, todos comieron el pan cotidiano de la prueba y fueron grandes por la energía porque lo fueron también por la desgracia”.

En cada ser humano subyace el prototipo de lo que puede ser mañana; en cada persona y en cada ser pensante y racional bulle un cúmulo efervescente de pasiones y sentimientos que, como en Wagner, son alteración dramática,

agónica, extenuante, por contraste, de una dulce melodía y de diabólica exaltación pasional. En todo hombre nacido para la lucha y para la acción, lejos de la pasividad e inmerso en el antagonismo de los tiempos contra la situación que se impregna de injusticias e iniquidades, subyace también el prototipo del revolucionario, en actitud rebelde, que aligera la copa del acíbar en la violencia y en la beligerancia; que trasciende y germina en claustro, para llegar al momento de la eclosión liberadora de aquella lava volcánica caprichosamente cautiva.

Son aquellos seres irreconciliables con la quietud consentidora frente a un estado social que envilece y reduce al cautiverio espiritual; son aquellos mismos seres que no pueden convivir en el sórdido universo de la pequeñez, son aquellos como Leonardo, o parecidos a él, en ruda proyección secular de nuestros tiempos, que, a manera de Quijotes de la lucha social, no sucumben en los primeros roces de la fatalidad y, como el Fénix, “se levantan de sus propias cenizas” o se crecen en la dimensión de su grandeza moral, para elevarse en la perennidad de los anales de la historia. Son aquellos seres que descubren en la sublimidad de la vivencia humana el amar y ser amados, como plenitud sentimental, en las caras exigencias de un humanismo creador y fecundo, para servir sin ataduras ni condiciones al culto nacionalista, al deber irrenunciable a favor de la comunidad y exaltar sin límites la grandeza del hombre cifrada en dignidad, en un cálido espacio de genuino libertad...

En sus mocedades, cuando de regreso al lar nativo y al hogar que dejó para otear nuevos horizontes, sintió lacerado su espíritu por la frustración, Leonardo reaccionó con valentía para no dejarse doblegar por la penuria y empezar de nuevo en la incesante búsqueda de una satisfacción espiritual, confesando, como fiel testimonio de su valía existencial:

“Empecé a cavar la entraña fundamental del arte y a descubrir su contenido vital y humano, su razón intrínseca como disciplina en la actividad creadora. Entendí por qué el arte tiene un deber social por cumplir y aprendí a descubrir en la intimidad de la cultura una nueva y

consciente dimensión que es su obligación histórica sobre la sociedad”.³

Desde aquellos tiempos, había sido ganado para la gesta comunitaria; sembraba su reciedumbre vital, esencialmente humanística, en las raíces de un pueblo que clamaba por su destino y estaba huérfano de conducción histórica. Fue el prolegómeno de una dialéctica encaminada a protagonizar, sin esguinces, un largo apostolado y una siembra de conciencia y de virtudes cívicas en la formación de una nueva sociedad y en la afirmación cultural y política de un pueblo que oteaba horizontes más allá de su techo lugareño.

Con ojos alucinados en la magia de las abruptas montañas andinas que distienden dulcemente sus pies como monstruos en la plenitud del piedemonte agreste, ese prometedor hijo de la patria dibujó una silueta que debía realizarse corpórea y mentalmente en un futuro mediato, conmovido hasta los tuétanos por la angustia y el drama de la sociedad contemporánea, y allí, en las noches del trópico, en la dulce fantasía de sus sueños irredentos, habría de reproducir el trágico escenario de Elsinor, como en Hamlet “a un mundo que lo ignora, al vaivén de los espectros”, en el motivo de las desgracias, de acciones crueles, bárbaras y atroces; en las sentencias que dictó el ocaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleve astucia, y, al fin, proyectos malogrados que han hecho perecer a sus autores mismos.

La lucha sin tregua, en su perspectiva vital, estaba planteada. Un hábito de seguridad insuflaba en sus diálogos, en aquellas veladas robadas furtivamente a la vigilancia del lar paterno, sin que en el signo optimista de sus añoranzas pudiera dejarse entrever el trazo siniestro del trágico destino.

Aquel joven, pleno de esperanzas y agobiado por las interrogantes sobre cuestiones más allá de lo común y lugareño, se quedaba sin respuestas; sin embargo, sabía utilizar los primeros tiempos de su mocedad para aquilatar una consistencia espiritual que sirviera de base a su personalidad inmadura, que le fuera útil, como un muro de contención, al desborde de las pasiones naturales de esa primera edad, y así, en constante estudiar y reflexionar, concitó anhelos

³ "Cuando mataron a Ruiz Pineda", Guido Acuña, p. 31

más elevados que aquellos sencillos y hacendados que sólo le permitieran destacar, con relativa importancia pasajera, entre sus coterráneos.

Una de sus más inquietantes preocupaciones, al decir del historiador Ramón J. Velásquez, era indagar, “¿por qué en Venezuela no se puede hablar... por qué aquí se vive bajo el temor?”. Y esas interrogantes ocuparon más tarde, en el correr del tiempo, el quehacer del hombre adulto, del intelectual creativo, que a la par de una formación cultural enriquecida en la fuente clásica, apuntaba destellos revolucionarios ante el drama de una Venezuela oprimida, donde el derecho a la libre expresión del pensamiento estaba sujeto a la voluntad autoritaria del tirano de turno.

No cabe duda que los primeros destellos de esa excepcional personalidad, dedicada en un futuro a la lucha por la dignidad del hombre, correspondieron, como también lo apunta el incisivo historiador, a “una prematura seguridad de rumbo” que habría de hacerse realidad en acciones dirigidas a la protección de la libertad de expresión sin cortapisas y en la conversión de consagrados principios liberales en vanguardia defensiva de la comunicación social contra todo acto capaz de vulnerar su libre ejercicio, o desquiciar el gran valor de la prensa en la lucha por las libertades públicas.

Fue así como sostuvo, recordando épocas preteridas en los anales de la historia de la lucha por el poder, cuando “La Prensa”, “El Liberal” o “El Republicano” entraron en un pandemonium de acritud, como parte de la contienda por el libre ejercicio del derecho de expresión y difusión de las ideas, que “los excesos de la prensa no deben ser castigados sino por la opinión pública, que es el único juez competente”.

En las recias tareas de la resistencia contra el régimen de terror, los órganos periodísticos levantados en la clandestinidad y difundidos a pesar del acoso policial, “Resistencia”, “Barricada”⁴ y “Combate” fueron la expresión más hermosa de lealtad a los principios por los cuales se inmoló el prócer civil de la resistencia al oprobio y a la opresión del pueblo:

⁴ “Resistencia es el registro histórico de las tropelías gubernamentales... Barricada de los trabajadores... son la respuesta popular a la furia de los coroneles”...

“En sus páginas está escrita la oscura historia de estos cuatro años. Cada acto de cada venezolano está dirigido a obtenerla. Y así ha de ocurrir inexorablemente”. (*Libro Negro*, 1952, p. 99).

Su designio estaba escrito. La historia le había reservado un puesto de combate y el prócer no abdicó de ese encumbrado privilegio al que había sido llamado desde temprana edad.

Tuvo siempre una constante que en mucho modeló su ciclo existencial desde su adolescencia; el sentimiento por la dignidad personal, que para él era motivo de inquietante preocupación y dramatismo.

Agobiado por las frustraciones momentáneas de sus primeros tiempos y en medio de las más cálidas reflexiones, Leonardo supo atesorar la fortaleza moral que habría de signar, en forma excepcional, su destino. En la avidez del abandono transitorio, ni cuando se le cerraron las posibilidades de existencia y se viera acosado por las vicisitudes, cejó en sus propósitos edificantes ni admitió que alguien lo hiciera a su alrededor. Para él, inexorablemente, las responsabilidades y los deberes eran irrenunciables. El sentido del deber, como un imperativo ético, dominó su voluntad y supeditó sus instintos. Creía profundamente en la fuerza del ser, pero más en la fuerza del pueblo. Para él, el pacto social era la expresión más alta del pensamiento del género humano y la diferenciación con las bestias. Nunca olvidó aquella verdad penetrante que, desde la antigüedad, ha venido golpeando, en forma insistente, el oído de todos los hombres; el pueblo es la única e indiscutible cantera que genera poder.

Por eso, en loor al humanismo creador, luchó contra todo tipo de despotismo y, entre cavilaciones y preguntas que turbaban su naciente cultura, tuvo la fortuna, muy joven aún, de librarse de toda tentación autoritaria, incorporándose al culto por la grandeza del hombre y por su dignidad total.

En Leonardo trepida un cúmulo de pasiones y sentimientos que, como en Wagner, bulle turbulentamente como en un claustro sin salida, hasta que al fin rebasa y obtiene su liberación en ruptura descomunal y en torbellino incontenible. Como en la tragedia wagneriana y como todo ser que anhela

realizar su libertad, en lo íntimo se ve envuelto en el más despiadado cautiverio emotivo y se reviste de una voluntad decidida a colmar todas sus expectativas en la búsqueda de la verdad, se aferra fuertemente a ella, porque considera que sin la verdad no puede haber luz en la vida de los pueblos y se deja seducir por una pulcra intelectualidad que imprime a su conducta una orientación y un sentido profundamente éticos, en medio de un equilibrio facilitador de la grande obra:

“Saber sonreír cuando las furias se desatan y dialogar cuando la razón calla, son muestras de una excepcional condición humana”.

Nunca dio descanso al músculo. Ejerció, en el espacio y en el tiempo, la actividad creadora que la circunstancia exigió de él y gravitó con su pueblo, en altiva convergencia, desde 1935, cuando, por desaparición del déspota, el país se orientó hacia una transformación institucional exigida por la casi totalidad de los estratos sociales.

Cuenta Velásquez, en la biografía que engalana a “Ventanas al Mundo”, que en diciembre de 1935, cuando “el país recobraba su voz, sus manos y sus pies, perdidos o paralizados como en una pesadilla, las multitudes estrenan sus gritos y muestran en sus rostros el júbilo inocente de los niños... van y vienen y se conforman con sembrar su odio en escaparates y espejos, porque ya los héroes de la malhechuría andan muy lejos... Leonardo vive aquellas horas con júbilo infinito. Organiza estudiantes, convoca asambleas, escribe para los primeros periódicos que van a conocer el calor de la libertad... una multitud va a saquear una casa... los niños lloran y las mujeres imploran de rodillas; las turbas avanzan sobre la vivienda abandonada por los hombres culpables... Leonardo habla a la multitud y con sus palabras y con su sonrisa, entre persuasivo y dominante... con razones logra convencer los airados manifestantes que se marchan y perdonan a las oscuras implorantes... en su más elocuente testimonio de consecuencia con un ideal de lealtad a unos principios, de fe en la verdad y en la bondad de la justicia y el derecho”.

En este testimonio se halla ese algo fascinante que subyace en aquella excepcional personalidad de Leonardo. Dos polos que se alejan, pero que, por contraste, se aproximan en la distancia y en el tiempo, en la circunstancia histórica y la condición humana, para tocarse y unirse inapelablemente, en el

sentimiento y en la acción, con un temperamento recio y duro, alimentado por estímulos creativos e ideológicos que hacían de él un personaje abiertamente comprensivo del drama humano y de la contingencia del hombre.

En Leonardo, como en todos los hombres preclaros, se colmó su existencia en su propio destino histórico. Pareciera como si su curso vital hubiera girado con el tiempo y contra el tiempo, en actitud paradójal. Gravitó como un universo de excepción en ese grupo de hombres con destino singular, de conductores sociales de su época, en tiempos de turbulencia y transición desconcertantes pero de profundos cambios esenciales. Por ello, a pesar de su edad temprana y con asombro de sus contemporáneos, ese tiempo y ese espacio que le cupo en gloria llenar, en la ingente tarea de luchador y de organizador de pueblos, lo registran en alto relieve. La fundamentación principista que lo incorporó a la Revolución de Octubre lo situó frente a los usurpadores que desconocieron la legitimidad del poder conferido por el pueblo a don Rómulo Gallegos e iniciaron la década autoritarista sembradora del terror que le arrebató su creativa existencia.

Fue de tal género su actuación en defensa de la vida en libertad que, en el plexo político referido al espacio iniciado en 1945, su figura ejemplar de prócer civil, inmolado por el régimen de fuerza, aparece como algo inseparable de la historia.

No es para creer que la muerte, por su circunstancia, haya elevado a Leonardo Ruiz Pineda de la nada a la condición de símbolo de la dignidad del país cívicamente organizado frente y contra los usurpadores. ¡No! Mucho antes del vivac y del sacrificio él se había proyectado, tramontando barreras y en ascenso constante hacia la celebridad, ayudado por el brillo de su pensamiento, impulsado por la claridad de sus ideas, estimulado por la efectividad de sus aptitudes y capacidades al servicio de la causa popular, sin condiciones ni mediatizaciones, sin intereses distintos al de servir, con absoluta entrega, al ideario democrático que abrazó con ejemplar fervor.

Entre sus actos y su pensamiento, sin solución de continuidad, se observa unidad, equilibrio, firme orientación y metas claras, generadoras de inalterable honestidad intelectual.

Su actitud ante la vida, su infinita y humana bondad de hombre a carta cabal, su dimensión intelectual, la calidad de su pensamiento, exaltan y proyectan su figura con independencia del camino espinoso, de los escollos y del holocausto, que sirvieron para acrecentar sus características de persona descollante.

No dejó obra escrita extensa, es cierto, pero su pensamiento, al compás de la acción revolucionaria cumplida en circunstancias excepcionales para la formación de nuestra democracia, fue de tal densidad que reclama lugar propio en los anales de la historia de las ideas políticas de la Venezuela de todos los tiempos.

Se ha hecho legendaria la certeza de su juicio político, la entereza de su conducción y la pulcritud dialéctica con la cual engalanó su verbo fácil y trascendente en la difusión de las ideas y en la fase difícil de la captación de seguidores.

Nunca abjuró de su fiel condición ideológica con vacilaciones ni desviaciones; fue siempre, hasta morir, de singular estirpe.

Puede decirse, sin halagos ni deformaciones hiperbólicas, que Leonardo fue, dentro del campo ideológico, de una pulcritud infrecuente en estas latitudes tropicales. Con maestría y tino estratégicos colmó sabiamente ese período ardoroso que siguió al zarpazo dictatorial contra el maestro Gallegos, y esa sabiduría la reflejó en la esencia misma de su pensamiento hecho esquema de comportamiento dentro del proceso político que hizo posible el rescate de las libertades públicas y la reconstrucción del país.

Leonardo entendió, en su dura responsabilidad de conductor civil en un momento difícil para la República, que el proceso democrático es una confluencia de factores insertos en la actitud, en la conducta y, en general, en la red social de una colectividad, y que purificar ese proceso, ponerlo en vías de perfeccionamiento en pos de su gran objetivo, no podía admitir, ni siquiera tangencialmente, sustituir los métodos formativos de la doctrina y la sistemática penetración de masas por la aventura putchista, de incontables riesgos institucionales.

En julio de 1952, a escasos meses de aquella noche fatídica de octubre, Leonardo lucía sus mejores galas intelectuales como consumado exégeta del momento y del espacio político que correspondía vivir al gran Partido del Pueblo, vanguardia y barricada histórica de la dignidad nacional:

...“La represión no pudo aplastarnos porque ya éramos una promoción política crecida en fervor, con la imponderable fortaleza de un vasto movimiento popular, dispuesto a rectificar el rumbo desviado de nuestra historia”...

La fragua de la resistencia heroica, por arriba y por abajo, en los cuadros dirigentes y en el ámbito de la militando, simpatizantes y amigos, forjó ese inmenso movimiento de repulsa y canalizó el sentido de la lucha por el rescate:

...“El país ha asistido a la etapa de represión policial más cruel de su historia, rica en esa clase de violencias... han detenido y vejado mujeres, menores y ancianos, aplicado torturas individuales y colectivas, que opacan en refinamiento y sadismo, las que signaron de horror el régimen de Juan Vicente Gómez...”

La obra de exterminio iniciada por autoridades policiales, funciona sin descanso... campos de concentración al estilo nazi, morideras humanas, donde el clima completa la obra de exterminio...

...Ni el clamor nacional, ni las víctimas, ni el repudio exterior, ni la recriminación de la propia conciencia... han podido frenar el terror policial... con trasfondo de morbosa amargura criminal”.

Dentro de este cuadro dantesco de genocidio sistemático, que signó la impronta imborrable del acoso dictatorial contra la nación entera por una élite vesánica enquistada en el poder, Leonardo preside el proceso estratégico frente a un aparato que cuenta con poderosos recursos logísticos provenientes del tesoro público. Es el tiempo que se conoce como de prueba para las mu/eres y los hombres de dignidad en el país:

“Enconada fiereza del régimen —dice Leonardo dibujando la sombría cara del monstruo— ...pervertida descomposición moral del gobierno, alucinante desfile de detenidos... atropellos y torturas, confinados y expulsados... asesinatos en masa e individuales... monstruosa escala del crimen, abismal descenso de la monstruosidad hasta caer en las profundidades de la venganza bestial”.

El estratega, inmerso sin desmayo en la dinámica constructiva y fecunda del Partido, con absoluta dedicación y entrega, tiene clara respuesta para la situación: la doctrina y la acción reparadora, dentro de los cauces de una resistencia racional, que no se deja arrastrar por las provocaciones de la policía política, interesada sobremanera en obtener el dislocamiento de la organización y de la coherencia humana en la lucha. Por eso asienta:

...“se impuso una categórica serie de objetivos, de orden lógico y cronológicamente escalonados... sabíamos que no era tarea improvisada la de recuperar para el pueblo, en acto sorpresivo, el Poder arrebatado (...) Orientación, agitación y organización”...

Son factores determinantes para la estructuración del gran movimiento de resistencia en todo el territorio nacional:

A) Reajuste interno de la organización; B) ensanchamiento de las zonas de influencia del Partido; C) lucha a fondo contra el régimen usurpador, para impedir su estabilidad; D) creación de bases para el movimiento que precipite la crisis y... “la diaria labor de proselitismo y de acción en el frente político”.

Demostración palpable de la madurez alcanzada, ajena a toda apetencia de desarticulada intención golpista o aventurera, se desprende del siguiente fragmento, contentivo de clara orientación organizativa:

...“han sido fundamentales los objetivos enunciados, para cuyo logro fue establecida una táctica sobre bases elásticas. La conquista del Poder, objetivo de fondo de todo movimiento partidista, no es, por lo tanto, algo circunstancial y adjetivo, sino el resultado de una empresa donde han de actuar, conjugados, todos los factores

históricos y sociales que alientan la compleja dinámica social”.

Aquí reaparecen de cuerpo entero, en su amplia dimensión, sin dobleces, con acrisolada pulcritud, la fuerza indescriptible de los principios, las reglas ductoras de la ciencia y el arte de hacer la política, teniendo como marco de realización al pueblo y solamente al pueblo, como entorno dinámico indomable, del cual no es posible prescindir sin caer en el ciego y desconcertante autoritarismo antidemocrático. Y reaparece también el fino sentido de lo sociológico, posiblemente aprendido del Padre de la Patria, para quien (1819): “La excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye”.

La batalla se libró a pesar de la persecución concupiscente, organizándose el pueblo en barricadas de la dignidad, a la luz de la doctrina diseminada sin fronteras para alcanzar un estado de conciencia nacional y una voluntad general de liberación, “en lucha desigual, con un pueblo inerme, frente a la maquinaria policial de violencia y de corrupción”... de “un régimen obnubilado y sin sensibilidad social y política, que entendió esa terca resistencia como un desacato a la cerril interpretación del principio de autoridad, como una provocación a su capacidad de violencia represiva”.

Fue también la más categórica respuesta del pueblo al pesimismo de los escépticos y de los indolentes, que veían en aquella acción coordinada una especie de “romántico holocausto de apasionados soñadores”.

Leonardo avizó horizontes nuevos, trazó caminos y saltó sobre el muro del tiempo, haciendo de las noches días, porque sentía tener consigo a la nación entera.

En ausencia y a espaldas del pueblo se detentaba el poder omnímodamente, y cada día y cada noche, como a cada instante que transcurría, de no haber sido por la resistencia tenaz y aguerrida, la nación se arriesgaba a caer en peligroso grado de envilecimiento. Algunos habían perdido la brújula, el timón marcaba golpes dislocados, y la República, opacada y amilanada entre sus carceleros,

huía a veces sin rumbo y sin destino, en razón del grado de concupiscencia en que se la pretendía colocar.

Pero la firmeza del prócer pudo más que la amenazante arbitrariedad y Leonardo forjó un vasto territorio espiritual al servicio del pueblo.

Fue un prócer, porque forjó una ética en tiempo de mengua y de desolación espiritual, en ausencia de valores, cuando el país parecía hundirse en la Ciénega de la corrupción; porque conjugó todos los esfuerzos para depurar una conducta pública, conjurando los peligros y exponiéndose a pagar con la vida aquel esfuerzo sobrehumano, aquella hazaña de titanes; porque se entregó por entero a la causa hermosa de la salvación de su pueblo, en cimera y singular expresión de magnanimidad trascendente.

Para Leonardo, la lucha por las libertades y los derechos esenciales de la persona humana iba fuertemente aparejada a un solo riel de avance y de ascenso imperturbables, porque el ideal no sólo era desmontar el aparato de represión y devolver al pueblo sus derechos conculcados sino hacer de ese pueblo un pueblo feliz, sano, robusto, con aptitud real para el ejercicio cabal de la verdadera democracia.

La proposición socio-política que surgió en el proceso de la resistencia cívica, con miras a la implantación de un equilibrio político de integración nacional, ofrecía una factibilidad y un consenso de inapreciable valor en aquella coyuntura histórica que atravesaba la nación y pone hoy de manifiesto el inmenso caudal de capacidad organizativa que hubo de acumular Acción Democrática, en su empeño por rehabilitar el país. Proyección descomunal, promesa de pacto trascendente, que ahora, en el curso del tiempo, se ha visto compensado con el ejercicio ininterrumpido de la democracia por casi treinta años.

Veamos en qué consistía literalmente el proyecto:

“Acción coincidente y gobierno de equilibrio político como fórmulas de emergencia; alto en la lucha entre los partidos para obtener el concurso del mayor número de sectores; que la estrategia de las luchas sociales enseña que la marcha de los movimientos colectivos no está sometida a

una enteriza línea de ascenso vertical; las circunstancias históricas y factores ambientales contribuyen a regular la dinámica de los movimientos políticos, en obediencia a objetivos transitorios... razón de la fórmula: hora de emergencia que vive el país”.

La denuncia de Leonardo ante Venezuela y el mundo, frente a la escalada del régimen dictatorial, fue acto cívico de marcada singularidad que comprendió tanto el señalamiento del “pacto, con intereses extraños al país” como la paralización del pujante proceso de recuperación de la economía, que se había puesto en marcha durante la democracia, al igual que la desarticulación de la producción nacional, con desmedro de los planes tendientes a obtener un consumo nacional autónomo y la recurrencia a las importaciones ilimitadas, a la hostilización directa de la clase obrera y al desdibujamiento del nacionalismo superador.

Fue también de singular trascendencia su preocupación por el sector militar, fuerza viva e institucionalizada en la cual el grupo usurpador pretendió fincar la razón ética de la negación del poder civil, desenmascarando Leonardo los grupos que, enquistados dentro de las Fuerzas Armadas Nacionales, pretendieron la vileza de justificar su mandato “en el bien de la República”, cuando realmente la usurpación atentaba contra la soberanía integral del pueblo:

“Quienes se dijeron salvadores de la patria amenazada y prometieron cumplir obra de recuperación colectiva encuentran aquí el testimonio de su violencia, la confesión del desorden, de la rebatiña y de su capacidad para dividir la familia venezolana, en aras de sus privilegios. No tiene bandera nuestro adversario.

Quienes engañaron a las Fuerzas Armadas de la Nación y suplantaron la obediencia reglamentaria de éstas, han llevado a la práctica agresiva violencia de discriminación personalista para intrigar y maniobrar en el seno del Ejército. Todos los sectores políticos... que saludaron con entusiasmo la exaltación al poder del grupo usurpador,

sienten el cansancio de cuatro años de zozobra, malestar, persecución, inseguridad y atropellos. No hay sector civil o militar, a excepción de las camarillas privilegiadas que viven del favor oficial, que quiera saberse unido a la suerte de este régimen, que pasará a la historia como una sombra que estremeció de terror a la República”.

A la denuncia nacional, en la cálida y firme voz de Leonardo, se suman otras tantas en la dignidad del exilio: el doctor Gonzalo Barrios, insigne protagonista del estupendo proceso revolucionario de octubre de 1945, transido del dolor venezolano, sentencioso, desde París afirma, en el invierno de 1952, lacerante todavía la profunda herida del zarpazo criminal de octubre:

“Aún es posible contar los muertos. Todavía se conocen sus nombres. Quizá pronto serán tan numerosos, que el ánimo desolado de sus compatriotas los contemplará apenas como el coro enmudecido e informe de la gran tragedia nacional”...

Pero el dolor no agota la esperanza ni la fe, como tampoco el optimismo de aquella obra emprendida por quien cayera sobre la calzada acribillado por la sed sanguinaria, y Gonzalo agrega, en aras de esa esperanza, cuanto sigue:

“De esa historia que se está haciendo en estos mismos instantes y que el pulso acelerado por su sacrificio se apresta a ejercitar una sentencia ineludible cerrando para siempre este vergonzoso ciclo de infamias”.

También, en la lejanía de la sierra mexicana, en la digna angustia del ostracismo desgarrador, otro corazón late de congoja, y en la prosa poética de José Manuel Siso Martínez, se anuncia la proximidad de la redención venezolana dentro del contexto que en hermosa epifanía y al estilo de Unamuno desliza suavemente sobre la memoria de Leonardo: “Libre ya del dolor del pensamiento, más allá del dolor y la miseria humanos, traspuesta la ribera morada de la muerte, vienes en el total, definitivo reencuentro con tu pueblo para la epifanía. Y a ella conducen del fondo de los siglos, los viejos Amautas de la América India desgranando en sus quenás el homenaje de la raza antigua (...) con tu muerte nació la epifanía”.

Para ceder paso al renacimiento de la esperanza y la fe, la epifanía se aparta de aquel corazón acongojado y canta loas al culto que sirve “para borrar la culpa de los hombres”... y para tributar a cada quien lo que le corresponde, por justicia divina y por justicia terrena:

“Tuya es la luz sagrada que se ganó tu vida. Tuyo el laurel que legas a tu pueblo. Tuya, muy tuya, la sangre que convirtió la turbia agua terrestre en vino generoso para la nueva eucaristía. Y tuyo el llanto de tus compañeros como tuya también la alegría de quienes vean el nuevo amanecer. Y tuyo, siempre tuyo, el ayer y el mañana, el llanto y la alegría y la esperanza que fue luz de tu espíritu”...

Aquí en Caracas, en un sitio cualquiera, en un lugar indeterminado, al cruce furtivo de una callejuela, o en la soledad profunda de la noche negra de la ignominia y del oprobio, el Partido del Pueblo en la resistencia cívica, en la barricada del honor y de la dignidad ciudadana que Leonardo forjó hasta entregar su sangre, levanta el verbo justiciero, y, en la gravedad del juramento, escribe fragmentos de la historia del prócer en la onda de una dimensión excepcional:

“Nada lo detuvo un solo día para cumplir su noble designio de combatiente popular por la libertad. Con singular abnegación y riesgo diario de su vida, el compañero Ruiz Pineda ha ganado honrosamente la enhiesta cumbre de los héroes. Y como héroe nacional su nombre ha pasado a tu telar la ya interminable fila de vidas humanas que el pueblo ha ofrendado en la batalla por su liberación. El fulgurante ejemplo de su vida heroica nos señala un solo camino: combatir hasta triunfar”. (21-10- 1952).

Era excepcional esa dimensión vista desde los diversos ángulos de la motivación dialéctica que precedía sus actos en el quehacer político y en las duras tareas de la organización. Allí estaba su capacidad creadora, su expresión simbólica y, como contraste, su expresión fácil, con la cual lograba, casi por instinto creativo, penetrar conciencias y hacerse presente, en su verbo y en su acción, en los sectores populares, en un como adentrarse en el mundo

espiritual de las gentes y hacerse sentir, con todo el peso de su grandeza moral, con penetrante inteligencia.

Su exquisitez extravasó lo que siempre se espera de un conductor bien acogido. Su elevada dimensión humana, desdoblada en figura de varón ilustre y culto entre los líderes de masas y en la de pensador que entreteje en la mente la trama de su más atildada ideología, para cultivar, con irrefragable lealtad ética, los sanos principios de humanidad y de justicia, le hizo posible conducir sus naturales y humanas pasiones por cauces de piedad, de entendimiento, y colocar sobre los rescoldos del encono o la venganza el perdón constructivo.

Pareciera como si en cada despertar hacia la vida y en medio del torbellino de la lucha, Leonardo, cautivo de su propia condición humana, elegido en holocausto por esos factores de la miseria del hombre que lo llevaron hasta el sacrificio, hubiera encarnado el drama del sentimiento protagónico, lleno de humanismo y sencillez, de bondad sin límites, para entender, no obstante la laceración de la prueba de tenacidad, aquel símil espiritual que en el paroxismo del dolor expresó:

“No quiero odiar, quiero hacer justicia, aún a mis enemigos”.

Con estos altos atributos humanos, no puede menos que decirse, con el rigor de la verdad y con el dogma de la más fiel autenticidad, que la vida de Leonardo, agitada y riesgosa, fue además un ejercicio augusto de inteligencia y de creatividad sin par, en la dignificación del hombre y por el afianzamiento de la libertad como valor esencial de la vida y de la convivencia social.

En su ideario y en la fluidez de su pensamiento siempre abierto al drama del hombre y a la angustia de la humanidad, Leonardo hacía trepidar su fibra emocional con cálida inquietud, parecía dejarse arrastrar por el candente ulular de aquellos fantasmas que, como en la estupenda partitura del “anillo de los Nibelungos” de Wagner, presagiaban el ocaso de los dioses y el advenimiento de una nueva sociedad, en un rito de muerte sacrosanta y sublime y en un territorio divinizado.

¡Fueron días convulsos y confusos! Fueron horas de eternidad perennizada las que vivió el país en aquella hecatombe del derecho, de la justicia y del respeto por la persona humana. Días procelosos de inmensa y conmovedora

expectativa social, envueltos en un profundo dramatismo, como agonía lenta, como estertores que vienen, unos tras otros, en la desgarradora proyección de ver morir la patria...

Todo cuanto se diga de Leonardo, se piense o se escriba, estará irremisiblemente unido a la esencia misma de nuestra libertad y arraigado con fuerza a los valores de nuestra dignidad. En cada rincón del país, en cada rancho de nuestra Venezuela marginal, donde quiera que sufra una madre o llore un niño, habrá siempre una voz en vigilia para cantar alabanzas al procer inmolado. Expresión de humano reconocimiento que Guillermo Sucre Figarella dibuja en su “Elegía por el Combatiente que no muere”.

“Cayó tu cuerpo,

pero tu nombre ¡o enciende a diario el pueblo, lo hace
vibrar como una campana interminable y ¡o difunde por el
viento como un granero

de cosecha insuperable”.

Y el bardo dijo entre otras cosas, para levantar la vida a pesar de la muerte:

“Estuviste muriendo desde hacía mucho tiempo...
Mas, nunca una muerte incendiará tantas cenizas,
nunca un corazón detenido alimentará tantas venas,
nunca un pecho apagado, moverá tantos latidos”.

Leonardo palpita y trepida constantemente en el recurso agradecido por la magnitud de su entrega, por la nobleza de su obra, por el sentido y lo trascendente de su sacrificio.

No debemos dejarlo morir ahora, en el socavón y en la oscuridad que nuevos tiempos sepultan en la distancia de la lejanía existencia. Su ejemplo, su verbo, sus actos y su inmolación deben conjugarse como patrón de vida, como disciplina frente a las exigencias cada vez más dramáticas de la Venezuela de nuestros tiempos. Así su imagen hará de pendón en anuncio de la fe que

mantuvo siempre en alto, de esa esperanza que también se niega a morir porque lleva en su entraña las superaciones del mañana.

No dejemos que Leonardo sea sólo un símbolo de muerte. No dejemos que Leonardo sea el recuerdo lacerante de su desgarradora ausencia. Leonardo es un símbolo de vida, de fecunda proyección para lo que falta por hacer. Tomemos la positividad de su existencia y hagámosla molde y fragua del país por venir, a conciencia de que constituye legado emocionante para la juventud. Recojamos la imagen que de él precisó el insigne don Rómulo Gallegos:

...“Mártir del ideal democrático. El de la fina valentía y gozosa audacia: Leonardo Ruiz Pineda. Vivo y perenne entre nosotros”, (octubre 1952).

Octubre de 1987.

SÍNTESIS AUTOBIOGRÁFICA

Leonardo Ruiz Pineda
1948-1949

Mi partida de nacimiento afirma que nací el 28 de septiembre de 1916, a las 7:30 de la noche en Rubio, Estado Táchira.

Cuando empecé a encontrarme conmigo mismo, en la noción vaga de los cuatro, cinco y seis años, esta casa fue mi ancho mundo de correrías por cuyo corredor di los locos saltos de una niñez con bolsillos atestados de piedras, golosinas, botones de colores y el trompo mágico y rumbero. Me trepaba a sus paredes y desde allí alzaba mis gritos sobre los tejados vecinos convocando a los chicos de mi edad, pendenciero y armado de falso valor, para que repitieran la osada aventura de escalar las paredes de sus casas.

Me custodiaba la sombra fresca de mi madre. Mi madre cumplía esa función ambigua de acariciadora y castigadora. De una de sus manos destilaba el tibio ademán para acogerme en el regazo; y de la otra surtía el brusco gesto castigador que abrumaba a golpes mi cabeza sorprendida. Así se me repartía mi madre en la diaria faena de cariño y reprimendas. Mis recuerdos de mamá se alternan con la evocación de una figura menuda, ágil, que se paseaba entre los menesteres de la faena pesada y agobiadora. No podía entender en aquellos días el ambiente de oscura dificultad material que me rodeaba. Ahora puedo reconstruir los bocetos del recuerdo y rematarlos con mi concepto posterior de la vida.

Mi padre comerciaba ya instalado en aquel establecimiento de la esquina de la plaza principal del pueblo. Era un infatigable luchador por la vida, sacudido de ambiciosa nobleza, asalariado de su propio trabajo. Lo recuerdo entre la bruma de una espesa tarde de ideas vagas cuando lo vi instalado despachando detrás del mostrador, en solícita atención para una clientela heterogénea y abigarrada. Venía de vivir su hora de prueba, recién salido de la zona de fuego de una quiebra sorpresiva que destruyó el esfuerzo cotidiano de largos años de labor. Sobre los escombros ruinosos del tremendo fracaso estaba reconstruyendo su vida y resguardando su mundo y el mundo de los suyos de toda acometida voraz. Con manos de experto timonero sorteó el vendaval que amenazaba destrozarlo. Fueron años de jomadas ininterrumpidas, de sudorosa faena apretada de labor, retadora frente a una vida difícil que negaba la oportunidad salvadora.

Mi madre hizo de su cocina diario taller para laborar de constancia aleccionadora. Dulces, confituras, tortas, combinaciones diversas de jaleas y obras de repostería surgían de sus manos mientras yo asistía complacido a curiosear con mis dedos que recorrían aquella gama de variedades. Los sábados era el desfile, en horas tempranas, hacia el mercado público donde mamá se instalaba en venta improvisada a despachar su mercadería entre una clientela rural que descendía semanalmente los altos cerros que atraviesan los caminos hacia Capacho, de donde venían en romería campesina cargados de coles, repollos, coliflores y productos diversos de una labor de cerámica tosca e incipiente. Los chiquillos nos agrupábamos en largas pandillas que recorríamos el mercado, la ancha plaza, al grito acompasado de: Viene el loco, viene el loco...

Entre la plaza y el pequeño negocio de mi padre transcurría mi sábado en marchas y contramarchas guarnecidas de gritos.

Mi hermano Luis Enrique —tres o menos años mayor que yo— no era propiamente un compañero de mis juegos. Él estaba ganado por las prédicas de mi padre que quería responsabilizarlo como un pequeño hombre, al cual le sermoneaba hablándole del buen juicio y la buena conducta. Se comportaba a veces como tal, vanidoso e hinchado de orgullo. Rehuía mi compañía y se mezclaba con una promoción de muchachos de su edad, entre los cuales recorrían el barrio en incursiones aventureras y de pendencia. Yo los miraba partir con envidia desde el portal de casa, hacia la parte más alta del barrio, la calle empinada que va a confundirse con el camino amarillo hacia Cuquí. Regresaban jadeantes, orgullosos, hablando con seriedad estudiada ante mí. Yo los escuchaba en silencio y les envidiaba atrocemente.

Nuestros juegos eran la actividad. De esos campos de batalla regresé más de una vez con la cabeza abierta de heridas o los hombros zarandeados de golpes que me descargaban los contrincantes. Las tardes tenían su punto de reunión, preciso, cronométrico. Nos agrupábamos en el recodo de aquella calle para atisbar desde alguna pulpería de puertas entreabiertas el desfile del novillo que marchaba en rápida carrera hacia el matadero, al diario sacrificio.

— ¡Ahí viene el novillo!

El grito rodaba hada abajo, empujado por las gargantas de los espectadores:

— ¡Ahí viene el novillo!

Desde el rincón de la pulpería yo verá el desfile impetuoso de aquellos cascos que se quebraban entre el resoplido violento de un toro que a veces se doblaba de impotencia y de hondos mugidos bajo la presión atroz de dos mozos de brega que agitaban largas sogas. Fue allí, en una de esas tardes de espectáculo, cuando mi hermano sintió rozarle sus menudas espaldas las astas mortales de un toro que amenazaron convertirlo en guiñapo. Juvenal, el brioso mocetón de manos duras y músculos fuertes, se contuvo sobre sí mismo e hizo doblar al toro.

—Lo salvó Juvenal...

—Lo salvó la Virgen del Carmen...

Me familiaricé con el barrio y a su vez el barrio me abrió sus brazos; mi figura breve, menuda, se hizo familiar e íntima para aquella gente que me veía desfilar más de una vez llevando en mi mano una cesta con tabletas de chocolate que vendía a domicilio, en mi colaboración por obtener nuestro diario alimento. Siempre en compañía de mi hermano recorríamos aquellas calles con nuestras pequeñas cestas de mercaderías al brazo. Golpeábamos con nuestros nudillos las puertas de los vecinos:

—Que si compran cacao...

En aquellos recorridos llegábamos hasta el “puente azul” y nos aventurábamos hasta las calles siguientes. Allí empieza el “pueblo nuevo” que para nosotros era sinónimo de gente rica, de muchachos bien vestidos, con zapatos caros y trajes nuevos. Fue allí, en ese puente azul, sacudido por mis seis o siete años, en una tarde de sol brillante, cuando los cobres roncós de una banda pueblerina recorrían la calle principal, que oí el grito de recóndita tristeza:

—Derrotaron a Peñaloza...

De regreso a casa, encontré a mamá en un portal vecino, en charla animada con un grupo de amigas.

—La música es porque derrotaron a Peñaloza...

Aquel nombre fue mi canto de emoción durante una semana y con los muchachos del barrio jugábamos a Peñaloza preso, mientras nosotros improvisábamos un escándalo de gritos para repetir el alborozo de aquella banda oficial que atravesó el pueblo con la noticia.

Algunas veces mamá me ceñía mi mejor vestido. Me rociaba la cara de polvo e instintivamente me la limpiaba porque había aprendido a considerar aquello como signo de feminidad. Aún el tiempo no me ha borrado ese complejo que elaboró mi inquieta mente de muchacho. Ya conocía yo que todos esos preparativos significaban mi visita a la casa paterna, donde era asediado con cariños por mi abuela y mi tía paternas.

Mis pláticas con mi padre siempre fueron desventajosas para él. Recuerdo a mi padre sentado en la puerta de su establecimiento, teniéndome a mí entre sus piernas, mientras yo pregunto el destino de las cosas que hay allí e indago la razón de todo. Así fui aprendiendo a respetarlo desde aquellos años, a admirarlo en su paciente condición de enseñador que no quería desperdiciar para mí oportunidad, minuto, de aprendizaje y de lecciones. Tomaba al azar algún libro y leía en voz alta para mí; leía cosas extrañas, oscuras, que no acierto a reconstruir. A veces eran cuentos, anécdotas, historias, leyendas de aventuras que yo escuchaba embebido hasta el momento en que el sueño me agarraba.

De aquellas permanencias en la casa paterna regresaba al lado de mi madre con melancolía y trastornos espirituales. Envidiaba a mi hermano que estaba instalado en aquella casa y visitaba la escuela con libros y pizarra y lápices.

Mis años de infancia no fueron de vida regalada. Mis juguetes eran cajas de cartón a las que amarraba carretes de madera para luego tirarlas con una cuerda mientras con mi boca hacía el ruido de cometa que había escuchado de aquel único automóvil que en mi pueblo era objeto de curiosidad y asombro.

Fue en una forma brusca, inesperada, como se operó la transición entre esos dos mundos. Mi madre anunció una vez, entre confundida y tierna, que viajaría fuera del pueblo, sin nosotros. No podía descifrar entonces aquel enigma que caía sobre nosotros en un momento de apego materno, de honda adhesión afectiva y amorosa a la sombra fresca de la madre. Recuerdo que yo estuve presente en los preparativos del viaje, en el negocio de mi padre convertido en centro de operaciones para organizar la partida. Entre papá y mamá alineaban tazas, platos, cubiertos, pocillos, todo lo que constituye ese menaje profuso y variado que es arsenal de trabajo para faenas hoteleras. Entendí en el diálogo allí vivido que mamá salía hacia un pueblo vecino — después supe que era Capacho— donde fijaría su residencia frente a un hotel de su propiedad. No podía ahondar en la trama apretada de aquel suceso que me separaba de mi madre a los cinco o seis años de edad.

Mi madre nos apretó en su regazo cuando se despedía. Era una noche ordinaria de pueblo, tranquila, silenciosa. Yo ignoraba que aquella separación duraría diecinueve años, hasta mi graduación de abogado. Regreso con mi memoria y siento el cálido beso de mi madre y su silueta atravesando la calle, rumbo a la oscura perspectiva de su vida.

Estoy ahora en la casa paterna. Dormía en una camacuna. Tenía sus barandas rojas sobre las cuales me trepaba a cruzarme con golpes de almohada con mi hermano. Mi hermano era para mí ya símbolo de otra actitud humana. Yo no penetraba su mundo. Pero le envidiaba cruelmente su escuela y sus libros, su gorra, sus lápices. Alguna vez dije todo esto a mi padre, con gesto fiero. Al día siguiente papá me instalaba cerca de su escritorio, en las horas libres, y dedicaba su serena fuerza espiritual, a esa labor de la honda enseñanza. La A era una señora que nos visitaba; la B un candado; la C un dulce. ¿Que cómo puedo reconstruir aquellas escenas? Quizás la entrega mental que yo hacía a esos ratos impresionaron indeleblemente mi sistema nervioso, donde quedaron sembrados los recuerdos. Fue así cómo un día me di cuenta de que leía. Lo hacía alegremente, con entusiasmo casi explosivo. Cuanto periódico caía en mis manos lo devoraba. De rodillas, leía en voz alta los párrafos de una novena a un santo de la devoción hogareña, mientras mi tía me apuntaba: — Los versos no los lea...

Hacía alarde ante mis demás compañeros de juego porque era el único de mi edad que ya leía. Ya en mí bullía una tormentosa inquietud hacia lo escrito. Mi hermano Luis Enrique no ocultaba su preocupación por el hecho de que yo hubiese aprendido a leer. A papá le expuso sus quejas, pero aquél fue consolador.

—Tú le llevas ventaja, mucha ventaja...

Un día cualquiera papá me anunció que iría a la escuela.

La escuela fue para mí centro de todas las experiencias. Llegaba antes que el maestro. Este era un hombre menudo, magro, delgado. Comprendí que yo era motivo de su atención preferente. Me distinguía con su predilección. No entendía entonces que la mayoría de mis compañeros eran muchachos de los barrios, pobres, anónimos, sin padres conocidos.

Un día nos anunciaron que harían exámenes. No acertaba a explicarme de qué se trataba. Cuando me nombraron acudí al centro del salón y allí me entregaron el libro Segundo de Alejandro Fuenmayor, del cual leí algunos trozos que me escogía el maestro. Creo que fui el encabezador de la lista de calificaciones altas. Mi regreso a la casa fue orgulloso.

Aquella escuela vivía bajo el método del castigo permanente. En la pared, cerca del brazo del maestro, colgaban varias férulas de distintos tamaños y colores. Estaban clasificadas de acuerdo con las sanciones que aplicaban a los escolares. En algunas oportunidades conducían a la víctima hasta el centro del salón y la arrodillaban largas, interminables horas, mientras el grupo le hacía gestos, muecas. Algunos rompían el llanto, otros redoblaban su resistencia y callaban.

Mi hermano rabiaba cuando yo le pisaba sus talones. Discutíamos tercamente y utilizábamos a papá como juez escolar. Los días se sucedían iguales, invariables. Pequeños acontecimientos marcaban etapas en aquella existencia callada y sosegada. Mi madre llegó una noche a casa, sin avisarnos previamente. Yo rehuía su contacto, me comporté hoscamente con ella y hubo necesidad de que transcurrieran algunas horas para acunarme entre sus brazos. Lo propio hizo mi hermano. La deslumbré leyéndole una página de historia, de Arismendi. En ese viaje mamá nos llenó los bolsillos de raros juguetes,

lápices con encendedor, metras de colores subidos, boxeadores sobre su propia cuerda, automóviles veloces. Demasiado tarde para mis años. Pero coloqué el lapicero sobre mi bolsillo de pecho y allí lo ostentaba como símbolo de vanidosa opulencia.

La llegada de mi tío me sacudió. Aquel era un raro personaje. Hablaba en tono de valentía frente a todas las cosas y tenía un sentido despreciativo de los hombres. Mi abuela había casado por segunda vez y allí convivía con nosotros su esposo, al lado de la madre suya, una anciana que contribuyó a formarme. Mi tío se instaló en casa y me tomó a su cuidado. Decía que quería hacerme un hombre completo, capaz de todas las aventuras, como él.

— ¡Gran cosa!— rezongaba mi abuela.

Yo admiraba a mi tío, le consideraba un hombre aureolado de valentías, forjado a golpes de aventura, audaz y ganador de la vida. Me tomó a su lado.

Construía escopetas con viejos tubos de hierro y trozos de madera que él moldeaba con sus navajas. Llegué a construir aquellos aparatos mortales con mis propias manos, a los nueve años. Me enseñó su mecanismo y su funcionamiento. Me familiaricé con su manejo. De tarde nos íbamos hada el monte, río arriba, acechando pequeñas garzas solitarias que construían sus nidos en la playa. Disparábamos contra patos y otras aves. Cuando no había piezas para cazar entonces era la pesca nuestra labor de largos días. Con anzuelos, cal viva, bombas, nos internábamos en los recodos hondos del río y allí nos instalábamos a cumplir nuestra destructora misión. Desnudos, totalmente desnudos, cumplíamos la faena. Al principio el miedo me producía extrañas sacudidas en la sangre y me frenaba el ánimo. Pero en aquella lección de diaria rudeza también me comporté como un escolar diestro y deseoso de penetrar en la nueva vida. No sólo desafiaba a su lado las amenazas mortales que se ofrecen en ríos y montes, también aprendía a ser hombre, bajo el aliento empujador de su palabra narradora que me estremecía de entusiasmo. Él quería verse reproducido en mí, se aferraba a sus métodos de hombría para convertirme en muchacho de garra, emancipado de cobardías, aureolado de audacia, dispuesto a las “paradas” machas que juegan los hombres de presa en las horas de encrucijada.

Aquel hombre tuvo con sus manos rudas y violentas una gran influencia sobre esos años de mi vida. Aprendí a disparar, lanzarme de noche al fondo de los pozos para desenredar el anzuelo, aplastar serpientes, hacer largos recorridos nocturnos en despoblado y descubrirme varonilmente. Mi tío era hombre inconstante. Repentinamente abandonaba sus escopetas y anzuelos para irse de recorrida parrandera por botiquines y expendios de licores. Regresaba locuaz, iluminado el rostro, dicharachero, con el lenguaje de la pendencia a flor de labios. Buscaba su víctima en cualquier detalle y lanzaba su grito de guerra:

—Galileo...

Aquel hombre atravesó mi vida de muchacho como una bandera de guerra. Con él empecé a tremolar audacias para el futuro. Después se ausentó. Viajó entre los pliegues del misterio, acosado por la policía, perseguido, prófugo de la justicia política de la época. Y una noche, cuando finalizábamos la tertulia sagrada frente al altar de mi abuela, sentí cuando ésta corría a cerrar las ventanas de casa. Era mi tío: llegaba, misterioso, entre la oscuridad, el rostro cruzado de las heridas del monte, sus pies, destrozados de las largas jomadas, la voz ronca y caldeada. Sentándose ante los ademanes alarmantes de la abuela, nos dijo:

—Vengo de Colombia. Salí anoche de Pamplona...

No quiso pernoctar mi casa y volvió a tomar el rumbo misterioso por donde llegó. En compañía de mi abuela y tía fui al fondo de la casa, por donde se escurrió mi tío hacia el monte, bordeando el río. Mi abuela se santiguaba y alzaba la voz:

—Que la Virgen me lo acompañe...

Yo, en el umbral de aquella puerta trasera de casa, envidiaba a mi tío que avanzaba en la noche cerrada de grillos y luciérnagas. Quería irme tras de él, acompañándolo. La aventura temblaba en mi corazón y me invitaba con su tentación inefable.

Volví a la vida de mi escuela. Ascendía por esa calle tortuosa que va entre los nueve y los once años. Llegó un vendedor de libros al pueblo y solicité de papá dinero para adquirir un ejemplar. Fui donde el librero y adquirí

“Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno”. Papá quiso discutirme porque consideró que aquel libro no era lo que mejor me convenía. Lo leí. Y de allí en adelante empezó mi deseo de recorrer ese mundo. Una tarde estaba yo sentado en la puerta del establecimiento cuando llegó mi padre y me sorprendió en la lectura de “Han de Islandia”, de Víctor Hugo; elevó sus cejas y frunció el ceño. El no conocía aquel libro y no le agradaba que tomase la iniciativa. De allí en adelante tomé la iniciativa. Días después compraba una colección de cuentos miniatura de una editorial española, cuya venta realicé sirviéndome del establecimiento de papá. Aquella colección me produjo alguna pequeña ganancia. Con el dinero obtenido compré dos nuevas colecciones y emprendí su venta entre los compañeros de escuela. Era mi oportunidad para leer esos trescientos cuentos.

Papá se asoció en su negocio con un veterano amigo de sus tertulias, Luis Francisco Niño, empleado de una casa alemana de largos años de ejercicio en el pueblo. El establecimiento fue ampliado y nuevos renglones de ventas le fueron incorporados. Empezó a despertarse en mí la curiosidad por una máquina de escribir, vieja compañera de mi padre, alta, adusta y de impresión severa. Tomaba una silla y me instalaba ante ella. Con mano emocionada empecé a hundir sus teclas, casi con sobrecogimiento, sin presentir entonces que andando el tiempo la máquina de escribir constituiría mi inseparable herramienta de trabajo.

En la escuela fui un apegado curioso de materias. Me atraía la historia, pero como una apasionada peripecia de aventuras y de luchas. Las páginas de la independencia me conmovían y despertaban en mí un recóndito anhelo de tímida admiración hacia los próceres que desfilaban tumultuosos por mi asombrada imaginación. Atravesando ríos, cruzando bosques, saltando Estados, la geografía fue para mí un sentido de viaje mental, fórmula mágica, mediante la cual me ausentaba de mi banco escolar para recorrer el país en el fragor de una jomada. El dibujo fue otra de mis pasiones. Las matemáticas perturbaban mi inclinación de soñador y sentía hacia los números una secreta animadversión, casi enemistad personal. Siempre era papá quien me reconciliaba con las multiplicaciones y divisiones.

Mi maestro acogedor y predilecto fue Marcos Eugenio. Cierto es que mis primeras letras las aprendí con papá y que de sus manos fui a las de mi primer maestro, Rafael Pineda. En segundo grado fue Eudoxio Pedraza, colombiano, quien tuvo la rara virtud de dormirme en largas y monótonas tardes con su seseante incursión a través del mapa de Venezuela. Cuando llegué a cuarto grado, bajo la dirección de Marcos Eugenio, sentí que había arribado a mi anhelada tierra solicitada. Era aquel un hombre paternal en su misión educadora. Fresco de humor y de cariño, desprendía una afabilidad casi tierna y tenía la destreza espiritual de cavar hondo y penetrar en la pequeña y oscura conciencia de sus escolares. Hablaba con énfasis vibrante sobre la trayectoria complicada y oscura del universo, en su gama infinita de transformaciones y fenómenos, describiéndonos a un tiempo la palpitación de vida, la huella del vegetal y la quietud estática de los minerales. Aquel lenguaje empenachado y encendido de mi viejo maestro despertaba en mí las ambiciones agazapadas del orador que me golpeaba el pecho.

Insensiblemente me rodeaba el mundo de los acontecimientos políticos. Una vez capté en el círculo de amistades más íntimas de papá una conversación rumorosa cerrada, discreta. No logré entender nada, absolutamente nada; sólo me llegó al oído lo referente a unos hombres que habían sido colgados en garfios, públicamente, en San Cristóbal, donde habían estado expuestos a la contemplación de los transeúntes, hasta que los zamuros empezaron a destrozarlos. Así empecé a conocer, en la oscuridad de mi espíritu infantil, el terror de una época. Aquello me perturbó la conciencia y trastornó mi pensamiento. No acertaba a explicarme por qué habían colgado a aquellos hombres... Fue después en las conversaciones con mi hermano, cuando tuve la noción exacta y bárbara. Era Eustaquio Gómez quien lo había ordenado, a raíz de un atentado contra su vida. Esa anécdota la conocí ampliada después cuando en el pueblo vino a fijar residencia política Fernando Gómez, familiar lejano del entonces Presidente de la República, Juan Vicente Gómez. Se refería que entre los guardaespaldas de Fernando Gómez figuraba un policía de apellido Perdomo a quien señalaban como uno de los autores del asesinato de los tres ciudadanos que, en San Cristóbal, fueron públicamente exhibidos colgando de los garfios. Se comentaba que Perdomo era presa de alucinaciones y que veía cerca de él los cuerpos animados de las víctimas que

le perseguían y le obligaban a lanzar desesperados gritos de cobardía. Durante la permanencia de aquel Fernando Gómez en el pueblo, empezó a formarse en mí un claro sentimiento de rechazo contra ese apellido y su significación política. Tomó Gómez a su cargo la tarea de canalizar las aguas de la quebrada “Capacha” que atraviesa el pueblo. A esos trabajos eran enviados los presos comunes, a quienes se les obligaba a cumplir jomadas humillantes dentro del agua, hasta avanzadas horas de la noche. Mariano Villamizar, un joven de la época, hijo de un honorable anciano que tenía un taller de talabartería en la calle principal, pasó alguna vez cerca de Gómez y no lo saludó. Eso motivó su detención y su destino a los trabajos del canal, en la quebrada. También pasó por aquel pueblo un jefe civil —Pacheco o Colmenares Pacheco— que tuvo uno o dos incidentes con papá. La casa que ocupábamos entonces tenía varios baños, en total seis o siete. Era llamada “la casa de los baños” y allí iban numerosas personas a bañarse a cambio de pagarle a mi abuela una locha o medio que ella guardaba en un pequeño cofre instalado en la cocina, y del cual yo siempre tomaba furtivamente pequeñas partes para mis metras o dulces. El jefe civil de mi anécdota fue a bañarse al mejor baño de la casa —el llamado N° 4—, ya que en el hotel donde estaba instalado se carecía de tal servicio. Luego de bañarse, en vez de dejar en manos de mi abuela la llave del candado y pagar el servicio, se llevó consigo aquella y atravesó el corredor de casa sin dar las gracias. Desde entonces dispuso para sí aquel baño, arbitrariamente, sin explicaciones. Una tarde oí comentar en la tertulia de papá que estaban “haciendo presos”. Había terror en el pueblo. Eustaquio Gómez acababa de ordenar una redada general, en todo el Estado, contra “los enemigos del Benemérito”. Fueron detenidos, entre otros, según lo recuerdo: Francisco Ovalles, Antonio Maldonado, Paulino Pernía (quien fue mi compañero de partido desde 1941, en Acción Democrática, hasta su muerte). Los condujeron entre la indignación de todo el pueblo que les acompañó a la salida hacia San Cristóbal. También yo estaba allí, curioso, atrevido, con algunos muchachos más. Supe que esa detención coincidía con una de las acostumbradas incursiones de Juan Pablo Peñaloza por la frontera.

Todos esos hechos me dieron la noción vaga de la dictadura. Aprendí ciertamente a odiar a Juan Vicente Gómez y a su gobierno, pero con un sentido infantil. Lo odiaba por habernos eliminado el derecho a bañarnos en el

baño N° 4, por haber incautado las cajas de machetes del establecimiento de papá, por haberse llevado a Mariano Villamizar a trabajar a la quebrada, por conducir aquellos hombres a San Cristóbal. Por aquellos días llegó a manos nuestras en la escuela una proclama o manifiesto suscrito por Régulo Olivares, desde Colombia. En la escuela leíamos a voz callada. Sacamos copias manuscritas y a mí me correspondió una de ellas que cargaba en mi bolsillo. Una noche llamé a papá aparte de su tertulia y le dije que deseaba me oyera leerle algo. Empecé a dar lectura a aquello entre la admiración y el asombro de papá que me dijo algo y no me permitió continuar leyéndola. Aquel fue mi primer contacto con una voz extraña que combatía a Gómez. Tenía entonces ocho años. Después de la muerte del dictador Gómez, en mi primera entrevista con el general Régulo Olivares, en visita que fui a hacerle para pedirle opinión sobre la candidatura presidencial de Rómulo Gallegos, le hice referencia a aquel episodio decisivo en mi vida.

Compartí también, en 1925 —a mis nueve años de edad— el llamado “paso de los asilados”, ceremonia demagógica de Juan Vicente Gómez para recibir a irnos cuantos exiliados enemigos de su régimen. El ingreso fue realizado por el puente internacional Bolívar, cuya inauguración se realizó aquel día, 24 de julio. Papá se negó a mi asistencia a San Antonio. Yo logré treparme en el camión y asistir al espectáculo. Penetré hasta las primeras filas de espectadores y desde allí observé la figura de un hombre de edad, trajeado de blanco, que leía un discurso. Cuando pregunté quién era, alguien me respondió:

—El doctor o general Pedro Nel Ospina, Presidente de Colombia...

La ceremonia de “paso de los asilados” no la presencié. Recuerdo sólo el desfile de la llamada “Comisión” enviada desde Caracas por Juan Vicente Gómez para recibir a los exiliados. Años después supe que esa “Comisión” la integraban los doctores R. González Rincones, Vicente Dávila, Isaías Garbiras, Samuel E. Niño y Carlos F. Pirela. El desfile de los exiliados fue casi tumultuoso. Acá esperaban las madres, hijos, hermanos y familiares de los diecisiete mil exiliados que atravesaron ese día el puente internacional Bolívar. Ya Eustaquio Gómez no era Presidente del Estado y en su lugar actuaba Juan Alberto Ramírez, de quien oía decir:

—Ese es un zapatero bruto que no sabe ni leer...

Fue un día de entusiasmo pueblerino aquel 24 de julio. Los personajes de “La Comisión”, jineteando sus caballos, lanzaban monedas de plata entre una pandilla de muchachos, hombres y mujeres que corrían tras ellos, gritando: — ¡Viva el general Gómez!...

En las plazas o lugares públicos habían organizado terneras y distribuían la carne a numerosos grupos de hombres y mujeres que se la arrebataban rapazmente. A los pocos días la mayoría de todos aquellos hombres aparecían en altos puestos y cargos, al lado de quienes les habían hecho presos y vejado. Sinceramente yo no entendía, no podía entender aquello. No he olvidado el viaje de mi padre a Caracas de donde regresó una tarde a bordo de un camión de carrocería verde, alto, alegre y reluciente. Cuando mi padre marchó a Caracas aún no estaba terminada la carretera Rubio-San Cristóbal y Rubio-San Antonio. Fuimos Luis Niño, papá, mi hermano y yo. Han pasado 25 años de aquella tarde que todavía hoy recuerdo. Hicimos el viaje en un automóvil. Descendimos del vehículo y nos dedicamos a observar los trabajos que allí cumplían treinta o más hombres que rompían y taladraban las rocas que cerraban el paso a la rampante carretera. Entre esos hombres estaba un hermano de mi padre, tío Darío, jornalero, siempre pobre, hombre cumplidor de rudas faenas, enrolado a trabajos materiales. Conversaban Luis Niño y papá sobre temas generales relacionados con sus negocios comerciales. No había allí caballos ni muías que lo transportasen. Ignoraba cuál sería la ruta a seguir y me abstuve de preguntarlo por temor a demostrar mi ignorancia. Repentinamente mi padre nos abrazó a mi hermano y a mí y se abrió paso por entre el denso y apretado monte. Cuando volvíamos hacia el pueblo mi hermano lloraba pequeñas lágrimas. Yo, en cambio, tenía un sentimiento curioso, de soledad, de abandono, pero no de dolor.

Regresó papá. Yo corrí hacia él cuando lo vi en la carretera, sentado sobre enormes bultos de mercancía, con un sombrero nuevo, alegre, sonreído, como lo he contemplado después una y cien veces sucesivas. Ese gozo aumentó al siguiente día cuando papá me entregó un deslumbrante juego de patines que era mi mejor ambición de muchacho. Con ellos crucé todas las calles de mi

pueblo. Me hice un diestro equilibrista del patín y luego cuando el deporte hizo furor me consideré jefe de audacias para heroicidades pueblerinas.

Un día en que, ya ausente de la Dirección de la Escuela el viejo maestro Marcos Eugenio, su sucesor informó a papá que era necesario mi traslado al colegio del pueblo. El informe era de negras perspectivas: había perdido dos años en la escuela, estacionado en quinto grado, sin yo saberlo, sin que mediara explicación, sin exámenes. Aquello decidió mi traslado. Y así fue como una mañana penetré al recinto del Colegio María Inmaculada regentado por sacerdotes dominicos.

El fútbol me acogió apasionadamente. Hice del baseball mi otra diversión. Jugaba fútbol hasta agobiarme de cansancio todos los músculos. Caía rendido en aquella grama inolvidable de la plaza y luego regresaba jadeante, sudoroso. Una tarde papá me sorprendió, obsequiándome un balón, encargado especialmente a Caracas para mí. Era el único balón particular de la muchachada del colegio. Eso me dio autoridad especial. Yo Organizaba mi equipo, escogía y seleccionaba mis compañeros y adversarios, dirigía, rabiaba, pateaba, insultaba y gritaba.

Celebrábamos semanalmente los llamados “actos culturales”, especie de pequeñas asambleas literarias, regidas por programa que comprendía la actuación de estudiantes. Las recitaciones y los llamados “discursos” constituían los números principales, los de mayor vigencia entre los participantes. En una de las renovaciones de directiva fui designado para la secretaria de aquel centro: fue el primer cargo de índole organizativa que desempeñé. Entonces yo era presa de un complejo de absoluta timidez que me incapacitaba para toda labor de esa índole. Pero mi timidez fue aplastada por el propio impulso de mis compañeros.

Una vez fui designado para elaborar un “discurso”. Me di a la tarea de elaborar mi propio discurso, mediante un complicado esfuerzo imaginativo que entonces realicé sin orden ni método. Fue un trabajo sobre “la voluntad”. Y el día del acto me presenté ante el público estudiantil leyendo mi extraña producción. El director del colegio, el padre Sierra, observó al final del acto que aquella página, al parecer, era de mi propia iniciativa, por lo cual no vacilaba en felicitarme. De allí en adelante me abrí paso, febril y

desordenadamente, entre libros y autores que caían bajo mis ojos. Apareció una hoja periodística del colegio —Celajes— de publicación dominical. Una vez se me pidió hiciese un trabajo de divulgación sobre tema de estudio. Por primera vez aparecía mi nombre al pie de un trabajo periodístico. Días después escribía un ensayo biográfico sobre Sucre. Lo entregué al sacerdote encargado de seleccionar el material para el periódico, quien por su propia iniciativa hizo algunas correcciones. Entre esas correcciones objetó el párrafo referente al asesinato de Antonio José de Sucre, a quien señalaba yo como víctima de unos bandidos de nacionalidad colombiana. El sacerdote, de nacionalidad colombiana, tachó aquellos párrafos y los sustituyó por otros. Días después, estando de pie una tarde en la puerta del establecimiento de papá, pasó frente a mi uno de los redactores del único semanario de mi pueblo —El Andino— diciéndome en tono reticente:

—Entonces, ¿fueron venezolanos los que asesinaron a Sucre?

Los dos años de permanencia en el colegio de los sacerdotes dominicos influyeron en mi voracidad de lector. Entre los trece y catorce años leí con desorden, es cierto, pero con ansiedad. En el colegio nada impedía ni molestaba esa afición personal. Allí sólo se exigía ese comportamiento que nuestros padres y profesores llamaban “buena conducta”, “aplicación”, “seriedad”. Las obligaciones religiosas formaban parte imprescindible de esa vida. Rezábamos diariamente dos rosarios en la pequeña capilla del colegio. El sacerdote acompañante —un padre Mejía, colombiano, a quien llamábamos “Perdomo” por su parecido despotizante con un asesino de presa que guardaba la espalda de Fernando Gómez y al que se sindicaba como coautor de la bárbara fechoría del ahorcamiento de ciudadanos en San Cristóbal— nos señalaba con su voz perseguidora:

—Ramírez, Alfonso; a rezar el rosario...

También nos ensayábamos para el fin de año. Cuando la obra escogida era uno de esos dramas tediosos, agobiantes, el sacerdote director de escena nos echaba a algunos del salón de ensayo o sustituía a los personajes luego de sentenciar:

—Usted no puede representar ese papel, le falta caracterización...

Actué en uno de esos programas de fin de año en rol de cocinero en una comedia quizá intitulada “El pavo robado”. Dicen que fue un éxito y que mereció los sinceros aplausos que le prodigó un público sencillo, simple, pueblerino. En esos mismos festivales de clausura de año había la distribución de premios. A mí me correspondieron en quinto y sexto grado los premios primeros de la clase. Los recogí con orgullo, especialmente el de sexto grado, porque mentalmente me hacía estas consideraciones: sí me ha correspondido el premio de sexto grado significa que soy el mejor estudiante del colegio y si soy el mejor estudiante del colegio merezco esto y mucho más.

Mis lecturas crecían de día y noche. Leía una revista — Nautilus— casi con veneración y asombro y me hundía en el examen de lo que allí escribían las estudiantes. Para mí era motivo de emoción, temor, timidez, pensar en la posibilidad de mi ingreso al liceo, a cursar bachillerato.

Mi hermano tenía variados y distintos proyectos sobre deseos futuros de estudio. En una revista leyó algo sobre una escuela de estudios especiales, en Los Ángeles, California. Lentamente papá fue siendo ganado por ese proyecto. Y una mañana, a las cuatro de la madrugada, nos levantamos a despedir a nuestro hermano que tomaba junto con papá su vehículo con destino hacia Caracas. Yo no pude contenerme. Dramaticé la despedida y en el abrazo de las lágrimas pedía a mi hermano que me enviase de Estados Unidos un par de zapatos con plantas de balatá. Era una de mis grandes ambiciones.

Mi ingreso al liceo constituía para mí la última, la más intensa de las emociones. El liceo “Simón Bolívar” aparecía ante mi visión como el centro de gravedad del mundo recién descubierto.

La vida cultural del Táchira era de una pobreza monótona y precaria. Venezuela vivía estacionada, frenada, indiferente al hondo sacudimiento histórico que conmovía los cimientos de la civilización americana. Dentro de aquel mundo así limitado e incomunicado vivía el Táchira, un pueblo en cuyo territorio habían nacido los hombres que constituían la brigada instalada en el poder. Aún repercutían allá los claros acordes de las cometas pioneras que abrieron paso a las montoneras por el monte cerrado, en el rumbo de ambición que buscaba el poder. Aquel pueblo, con su formación mental aldeana, simplista y sencillo, de vida casi bucólica, instalado a la orilla de las faenas

rurales, no podía presentir el significado de las poderosas corrientes del pensamiento americano. Y era allí, en ese pequeño escenario de limitaciones humanas y sociales donde actuaba el liceo Simón Bolívar para educar a hijos de campesinos y de propietarios rurales, de pequeños comerciantes, de hombres de fortunas políticas, de ambiciosos que habían hecho su nombre y su posición agazapándose detrás de la oportunidad. Carlos Rangel Lamus, un hombre de habilidad mental, superior a aquella mediocridad humana del lugar, lógicamente tenía que destellar en ese enrarecido ambiente. Las tertulias literarias agrupaban mozos desorientados que leían a Vargas Vila, Dumas, Montepin, etc. Aquella prensa y estos grupos encontraban a Carlos Rangel Lamus como personero de extrañas disciplinas mentales. A éste le rodeaba una aureola de sabiduría imponderable, suerte de nimbo glorioso que le ceñía las sienes heroicas de pensador.

Con honda fruición me di a leer a Doña Bárbara. Aprendí a venerar el nombre de Rómulo Gallegos que adquiría en mi fantasía de catorce años toda la plenitud gallarda de un gran símbolo, atractivo, casi alucinante. Andrés Eloy Blanco me dio plácidas horas de paz espiritual, de recóndita admiración, en la majestuosa expresión de sus versos perfectos y luminosos. Cito aquellos dos nombres porque fue en Doña Bárbara y en el Canto a España donde yo descubrí a Venezuela en la victoriosa gallardía de las letras. Entonces fui ganado definitivamente por un comienzo de orientación que despertaba en mí, brumoso, vago. Mis poemas perdieran el acento melancólico que le daban tono de sentimental congoja. Tomé el estilo de “vanguardia”, “sugerente”, como entonces era calificado. Escribí poemas, variados y numerosos poemas que vieron la luz en aquella revista Nautilus y en Patria, Esfuerzos y Mi Terruño. Escribí cuentos, numerosos cuentos.

Fue entonces cuando en mí empezó a plantearse un hondo conflicto espiritual que amenazó torcer el rumbo de mi vida.

Cuando me asomé sobre el texto luminoso de los poetas y de los cuentistas que llegaban hasta aquel apartado instituto de provincia, comprendí que el mundo era más ancho y dilatado que la estrecha visión que de él teníamos. Aquel medio limitado, la sencillez de la vida pueblerina y la limitada altitud

espiritual de la provincia, me habían hecho creer que la última expresión del progreso y de las renovaciones culturales estaba representada por aquel liceo.

También tenía, como casi todos mis compañeros, una novia que fue aventura sentimental de largos años, desde los 15 hasta los 22, a través de interrupciones que causaban los viajes y las separaciones.

Para entonces acabada de adquirir un nuevo símbolo de virilidad. Regresé de unas vacaciones con los llamados “pantalones largos”, hombreándome. Una tarde cundió la noticia de que el general Juan Pablo Peñaloza había sido detenido cerca de La Fundación, por donde recorría en unión de un nutrido grupo antigomecista el accidentado territorio de Uribante. Acostumbraba atravesar la frontera el viejo guerrillero, en aventuras de combate fulgurante que daban acento épico a sus andanzas audaces y arriesgadas. Esta vez había sido atrapado por los perseguidores gubernamentales que lo acosaron bajo la dirección de José Antonio González, jefe civil del Distrito Cárdenas y viejo compañero de luchas del general Peñaloza. En el liceo la noticia causó pugna de opiniones, fricción de comentarios. Un grupo se mostró jubiloso por el suceso y algunos de ellos solicitaron permiso para presenciar el arribo del viejo guerrillero que entró a la ciudad en un automóvil descubierto, al lado de José Antonio González, quien lo exhibía como trofeo, pero custodiándose la espalda con un recio puñado de fusileros parameños y cedraleros. A los pocos meses, José Antonio González recibía el galardón administrativo por sus habilidades al ser promovido a Presidente del Estado.

Pocos meses después un hecho absurdo vino a golpear en mí de modo definitivo. Un grupo de estudiantes dio calor a la idea de colocar el retrato de José Antonio González en el salón principal del liceo, como homenaje a quien deberíamos considerar como protector del instituto. Los proponentes fueron Pérez Vivas, Simón Becerra y Laviosa Colmenares. El estudiantado vibraba de indignación ante la escandalosa demostración de servilismo.

Hablé a papá para que mi matrícula fuera trasladada a Caracas o pasado a categoría de externo. Pero éste me disuadió en rápida réplica. De allí en adelante mi decisión era consejera de rebeldía en mí.

Una tarde don Carlos me llamó a la dirección para amonestarme por alguna falta. Rechacé sus palabras y abandoné la dirección. Vibraba en mi un nuevo impulso, súbitamente descubierto, de rebeldía peleadora y batallante. Presentía que aquel paso que acabada de dar al abandonar las aulas me alentaba a buscar un nuevo porvenir, diáfano y sincero. Así estuve en aquella tarde de un domingo, en mi habitación de la vieja casona, frente a la nueva perspectiva de mi vida. Mi padre había viajado inmediatamente a San Cristóbal, a informarse de lo sucedido.

Nuestro encuentro fue agrio y pugnaz. Papá reprobó mi conducta y la juzgó como manifestación de desorden mental, signo de las complejas corrientes subversivas que se desbordaban sobre mi serenidad intelectual. Fuimos a San Cristóbal a la entrevista con don Carlos Rangel Lamus, en el liceo; nos prometió contestar por escrito en próximo correo. Aquella carta llegó un sábado a manos de papá. Silenciosamente me hizo entrega del oficio, en cuyo texto anunciaba el director del liceo que se hacía imposible mi aceptación como alumno externo.

Una madrugada partí con destino a Caracas, sacudido de inefable emoción porque iba a encontrarme con la gran ciudad que anhelaba secretamente en mis sueños. Mi primera preocupación al llegar a Caracas fue solicitar la dirección del Ministerio de Instrucción y hacia allá me fui, dispuesto a ganar la batalla en el propio terreno. Se me había dicho que debería hablar con el Director de Educación Secundaria —Roberto Picón Lares o con el Ministro —Rafael González Rincones— para la buena solución de mi caso. En aquel Ministerio nadie me atendía. Monté guardia en los estrechos corredores del edificio de Las Monjas, frente al Cuartel de Policía, apostándome en los sitios estratégicos, siempre asediando al Director de Secundaria. Redoblé mi terco asedio sobre el funcionario. Logré sorprenderlo una tarde a la puerta de su despacho y sostener con él brevísimo diálogo explicativo.

Yo ignoraba la ciudad. Mi diario recorrido era desde la esquina de Maturín donde estaba instalado en “casa de familia que no es pensión”, hasta el Ministerio.

— ¡Pierda el año!— me decían algunos empleados.

— ¡Váyase a su pueblo y no insista más!— me aconsejaban otros.

En la casa de familia donde estaba instalado todos comentaban mi caso con pasión e interés.

—Pero si usted tiene lo que más se necesita para triunfar: es tachireNSE...

La observación fría de aquel hombre, dicha sin regusto de cinismo, pero reveladora del mal que roía la entraña de la República, me alertó contra la tentación. Mi padre tampoco podría aprobarme ese procedimiento. Aquel hombre faenero cotidiano, servidor de sí y de los suyos, orgulloso de su decoro íntimo y de su dignidad inmaculada, me reprocharía duramente ese acto de debilidad. Definitivamente no podía dar aquel paso. Y entonces emprendí mi viaje de retirada, de regreso a mi pueblo, derrotado y vencido.

Pensé en mi madre y hacia ella tendí mis rumbos en la búsqueda del refugio necesario. Ella vivía entonces en el páramo de Mucuchíes, más allá del pueblo de San Rafael.

Mi permanencia en el páramo me hizo gozar el inmenso placer de la soledad.

Renació mi actividad literaria que se manifestaba en poemas, cuentos y ensayos, sobre diversos temas, que nunca publiqué y que el tiempo dispersó o arrinconó entre los inútiles papeles y manuscritos que luego sacrificamos. En San Cristóbal se editaba El Nacional, bajo la dirección de Humberto Spinetti Dini y de Ramón J. Velásquez. En la redacción del diario trabajaba el poeta Antonio Castellanos, larense, a quien la persecución policial había empujado hasta aquella orilla de la Patria donde se acogió al remanso del diario. Días difíciles vivía entonces aquel poeta que andando el tiempo —ocho años después, sería mi compañero de partido— estaría conmigo en los mismos escaños de la lucha política. En su visita a mi pueblo el hambre lo derrumbó en un extraño trance de debilidad, signo de la escuálida alimentación y la mucha hambre que padecía. El Nacional acogió celosamente uno de mis poemas, precedido de breve epígrafe generoso escrito por Castellanos: “RP será de los que llegarán. Debemos abrirle camino”. Por aquellos mismos días se editaba en San Cristóbal un semanario jocoso, alegre, — El jorobado—. Uno de mis poemas cayó bajo la crítica del semanario que despedazó mi producción ridiculizándola en chistosa motivación de risa.

Por aquel tiempo arribó a San Cristóbal Antonio Quintero García, casi prófugo de las aulas universitarias, proscrito de la policía gomecista, roídos sus pulmones por la tuberculosis carcelaria. En torno a Quintero García el viento de la secreta admiración agitaba la leyenda penumbrosa que le daba tintes de personaje circundado de misterio. Quintero García convocó alrededor suyo el calor fraterno de un apretado grupo de hombres para darle acogida al perseguido. Dio a publicidad su revista Antena.

Aquella revista cumplió tareas precursoras de alumbramiento. En mí desgarró una nueva perspectiva espiritual y me desbrozó la primera ruta hacia nuevos tránsitos mentales. Empecé a cavar la entraña fundamental del arte y a descubrir su contenido vital y humano, su razón intrínseca como disciplina la actividad creadora. Entendí por qué el arte tiene un deber social por cumplir y aprendí a descubrir en la intimidad de la cultura una nueva y consciente dimensión que es su obligación histórica frente a la sociedad. A Antonio Quintero García le debo ese destello de conciencia. Simultáneamente llegaban a mis manos nuevos libros: las voces de Ehrenburg y Rolland, con acentos de prédica apostólica que nos conmovían la honda y compleja estructura afectiva con su soplo de huracán universal.

Entonces no acertaba a prever el proceso de sacudimiento colectivo que viviría Venezuela al desaparecer el jefe del régimen político en torno al cual gravitaba aquella edad oscura de atraso e incultura.

Cargado de esos confusos y complejos pensamientos llegué a las puertas de Caracas una tarde de septiembre de 1933, a los diecisiete años de edad. Entraba a mi ciudad madre, la que luego formaría a su imagen y semejanza el contorno de mi nueva vida. La ciudad alegre, enervada de juvenil desgaire, desbordante de esa imponderable fuerza espiritual que fluye en la sonrisa de sus mujeres y en el ademán acogedor de su regazo, abría sus brazos cálidos para recibir al anónimo estudiante provinciano que golpeaba sus puertas cargado de maletas, sueños y esperanzas.

Cárcel Modelo, Caracas, diciembre, 1948.

LEONARDO RUIZ PINEDA
Soldado invencible

Andrés Eloy Blanco

México / 1952

Vengo a hablar en forma breve y clara como testigo de un sumario que está abierto ante la conciencia de la América limpia, de la América intacta, de la América incorrupta de José Martí.

Martí, así comienza a decirse la palabra “martirio”. Y fue él quien lo dijo: “El martirio se ha hecho para merecerlo”.

La misma Iglesia respalda esa sentencia. Es igual en los campos del credo y en los campos mundanos.

No todos los atormentados, no todos los cautivos, no todos los desterrados, no todos los asesinados merecen el sublime adjetivo. La suprema categoría de mártires se confiere tan sólo allá en la Iglesia a los sacrificados en la fe que combaten para Dios y sus hijos. Y aquí en el mundo temporal, a los que caen como intérpretes de un ideal de pueblo, de un ideal de ciencia. El ideal es la suma de la justicia humana.

Vengo como testigo del sumario y digo: “El asesinato de Leonardo fue premeditado”. Ha sido un sacrificio cumplido por sibaritas del asesinato. Meses y meses, entre largos aperitivos, relamiéndose frente a la presa que trataba de ocultarse aquí y allá bajo los ojos del glotón sanguinario. El 23 de octubre del año pasado los hombres de la llamada “Seguridad Nacional”, atacaron a balazos a Leonardo. Fue público y notorio, recogido en múltiples publicaciones, denunciado por Rómulo Betancourt, presidente de mi organización política, al través de la Cadena Azul de radio de La Habana hace meses, y por otros compañeros, y por mí mismo en diversas ocasiones, que Marcos Pérez Jiménez había dado terminantes órdenes a esa misma llamada “Seguridad Nacional” de apresar, no vivo sino muerto, a Ruiz Pineda, a Carnevali, a Quijada y a tantos otros. O como dijo Betancourt con lívido e indignado sarcasmo: “Marcos Pérez Jiménez había ordenado arrestar el cadáver de Leonardo”. Después con motivo de la tragedia ocurrida el Miércoles Santo en el templo de Santa Teresa, al acusar a Ruiz Pineda de ser el autor intelectual del hecho, los asesinos preparaban con la excusa del terrorismo la impunidad del crimen. Y fue en esa ocasión, cuando don Víctor Ruiz, padre del mártir, hombre como su hijo, de espíritu cristiano, manifestó su angustia ante la canallesca acusación. Y el noble compañero caído, sabedor de las inquietudes que padecía su padre, familiares y amigos allegados, le

dirigió a don Víctor una carta que he leído ante el público reunido no hace mucho, hace noches, aquí, en el auditorio de la Biblioteca Cervantes. Una carta que es el denuncia de la negra confabulación⁵.

Ya consumado el crimen, consumida la presa, no se sació la fiera, no bastaba el banquete de Guasina y de las cárceles, no bastaba el cadáver del bravo Cástor Nieves, no bastaba la sangre de Leonardo, y vino el sacrificio de González, y vino la prisión de la esposa del mártir, y vendrá todavía los que sigan cayendo sin soltar de las manos el ideal en marcha. Pero es torpe el verdugo, no comprende que los que van cayendo, son solamente intérpretes, que el capitán es otro, el de pies y cabeza innumerables, el pueblo que es la fuente y el fin de la justicia. Y los que él asesina los resucita el pueblo; los que él hace caer aquí, los hombres, las mujeres y los niños, los alza más allá y en la forja de apóstoles y mártires el pueblo los levanta de la sangre y la tierra, y los eleva al bronce de la estatua y los lleva en sus hombros a la solemne paz de los panteones y los pone en los labios de la patria que nace, en el aire sin mancha de la escuela. Y los arrulla en la canción de cuna, para dormir al niño que llevará sus nombres.

Mientras él, el verdugo, sólo tendrá en la historia el papel secundario y sombrío de acompañar al mártir como el villano al héroe, como el hueco de sombra en que la luz se hizo, como el judío amargo, cualquiera, innecesario, que le gritó a Pilatos: “perdona a Barrabás y mata a Cristo”. Torpe y bruto el verdugo que a cambio de un mendrugo de poder que no podrá durar más que su vida, ganó el triste renombre del que esgrimió el flagelo, del que tiró la piedra, del que trenzó el espino, del que buscó la cruz, del que enterró los clavos, del que sirvió la hiel, del que clavó en lanzazo, para que así quedara, redonda y sin defectos, la fábrica del mártir, la estatua del maestro.

Nos dicen los periódicos de México y de América: “el duelo por la muerte de Leonardo no es sólo de nosotros”. Y así es; si no se puede concebir la idea de la independencia continental como una serie de insurgencias desarticuladas, asimismo la idea de la emancipación definitiva del espíritu americano, la idea

⁵ Véase el texto de dicha carta reproducido en la página 52.

de América misma en una palabra, no puede concebirse al detal, sino como una entidad ética, de único e indivisible contenido. América, más que un Continente geográfico, tiene que ser un estilo de convivencia humana fundado en la comunidad de sus glorias, en el paralelismo de su destino, en la altura de sus principios morales y políticos, raí la pureza de su conducta y en la diafanidad de su justicia. Por eso cuando cae asesinado Belisario Domínguez, cuando cae victimado Leonardo Ruiz Pineda, Huerta y Pérez Jiménez son un solo asesino, la sangre derramada es sangre venezolana de México, o sangre mexicana de Venezuela. La herida cruza el alma de la idea, el llanto tiene sal de dos océanos, el ¡ay! es carne y verbo del Continente herido.

“Están buscando un pretexto para eliminamos físicamente... Yo no me acobardaré... es necesario que ellos comprendan que a nosotros nos mueve el valor espiritual que sólo las causas justas imprimen al hombre de bien”.

Eso dice Leonardo en la carta a su padre; y allí está el asesinato. Los asesinos no saben que dan bandera al pueblo, y allí está la bandera, y allí está el pueblo con el cuerpo de Leonardo en la urna de los muertos y el nombre de Leonardo en la urna de su voluntad. Irá a ganar las elecciones, y el verdugo las asesinará también. El abrirá las urnas y sacará los votos y los irá estrujando y los irá rompiendo para ahogar los latidos del corazón del pueblo. Pero es torpe el verdugo. “Tenga Ud. la seguridad —dice Leonardo al padre— de que estaré siempre en mi puesto”. Armando Zuloaga dijo en carta a su madre palabras semejantes y ambos cayeron en su puesto. Leonardo vivo era un soldado invisible. Leonardo muerto es un soldado invencible. Allá en el Puente de Cumaná cayó Armando, para levantarse victorioso.

Los hijos de los que dispararon contra él lo nombran con respeto. Y ahora, lo más triste al parecer, para el verdugo de Leonardo, es pensar en el momento —que ha de llegar un día— en el que un hijo suyo, con rubor o sin él, bajando o alzando la cabeza descubierta, pronuncie con amor venezolano el nombre de Leonardo asesinado.

Aquí está nuestro mártir, en una calle de San Agustín, en su sangre metida la frente luminosa. Los esbirros le miran, los verdugos le guardan y entre ellos tendido, Leonardo, puro, como el sueño de un niño en un prostíbulo. Y mi voz

entrañable, devuelta a mi poema y a la hora de Armando, tremola su pregunta sin respuesta:

“Coronel que lo asesinaste, ¿cómo harás para asesinarlo en el corazón de tu hijo?”.

México, octubre 1952.

**CARTA DE LEONARDO RUIZ PINEDA
A SU PADRE DON VICTOR RUIZ**

Caracas; 17 de abril de 1952

Querido papá:

Mucho he pensado en usted y en todos los míos, durante estos últimos días. Me ha preocupado pensarlo agobiado por la natural angustia que hayan producido las noticias mentirosas recientemente publicadas para sorprender a desprevenidos e ingenuos. Me apresuro a escribirle para sosegarlo y darle seguridad de orden moral para su atribulado espíritu.

Usted y todos los míos me conocen y saben cuál es mi formación espiritual y cultural. Soy un hombre civilizado, un ser normal, una persona alentada y movida por sentimientos superiores, reñido con toda actitud contraria a la decencia humana. Tengo una línea de conducta que ha sido norma de toda mi vida: el respeto a la opinión ajena y a los bienes ajenos. No está en mi mente ni en la de mis compañeros de trabajo descender en los planos de nuestra lucha. Nuestra empresa se alimenta de ideales puros y de intenciones limpias. Mal podemos defraudar la fe inmensa que en nosotros han depositado millares de hombres y mujeres aventurándonos en planos inmorales. Por lo tanto, debe usted sentirse aliviado, sin asomo de molestia moral, a sabiendas de que sigo siendo y seré un hombre de sentimientos limpios y nobles. No he querido hacer de la lucha instrumento personal de venganza para mis enemigos, no obstante que éstos han destruido mi hogar, perseguido mi familia, sumido en la miseria espiritual a los míos. Me he sobrepuesto a esas dificultades secundarias y me he mantenido en un plano de altura, negado a dejarme arrastrar por impulsos elementales. Una vez más nuestros enemigos abusan de sus ventajas transitorias y pretenden envenenar la opinión contra nosotros. Han ideado una inescrupulosa mentira para engañar a ingenuos y desprevenidos. Pero sabemos que quienes nos conocen y saben de cerca nuestra formación moral rechazarán esta acusación gratuita y canallesca. No solamente quiero que usted y todos los míos tengan esta convicción firme. Deseo además que gente amiga, sus allegados, mis simpatizantes personales o políticos, conozcan esta opinión mía. Haga leer a ellos estos renglones para que se despojen de cualquier duda' que les haya creado la infame acusación.

No me he inquietado ni acobardado por la intención de nuestros enemigos. Es muy claro que ellos están buscando un pretexto para eliminarnos físicamente, ya que no pueden hacerlo política ni ideológicamente. Han comprendido que es imposible localizarme y más imposible aún destruimos la fe de nuestro pueblo, que cree en nosotros porque nos sabe honestos y austeros. Por eso apelan a la mentira, y por eso nos amenazan descaradamente ante toda Venezuela. Yo no me acobardaré por esta maniobra. No voy a renunciar a mi gran deber. Tenga usted la seguridad de que haré honor a mis compromisos y no vacilaré ni un solo instante en mantenerme a la altura de la misión que me ha correspondido. Eso deben saberlo también nuestros enemigos, porque es necesario que ellos comprendan que a nosotros nos mueve el valor espiritual que sólo las causas justas imprimen al hombre de bien. Tenga usted esa seguridad, la de que yo no abandonaré mi puesto de combate y que permaneceré en mi trinchera hasta el triunfo definitivo. Hágame llegar sus noticias y las de todos los míos. Quiero saberlos reconfortados espiritualmente y siempre confiados en mi nobleza y la sinceridad de nuestra empresa.

Para todos el afecto de siempre y el invariable cariño de su hijo. Bendígame.

LEONARDO

LEONARDO RUIZ PINEDA
Preclaro nombre de
combatiente clandestino

Alberto Carnevali
Caracas / 1952

Pocas horas después de haber sido asesinado Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnevali, su fraternal compañero en el comando clandestino de Acción Democrática, escribió este documento, suscrito por el Comité Ejecutivo Nacional del Partido.

HAN ASESINADO A UN HÉROE NACIONAL

En el más horrendo crimen político que registra la historia de nuestro país, fue segada alevosamente la preciosa vida del compañero doctor Leonardo Ruiz Pineda, uno de los más generosos y capaces conductores del pueblo venezolano en la lucha por su libertad y el máximo dirigente de la resistencia civil comandada por nuestro Partido. No recuerda la historia nacional un solo caso de un crimen cometido, con tan feroz ensañamiento y más baja cobardía, en que un opositor político civil haya sido acribillado en plena calle por agentes superarmados del gobierno: A un solo hombre —que no usó nunca otra arma de combate que su idealista y vibrante pluma, su oratoria electrificante y su acerada fe en el destino de un pueblo— una oscura pandilla de agentes de la Seguridad armados de fusil y ametralladora, le dio caza sorpresiva y alevosa y lo acribilló de modo instantáneo, sin que la rápida granizada de disparos le hubiera dado el menor tiempo para defenderse.

Para nuestro Partido y para el pueblo; para todos los que seguimos creyendo en la libertad del hombre, en el honor y la dignidad humana; para todos los que tenemos empeñados nuestros nombres en la lucha por la restauración de la dignidad nacional, el cobarde asesinato del compañero doctor Leonardo Ruiz Pineda nos une en inmenso dolor, en el altivo dolor de quienes nos vemos retados en forma tan villana, y nada nos hará detener ni retroceder en el permanente combate, hasta que el país se vea librado del oprobio y la ignominia con que el autócrata Pérez Jiménez tiene salvajemente pisoteada la nación. El doctor Ruiz Pineda sabía que el encono y la impotencia política del régimen opresor habían echado sobre su cabeza una implacable sentencia de muerte, y esto no lo detuvo un solo día para cumplir su noble designio de combatiente popular por la libertad. Con singular abnegación y riesgo diario de su vida, el compañero Ruiz Pineda ha ganado honrosamente la enhiesta cumbre de los héroes. Y como héroe nacional, su nombre ha pasado a tutelar a

la ya interminable fila de vidas humanas que el pueblo ha ofrendado en la batalla por su liberación. El fulgurante ejemplo de su vida heroica nos señala un solo camino: combatir hasta triunfar.

La conciencia revolucionaria de nuestras filas —estremecida de dolor e indignación por tan infame agravio criminal— nos impulsa a declarar en forma serena e imperturbable —con la tranquila severidad de las grandes decisiones de un pueblo— nuestra rotunda decisión de continuar combatiendo implacablemente a la tiranía sanguinaria y opresora. Todos los días, ahora mismo, hoy, mañana y cada vez que sea necesario, saldremos al encuentro de la barbarie envalentonada por el exclusivo respaldo de las armas, hasta verla derribada, hecha pedazos por las poderosas manos del pueblo.

¡Por ti, Leonardo Ruiz Pineda, tu austero nombre de ejemplar ciudadano; por ti, Alfredo, tu preclaro nombre de combatiente clandestino, juramos serena y resueltamente que no desmayaremos en ningún momento hasta lograr el ideal revolucionario de la liberación de nuestro pueblo, por el cual rendiste tu vida en forma tan noble y gloriosa!

Comité Ejecutivo Nacional de Acción Democrática.

Caracas, 21 de octubre de 1952.

LEONARDO RUIZ PINEDA
Héroe sin miedo y sin tacha

Valmore Rodríguez
Nueva York / 1952

La ráfaga de plomo que el 21 de octubre apagó la vida de Leonardo Ruiz Pineda ha quedado resonando en el corazón de los venezolanos como un augurio trágico. Baldíos resultaron los esfuerzos del héroe impar de la Resistencia por frenar los ímpetus homicidas de los espadones, con palabras de reflexión serena, transidas de preocupación por el destino de Venezuela, y en que proponía fórmulas civilizadas para dirimir la contienda política. El caño que fluyó de las arterias rotas del jefe del triunvirato militar, asesinado por sus cómplices, había ya enardecido en ellos la sed de sangre, reclamaba nuevos tributos, y se iba acercando cada día más hasta el refugio desvelado del combatiente. La vida de Leonardo Ruiz Pineda quedó encomendada a las balas de la policía y él fue derecho a la cita con su destino con la fría serenidad de quien se ha dado por entero a su pueblo y a su idea. Fue el héroe sin miedo y sin tacha.

Dio ejemplo a viejos y jóvenes. Fue el guía de su generación sin buscarlo ni proponérselo. Tenía la modestia del hombre de fila y el don de mando del conductor. Asumió el mando de Acción Democrática en la clandestinidad y fue el punto focal de una moral que no se perdió nunca, pero que aparecía flanqueada por el desconcierto, la indecisión y la falta de rumbo, a consecuencia de la dispersión en la cárcel y el destierro del equipo de dirección; y rehízo los cuadros, reconstruyó el frente y restableció la línea de fuego, asistido por una brigada de luchadores incomparables que con él y como él simbolizan el espíritu indomable de la Venezuela democrática.

No hay ángulo en la vida de Leonardo Ruiz Pineda que no tenga la claridad diamantina del ejemplo. Niñez y mocedad, en el ámbito de su montaña andina, se le quemaron en la pasión de justicia que habría de ser motor de su vida. Estudiante doblado de maestro, agita y enseña. Aspira a ser poeta y escribe estrofas que son marselesas y cantos a la novia ideal que son variaciones de gesta. Estudiante en la Universidad Central de Caracas, alterna las disciplinas científicas con las del propagandista y organizador clandestino, jefe ahora en las filas maquis del P. D. N., de que fue tanquista y activista inspirador. Colgó el diploma del abogado para seguir la carrera del revolucionario, en facción permanente contra la supervivencia del régimen dictatorial.

Se hace periodista de combate y su joven figura adquiere relieve nacional. Participa en la revolución popular del 45, y asume la Secretaría de la Junta Revolucionaria de Gobierno y más tarde la Gobernación de su Táchira' nativo. Rómulo Gallegos lo incluye en su Gabinete como Ministro de Comunicaciones.

Pasó por esos altos cargos administrativos con manos limpias y desvelo eficaz por los intereses públicos. El primero en la trinchera de fuego, es también de los primeros en poner el espejo de su vida, pulcra y sin tacha, frente a la de la tribu ávida que acecha la oportunidad de retorno al goce de la concupiscencia. De la cárcel, adonde lo lleva la militarada de noviembre del 48, sale altivo y enérgico —otra vez el tanquista— a dirigir la resistencia interior, a dar la pelea desigual en que muere, inerme y solo, frente al pelotón asaltante.

Lo precede en la hora del sacrificio otro héroe de la resistencia, Cástor Nieves Ríos, asesinado a bala en el cuartel de la Seguridad Nacional. El caño de sangre se acercaba a su puerta, llevando la contribución de otras vidas, las de los suplicados de Guasina y las cárceles, la de los rebeldes de Turén y Maturín, al frente su bizarro capitán Rojas, que salva el honor del Ejército Nacional en esta hora de eclipse, arrendada al saqueo y la sed de sangre de los coronelitos concupiscentes.

Venezuela ha desembocado en esta encrucijada de sangre y espanto con una alternativa: cerrar filas contra la opresión, para reducir el hato suelto de criminales a su ámbito natural: el presidio. La lucha ha rebasado el marco de los partidos. Es ya la contienda de todo el pueblo de Venezuela contra el crimen corporizado en la junta militar; contienda en que participan todos los estamentos sociales por la supervivencia nacional, por la recuperación del patrimonio común de decencia y decoro, y por el objetivo supremo de salvar las generaciones actuales y futuras de los estragos de la guerra civil, norte aparentemente inevitable de la tremenda alternativa en que nos colocan los empresarios y gestores del régimen policíaco.

Llevar los odios que generan este caño de sangre y los suplicios en las cárceles y campos de concentración más allá de este límite de pesadilla, es disipar toda esperanza de convivencia pacífica de los venezolanos por muchos años. A

nadie escapa que la consecuencia inmediata de la sangre vertida es armar el brazo de la justicia sin normas donde la norma es la injusticia.

Leonardo Ruiz Pineda rindió la vida agitando una fórmula de conciliación nacional: gobierno de equilibrio político... Que no se olvide ese hecho, ni el hecho de que antes de su muerte no ha caído segada una vida de un dirigente oficial por mano de los hombres que guiaba el paladín generoso y ecuánime. La fórmula de Ruiz Pineda —la de su partido— no ha sido elaborada en retortas de laboratorio, sino en presencia de una realidad que todos reconocemos como imperativa, como substitución de la violencia. Ni era una fórmula negociable a espaldas de la voluntad popular, porque precisamente requería el sometimiento de la contienda actual al juicio de esa voluntad soberana, en ambiente descargado de tensiones explosivas, y sin opresión de grupos ni caños de sangre.

Si la sola respuesta es la voz de las ametralladoras, caiga esa sangre sobre la conciencia de quienes impiden o entorpecen la libre manifestación de la voluntad popular. Por nuestra parte, cogestores y causahabientes de la fórmula de avenimiento que agitó Ruiz Pineda y que ahora le sirve de sudario, sabemos que ni hoy ni mañana la venganza primitiva habrá de guiar nuestros actos. Acción Democrática recoge estremecida de indignación el cadáver de Ruiz Pineda y los cadáveres de los que han caído como él, luchando por el honor de Venezuela y los ofrenda con religiosa emoción ante el altar de su pueblo, sin flaqueza de espíritu frente al deber supremo de salvar la Patria y de hacerla habitable por todos sus hijos, pero sin asumir la responsabilidad de lo que siembra el crimen y cultiva la violencia organizada hecha gobierno.

El cadáver de Ruiz Pineda y los de sus compañeros, caídos como él en la emboscada y la fría traición, reclaman de nuestra colectividad política un voto inexorable: rendir cumplido tributo al sacrificio de sus vidas haciendo realidad tangible lo que fue en ellos aspiración agónica. No habrá paz en el ánimo, no habrá flaqueza en la carne física, hasta que esa aspiración tenga eco fiel de hecho cumplido en una Venezuela libre y de los venezolanos.

Nueva York, octubre 24 de 1952.

LEONARDO RUIZ PINEDA
Fina valentía y gozosa audacia

Rómulo Gallegos
México / 1952

Ya traíamos encogido el corazón en la expectativa del trágico fin que los designios del crimen, en ejercicio de autoridad en nuestro país, le tuviesen destinado a la gallarda vida de Leonardo Ruiz Pineda. ¿Podríamos evitar ahora, ante el hecho consumado, que se nos distienda en las formas vehementes de la ira?

Prisiones, destierros y confinamientos en parajes mortíferos ha venido empleando la dictadura militar que oprime y escarnece a Venezuela para mantenerse, por los modos del terror, en el gobierno arrebatado hace cuatro años a los derechos del pueblo por la insolencia de las armas y ahora, en las vísperas mismas de la farsa electoral con que pretende revestirse de legitimidad, recurre a las eficacias monstruosas del asesinato y lo comete en plena calle pública, con ráfagas de ametralladoras, en un alarde de brutalidad sin precedente en nuestra historia. Recoja ésta la fecha aciaga del criminal acontecimiento y véase el pueblo de Venezuela el multitudinario rostro en el de Leonardo Ruiz Pineda destrozado por las balas, tal como aparece en los diarios de Caracas que dan la espeluznante noticia.

Valiente, audaz, sin lo bronco y lo destemplado con que esas cualidades de la hombría se presentan en el ánimo bárbaro que en nuestro infortunado país ha hecho deplorable historia, sino con fina valentía y elegante forma gozosa de audacia acreditadoras de espíritu bien cultivado, Leonardo Ruiz Pineda venía cumpliendo, además de una obligación de partido, un deber de ciudadano cuidadoso de la dignidad nacional particularizada en él, en su posición de dirigente de la resistencia civil que la inmensa mayoría de los venezolanos responsables tenía que oponerle a un gobierno proveniente del atropello llevado a cabo contra un orden constitucional surgido de legítimo acto de soberanía popular y al cual él había prestado brillante colaboración en la más ceñida consecuencia al compromiso de honestidad y rectitud contraído con la confianza del electorado. Dirigía la resistencia clandestina porque a eso nos obligó el arrebato de la legalidad de nuestro partido por el gobierno usurpador, desasistido de todo fundamento de derecho en sus ejercicios de autoridad y durante cuarenta y dos meses de azarosos días y peligrosas noches de persecución tenaz en tomo suyo, innumerables momentos de la libertad en riesgo y de la vida junto con ella, ni en uno de ellos le vaciló la voluntad de resistir, ni nadie vio nunca que a él se le asomara quebranto de la moral.

Admirable caso que recogerán los anales de la persecución política en Venezuela y lo elevarán a la categoría de ejemplo edificante. Porque no era una resistencia injustificable la que dirigía Ruiz Pineda, sino un ejercicio de derecho popular y de obligación personal indeclinable ante los usurpadores del derecho de gobernar. No era un hombre contra la ley, en aventura de apetencias bastardas y al cual pudiera considerársele fuera de la ley a la hora de la represión; y quien no tenga comprometido su juicio con las parcialidades de la violencia imperante hoy en nuestro país, puede darse perfecta cuenta de la fina calidad humana que alentó a Leonardo Ruiz Pineda sólo con leer la hermosa carta de buen hijo que él le dirigió a su padre, seis meses antes de su trágico fin “para sosegarlo y darle seguridades de orden moral para su atribulado espíritu”, cuando a oídos de su padre llegó la infame invención gubernamental de que él estuviese dirigiendo actos de monstruoso terrorismo.

Sus compañeros de partido siempre nos complacimos en admirar en él, junto con la firmeza del luchador político atenido a una ideología, la rectitud de la conducta personal pública y privada y en armonía con la clara inteligencia, la bondad, la afabilidad cautivadora de simpatía, la fina, la óptima calidad humana, y estas condiciones se las reconocían también sus adversarios políticos que dentro de sus respectivas organizaciones partidistas compartían con la nuestra el legítimo derecho a la contienda de las opiniones, como también se las admiraban los mejores hombres de la posición independiente. Era, en síntesis, lo que en sencillo y buen lenguaje de convivencia humana se llama: un hombre bien querido.

Huelga decir que este sentimiento no podían compartirlo los agentes del cuerpo armado que le dieron muerte y que tenían que cobrarle la valiente habilidad con que él se les escapó de las manos varias veces, poniendo en ridículo la eficacia de sabuesos que en ellos tenían cifrado su orgullo; pero sí hay que decir esto otro: a Leonardo Ruiz Pineda no podían perdonarle aquellos de sus conterráneos, otra vez preponderantes en el manejo de los destinos de la nación y que antipatrióticamente se empeñan en cultivarse discriminación regionalista, el que hubiese puesto corazón tachirenses al servicio de la felicidad y de la dignidad de todo el pueblo venezolano, sin aspirar a que sólo pudiesen gobernarlo hombres de su gentilicio, militando en

las filas de un partido que no excluye a ninguna de las porciones de ese pueblo y por consiguiente a ninguna de ellas puede reconocerle privilegio.

Corazón tachirenses, recio y de noble calidad, puso Ruiz Pineda en el amor grande y esforzado a lo venezolano integral. Corazón de montaña criadora de fortaleza y abrigadora de apretado cariño al terrón del suelo natal, pero alentadora también de empujamiento a cumbres para ancho y hondo respiro de generosos aires de inmensidad. Corazón andino cuya palpitación vigorosa y cordial tenía que sentirse tanto en el cauteloso silencio del azariento paso del desfiladero de la angustia venezolana, en los pasados años de opresión, como en la firme y confiada andadura de las esperanzas, por la derecha vía, sobre la ancha tierra de todos y para todos. Corazón andino como los de tantos otros excelentes compañeros nuestros, entre ellos aquel, bondadoso, noble y leal que palpitó en el pecho de Luis Troconis Guerrero, de indeleble recuerdo entre nosotros. Aquí le rendimos homenaje al Táchira honrando la memoria de Luis y de Leonardo.

Pero esta vez ha ocurrido algo más que la caída de un hombre en la hora negra de la desgracia y para nosotros la irreparable pérdida de un excelente compañero de lucha. Se ha iniciado en Venezuela un modo nuevo de brutalidad dictatorial; se ha asesinado, se ha ametrallado en plena calle pública y con armas de la nación a un adversario político. La mentira oficial, a la que no le duelen prendas de desvergüenza y los acomodos de la justicia mercenaria a los imperativos de la violencia, darán la versión absolutoria de la monstruosidad cometida; pero la Venezuela que siempre ha repudiado el homicidio como forma de lucha política y que ha pecado de olvidadiza aún en casos de atropellos y agravios imperdonables, sabe ya la verdad tremenda y no podrá olvidarla. Hace irnos días fue un humilde hijo del pueblo, Cástor Nieves Ríos, luchador tenaz y valeroso, a quien se le arrebató a tiros en función de autoridad la vida puesta al servicio del ideal democrático, que involucra libertad y dignidad ciudadanas —honrada sea también su memoria en este recordatorio de nuestros mártires— y ahora acaba de caer Leonardo Ruiz Pineda, culto hombre de leyes y de letras, de vida limpia, padre amantísimo de dos tiernas niñas martirizadas ya para siempre, habiéndose llegado hasta el repugnante extremo de inhumanidad de reducir a prisión —así fuese momentánea— a su esposa, una dulce y admirable mujer venezolana,

tachirenses ella también, cuando acudía a exigir que se le entregase el cadáver de su marido. Es inicuo, es monstruoso, que todo esto haya podido ocurrir, impunemente, en un país que ha contraído compromiso de respeto a los derechos humanos. Cuando los compañeros que me han precedido en el uso de la palabra hicieron mención acusatoria de la monstruosidad cometida con la infortunada y noble esposa de Ruiz Pineda, tuve que inclinar la cabeza con pesadumbre venezolana, duelo y vergüenza, al advertir las miradas de asombro que se cruzaban dos mujeres mexicanas que honran este acto con su presencia.

Se dice que no se sabe dónde y cómo fue enterrado, a raíz del crimen, el cuerpo de Leonardo Ruiz Pineda; pero lo indudablemente cierto es que el pueblo de Venezuela, en imperecedera presencia de espíritu, el pueblo incontaminado de prevaricaciones, lleva sobre sus hombros al compañero sacrificado y haciendo su camino doloroso hacia el día de la justicia lo conduce a la inmortalidad.

Pero sobre el suelo de mi Patria ha quedado en pie una víctima inquietante: el pueblo de Venezuela, al cual se ha tratado de envenenarle las fuentes de su bondad esencial, pues los dos extremos del dilema en que lo ha colocado la monstruosidad que acaba de presenciar son igualmente funestos para sus destinos: o sumisión vergonzosa ante todas las arrogancias posibles de la arbitrariedad, o desencadenamiento de sus tremendas iras.

Piensen en esto los hombres prudentes de nuestro país que no hayan querido asomarse sobre el drama venezolano de hoy bajo el nuevo signo de la represión, pero a quienes acaso la historia les atribuya mañana alguna responsabilidad y procuren advertirlo también aquellos que sólo tengan acostumbrados sus ojos a explorar la tranquilidad de la calle a que den las puertas de sus tiendas o de sus oficinas de negocios. Con el pueblo de Venezuela están cometiendo sus actuales gobernantes el monstruoso delito de inducirlo a represalias sangrientas, mediante la siembra de rencores que allí se están llevando a cabo, como para copiosa cosecha de infortunio.

Yo no tengo mano conformada para arrojar la brasa del corazón a los incendios de la violencia, ni me muevo entre hombres que les confíen a las llamaradas de la venganza el conocimiento del pan de la justicia, y sin mengua

de la firmeza de la acusación a que estamos obligados, invito a mis compañeros a total presencia de ánimo, en alturas de serenidad responsable ante el destino de nuestro pueblo, a fin de que, sin que el agrio rencor nos tuerza la buena sustancia del dolor venezolano que aquí nos reúne, sea honrada siempre entre nosotros la memoria de nuestro compañero, mártir del ideal democrático. El de la fina valentía y gozosa audacia: Leonardo Ruiz Pineda. Vivo y perenne entre nosotros.

México, 25 de octubre de 1952.

LEONARDO RUIZ PINEDA

Perseverante tenacidad

Gonzalo Barrios
París / 1952

El cuadro histórico de las luchas políticas y conmociones sociales de Venezuela, cuyo desarrollo los desmanes de la violencia tan a menudo frustran e interrumpen con pausas de oscuro estancamiento, había venido ofreciendo hasta ahora una como extraña salvedad: el respeto a la vida humana.

Los dictadores más bárbaros han perseguido con saña a sus adversarios — cárceles, torturas, trabajos forzados, destierros— pero se han detenido ante la ejecución sumaria, el balazo anónimo, la emboscada policial. Y no por el cálculo sadista de dejar vivir más para imponer más largos padecimientos, sino por instinto temor frente a cierta actitud tradicional, de naturaleza axiomática para la conciencia y la sensibilidad venezolanas. Así puede calificarse —en el terreno de las costumbres— el constante repudio del atentado personal como recurso político y —ya en el plano institucional— la proscripción, jamás discutida, de la pena de muerte por lo que tiene de cruel, de afrentoso e irreparable.

Pero a los caudillos ignaros, producto auténtico de su medio, ha sucedido cierto linaje de militares, fauna de garito y de prostíbulo, sin otra personalidad que las que les confieren el uniforme y la posición burocrática y con escuela tan escasa, que no alcanzó a sembrarles en las mentes y en los espíritus las nociones de honor y de dignidad inseparables en los hombres de su profesión, del respeto a la colectividad que les ha confiado las armas. Y ha sucedido lo que en Venezuela era corriente juzgar como acaecimiento casi inverosímil: que los que detentan el poder están asesinando, pura y simplemente, a sus adversarios políticos, que son los enemigos de la opresión y corrupción como sistema de gobierno. Aún es posible contar los muertos. Todavía se conocen sus nombres. Quizá pronto serán tan numerosos, que el ánimo desolado de sus compatriotas los contemplará apenas como el coro enmudecido e informe de la gran tragedia nacional.

Todavía es posible enumerarlos. Hombres del pueblo en el más profundo sentido de esta palabra, héroes modestos de la resistencia contra la tiranía cuartelaria. También militares, soldados con honor, asqueados por los crímenes que una minoría de ávidos sin frenos morales está perpetrando en nombre del ejército entero. Y, como la más tremenda herida; como la más alta

clarinada de alarma alguien a quien, para exaltarlo, basta ya con pronunciar su propio nombre: ¡Leonardo Ruiz Pineda!

Al escribir estas líneas de tributo a su memoria, que habrán de apretarse en un solo haz de indignación, de dolor y también de fe segura con las palabras y los pensamientos de tantos otros compañeros de luchas, y esperanzas, no puedo olvidar que abandonamos juntos la cárcel de los asaltantes. Yo salí para el destierro. El, a quien tal vez se pretendía integrar a una vida de resignada conformidad, a dirigir —aún más— a encamar desde el escondite clandestino la insumisión, la protesta y la organización de su pueblo para la victoria final sobre el despotismo. Era múltiple y difícil la tarea. Y la asumió con firmeza y con alegría. ¡El poeta Ruiz Pineda! Quizá por esa su rara calidad pudo al mismo tiempo entregarse a una empresa, de azarosa agitación, sobre la que pendían, inminentes, fragorosas perspectivas, y practicar, reloj en mano, la perseverante tenacidad que es el mayor heroísmo de los fundadores.

Dio más de lo que debía Leonardo Ruiz Pineda. Pero —que lo sepan sus asesinos— quienes lo lloran esperan de él mucho más todavía. Porque ya será imposible borrar la huella de su nombre del corazón de los hombres y mujeres del pueblo venezolano, como será imposible borrar el rastro de su sangre de las páginas de nuestra historia contemporánea. De esa historia que se está haciendo en estos mismos instantes y que el pulso acelerado por su sacrificio se apresta a ejercitar una sentencia ineludible cerrando para siempre este vergonzoso ciclo de infamias.

París, noviembre de 1952.

LEONARDO RUIZ PINEDA

Vida y epifanía

J.M. Siso Martínez
México / 1952

El 23 de mayo de 1889 inaugura una etapa nueva en la política venezolana. Cincuenta y tres hombres comandados por un hombre pequeñito, nervioso, llena la testa por el sonar de los pífanos de Venezuela Heroica y por las indigeridas lecturas de los libros del siglo XIX, donde alternaban los conceptos libertarios con las concepciones espiritistas que los libros de Flammarión han divulgado, inauguran la jornada que se conoce con el nombre de Invasión de los Sesenta. A la vera del hombre pequeñito marcha un hombre de corpulenta estatura, de pronunciados rasgos mongólicos, silencioso, a quien no torturan las metafísicas ideas de su compadre y que mensura en dinero el valor de la aventura. Sueña con campos y con bueyes e ignora todavía a los letrados que elevarán su posterior mandato a rígida ley sociológica elaborada con los principios del positivismo y con los ultraterrenos conceptos de una teología con sabor de Bossuet. Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez se encuentran ese día en la historia por la primera vez y de allí en adelante, pese a la traición del segundo, marchan juntos en la áspera historia venezolana que los mandatos políticos de uno y otro escriben, con la nerviosa escritura del primero y con los palurdos garabatos del segundo. Eduardo Zamacois vio al primero, allá en su destierro de Puerto Rico, obsesionado por la idea del retorno, justificando, en medio de la ola epiléptica que lo invadía cuando soñaba con sus pasados triunfos, los crímenes que decoran su vida y que llamaba su justicia. Al otro lo vieron escritores y escritores en su Arcadia de Maracay, entre animales y cortesanos, sin que su infraconciencia se alterara por los hombres que condenó a la muerte en las cárceles y en los trabajos forzados, agrandando sus propiedades rurales, transformando la economía agrícola de los Valles de Aragua en una economía pastoril y retrotrayendo el país a las primeras formas económicas de la humanidad que enmarcaban muy bien dentro de su mentalidad primaria.

Harto se ha especulado sobre este movimiento que integran dos etapas conocidas con el nombre de la Restauración y de la Rehabilitación y que hoy empalma con el movimiento militarista venezolano. Se ha hablado de que con él se incorpora la región andina a la auténtica integración venezolana y de que se realiza en forma convulsiva la cohesión de la nacionalidad. Y se madura en la mente de los pseudo sociólogos justificadores del rebenque, lo que ya floreció en la Argentina con la glorificación del mazorquero Rosas. La

sedicente tesis ha cobrado valor. Y lo que fue rapiña de un clan, hecho brutal de hombres primarios, lo han querido elevar a la categoría de hecho histórico inmanente con características de perennidad. Queriendo así identificarlo con hechos económicos ajenos al pensamiento mismo y a las actuaciones de los hombres surgidos del 23 de mayo y en contradicción con la primaria concepción económica que tiene su encamación teórica en la pastoril de Juan Vicente Gómez.

REVERSO CRIMINAL

Lo que no se ha dicho, y hora propicia es de estamparlo, es que con los hombres de la Restauradora y de la Rehabilitación penetra en la historia política venezolana la crueldad criminal como normal sistema de combate político para eliminar al adversario. Dentro del duro, desgarrador proceso histórico y social venezolano, protagonizado por las masas carentes de conciencia política, siempre resplandece la cabaleresca concepción de la lucha, expresión de ese sentimiento español de la hombría que repudia la traición y que crucifica por los siglos de los siglos en la cruz de la infamia a aquel conde Julián que condujo a los moros a la España de Don Pelayo; a ese Queipo del Llano, el histrión galardonado y a ese falso soldadito de Dios, Francisco Franco, que de nuevo condujo a los moros a la patria del Cid.

La palabra tortuosa de Miguel Peña cobra dignidad venezolana cuando se niega viril, apasionadamente, a firmar la sentencia que le da forma legal al asesinato de Leonardo Infante. La voz del sabio Vargas se relieva en el Congreso antibolivariano de Valencia, al defender al Libertador de la encrespada oratoria de Ángel Quintero y del propio Miguel Peña. Estanislao Rendón, el apasionado liberal cumanés, enemigo de Páez, arrostra las iras de sus connilitones en la defensa de éste encarcelado y humillado. Fermín Toro en la Convención de Valencia rompe lanzas por Monagas, el sombrío autócrata oriental que ha implantado en su gobierno la ley de fuga, refugiado en una Legación, y hace triunfar los principios que constituyen norma no escrita de la hidalguía venezolana. El general Juan Antonio Sotillo, quien según uno de sus biógrafos tenía de llanero y mameluco, se opone a que su borlado hijo fusile a inocentes prisioneros para vengar la muerte de su hermano caído en combate leal. Y cuando Guzmán Blanco decide el

fusilamiento de Matías Salazar lo hace a pleno meridiano y luego asume ante la historia en retóricas frases, pero en las cuales palpita sinceridad venezolana, la paternidad del hecho. Y así toda nuestra historia. Degradada, violenta, pero siempre ausente la crueldad criminal. Siempre presente la nobleza en el combate. Encamada en Sucre, para quien “la justicia era la misma antes que después de la victoria”.

Cipriano Castro interrumpe la tradición. El general Antonio Paredes, noble figura de romancero, es el único de los jefes militares que combaten a Castro que cae con su pabellón enarbolado. Encerrado en la fortaleza de Puerto Cabello, fiel a su palabra de militar, desafía a singular combate al infortunado jefe andino. “Lo llamaré cobarde. Sólo se entregará herido después de un combate. Expiará largos meses su temeridad en una prisión”. Años más tarde invade por la desierta y remota región orinoquense. Prisionero, desde su cama de enfermo Cipriano Castro transcribe en clave la orden de asesinarlo. “A Paredes le ofrecen un vaso de ron que rechaza. ‘Eso queda para los borrachos’. También se resiste a dejarse vendar. ‘Viva Venezuela’. Suena una descarga. El cuerpo es arrojado al río junto con el de sus compañeros. Un pescador los recoge y da sepultura”. La tradición hidalga encamó en ese humilde hijo del pueblo, expresión y símbolo de la Venezuela vencida.

Con esa descarga se inicia una Venezuela distinta. La que vive bajo el imperio del tenor y la traición. La que con Juan Vicente Gómez vio envenenar a sus hijos más ilustres en La Rotunda y Puerto Cabello, con métodos tan primitivos que rechaza la racionalidad; la que condenaba a trabajos forzados a estudiantes y obreros y en las noches sombrías lanzaba al aire, presagio de asesinatos, la innoble música de “la Pavita”. Y la que se proyecta en ese gobierno que hoy despotiza a Venezuela, conjunción de militares que amantó la sombría caverna peruana de Chorrillos y de civiles borlados, hijos espurios de la Universidad, hijastros de una casta lista siempre a decorar con su indignidad la violencia primaria de esos contrahechos espirituales. Herederos de la innoble tradición castrista y gomecista que nacen a la vida pública bajo el signo de la traición, cuando el 24 de noviembre de 1948, desgarran la Constitución y deponen al gobierno popular presidido por don Rómulo Gallegos. Y luego despeñadero abajo en luchas de bajas pasiones, reviviendo crímenes de Bajo Imperio, pugnando entre sí por el poder apelan al asesinato y

la mano armada y mercenaria de un homicida profesional elimina al Presidente de la Junta surgida de la traición, a ese comandante Carlos Delgado Chalbaud de corta vida y triste celebridad. Segundo paso en esa violenta carrera criminal de quienes inauguran el primer gran campo de concentración americana, realizando el primer genocidio en este Continente, en esa Guasina inhóspita y selvática del Orinoco donde centenares de hombres han sido condenados irremisiblemente a muerte y donde ya abonan con su sangre y sus huesos humildes hijos del pueblo la Venezuela por venir, la de la hidalga, gallarda tradición, la de la justicia, siempre la misma en el ayer y el mañana. Y culminación de esa su desatentada carrera criminal es la realizada el 21 de octubre de 1952 cuando en artera emboscada en una de las más populosas calles caraqueñas vieron cumplida la sentencia de muerte que desde la sombra y desde su miedo habían dictado contra el doctor Leonardo Ruiz Pineda, líder de la resistencia civil venezolana a la dictadura castrense y conductor del movimiento popular encamado en Acción Democrática.

ESTILOS EN LA LUCHA

El asesinato de Paredes, génesis del nuevo signo que le dan a la lucha Castro y sus secuaces, fue el asesinato de un caudillo con todos los defectos y virtudes de los caudillos venezolanos. Se incorpora en la historia no por lo que representa colectivamente, sino porque un nuevo módulo introducen los hombres del 23 de mayo en la historia política nacional al consumir su sacrificio. Su figura solitaria, gallarda, se yergue frente a la sombría de Cipriano Castro, contrastando —luces y sombras de una viva historia— dos estilas de lucha, dos estilos de hombría.

El asesinato de Leonardo Ruiz Pineda, culminación del signo que le dieron los hombres de mayo y de diciembre al combate político, tiene un significado distinto. No es un caudillo de la vieja estirpe el asesinado. Al caer Paredes con él cayó su bandera. Ruiz Pineda representa al conductor moderno que las luchas sociales revelan y tallan en silencioso, heroico y desigual combate. Y cuya acción se proyecta en el espacio y en el tiempo, cada vez más creciente, y cuya figura adquirirá su cabal, superior estatura cuando en el duelo milenario las fuerzas de la democracia liquiden definitivamente a aquellas que

encaman en monstruosa simbiosis las formas primarias de la irracionalidad y la supercivilizada técnica puesta al servicio de los explotadores.

Por eso su figura se relleva con su sacrificio. Se yergue desde el fondo de su historia, primer conductor de la Venezuela aherrojada, intérprete de un sentimiento que es raíz y esencia de vivir en el agónico drama de su pueblo. Frente a él, sombría, torva, tartarinesca, la menguada figura de ese Marcos Pérez Jiménez, su victimario, albacea y heredero de Gómez y de Castro, para contrastar al rojo vivo los estilos de lucha, los estilos de hombría que encaman uno y otro.

LEONARDO, EL ESTUDIANTE

La vida de Leonardo se confunde con la existencia de la moderna Venezuela. Encama en su breve, luminosa existencia, toda la soterrada esperanza de los hombres humildes que se desangraron por los diez mil caminos de la Patria en pos de un oscuro pero perenne sentimiento de justicia social. De allí el sentido plutarquiano que ella entraña. De allí la necesidad de rellevarla para signo y ejemplo, para templarse el alma y para que miles y miles de hombres y mujeres presentes y futuros, disfrutadores en el mañana del supremo bien de la libertad y de la justicia, sepan que su logro no se realizó por donación graciosa, sino que es el precio de las mejores vidas, de la mejor sangre, aquella del espíritu que el pensador germano ya apuntara.

Rubio, alegre y rural pueblo andino, es el corazón democrático del Táchira. Allí en 1916, año convulsionado cuando en los campos europeos se librara, según la ingenuidad de aquellos tiempos, la guerra que acabaría con las guerras, y cuando un nuevo protagonista, el pueblo, surgido del fondo de las crisis sociales aparecía en la historia, nació Leonardo Ruiz Pineda. También se cimentaba en Venezuela la dictadura gomecista. Dos hechos históricos que enmarcan en forma casi fatalista su existencia.

La poesía lo tentó desde su niñez. A menudo se interrumpían sus sueños al contacto con la dolorosa realidad. Un día cualquiera, las plazas de San Cristóbal aparecían macabramente decoradas por hombres colgados con garfios, expresión de la vesania criminal de Eustaquio Gómez. Otro se comentaba en los colegios, en las casas, secretamente, el movimiento

estudiantil de 1928. Y las esperanzas de los adolescentes se volcaban todas sobre aquellos muchachos emboinados a quienes acompañaba el querer de su pueblo.

Más tarde se prendía en el movimiento revolucionario del Falke donde venían inconfundidos hombres de toda estirpe. Los que representaban la bastarda apetencia con Román Delgado Chalbaud; los intérpretes del idealismo juvenil y brioso con Armando Zuloaga Blanco; los del rencor freudiano encamados en ese simulador de dignidad que es José Rafael Pocaterra, quien terminó sus días políticos atado al carro del gomecismo resurrecto; y los de siempre, los humildes, los rojizos guaique- ríes orientales que dieron su presente en el combate con el heroísmo de Pedro María Yegres.

Ruiz Pineda vivió imaginariamente las aventuras libertarias. Pero ninguno de los caudillos antigomecistas logró despertar en él tanta admiración como el general Juan Pablo Peñaloza. Este encamaba la auténtica, la raizal nobleza andina. Reverso de aquellos otros, que arrogándose la representación misma de Los Andes, mantenían en terror al país, el caudillo tachirensé significaba para la juventud andina no sólo la encamación misma de las ideas liberales sino que mesiánicamente veían en él a quien borraba con su existencia combatiente ese como complejo de culpa, sincero, doloroso, que invadía a la mejor gente andina ante la desatada violencia criminal de quienes usurpaban el noble gentilicio. Para él dijo Leonardo sus mejores palabras, escribió sus más hermosas frases. Cuando se escriba su biografía integral hay que desentrañar en esas páginas el parentesco espiritual que tiene con el noble caudillo víctima también de la traición, caído irredento al pie de su bandera.

Para 1935 Leonardo está en Caracas. Asiste a la marejada popular que se desborda durante varios meses a raíz de la muerte del Dictador andino. Se integra en la Federación de Estudiantes. Era para entonces risueño y soñador. Espíritu mediterráneo, siempre llevaba al brazo un libro de poemas de Alberti, García Lorca, Antonio Machado. Escribía romances con suave sabor lorquiano y poemas sociales, detonantes, en donde encamaba su insatisfecha ansia de justicia. Contrastaban. Hacía, recordar eso que en términos trascendentes llaman los filósofos armonía de los contrarios. Y norma su vida. Suavidad martiana, pero también voluntad martiana. Los acontecimientos

políticos se precipitan y van precipitando también su vocación. López Confieras expulsa a los dirigentes populares y una tarde, desde el Teatro Municipal, en un gran acto público aclamado por miles de estudiantes Leonardo expresa en duros, recios versos, la voz del pueblo quebrantada en sus conductores civiles. Luego dirige La Voz del Estudiante, semanario idealista y batallador, cuya lectura se disputa el pueblo. La guerra española apasiona por entonces los espíritus. Oscar Pantoja Velázquez, un humilde moreno muchacho caraqueño, inflamado de pasión republicana, se fue a vestir el heroico traje de los milicianos españoles. Un día llegó noticia de su muerte.

Leonardo recogió en hermoso romance, expresión poética que signa las creaciones eternas, el impar heroísmo juvenil:

Oscar Pantoja Velázquez,
su nombre, sangre en España,
ruda, roja, ardiente corre
por las calles de Caracas.
Su voz estaba en el aire
cuando la cortó la bala,
se le cerraron los ojos
y se durmió su palabra.
La muerte llegó a sus manos
como si fuera una carta,
mitad en pliegos cerrada,
mitad en pliegos abierta.

Todo esto mientras cierra filas en los cuadros clandestinos del Partido Democrático Nacional (P. D. N.), “organización de la izquierda, instrumento al servicio de la revolución democrática y antiimperialista”, como escribiera años más tarde. Quienes lo formaban también lo dejaron escrito: “Éramos un equipo de muchachos estudiantes, movidos por el fervor de los veinte años, y un puñado de trabajadores abanderados en la lucha por la justicia social”. Para la lucha subterránea escoge el pseudónimo de Neruda, síntesis de su admiración por el gran poeta del Sur.

En 1938 el partido lo encarga para dirigir las elecciones en el Estado Bolívar. Con menguados dineros emprendió el viaje. Ese año las lluvias inundaron los

llanos venezolanos, se salieron de madre los ríos, y el viaje calculado en tres días le llevó treinta, los más de los cuales tuvo que hacerlos a pie, hambriento pero alegre, siempre escribiendo romances y sustituyendo la visión poética que tenía de la vasta llanura por esa otra real de soledad y miseria. Cantaclaro esfuminado para dar paso a Juan el Veguero, el eterno humillado. Lo tentaba la imprevista odisea y en posteriores días recordaba con humor infantil esa experiencia de sus años mozos y gustaba de evocar —montañés asombrado— la gran serpiente orinoquense y la alucinante visión selvática de la Guayana. Pero no se quedó en paisaje la odisea. Allá en Upata, airosa población enclavada en la selva, Rosa de la Montaña en el poético lenguaje de los guáyanos, sentó sus reales y vibrando su espíritu con el espíritu democrático del dionisiaco pueblo, organizó las fuerzas populares para disputar las elecciones a una maquinaria electoral fraudulenta organizada por el propio gobierno. La represión no se hizo esperar. Encarcelado, entre gendarmes se le llevó a San Félix, pequeño puerto sobre el Orinoco y en una frágil canoa se le condujo al otro lado, a una playa deshabitada de donde tuvo que recorrer muchos kilómetros para encontrar un ser viviente. Y mientras el pueblo upatense protestaba virilmente por el atropello del cual era víctima, se introdujo clandestinamente a Ciudad Bolívar, donde organizó las fuerzas del P. D. N. Los dulces, tristes ojos de mi madre se nublaron de lágrimas por él, en ese entonces. Allá en mi rincón nativo, la Upata que amó como su Rubio, los dulces, tristes ojos de mi madre lo están llorando hoy.

EL PERIODISTA

Para 1940 el estudiante se transforma en doctor. Un abogado más cuenta la República y un periodista impar aparece en el Táchira. Establecido en San Cristóbal funda con escasos recursos un pequeño gran diario para el Occidente, Fronteras, donde recoge en lírica, fresca, juvenil prosa, todos los acontecimientos nacionales e internacionales. Atrás quedan los días hermosos del romance. Y el lírico muchacho andino se transforma insensiblemente en un gran conductor ideológico. Se mete de lleno en la dura lucha política. Hace frente a las maniobras electorales del voto acumulativo y a la Asamblea Legislativa del Táchira, por voto popular, lleva una voz nueva, desconocida para las masas andinas y en su oratoria se conjugan ese trasfondo de ternura que no lo abandonó nunca, ni aún en sus más duras horas, con ese profundo

sentimiento social, madurado en su aprendizaje político de venezolano integral, que colocaba por sobre la vanidad regional que significaba el predominio de los hombres de su terrón nativo en la vida política venezolana. Con la lucha crece su figura y un buen día de 1941, ya transformado legalmente el P. D. N. en Acción Democrática, el pueblo de Caracas siente en el Nuevo Circo que le nació un tribuno de talla, emparentado con los grandes conductores de pueblo en el vibrar recóndito, en el sentido americano, en el roturar como un labriego antiguo la tierra para lo porvenir.

La lucha política que conduce como líder de oposición por los años de 1941 a 1945, tiene heroico sabor de silenciosa lucha. La juventud estudiantil andina reconoce en él al primero de los suyos. Y lo exalta a su más alto sitio intelectual al llevarlo a la presidencia del Salón de Lectura de San Cristóbal, rector ya del nuevo pensamiento andino.

Desde allí nos deja sus más hermosas páginas. Tal como aquella donde exalta en un sentido nuevo, con una dialéctica afinada en lirismo, la figura de Bolívar lastrada de esa retórica vacía a la cual son tan aficionados todos esos bolivarianos de calcomanía que disparan adulterado el pensamiento del héroe para conseguir fáciles sinecuras. Las habrá iguales pero no mejores. Abreva en el pensamiento de Bolívar y de él sale comprometido para siempre a realizar los ideales por los cuales se consumió en la viva lucha el caraqueño inmortal.

En 1943 se reúne en San Cristóbal una convención juvenil de toda la República. Leonardo la preside, la orienta. Allí se forja con un auténtico sentido de integración nacional, la Asociación de la Juventud Venezolana, organización que marca una profunda huella en el pensamiento y en la acción de las nuevas generaciones venezolanas, y en cuyas filas se adoctrinan quienes en duros posteriores días van a rendir con él esa lucha sin nombre en la cual cayó su combativa vida.

EL GOBERNANTE

Así hasta el 18 de octubre de 1945, cuando el gobierno surgido de ese movimiento lo transforma en gobernante. Primero como Secretario de la Junta Revolucionaria que sustituye al general Medina Angarita y luego como Gobernador del Estado Táchira.

Tocó a Leonardo en el gobierno la parte más difícil. Por situación histórica, por cerrada creencia religiosa esta porción andina es la más reacia a una transformación democrática. Formada en su mayor parte por masas rurales, esencialmente conservadoras, que emparentaban ideológicamente con las masas conservadoras colombianas, la gestión del gobernante tenía que ser muy limitada. La política en el Táchira cobró sabor primario. La alianza de los viejos gamonales del gomecismo, con los que izaban como bandera de reivindicación la figura de Cipriano Castro y peregrinaban a Capacho convertida en tierra santa, y con los sacerdotes de extracción carlista que desde los pulpitos incitaban a la violencia, llamando a guerra sacra, a cruzada sin cuartel, anatematizando como dinero satánico el concedido a los campesinos por créditos agrícolas, le dio singular importancia al Estado tachirense. Y alrededor del nombre de Leonardo Ruiz Pineda se encendió una polémica que adquirió contornos nacionales. Útil y necesario es incidir sobre este hecho. Porque la contienda tiene un significado histórico que se proyecta más allá del accidental episodio político y que enlaza la lucha que sostuvo Leonardo con aquellas del siglo XIX, que tienen allá en el Ecuador su adalid intelectual en Juan Montalvo y su paladín activista en Eloy Alfaro; y en Venezuela su encarnación en Guzmán Blanco, el autócrata del liberalismo. Duro tuvo que ser para un hombre como él, hijo del siglo XX, nutrido de pensamiento social, con una concepción de lo que es el Estado Moderno, convencido por revolucionario de que las luchas religiosas habían periclitado y convencido también de que la posición liberal del siglo XIX que veía en la Iglesia la raíz y origen de todos los males humanos estaba superada, el afrontar tan singular oposición. No se dejó arrastrar por el calor de la lucha y no invadió el terreno al cual lo provocaban a combatir. Normó su gestión de gobernante ese equilibrio y ese sentido deportivo que invitaba a la admiración. Y proyectó su política a la solución de los problemas económicos y sociales de su Estado nativo. Dejó a sus adversarios con su guantelete medieval y — hombre del siglo XX— no se dejó enredar en disputas teológicas, sino que se dio apresurado a la tarea de crear las condiciones necesarias para incorporar al Táchira al Estado moderno en el cual, presionado por la economía petrolera y por la orientación de sus nuevos conductores, se estaba convirtiendo Venezuela. Y lo logró en forma tal que la Asamblea Legislativa en la cual

predominaban sus opositores no encontró objeciones de fondo que oponerle y tuvo que inclinarse ante su honestidad de gobernante.

Advenido el régimen constitucional presidido por don Rómulo Gallegos, Leonardo ocupó el Ministerio de Comunicaciones. Era el más joven de los ministros, pero su ponderado y certero criterio en la función difícil de gobernar, gana la confianza y admiración de sus compañeros de gobierno. Su gestión fue corta, interrumpida por la traición del 24 de noviembre, con la cual su vida toma un imprevisto, heroico, romántico y trágico giro.

EL COMBATIENTE

El 24 de noviembre abre rumbos insospechables a su vida. Encarcelado durante varios meses es puesto en libertad el 19 de abril de 1949. De inmediato se aprestó al combate. Venía de la lucha, que eso fueron, y dura, los años de Acción Democrática para él, y se quedó en la lucha. Es girada contra él orden de prisión y desde sus improvisados escondites se dedica a una tarea ciclópea: reorganizar los cuadros del Partido. El triunvirato militar surgido de la traición desata en escala nacional sobre Acción Democrática todo su aparato represivo. Hasta en los más lejanos lugares son perseguidos sus hombres y mujeres. Sus líderes políticos encarcelados, desterrados, fugitivos. La magnitud de su tarea como conductor del vasto movimiento subterráneo se mide por la magnitud represiva del régimen. Leonardo, en páginas denunciadoras, transidas de justicia, lo revela: “La República no había padecido antes tan brutales persecuciones como las perpetradas por los Comandantes. El balance perturba los espíritus incommovibles. Más de diez mil ciudadanos han desfilado por las cárceles de Venezuela en promociones sucesivas de rehenes, aprehendidos como víctimas del rencor policial. El aparato represivo en la dictadura no ha podido dismantelar la maquinaria del Partido Acción Democrática, someter el empuje de la Organización, doblegar la mística de las masas. El país es irreconciliable con el Triunvirato surgido de la traición de noviembre de 1948. En cada ciudad, encada pueblo, aun en las más distantes aldeas de provincia surgen la voz de protesta, la hoja volante que llama a la lucha, la inscripción mural contra la persecución y el manejo deshonesto de los dineros nacionales”... Y así toda la literatura que en el correr de esos dramáticos años de clandestinidad es su más eficaz instrumento de

combate. Y su nombre empieza a hacerse familiar a las vastas masas venezolanas. Alfredo es el pseudónimo escogido. En toda Venezuela se habla de él con cariño. Ciudadanos ajenos al drama que vive la República se manifiestan sorprendidos cuando en los interrogatorios de la llamada Seguridad Nacional se les pregunta insistentemente por Alfredo. Y sus compañeros de partido en desfilar incesante por la Seguridad manifiestan sonriendo una sorpresa igual. Y él mientras tanto se multiplica. Hasta los oscuros calabozos de las cárceles repletas se filtra su mensaje de esperanza. En su menuda letra caben las frases de aliento colectivo y el personal mensaje para el compañero abatido por la suerte de los suyos. Hasta los familiares de los encarcelados también hace llegar su personal noticia. Todo esto mientras vive su propio drama espiritual. Bandas armadas con órdenes precisas de asesinarlo invaden la casa donde vive su noble compañera con sus pequeñas hijas y a balazos destrozan su hogar. Su esposa toma también el rumbo azaroso de la clandestinidad y los párvulos caraqueños de los colegios verán sorprendido cómo hombres reclutados en los bajos fondos al servicio de la Seguridad, inquietan por las dos pequeñas hijas del conductor civil de la resistencia venezolana.

Alberto Carnevali, su compañero en la conducción de la resistencia, es detenido. Y Leonardo, con valientes, arriesgados militantes del Partido planea su fuga. Y una mañana toda Venezuela asombrada, en el renacer del coraje antiguo, habla de cómo los hombres del pueblo han rescatado a su dirigente ante el terror de las bandas de la Seguridad que lo custodiaban en el hospital donde estaba recluido. La fuga de Carnevali determina que la saña del régimen se manifieste en una forma hasta entonces desconocida. Por las cárceles de los caraqueños desfilan y desfilan ciudadanos, rehenes hasta la aparición de Carnevali. Al Director de la Seguridad el triunvirato le da un plazo de quince días para detener al dirigente. Caracas vive unos meses de ciudad ocupada, allanada casa por casa, registrado vehículo por vehículo que sale de la capital y torturados centenares de ciudadanos para dar con su paradero. Todo en vano. Toda una vasta red se tiende para proteger la vida de los hombres que encaman en ese momento la aspiración civil venezolana. Y la Junta sustituye al antiguo director de Seguridad por un antiguo espía del lopecismo, hombre siniestro que ha pasado su vida al servicio de los

dictadores del Caribe y quien se compromete a realizar la liquidación física de los dirigentes populares en plazo perentorio.

Pero los meses pasan y la saña policial se redobla ante la impotencia por localizarlos. El 23 de septiembre de 1951 los sabuesos amaestrados disparan contra Leonardo en una oscura urbanización caraqueña. En octubre, frente al descontento cada vez más creciente del pueblo, la Junta de Gobierno “descubre un complot”. Y aprovechándose del estallido popular que se manifiesta en armada insurgencia en pequeños pueblos del Oriente venezolano, desata sobre los ciudadanos y grupos políticos legales que no se han doblegado, su más enconada persecución. Y a la cárcel y al destierro van a tener ciudadanos cuya sola actitud de dignidad es perenne acusación contra los usurpadores. La Universidad indoblegable como siempre a los facciosos, es cercenada en su autonomía, clausuradas sus aulas y sus estudiantes aventados por toda la América en busca de la cultura que la barbarie castrense les negó. Es entonces cuando Leonardo, como Secretario General de Acción Democrática, dirige públicamente al comandante Pérez Jiménez una carta valiente, acusadora —viril requisitoria— y lo emplaza ante la Nación venezolana y lo coloca ante el banquillo de los acusados, culpable de la zozobra social y del incierto y caótico destino de la sociedad venezolana. Con este documento sella definitivamente Leonardo su sentencia de muerte. En abril de 1952 la Seguridad “descubre” otro complot, que enlaza con un pánico colectivo que en la iglesia de Santa Teresa provocó una tragedia y en documento publicado en toda la prensa caraqueña, hace responsables intelectuales del “atentado” que nació de la mente medrosa de Pérez Jiménez, a Leonardo Ruiz Pineda y a Alberto Carnevali. En el mismo documento se dice sin rodeos la suerte que correrán los dirigentes populares.

Data de esa fecha, la hermosa carta, rezumante de ternura viril que dirigió a su padre: “No he querido hacer de la lucha instrumento personal de venganza para mis enemigos, no obstante que éstos han destruido mi hogar, perseguido mi familia, sumido en la miseria espiritual a los míos. Me he sobrepuesto a esas dificultades secundarias y me he mantenido en un plano de altura, negado a dejarme arrastrar por impulsos elementales. Una vez más nuestros enemigos abusan de sus ventajas transitorias y pretenden envenenar la opinión contra nosotros. Han ideado una inescrupulosa mentira para engañar a ingenuos y

desprevenidos. Pero sabemos que quienes nos conocen y saben de cerca nuestra formación moral rechazarán esta acusación gratuita y canallesca. No solamente quiero que Ud. y todos los míos tengan esta convicción firme. Deseo además que gente amiga, sus allegados, mis simpatizantes personales y políticos, conozcan esta opinión mía. Haga leer a ellos estos renglones para que se despojen de cualquier duda que les haya creado la infame acusación”.

Y en ella, ante la amenaza varias veces frustrada de asesinarlo, hace profesión de fe: “No me he inquietado ni acobardado por la intención de nuestros enemigos. Es muy claro que ellos están buscando un pretexto para eliminarnos físicamente, ya que no pueden hacerlo política ni ideológicamente. Han comprendido que es imposible localizarme y más imposible aún destruimos la fe de nuestro pueblo, que cree en nosotros porque nos sabe honestos y austeros. Por eso apelan a la mentira y por eso nos amenazan descaradamente ante toda Venezuela. Yo no me acobardaré por esta maniobra. No voy a renunciar a mi gran deber. Tenga Ud. la seguridad de que haré honor a mis compromisos y no vacilaré ni un solo momento en mantenerme a la altura de la misión que me ha correspondido. Eso deben saberlo también nuestros enemigos, porque es necesario que ellos comprendan que a nosotros nos mueve el valor espiritual que sólo las causas justas imprimen al hombre de bien. Tenga Ud. esa seguridad: la de que yo no abandonaré mi puesto de combate y que permaneceré en mi trinchera hasta el triunfo definitivo”.

Y su vida y su fe confundidas redoblaron la lucha. Apresurado, sabiendo que sus horas no le pertenecían, cincela con aires de viejo heroísmo su combatiente vida, escapada del molde clásico de los republicanos antiguos, emparentado en el fervor con los grandes conductores de pueblos y proyectándose en la historia con la elegancia de quien hizo suya, muy suya, la frase martiana de “luchar sin odios”.

Ante la inminencia del vasto fraude electoral que prepara la Junta para simular legalidad, en septiembre de este año Leonardo, conjuntamente con Rómulo Betancourt, Presidente de Acción Democrática, en clásico documento político expone que “el Partido Acción Democrática asume la responsabilidad histórica de declarar que se abstiene de concurrir al proceso electoral de la Junta de Gobierno y de señalarle a sus militantes y adherentes la obligación de

no depositar su voto por ningún candidato o lista de candidatos, plancha o combinación de planchas, de ninguna organización partidista o agrupación electoral”. Esto mientras hace crisis dentro del propio seno de las Fuerzas Armadas la insostenible situación y en la base aérea de Boca del Río y en la guarnición de Maturín se producen movimientos militares tendientes a resolver la aguda situación política venezolana.

Fue su último gran documento político. El 21 de octubre en artera emboscada, sobrepasando los métodos nazis, en plena calle caraqueña un grupo de asesinos de la Seguridad ultimó a balazos al más noble adalid de la resistencia venezolana, al del espíritu mediterráneo, al de la alegre y decidora fe, Leonardo Ruiz Pineda,

“su nombre, sangre en Caracas”.

Sangre para la resurrección de su pueblo como en el símbolo inmortal del cristianismo. Y sangre para teñir por los siglos de los siglos como en el drama shakesperiano, las manos y la conciencia de sus victimarios.

EPIFANIA

Libre ya del dolor del pensamiento, como diría Unamuno, más allá del dolor y las miserias humanas, traspuesta la ribera morada de la muerte, vienes en el total, definitivo reencuentro con tu pueblo para la epifanía. Y a ella conducen del fondo de los siglos, los viejos Amautas de la América India desgranando en sus quenas el homenaje de la raza antigua; los guerreros salvajes encienden sus fogatas y son una sola luz los montes y las selvas prendidos por tu muerte e inapagados para siempre; en los cerrados bosques los cantos de las sacerdotisas ofrendándose como en los viejos mitos; remeros invisibles por los mágicos ríos conducen a los fluviales dioses que elevan sus corales cantos hacia la eternidad; a la lucha se aprestan cientos, miles de jóvenes para ofrendarse en la guerra florida; y las madres enjugan su llanto y despiden a quienes marchan al combate y te ofrendan el laurel que jamás reclamaron, pero que les pertenece por derecho propio desde el mismo comienzo de los siglos cuando los hijos empezaron a ser inmolados en la lucha por conseguir los bienes supremos de la justicia y de la fe.

Con tu muerte nació la epifanía. Aparición de la estrella en el amanecer de un mundo nuevo. Desposorio del pueblo con el pueblo para borrar las culpas de los hombres. Y bautizo de púrpura en el nuevo Jordán.

Incorporal, eterna en donación perenne, la propia epifanía. Tuya es la luz sagrada que se ganó tu vida. Tuyo el laurel que legas a tu pueblo. Tuya, muy tuya, la sangre que convirtió la turbia agua terrestre en vino generoso para la nueva eucaristía. Y tuyo el llanto de tus compañeros como tuya también la alegría de quienes vean el nuevo amanecer. Y tuyo, siempre tuyo, el ayer y el mañana, el llanto y la alegría y la esperanza que fue luz de tu espíritu y que en sagrado rito aquí en la dura tierra recogen para siempre las inocentes hijas de tu carne y el sacrificio de tu compañera.

México, 4 de noviembre de 1952.

LEONARDO RUIZ PINEDA
Gallardo cruzado de la libertad

Rómulo Betancourt
Cuba-Uruguay / 1952

I

El agudo Miguel de Montaigne, en su ensayo, “De la tristeza”, habla de “la sombría, muda y sórdida estupidez que nos agobia cuando los males nos desoían”. Y añade, ilustrándolo con referencias históricas, que muchos hombres han manifestado sus dolores entrañables envolviéndose en un mutismo feroz.

Esa puerta de escape está vedada al conductor político. No puede entregarse, en la intimidad de él mismo, a rumiar sus tristezas. Debe sobreponerse a su humana angustia, a su dolor viril, para proyectarse hacia afuera y desentrañarle el sentido social a las tragedias que más de cerca le tocan, si ellas tienen relación con el destino de su pueblo.

En ello pienso al escribir sobre los dos más recientes crímenes políticos perpetrados en Venezuela por la dictadura de Pérez Jiménez, Llovera Páez y el civil de alquiler, Suárez Flamerich. El 7 de octubre fue asesinado Cástor Nieves Ríos en los calabozos de la llamada Seguridad Nacional, acaso por el propio jefe de esa Gestapo criolla, Pedro Estrada, o por alguno de sus lugartenientes. En la noche del 21 de octubre, en una calle de suburbio caraqueño, esbirros de la dictadura abatieron a tiros a Leonardo Ruiz Pineda.

Leonardo Ruiz Pineda era escritor, abogado, uno de los más extraordinarios oradores políticos de Venezuela, poeta de fina sensibilidad. Se enroló en la lucha social en su temprana juventud, allá por los días de la muerte de Juan Vicente Gómez, en 1935. Apenas adolescente, agitó con palabra vehemente las ansias de libertad del pueblo andino, de Su pueblo andino, víctima él también de la tiranía que hombres nacidos en la Cordillera implantaron a lo largo y a lo ancho de Venezuela.

Asesinado a los 37 años, veinte de su breve y luminosa existencia los dedicó íntegros a la lucha social. La década posgomecista, del 35 al 45, la jalona con una incansable labor de oposición, y entre carcelazos y hostilidades gubernamentales, funda periódicos; se enfrenta en procesos electorales al fraude oficial; precipita en su Táchira nativo la incorporación de una importante zona humana del país al proceso de unidad nacional, enrolando a sus mejores gentes en las filas venezolanistas de Acción Democrática. La

Revolución del 18 de octubre de 1945 lo convirtió en hombre de gobierno. Vivido y nítido conservo el recuerdo de aquel diálogo, en Miraflores, el 21 de octubre, cuando le entregaba el nombramiento de Presidente de su Estado nativo, donde aún resistía a una de las más fuertes guarniciones militares de la República.

—“Leonardo, el avión está listo. Van unos pocos hombres acompañándote. Allá te espera la cárcel o la casa de gobierno”.

—“Prefiero la casa de gobierno a la cárcel”, contestó, riendo con su sana jocosidad juvenil. “Pero si lo que encuentro allá es un calabozo, ya sabes que tengo cierta veteranía en celdas penitenciarias”.

Durante los 28 meses de gestión de la Junta Revolucionaria de Gobierno, presidió el Estado Táchira. Hizo una magnífica labor administrativa. Demostró inusitadas dotes de gobernante. Y aún los más enconados adversarios del régimen democrático, respetaron al funcionario ecuánime, alérgico a la violencia represiva, incapaz de lastimarle a nadie su decoro humano, su dignidad ciudadana. Rómulo Gallegos, impresionado por su denso haber de hombre de gobierno, lo llevó al Gabinete Ejecutivo, al iniciar su mandato constitucional. Fue Ministro de Comunicaciones de febrero a noviembre de 1948.

Derrocado el gobierno legítimo, se le encarceló durante seis meses. Al promediar el año 1949 lo libertaron. Días después de su salida de la Cárcel Modelo, cuando iban a apresarlo de nuevo, se le fugó espectacularmente a la policía. Y desde entonces, a lo largo de tres años, hizo vida de topo, sumergido en la clandestinidad, jefaturando la resistencia.

En esos duros años, Leonardo se convirtió en símbolo nacional. Encamó el ansia de libertad de todo un pueblo, más allá de los cuadros de una determinada colectividad política. Ejercía la Secretaría General de Acción Democrática, y la vasta militancia de esa organización, mayoritaria en el país, lo rodeó de apasionada devoción. Pero aun fuera de las filas de su Partido, las militancias de otras colectividades y las gentes sin ubicación política definida, admiraron la valerosa jornada que estaba cumpliendo el irreductible combatiente.

No hubo método al que no apelara la dictadura, para torcer su voluntad de acero. Pérez Jiménez, en un histérico arrebatado de furor, dio la orden, que toda Venezuela conoció:

—“Necesito que capturen el cadáver de Ruiz Pineda”.

Su modesta casa de habitación, donde se habían refugiado la esposa y dos pequeñas hijas, fue literalmente destruida, por bandas armadas, en octubre de 1951. Aurelena, su mujer, debió hacer desde entonces la azarosa vida clandestina.

Junto con Alberto Carnevali, otro de los dirigentes de AD cuya estatura política se ha agigantado en los años de la persecución, Leonardo fue acusado por la policía dictatorial en abril de este año, de un diabólico plan terrorista, cuyo supuesto anticipo fue el pánico del Miércoles Santo en una iglesia caraqueña, con saldo de decenas de niños y ancianos aplastados por una multitud enloquecida. En carta íntima a su padre testimonió, con acento de conmovedora sinceridad, cómo lo afectaba la idea de que se le creyese capaz de utilizar criminales arbitrios en la lucha que dirigía contra quienes oprimen y deshonoran a Venezuela. En esa oportunidad, con la premonición de que el infundio policíaco era una coartada para justificar el asesinato de Ruiz Pineda, escribí una vehemente carta pública, el 22 de abril de este año, a los gerentes de las agencias noticiosas internacionales. Fue publicada en numerosos periódicos de América, y en ella formulé la acusación de que los corresponsables en Caracas de esas agencias se hacían cómplices, por ingenuidad o por razones menos respetables, de los tenebrosos planes de la dictadura, al difundir la calumniosa especie del “terrorismo” de los líderes de la resistencia democrática de Venezuela. Ruiz Pineda, en un Comunicado de su Partido, de fecha 15 de abril de 1952, denunció también los criminales objetivos de esa novela policíaca, y con sobrias palabras, sin patetismo de ninguna clase, ratificó la consigna fundamental de AD: frente único nacional, “para combatir al régimen de usurpación e instaurar un gobierno de equilibrio político, que restablezca las libertades públicas, ponga cese a la inmoralidad administrativa y convoque al país a elecciones soberanas”. Y concluía ese documento con palabras que eran un reto lanzado a los usurpadores: “En el desarrollo y cumplimiento de esta consigna, los comandos de Acción

Democrática no vacilarán. Frente a las nuevas maniobras y amenazas gubernamentales contra la vida de sus dirigentes, nuestro Partido proseguirá imperturbable la lucha por la recuperación de la soberanía popular, creación de una economía venezolana, dignificación de la vida política nacional, progreso social y desarrollo de la revolución democrática”.

Así hablaba y por esos ideales combatía el gallardo cruzado de la libertad abatido a balazos, en la noche del 21 de octubre, en una cobarde emboscada policial.

Pero, habría que preguntar: ¿se siente tan fuerte y segura de sí misma la dictadura de Venezuela, como para provocar con esos asesinatos políticos nuevos estallidos de insurgencia nacional y el clamoroso repudio de la opinión libre de América? Por lo contrario, esa bacanal de crímenes, esa orgía de sangre, en que se revuelcan los hitlerillos de Caracas, son manifestaciones de pánico, ante la convicción que les agarrota el ánimo de estar muy próxima la hora del naufragio, en el basurero de la historia, de su aventura dictatorial.

(Bohemia, La Habana, 1952).

II

ADHESION A UN HOMENAJE A LA MEMORIA DE LEONARDO RUIZ PINEDA

Este homenaje a la memoria de Leonardo Ruiz Pineda, rendido por uruguayos libres y por exiliados de otras patrias americanas, radicados en la tierra de Artigas, tiene significación emocional y trascendencia política.

Nos conmueve, como compañeros de militancia ideológica y como amigos entrañables de Ruiz Pineda, la súbita incorporación de su nombre a la galería de los inmortales de América. Los disparos que cegaron su vida repercutieron en la conciencia continental. Y quien había luchado durante casi cuatro años, en la obligada anonimidad de la batalla clandestina, oculto detrás del pseudónimo de Alfredo, emergió de las sombras de una acción sin relieves externos ni fanfarrias de aplausos con su neto y nítido perfil de luchador insigne por la libertad y dignidad de su pueblo. Adalid de la resistencia civil venezolana a la dictadura: así está ya incorporado Leonardo Ruiz Pineda a la historia contemporánea de Latinoamérica y a la de las luchas sociales de todos los tiempos.

Este acto de presencia de las mejores gentes americanas para hacer justicia póstuma, sin regateos de mezquindad ni esperas dilatorias, al gallardo combatiente asesinado, tiene también extraordinaria importancia política. Es síntoma expresivo de que quienes en América combaten por la vigencia de las libertades públicas, por el nacionalismo económico y por la implantación de la justicia social, adquieren cada día más clara conciencia de que esa acción carecerá de eficacia mientras no se coordine por encima de las fronteras geográficas, enmarcadoras y limitadoras de cada patria en particular.

Y es que no podemos hacer ilusiones costosas, ni ver los hechos a través de prismas engañosos. Estamos empeñados en una lucha contra cuanto hay en nuestra América de barbarie indigerida, de feudalismo perviviente y todo ese saldo del ayer no superado, revitalizado con doctrinas de inspiración fascistoide. Y como apoyo y soporte de esa irrupción de lo antihistórico en el presente de la mayoría de los pueblos de Latinoamérica, la presión

colonizadora de fuera. Poderosos intereses extranjeros, junto con las cancillerías permeadas por sus influencias, consideran más cómodo, más fácil y más productivo entenderse con dictaduras venales, que con gobiernos nacidos de la limpia expresión de la voluntad popular y, por lo tanto, obligados a la celosa defensa del patrimonio económico, de la tradición de cultura y del modo de vida de los países cuyos destinos rigen. Y esta coalición de fuerzas es tan sólida como para explicar por qué crímenes políticos horrendos, como el de Ruiz Pineda y tantos otros en tantas otras partes, se estén realizando a diario, sin que encuentren repercusión crítica en organismos internacionales, cuyas propias Cartas Constitutivas les imponen la obligación de exigirles a los Estados asociados el respeto a los derechos del hombre y a las garantías civiles de los ciudadanos. En las Naciones Unidas y en la Organización de Estados Americanos, con la tolerancia cómplice de las llamadas naciones rectoras del “mundo libre”, las dictaduras que asesinan hombres, saquean erarios y aniquilan libertades, están alineadas en el bloque que dice defender a la democracia occidental de las agresiones de países que, con mayor sinceridad o con menor hipocresía, no ocultan la estructura totalitaria de sus gobiernos.

Esta es la verdad. Y frente a ella, no cabe la actitud de reclinarse sobre un muro de lamentaciones. Los hombres de 1810 se enfrentaron no sólo a España y a Portugal, sino también a la Santa Alianza. Frente a la generación libertadora, se alinearon todas las potencias colonizadoras de Europa, las testas coronadas, los traficantes negreros, los monopolizadores entonces del comercio con las colonias españolas y portuguesas, los precursores de los modernos *trusts* que se enriquecían con los productos del suelo y de las minas de las tierras de Indias. Los abuelos próceres respondieron a esa coalición de intereses subyugadores, políticos y económicos, convocando y conduciendo a los pueblos a la lucha por su emancipación; y proyectando ésta por encima de las demarcaciones geográficas que a cada Virreinato o Capitanía General asignaron las pragmáticas reales. Vertebrando a través de América Latina un frente de la libertad, incorporando a él los pueblos y las minorías intelectuales más esclarecidas, fue posible la independencia política del nuevo mundo.

La lección de ayer es consigna y mandato para hoy. Sabemos que estamos solos y que no podemos esperar ayuda de nadie, sino de nuestros propios

pueblos y de nuestra propia decisión batalladora. Y ya con esta lúcida idea orientando nuestra conducta, apretemos cada vez más los vínculos y el espíritu de cooperación quienes luchamos por unos mismos objetivos inmediatos, desde México hasta el Cabo de Hornos.

El acto que se realiza hoy en el Ateneo de Montevideo —ágora de la democracia americana— tiene por eso significación impar. Y pienso que el asesinato de Leonardo Ruiz Pineda por los sicarios de la dictadura de Caracas, ha servido no sólo para acicatear la decisión de los venezolanos libres de darle el empujón final a ese orden de cosas oprobioso, sino que ha contribuido a unir más a los hombres de pensamiento y acción, que en este continente balcanizado por los despotismos son los nuevos precursores de una segunda cruzada de independencia.

A todos los asistentes de este acto, a sus organizadores, vaya la palabra de solidaridad de la Venezuela combatiente, y de la militancia innumerable de Acción Democrática, que con sus banderas enlutadas y el corazón en un puño, pero sin vacilaciones cobardes ni lamentos plañideros, continúa enfrentada en la Patria de Bolívar a la barbarie en precaria función de gobierno.

(El País, Montevideo, Uruguay, 7 de noviembre, 1952).

**MANIFIESTO CLANDESTINO DE
ACCIÓN DEMOCRÁTICA**

**Primer Aniversario del asesinato
de Leonardo Ruiz Pineda**

Octubre 21, 1953

Hoy, 21 de octubre de 1953, se cumple el primer aniversario del asesinato de nuestro ilustre compañero Dr. Leonardo Ruiz Pineda, máximo dirigente de la resistencia nacional contra la dictadura, abnegado conductor de Acción Democrática, intelectual de honesta trayectoria y figura de aquilatado prestigio por la suma de virtudes personales y ciudadanas que concurrían a la determinación de su señera y nobilísima personalidad. El recuerdo y la presencia de esta fecha tienen dolorosa repercusión en el ánimo de la Venezuela democrática, —patria integral a la cual amó con inusitada vehemencia y por cuya consecución fue sacrificado en forma cobarde—, en el corazón de todos los cuadros y jerarquías de nuestro Partido, a quienes capitaneó con singular pericia, revelando excepcionales dotes de dirigente; y en la memoria de sus incontables amigos, unidos por lazos de afecto a quien supo comandar un gran movimiento de vanguardia, sin olvidar por ello las bondades inherentes a su carácter y a su intelecto.

La vida de aquel hombre extraordinario —mezcla de reposada varonía, inteligencia sorprendente, temple de conductor de multitudes, talento y valor armonizados, severo y cordial a un tiempo— pasó dejando una estela de generosidad. Desde su primera juventud se dio por entero a la lucha que hemos sostenido y seguiremos sosteniendo por recuperar e implantar definitivamente la democracia venezolana, y en ese rudo combate rindió digna y valerosamente la vida por su pueblo y por su idea en la trágica noche del 21 de octubre de 1952. Natural de Rubio, Estado Táchira, desde temprana edad reveló su inquietud ciudadana e hizo sus primeras armas en las filas del glorioso Partido Democrático Nacional, génesis determinante de ACCIÓN DEMOCRÁTICA. Su vocación intelectual se manifestó en el cultivo de una poesía saturada de ardorosa inquietud por la problemática colectiva. Poeta y líder estudiantil, con mentalidad abierta a lo universal, desdeñoso de limitaciones regionales este joven liceísta ganó el afecto y la consideración del pueblo tachireño que le miraba como el futuro continuador de sus más limpias tradiciones. Ya en Caracas ingresó a la Universidad para consagrarse a las disciplinas del Derecho, y pasó a engrosar la brillante Fracción Universitaria del PDN donde pronto conquistó prominente figuración. En forma simultánea satisfacía las exigencias de los estudios, cumplía tareas políticas de responsabilidad, acrecentaba su cultura general, escribía poemas

inflamados de angustia venezolana y atendía a la subsistencia sentando plaza de periodista. Recibido de abogado, marchó al Táchira nativo y desde la tierra chica su figura adquirió dimensiones nacionales. Su posterior actuación como hombre de gobierno le ratificó en la condición de dirigente nacional de nuestro Partido y al poco tiempo del cuartelazo traicionero contra el régimen democrático del Presidente Gallegos, Leonardo Ruiz Pineda, por derecho de su talento y de su trayectoria, asumía el comando de ACCIÓN DEMOCRÁTICA, en cuyo acertado ejercicio rindió heroicamente su corta, pero fecunda existencia. Fueron cuatro años de peripecias afrontadas con exacta noción del deber y claro sentido de futuro. EL HÉROE NACIONAL, que ayer nos comandaba y hoy nos inspira, cayó súbitamente, muerto a balazos, a mansalva, en alevosa celada que le fuera tendida por oscuros hombres de presa, incapaces de usar otro lenguaje que no sea el del plomo asesino, el secuestro inhumano o la innoble tortura. Leonardo Ruiz Pineda, templado en la misma fragua de José Martí; venezolano y tachirenses de la mejor cepa, en quien se aunaban el talento de Pedro María Morantes (Pío Gil), la gallardía de Francisco Laguado Jaime y la valerosa rectitud de Juan Pablo Peñaloza, el mismo Leonardo que fuera tan opuesto a las soluciones de fuerza y de violencias porque tenía un elevado concepto del debate político, fue víctima de la barbarie y el crimen en función de gobierno. Sus asesinos, jefaturados por Pedro Estrada, Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez, no podrán apreciar ni medir nunca la elevada estatura moral, política y humana de Leonardo Ruiz Pineda, cuya figura de patriota se agrandará en el tiempo y en el corazón de cada venezolano, en tanto se hará miserable y oscura la de sus verdugos.

En este 21 de octubre de 1953, cuando el suelo de la patria es maculado por el tirano nicaragüense Anastasio Somoza, victimario del inolvidable conductor antiimperialista General Augusto César Sandino y mandadero de consorcios colonialistas, nuestra militancia y nuestro pueblo, reafirman su voluntad combatiente. Llega Somoza el mismo día en que la República conmemora la pérdida de uno de sus hombres públicos más equilibrados, capaces y abnegados, y cuando ACCIÓN DEMOCRÁTICA recuerda a una cifra valiosa e insustituible, impar en esta etapa cruda y decisiva del porvenir histórico de Venezuela. Y, por ello, los festejos preparados para celebrar el abrazo de los

asesinos y aturdir a los venezolanos con el atuendo oficial, sólo conseguirán reunir en el recuerdo de Venezuela y América las figuras, trocadas en símbolos activos, de Leonardo Ruiz Pineda y Augusto César Sandino, mártires caídos por la dignidad e independencia de sus países respectivos.

El Partido ACCIÓN DEMOCRÁTICA convoca a su férrea y nutrida militancia, a sus simpatizantes y a todos los venezolanos que se oponen y resisten al régimen que desde hace más de cuatro años avergüenza a Venezuela, a recordar al admirable compañero Leonardo Ruiz Pineda, y a ratificar ante su memoria —en esta hora oscura y caótica de la historia venezolana— que el ejemplo de su obra es el mayor estímulo en la lucha por el respeto a la vida y dignidad humanas, y por la liberación política, económica y social de Venezuela. Al conmemorar el cruento sacrificio de Leonardo Ruiz Pineda, evocamos el recuerdo de nuestros grandes dirigentes: Dr. Alberto Camevali y Licenciado Antonio Pinto Salinas y el de tantos militantes victimados en las cámaras de tortura, campos de concentración o por las balas homicidas de la policía política. Sobre la sepultura de Leonardo quede hoy el emocionado tributo que de pie le rendimos todos sus compañeros de Partido.

Caracas, 21 de octubre de 1953

POR UNA VENEZUELA LIBRE Y DE LOS VENEZOLANOS
ACCIÓN DEMOCRÁTICA
Comité Ejecutivo Nacional

EL LEGADO DE LEONARDO

José Vicente Rangel
Caracas / 1958

A seis años de la muerte de Leonardo Ruiz Pineda, los venezolanos amantes de la libertad no podemos menos que dejar caer sobre su recuerdo fecundo, abierto como flor en el alma sencilla del pueblo, nuestra palabra de emoción y respeto.

Porque si la artera muerte segó en hora menguada su promisoro existencia, su lucha y su figura han quedado como el símbolo más puro de nuestra revolución. Ni la pasión política ni los intereses sectarios podrán empañar jamás la memoria ciudadana de Leonardo. Y allí estará siempre su muerte trágica, y su leyenda no controvertida. Y sobre la tierra venezolana su nombre dilatará la fe de los humildes en las tareas de libertad, con el reconocimiento religioso que el pueblo sólo pone en los que saben interpretar sus reclamos.

La evocación del líder civil durante el primer aniversario que transcurre en el período de la libertad recobrada tiene carácter de una afirmación. Porque supo defender ideales e imprimir heroísmo a su acción; porque fue como una “torta ardiente” de emoción revolucionaria; porque fue generoso en el combate y supo empujar su figura por encima de las mezquindades. Por eso estará siempre erguido su claro perfil combatiente, y venerado por todos.

Leonardo Ruiz Pineda fue ante todo un esforzado luchador. En su vida clandestina no tuvo tregua. Cuando la libertad, como en el libro de Jorge Amado, se refugió en los subterráneos, entonces desarrolló a plenitud sus facultades revolucionarias. Pronto su noble estampa clandestina adquirió ribetes legendarios. La conseja popular, hecha de humildes intuiciones, acogió su actividad para devolverla envuelta en mágico hálito. Pero también supo él unir a su valor y arrojo la infinita bondad y comprensión de que sólo son capaces los espíritus superiores.

Evocar hoy su memoria es tanto como revivir su figura. La inmolación tiene la virtud de abultar el recuerdo. Si el sacrificio tiene jerarquía de martirio, queda abierta la ruta para la perpetuación. Es así como se nos hace difícil escribir sobre Leonardo sin que los recuerdos se agolpen en nuestra memoria y se afinen en la remembranza del instante en que más cerca estuvimos de él.

Corría el mes de septiembre de 1952. Año de dolor, de denotas. Verdadero “tiempo del desprecio”. Acompañamos a Jóvito Villalba y a Manuel López

Rivas a una entrevista con Leonardo. El encuentro ocurrió en un apartado lugar de San Agustín, barriada en la que caería un mes después asesinado.

Con verdadera emoción juvenil estrechamos la mano del gran dirigente. Con voz agradable hizo un rápido recuento de la situación política del país. Habló en términos unitarios. Y aun cuando expresó dudas sobre el resultado de las elecciones a realizarse en aquel año, tuvo palabras de estímulo para los que luchábamos contra la dictadura en el frente legal. Su idea era combinar la acción de agitación, que a pesar de la precaria legalidad adelantaba U. R. D., con la actividad francamente insurreccional dirigida por él.

En sus ojos estaba marcada la decisión de luchar hasta el fin. En su rostro había la firme resolución de no dar un paso atrás. Cuando al término de la reunión abandonó la casa, lo hizo sin prisa. El gesto era severo, sin alardes. En su redonda personalidad ni siquiera habían dejado huella los azares de la vida que llevaba.

En la oscura noche caraqueña tomó el auto que esperaba. Militantes de ambas partidas vigilaban, silenciosos, el lugar. Al arrancar el vehículo su mano emergió para agitarse en un saludo de despedida. Parecía una bandera de heroísmo.

Pocos días después fue el crimen. Al saber la noticia un nudo de dolor apretó nuestro espíritu. Su ejemplo y su figura —legados de lealtad, de unidad— habían conquistado nuestro afecto.

Hoy recordamos a Leonardo. Sin falsos acentos. Sobriamente. Los hombres de todos los partidos le rendimos, en el fondo de nuestros corazones, un cálido homenaje. Como en el verso de Neruda a Miguel Hernández, también podríamos decir: “—Nadie te ha olvidado. Aquí te llevamos todos en mitad del pecho”.

Caracas, 1958.

LEONARDO RUIZ PINEDA
La hidalguía iluminada

Manuel Vicente Magallanes
Caracas / 1958

La muerte es sólo muerte cuando en su cauda trae las formas del olvido y se reduce al ámbito severo del silencio. Si de la muerte emergen rotundas resonancias y hay un signo perenne en el recuerdo, ella se toma en hito de la vida, en semilla fecunda que se esparce en la tierra.

Cuando la metralla homicida segó la hermosa vida de Leonardo, hubo en América resonancias vitales, hízose imperecedero su nombre justiciero y se convirtió su cuerpo en cálida simiente. Al tronchar el absurdo su ruta luminosa, su lumbre se hizo antorcha y austero lampadario. Su voz es un susurro vibrando por el aire y es manantial sereno su claro pensamiento.

Leonardo fue un hombre bueno y generoso, vertical y correcto, honesto hasta personificar la imagen pura del desprendimiento. Su lucha no tuvo treguas en defensa de la justicia social y de las instituciones democráticas. Su vida toda es un ejemplo de lealtad a los principios y de rectitud ciudadana. Fue un intérprete fiel de su generación y un guía fervoroso en las contiendas cívicas. Valiente y abnegado, nunca evitó los riesgos ni temió las acechanzas. Su figura se yergue como uno de los conductores de mayor prestancia en las luchas sociales de nuestro tiempo. Por eso su nombre está inscrito con blancos caracteres en las páginas de nuestra historia contemporánea.

En el infausto día, cuando supimos en la cárcel la fatal noticia de su muerte, sentimos en el alma el peso de la angustia. Los que estuvimos a su lado en las trincheras de la resistencia, los que conocimos su melancólica sonrisa y su apasionada conducta civilista, los que sabíamos de la suavidad de su carácter y la entereza de su corazón, no podíamos creer que contra él se hubiese ensañado la violencia. Y al retirarnos entristecidos a la oscuridad del calabozo, con el dolor que nos causaba la tragedia, en arrugados papeles encontramos su voz fraterna de franco combatiente. Eran las páginas de un prólogo, las certeras de introducción al Libro Negro, en las que sus palabras denunciaban el reiterado atropello:

“Ni el clamor nacional, ni las víctimas, ni el repudio exterior, ni la recriminación de la propia conciencia —decía—, han podido frenar la maquinaria del terror policial. Es un régimen de crimen que no puede mantenerse sino con el crimen. Es la hora en que el verdugo y el delator, el espía y el espaldero, gozan de todas las seguridades del apoyo oficial.

Venezuela está padeciendo una pesadilla de diarias represiones, con trasfondo de morbosa amargura criminal”.

Ahora era él la víctima del crimen. Cuando escribió estas frases no creyó nunca que estuviera tan cerca la vesania asesina. Pero ya sus palabras nos habían advertido:

“Somos un Partido con probada tradición combativa, forjado en los socavones de la vida subterránea, en la diaria tarea clandestina”...

Y de seguidas el párrafo esclarecedor y terminante:

“El país nos sabe una fuerza de solvencia política, invariable en las alternativas del poder y la adversidad, del gobierno y la persecución, igual a sí misma en la magnitud del movimiento creador y renovador. No la ha amedrentado el terror oficial. Hemos apretado filas para cubrir el vacío que dejara el caído. Hemos presentado frente férreo de batalla. No hemos respondido a la provocación desviándonos de los objetivos programáticos y rumbos tácticos de la organización. Ya hemos atravesado la hora de prueba de los movimientos políticos y tramontados la etapa de la definición categórica. Nos sentimos en posesión de robusta personalidad histórica, en marcha abierta hacia el cumplimiento de las consignas fundamentales que son base del compromiso hacia la nación”.

Leonardo reunía las condiciones del dirigente con formación humanística, con conocimientos filosóficos, y las del conductor práctico en el activismo revolucionario. En aquel documento trazó a grandes rasgos nuestra conducta ética y doctrinaria:

“No nos mueven ni los apetitos materiales del poder ni las bajas apetencias de la venganza política —precisaba—. Nos hemos entregado a una labor de profunda vocación nacional, animados por el aliento de la faena política, sujetos a una plataforma ideológica, actuando conforme a una táctica definitiva y a una diáfana filosofía que hemos popularizado en todos los tonos, en la oposición, el poder, la clandestinidad y la persecución... A todos nos une el propósito común de edificar una patria emancipada de las fuerzas extrañas que sojuzgan nuestra vida, de crear una economía propia, de realizar la transformación del medio social venezolano, de poner en marcha las inmensas

capacidades productivas de la nación, de superar la situación de atraso cultural de grandes sectores de la población, de mejorar el nivel de vida de las clases mayoritarias, de impulsar el desarrollo de la industria y de la agricultura, de modificar el sistema feudal de propiedad rural, de dignificar con el ejercicio honesto la administración pública y ejercer plenamente la soberanía popular”.

Sostenía que sólo una política de previsión y vigilancia en el orden económico podía garantizarle a la nación futuro de estabilidad y auspiciarle vida propia. “Sólo un régimen asentado sobre la adhesión mayoritaria de la nación — afirmaba— tiene capacidad para cumplir esta empresa suprema. Sin jactancias, sin engreimientos, nos creemos fuerza asistida de la confianza nacional y capacitada para garantizar un régimen de paz social que sea la resultante del equilibrio morigerador entre los factores que alientan la dinámica del Estado”.

Era Leonardo un convencido de que había que proscribir de la lucha política venezolana el sectarismo vehemente y la venganza injustificada.

“Cometeríamos gravísimo error histórico —expresaba— si en un nuevo ejercicio del poder pretendiésemos utilizar los recursos de gobierno para actuar con ventajismo partidista... Hemos orientado la opinión y el ánimo de militancia y pueblo hacia el desarme emocional de la intemperancia y la pugnacidad estéril... Hemos predicado sin ánimo apaciguador, pero con noción exacta de nuestro deber de hoy y de mañana y con sentido de la responsabilidad que nos corresponderá en nuevas funciones de poder. El país, que no nos ha negado su crédito de confianza, sabe que nuevo ejercicio de poder por Acción Democrática no lo será para fines de venganza subalterna o ejecutorias revanchistas, sino para garantizar cabal ejercicio de libertades públicas y soberanía popular”.

Por último, como un consejo aleccionador, el señalamiento de cuál debía ser la conducta obligante de todos los miembros del partido:

“Deber nuestro es orientar políticamente al pueblo venezolano — recomendaba— y crearle conciencia sobre su destino democrático. Al cumplimiento de ese deber contribuirá la diaria acción de la propaganda, la incesante labor proselitista que lleve al ánimo público la razón de ser de

nuestra lucha y los fines que nos proponemos alcanzar... A los acciondemocratistas nos corresponde acrecer la fe del pueblo puesta en nosotros. Y esa tarea es posible mediante la diaria labor superadora, a través de un proceso de sincera preparación ideológica y activa, que nos permita mañana cumplir la misión que nos corresponde como vanguardia de la nación. Lo que hasta ahora hemos hecho no es suficiente ni colma nuestras limpias aspiraciones. Resta aún gran parte de la jomada. La cumpliremos con fe, sinceridad, disciplina, alentados por la moral partidista y por la responsabilidad que nos ha encomendado la presente lucha nacional”.

En aquella Venezuela nocturna, donde las sombras acechaban como buitres, Leonardo representaba una rara estirpe de hidalguía iluminada. Era un intelectual convencido del valor trascendente que tienen las palabras, confiado siempre en el triunfo final de la razón. Poeta por vocación y temperamento, dotado de un espíritu crítico de fina sensibilidad, era un soñador de mundos superiores, aspirante a una patria forjada con emoción en las altas comarcas del cabal idealismo. Allá estará arriba, departiendo de estos temas con Andrés Eloy y Antonio Pinto Salinas —en el centro la figura tutelar del Maestro Gallegos—, rodeado de nuestros otros mártires que escucharán ensimismados su verbo fascinante.

Cuando murió Leonardo le cantaron, con transido sentimiento solidario, sus hermanos los poetas. A la cárcel, en hoja multigrafiada cuyo texto no ha sido reproducido posteriormente, nos llegó el poema de Alarico:

“Mataron a quien moría
todos los días soñando
por resucitar el pueblo
y encender un lirio blanco.
Su cuerpo cubrió la tierra
en el vientre del espanto
y su palabra dolida
montó en aire desolado.
Mataron a la clemencia
en el rostro de Leonardo.
Pedía justicia y le dieron

un cielo guillotinado.
Sus balas han florecido:
Son antorchas en el paso
de la procesión de arterias,
de silencios y de cardos.
Su espíritu de azucena,
su afán de nube, esperando:
lámpara encendida siempre
aunque fuéranla apagando.
Procesión de los humildes
sigue marchando con paso
de sol, de luna, de estero,
de cordero desalado.
¡Cuándo llegarán las huellas
chapoteando sobre el barro!
¡Un jilguero de sonrisas
se ha suicidado en un árbol!”

Aunque esté bajo la tierra, mordido por la bala que hizo frágil su cuerpo, Leonardo estará siempre en las alturas, en constante ascenso y prospectiva, al nivel que tiene el pueblo su corazón sencillo. Sus cenizas, de regreso, han sido —por fervor— nuevamente encendidas. Y ha vuelto en multitudes a las calles de Rubio —la nativa aldea, rural y hospitalaria—, donde en su ofrenda le ha nacido, como una promesa convertida en triunfo, un nuevo Presidente a Venezuela.

En nombre de la Dirección Nacional de Acción Democrática y de toda la militancia del Partido del Pueblo, rendimos hoy tributo y homenaje a la memoria de Leonardo. Y en él, con sincero recogimiento, a todos los mártires de la democracia venezolana.

Valgan para concluir los propios versos de Leonardo, quien los escribiera para el romance a Oscar Pantoja Velásquez, miliciano venezolano que pereciera en la Guerra Civil española. La estrofa sencilla y expresiva, es un noble epitafio para su propia tumba:

Su voz estaba en el aire
cuando la cortó la bala,
se le cerraron los ojos
y se durmió su palabra.

Caracas, 1958.

LEONARDO RUIZ PINEDA
Héroe de la Venezuela contemporánea

Domingo Alberto Rangel
Caracas / 1958

En Rubio, donde nació Leonardo Ruiz Pineda, los brazos de la cordillera de los Andes van desfalleciendo levemente, en una como sinfonía de compases apagados, hasta perderse en los horizontes. Se abre entre las filas lejanas de los cerros; el regazo de los pastos, con su collar de ríos, son las vegas extensas. En medio de la tarde, el sol de durazno que se tiende a descansar detrás de las montañas, alumbra escenas de gozoso acento campesino. Los rebaños desfilan como tropas indias conducidos por esa tonada que es como camino musical. Silba el vaquero sus aires melancólicos y en la quietud de la naturaleza todo adquiere la tristeza de las cosas que se recogen. Medita el árbol a orillas del camino, se quiebra en murmullos moribundos la risa del arroyo y en las bestias y los hombres aparecen esa resignación del tránsito hacia las sombras. Entonces las vegas de Rubio, que han brillado todo el día como acuarela de vivos colores, van entregando a la noche codiciosa las cuentas de la jomada. Son cuentas sencillas, de episodios domésticos que hacen de la criatura humana un pozo transparente que trasluce hasta sus profundidades más recónditas. En la mañana ha sido la aurora del trabajo recio con sus pelotones de campesinos dispersándose, como hormigas asustadas, por los vericuetos del follaje. La lucha contra la serpiente traicionera, machete en mano o el hallazgo de algún animal son los únicos episodios que destierran la rutina en ese internarse de todos los días por las espesuras de las plantaciones a la mancha verde de los pastizales que es la vida para el peón de los Andes. En la tarde cuando viene, junto con el paisaje que parece también pedir descanso para quitarse de encima el tábano del sol, la hora del ángelus que brota de la garganta de piedra de la Iglesia distante, no hay entre el hombre y las cosas sino un diálogo rudimentario de impresiones elementales. ¿Cuándo lloverá, Dios mío? musita el hombre en su conversación callada con la naturaleza. Y el sol rojizo que entierro sus rubicundas barbas en el cofre incendiado del crepúsculo, contesta con carcajadas de burla. No lloverá porque eres campesino y debes soportar la prueba de la pobreza. Morirán tus mazorcas, enflaquecerán tus vacas y en tus cafetales no aparecerá la nieve de las flores, augurio de cosechas. Así es la vida en Rubio y en todos los Andes donde la geografía estupenda de los valles recostados a la almohada de los picachos ignotos es un contraste entre la felicidad de las cosas que ríen y el alma de los hombres que lloran. Las cuentas sencillas que recoge la noche tienen en los Andes, a ratos, el diapasón incansable de la tragedia.

Leonardo, el de Rubio, fue el héroe de la Venezuela contemporánea. El 21 de octubre ha sido para el país tan luctuoso como aquella mañana en que unas manos criminales segaron la vida del Mariscal Antonio José de Sucre. En la historia de la Patria no hay dos episodios que guarden tan estrecho parecido. Berruecos y Caracas se enlazan por encima de los ciento y tantos años que los separan. En Berruecos aniquilaron la conciencia de Colombia para que el crimen contra las instituciones no tuviese testigos. En Caracas apagaron la voz de la democracia para que la usurpación siguiese haciendo su nefanda siesta. Leonardo tenía mucho de Sucre. El paisaje empezó por hermanar a Ruiz Pineda y al Mariscal. Cumaná y Rubio son porteras del valle circundado por altas montañas que no quieren perturbar, acercándose mucho, el goce de la vida. Rubio está encerrada en cinturón de farallones inalcanzables y Cumaná tiene a su mar que es aventura abierta a los vuelos del espíritu. Pero en Rubio el mar es la dehesa apretada de pastos que también bailan su carnaval de olas cuando el dios de los Andes, su viento incansable, se le suelta al cielo y sale a jugar un poco en los espacios libres. El Manzanares y los ríos de Rubio son fiesta igual de armonía en los oídos, regalo para el tropiezo y venda para la contrariedad. El paisaje puso en el alma de Ruiz Pineda y de Sucre los mismos elementos de heroísmo sacrificado, de inmolación de Abeles para apagar las furias sañudas de los Caínes de América.

Leonardo fue el anti-tirano en la historia de la Venezuela de nuestros días. Con él pagaron los Andes una deuda contraída desde que entraron por el portillo de la aventura los pasos de aquellos sesenta Argonautas que deslizándose por entre desfiladeros y valles llegaron hasta la capital de la República. Con ellos venía para sintetizar en figura humana los peores instintos, ese Juan Vicente Gómez que domesticó al país con su brujería y su látigo. Gómez era la expresión, casi textual del medio en que discurrieron sus andanzas infantiles. Había nacido en un paraje duro donde la paja se acuesta todo el día para salvarse del latigazo inclemente de un viento que no otorga tregua. En La Mulera, el viento es una mezcla de simún con huracán. Gomo cuchilla, se clava en las paredes de las casas hasta arrancarle trozos que abren la lepra de la desintegración. Son casas con troneras desoladas, testimonio elocuente de una naturaleza que no juega. La tierra se cuarteja en profundos abismos que evocan aquellos pasos de la Sierra Morena donde el puñal teje los

hilos de sangre de la fechoría. Sobre las planicies peinadas se elevan esas exclamaciones de piedra que son los picachos súbitos. El granizo de las alturas y la lluvia persistente de las estribaciones se encuentran allí para darse el abrazo que es como pacto de guerra contra el hombre. El hilo del arroyo pronto se convierte en borbotón de aguas leonadas que arrastra árboles, cantos y hasta cuerpos en noches de jomadas agresivas contra la quietud de los seres y las cosas. Cuán distante ese Rubio tranquilo de valles bucólicos donde todo invita a trabajar y prosperar. Mientras en La Mulera hay que vivir en acecho para defenderse de la asonada tremenda de los elementos, en Rubio la existencia invita a la placidez. Un contratiempo en Rubio resultaría amable suceso visto con los ojos acostumbrados al peligro del habitante de La Mulera.

El contraste geográfico se expresó también en las vidas de Gómez y Ruiz Pineda. Con Juan Vicente Gómez entra en la historia de Venezuela la crueldad de los mandarines asiáticos. Gómez era, como dijo Gallegos de uno de sus personajes, la semilla tártara que cayó en América y en suelo propicio se abrió frutos de maldad. Gómez es el cálculo frío del mercader doblado de usurpador. Nadie sabe cómo piensa el general Porque sus ojillos son como dos aspilleras de cuartel por donde apenas asoman las negruras de un abismo. Sumido en su vida elemental, Gómez va reduciendo a la República a las proporciones de un clan que tiene su tótem, sus ritos y su magia. El tótem es el propio Gómez que reclama, con peligrosa frecuencia, el homenaje de la sangre humana. El rito de esa Venezuela domesticada son los latigazos que desgarran las carnes de las víctimas. Y la magia el terror invisible que cala los huesos y paraliza al país de los Libertadores. Nunca un pueblo encontró un antihéroe más cabal que Juan Vicente Gómez. Pérez Jiménez será un cachorro degenerado de esa temible stirpe. Cuando se escriba la historia, el general Gómez despertará la aterrada admiración que hoy rodea a Iván El Terrible o a Gengis Khan. Y Pérez Jiménez recibirá la displicencia que se prodiga a las lianas en que decae el milagro vegetal de un árbol fornido.

Con Leonardo pagan los Andes su deuda hacia Venezuela. Leonardo es el representante de irnos Andes que no vinieron con los sesenta y que desde 1899 esperan el milagro de su redención. De la montaña vino el gran flagelo de los tiranos modernos, pero de allá había de venir, por una compensación histórica, el mártir que regara en gotas de sangre la planta azarosa de nuestra

democracia. Detrás de Leonardo estaban, en la epopeya de la resistencia, los millares de campesinos callados que cuentan en días de rutinario sacrificio la magnitud de su fe. Esos campesinos que lo miraron correr en su niñez por los aledaños de Rubio, que admiraron su verbo de bachiller mesiánico y que más tarde adivinaron en sus ojos el fuego de un mensaje creador. Y estaban también los estudiantes de la montaña, los comerciantes, los intelectuales que tienen en Venezuela el concepto de una patria sin demarcaciones regionales, una sola en su palpitación y una sola en la esperanza. El andino de nuestros tiempos es un personaje profundamente nacionalista, apasionadamente adicto a la causa de Venezuela. El compartimento estanco en que han pretendido encerrarlo los artífices de la parcelación apenas ha servido para exacerbar su vocación venezolanista. Y en Leonardo esa vocación alcanzó los ribetes del mártir.

Leonardo es en la Venezuela de todos los tiempos, porque su ejemplo traspasará las edades, el valiente capitán que aguarda y busca la muerte como si quisiese consumir en la inmolación el rito de su gran destino. No ha sido escasa Venezuela en ese prodigar la hazaña solitaria del combatiente que enfrenta sin armas la injusticia para certificar, con su epopeya, el grito de los ideales. Somos el país del idealismo desprendido y en nuestras carnes el Verbo ha florecido en entrega. Coto Paúl, José Félix Ribas, Armando Zuloaga Blanco y Eutimio Rivas son los antecesores de Leonardo en la legión del heroísmo nacional. Hombres con libro debajo del brazo que perecieron para que el pueblo venezolano tuviese recuerdos que fuesen acicate. Venezuela está llena de esas gentes que sembraron democracia para morir cuando la planta ni siquiera asomaba por entre el duro suelo aridecido. Pero el sembrador está en el fruto que a la postre abre, en la cima del árbol, el milagro de la vida. Y Leonardo en su muerte enterró una promesa que no pudieron destruir los sicarios del odio. Desde Bolívar —el Padre y el Hijo de nuestro Evangelio— Venezuela no tenían un héroe tan cargado de gloria como Leonardo. Hemos desgajado las espigas de la guerra. Los ejércitos han hundido su arado de muerte en el campo para que el surco prodigase la tragedia. Pero no habíamos tenido desde la independencia el hombre que se encierra en su destino, que se desprende de todo para que viva Venezuela. Leonardo era la Patria. Y como la

Patria falleció entre disparos para resucitar cuando las losas del sepulcro recibieron el embate de unas manos de pueblos ya cansadas del oprobio.

Leonardo está resucitando en el joven estudiante que interroga a los libros y a la vida para hallar en ellos el secreto del heroísmo. En esa Universidad poblada de gritos y de caras alegres vi a Leonardo con sus ojos negrísimo agrietados por el chispazo de una mirada intensa, la mañana del 7 de septiembre. Allí estaba Leonardo resucitado en pueblo juvenil, vivo su mensaje en el entusiasmo de los combatientes. Y volví a ver a Leonardo en la presencia de las multitudes que jalonaron de éxito las jomadas de la defensa de la democracia. En sus campesinos de los Andes, también graduados de cólera cuando la amenaza se cernió sobre las instituciones. Pero está Leonardo, y todos pueden verlo, en la gran agonía de la Venezuela que no se resigna a perder sus libertades. En esta esperanza del país, ya limpio de ofensas su rostro transparente, donde apenas palpita el río azul de las venas henchidas, aparece Leonardo. Cristo resucita y tiene sus discípulos reviviendo su apostolado en las anchas galerías del mundo. Leonardo Ruiz Pineda no morirá mientras haya un latido en el corazón de las masas, mientras esta tierra lleve el nombre agridulce de Venezuela. Nos acompañará en las grandes acciones del porvenir, cuando rescatemos la soberanía y pongamos el puente de progreso en los caminos de los oprimidos. Su nombre será la bandera del triunfo. Y si volviere la agonía a apoderarse de la patria, también rondará la imagen de Ruiz Pineda marcando con su sello de heroísmo el brazo de los combatientes.

Nosotros tenemos un orgullo que no permutamos ni por el más alto honor. Es el orgullo de haber conocido a Leonardo Ruiz Pineda. En Acción Democrática le tuvimos, maestro en el plantel de la conciencia y del deber. Y en Acción Democrática tiene panteones en el alma de cada militante. Pero también los tiene en toda Venezuela. Leonardo traspasó las fronteras ideológicas para hacerse un capital de la Patria. Es el tesoro que podemos exhibir cuando se nos pregunte por las ofrendas que hemos tributado a la libertad. Como los españoles de la gesta que llevaban el cadáver del Cid a la pelea por sus libertades, nosotros exhibiremos a Leonardo para recordar el compromiso y aguijonear el ardor. Y mañana, cuando los años nos adentren en el futuro y de esta Venezuela queden sólo los vestigios, se elevará el nombre de Leonardo

como trapo de glorias. Diremos entonces, con estremecimientos de emoción en la garganta, que fuimos compañeros de Leonardo Ruiz Pineda. Haber sido sus compañeros y sus amigos es ya como recibir, humildemente, unas gotas de su grandeza. Y en nosotros y en los venezolanos que vengan, renacerá Leonardo. Como en el poema de Neruda puede decirse también de Ruiz Pineda que “despierta cada cien años cuando despierta el pueblo”.

Porque Leonardo es el alma, la cuerda vocal y el nervio del pueblo. Su flor más limpia y su timbre más alto.

21 de octubre de 1958.

LEONARDO RUIZ PINEDA

El Gobernante

Gonzalo Vivas Díaz
San Cristóbal / 1958

Es sólo ahora, en este año de 1958, cuando ha podido hablarse públicamente de la muerte de Ruiz Pineda, asesinado vilmente una noche en las calles de Caracas por asesinos en función de gobierno, quienes quisieron prolongar las sombras de aquella noche para ocultar la figura altiva e incontaminada del luchador de convicciones sinceras, en defensa del pueblo venezolano, por temor a que su nombre pudiera hacer tambalear el régimen ilegal que bajo estado de sitio oprimía a la nación venezolana.

En plena juventud fue detenido en su acción dignificante y ennoblecedora para sostener los ideales de libertad, independencia y decoro nacionales. Tenía una profunda y extensa preparación en todos los aspectos de la cultura y sobre todo, una visión muy clara de los grandes problemas de la comunidad. Inquieto y activo, una vez que entró en funciones de gobierno, no perdía minuto en su afán de crear, organizar y servir. Tuve el honor de acompañarlo en sus labores de Gobierno en el Estado Táchira y frente a él reafirmé los conceptos de responsabilidad y cumplimiento en funciones públicas. Sobre todo me quedó el recuerdo de su espíritu celoso por la dignidad del hombre. Fundamentalmente quiso en su obra de gobierno dar ejemplo de sacrificio y desprendimiento, de valor y de serenidad. Ante todas las dificultades que surgieron con motivo de la Revolución de Octubre, al aceptar dirigir el Gobierno del Estado Táchira en un medio de economía retrasada, sin vitalidad, sin industrias ni organización del Estado, su voluntad golpeó reciamente por imprimir agilidad en todos los ramos de la economía, de los servicios de sanidad, educación, relaciones públicas y aspectos administrativos-políticos.

No podría hacer ahora un recuento de la obra cumplida, pero sí señalar que la administración no se concretó a despacho en los escritorios oficiales, la planificó para extenderla hasta cada una de las aldeas de aquel Estado y por esto en menos de dos años hizo más de treinta recorridos por los Distritos, Municipios y Aldeas en todas sus direcciones, para ver los problemas de sanidad, educación, economía y buscarles soluciones de corto y largo plazo. Allí están los documentos de aquel tiempo-en los cuales se dejó narrada esa acción oficial que merece análisis oportuno para comprender el esfuerzo de la obra realizada, pero ante todo, debo resumir el espíritu de superación y de

futuro que se encerraba en aquella mente de tantas preocupaciones para con su pueblo: el aspecto moral en función de gobierno.

Estas son sus palabras textuales en el último mensaje de Gobierno del Estado Táchira en enero de 1948:

“No somos gente vanidosa a quienes pueda cegamos el orgullo o la pedantería para consideramos autosuficientes y realizadores de profundos milagros. Bien sabemos que al lado del acierto y de la obra justa están el error y la equivocación. Pero esos errores y equivocaciones son resultado de una temperamental vocación realizadora, del querer hacer obra inmediata y variada en todos los frentes para solucionar los complejos y numerosos problemas que surgen de la realidad regional. Nuestros errores no son de la apropiación y usurpación de los dineros públicos y el enriquecimiento ilícito mediante el tráfico deshonesto con los bienes colectivos. Igualmente sabemos que nuestras actuaciones no podían cubrir todas las imperiosas demandas de la colectividad. Quedan en pie numerosos problemas, muchos de ellos fuera del limitado alcance de la Administración Regional y para cuyo estudio sereno y meditado requiérese un ambiente de tranquilidad pública, de sosiego colectivo y de permanente paz social en nuestro Estado”.

“Hablando en mi propio nombre, solicito respetuosamente de esta Soberana Representación del pueblo tachirenses que se inicie en la historia pública del Estado y en mi persona ese examen de bienes y valores que le dirá a la conciencia del Táchira si fallamos en nuestra dignidad personal o si salimos victoriosos, con nuestra hoja de decoro íntegra e incontaminada”.

Concluye ese mensaje con pensamientos que eran símbolo de unidad:

“La República anhela paz social y reclama clima de convivencia para emprender las grandes tareas que nos imponen el presente y el futuro. El hombre de trabajo y de empresa, el agricultor y el campesino, el obrero y el comerciante, el industrial y el maestro, la mujer y el niño, todos por igual ansían un ambiente de concordia venezolana y de estabilidad democrática. Bajo ese signo de confianza va a iniciar el país su vida constitucional con el advenimiento de los nuevos Poderes que eligió nuestro pueblo en la consulta electoral del 14 de diciembre de 1947. Esta Asamblea, surgida también de la

raíz soberana de la voluntad del pueblo tachirense, en cuyo seno predomina una corriente partidista contraria a la línea ideológica que profesan los miembros del Poder Ejecutivo, tiene contraída su responsabilidad con quienes esperan paz social, armonía pública y ambiente propicio para las labores creadoras del trabajo. Nuestros pueblos esperan que no sean la consigna política, la intransigencia sensacional, el exhibicionismo sectario o los excesos de la pasión partidista los que armen el pensamiento y el brazo de los Legisladores, porque ello iniciaría para el Táchira un período convulsivo, de inquietudes colectivas, de inestabilidad general y de fricción violenta entre los Poderes Públicos cuyas consecuencias desfavorables se reflejarían lamentablemente en exclusivo perjuicio del Táchira. Más que una polémica entre Poderes Públicos del Estado, nuestro pueblo exige y espera cooperación y armonía para el triunfo de las legítimas e inaplazables reivindicaciones públicas. Así os lo expresa quien al abandonar el comando de las tareas gubernamentales de la Administración Regional no piensa en sí y para sí, sino en su Táchira y para nuestro Táchira”.

En este mismo mensaje había trazado el camino que le correspondía a aquella entidad con estas palabras:

“No somos una pequeña República enclavada dentro de una nación sino parcela viva de la comunidad venezolana, cuyas esperanzas, angustias y anhelos forman el material humano y espiritual de nuestra sociedad. Legislar con sentido aislacionista e insular sería ejercicio menguado o acción mezquina, desfavorable para el proceso de unificación histórica y sociológica que vive la República”.

Estos rasgos periodísticos para destacar su labor de gobernante regional requieren la ampliación de su obra como dirigente nacional en la administración y la política que había de desempeñar en los meses que siguieron hasta su muerte en los días de angustias, peligros y de dificultades.

La resistencia civil encontró en él uno de los grandes dirigentes y en esa función fue hasta el sacrificio. Don Rómulo Gallegos en discurso pronunciado en México a los pocos días de su muerte, con su maestría de palabra y pensamiento señala que “no era esa resistencia injustificable... sino el ejercicio

de un derecho popular y de obligación personal indeclinable ante los usurpadores del derecho”.

Para concluir estas líneas de homenaje al amigo, al compañero y ejemplar ciudadano, cito otra vez al Maestro Gallegos textualmente:

“Corazón tachirenses, recio y de noble calidad, puso Ruiz Pineda en el amor grande y esforzado, a lo venezolano integral”.

21 de octubre de 1958.

LEONARDO RUIZ PINEDA

Un héroe y un camino

Ramón J. Velásquez
1961-1974

Para huir de la muerte que lo perseguía y para olvidar la terrible amenaza que como una sombra lamía sus huellas, Leonardo regresaba siempre a los recuerdos de su infancia parroquial. En los días más duros de la persecución sin cuartel, olvidaba por instantes la redacción de sus informes y el despacho de su fabulosa correspondencia para volver — memoria y emoción— hacia los días perdidos y las gentes ya borrosas en la distancia. Como en el mito antiquísimo parecía recobrar en su viaje imaginario hasta la tierra matriz, fortaleza para la lucha desigual y tremenda.

EL PRIMER ESCENARIO

Su charla fluida, simple y brillante como río parameño iba evocando con amorosos detalles, el mundo de su amanecer. Contaba Leonardo, la historia del padre trabajador y de la madre abnegada, y del maestro y del amigo. Y el monólogo se convertía en gran escenario en el que se movían ante el oyente, como resucitados, aquellos seres. Se borraba la angustia de la delación posible y de la persecución constante y surgía una región invulnerable a las acechanzas homicidas: el universo de la infancia.

Explicaba entonces su vocación de lucha y su fe en la libertad por el clima que rodeó su niñez. En medio de la mortal parálisis del Táchira sometido al dominio inexorable de Eustaquio Gómez, Rubio, su pueblo, era distinto. Para el niño curioso e inquisidor, ya se planteaban oscuros interrogantes. En las casas se hablaba en voz muy baja de crímenes, asilados, perseguidos e invasores. En ocasiones, la conversación familiar pintaba el paisaje de otras tierras en donde la vida transcurría sin amenazas.

Muchas veces la tertulia guardaba silencio para escuchar devotamente la lectura de los debates, parlamentarios que traían los periódicos de Bogotá, en donde la voz de los tribunos hacía brillar la elocuencia de las tesis contrapuestas. Entonces el niño se preguntaba: ¿Por qué aquí no se puede hablar?, ¿por qué aquí se vive bajo el temor? A obtener la respuesta a estas preguntas de niño, dedicó Leonardo toda su vida.

EL POETA LLEGA AL COLEGIO

Yo lo vi llegar, adolescente, al colegio de la capital provinciana. Traía la sonrisa que fue bandera de concordia en sus días de político combatiente. Y una melena nigérrima que le daba cierto aire bohemio. Hablaba de Rubén Darío, y Rufino Blanco Fombona y de Guillermo Valencia ante un auditorio alorado, de inocentes muchachos pueblerinos. Entre sus textos de estudio, asomaba como contrabando peligroso, un libro de poemas. Y bien refundida en sus bolsillos, llevaba siempre una misteriosa libreta, en donde tomaba notas extrañas. Alguien descubrió el contenido de las páginas que el joven guardaba como documento sagrado: era su diario íntimo. El diario de un joven que interrogaba al destino y consignaba con tinta muy negra su protesta contra ciertas medidas escolares y malas definiciones pedagógicas. “El poeta” lo llamó uno de sus Íntimos, como manera de distinguir y singularizar a quien siendo igual, era distinto, a quien mostraba una prematura seguridad de rumbo. Y no corrieron muchos días sin que el poeta se convirtiera en el consultor de adolescentes en trance de angustia, en compasivo secretario de cuantos no podían decir a tímidas colegialas su declaración de amor y en inquietante crítico de juveniles vanidades que ya en el recinto del colegio apestaban con su insolencia.

LA AVENTURA VANGUARDISTA

El estudiante era brillante, pero su actitud no le granjeaba la simpatía de sus maestros. No era díscolo, pero sus respuestas estaban siempre fuera del molde de las repeticiones permitidas y luego sus interrogantes dejaban desnuda la ignorancia de quienes no teniendo vocación, ni formación, habían hecho de la enseñanza un medio para ganarse la vida.

Un día, en el periódico del colegio, publicó un poema y su leyenda creció como si una hazaña peligrosa hubiese acometido el estudiante. Eran los días de los versos sin métrica, de la abolición de las consonancias por obra de la escuela vanguardista. Y para la formación clásica de sus maestros y el gusto adocenado del medio, romper con aquellas normas, alterar las leyes de la retórica y lanzarse a la aventura vanguardista tenía mucho de peligrosa irreverencia. A los comentarios que su audacia literaria provocaba respondía con su sonrisa que era toda una absolución.

EL FORASTERO DEL MENSAJE

Por aquellos días llegó a la ciudad, un viajero singular. Flaco, de voz cantarína, de ojos como taladros, su figura estaba envuelta en un halo de misterio. Era todo un personaje galleguiano. Se parecía al hombre que en “El Forastero” llega al pueblo y pone a andar el reloj de la torre. El forastero de nuestro cuento, sin explicación, ni presentaciones, una tarde cualquiera congregó en torno suyo un auditorio de estudiantes y empezó a hablar de las cosas más extrañas: de literaturas desconocidas; de héroes, sabios y aventureros; de una revolución ocurrida en el año de 1917 en un lejano país, cerca del polo. Y matizaba su charla incontenible con referencias a los horrores de la dictadura gomecista y con la más curiosa recitación de los versos de la Mistral y de Pablo Neruda. Era un descubridor de mundos y un sembrador de inquietudes. Se llamaba Antonio Quintero García y había escrito cuentos maravillosos y amargos.

Leonardo, bebía las palabras del extraño andariego con la avidez del sediento. Su mundo había crecido como en un sueño. Desde la lejanía, unos hombres, los personajes de las novelas de Gorki, los hombres de Ehrenburg, los aventureros de Istrati, le hacían señales. Había otra poesía, y otra prosa y otra política. Y también otra historia que avanzaba mucho más allá de las guerras napoleónicas, límite polar de sus conocimientos de entonces.

El estudiante ya resultaba incómodo para la vanidad y la próspera existencia de quienes desde las bancas colegiales cultivaban la delación y la mala fe como si se tratara de virtudes capitales. Y una tarde, Leonardo, el poeta adolescente, el inquieto interrogador, se encontró de regreso en su casa paterna, cuando apenas comenzaba a buscar el camino.

Los días pasaban entre la duda del padre y los graves silencios del hijo que sonreía ante la injusticia humana. Hasta que un día, en el diálogo que ocupa las monótonas horas muertas de los comercios parroquianos, la voz de un viejo amigo alentó al padre indeciso y abrió las puertas que esperaba su juventud prisionera. “Este muchacho tiene algo especial, don Víctor. No lo deje aquí”.

Y pocos días después, Leonardo estrenaba sus pasos en las calles de una Caracas provinciana, alegre y resignada. La Caracas de las postrimerías gomecistas.

La ciudad se había conformado con ridiculizar a los déspotas y hacer gracejos a su dolor. En medio de aquel silencio quedaba bajo el signo de la risa, un sitio para la crítica y la esperanza. En la redacción de “Fantoques”, en donde los versos de Job Pim, los cuentos de González Eiris y los dibujos de Leo eran traducción precisa de la tragedia interminable, su ingenio, su riqueza verbal, su fina ironía encontraron hogar. Leonardo era el más joven de aquel grupo admirable que venía de todos los dolores y que, sin embargo, sabía reír. Era el más joven, pero muy pronto callaron los viejos, para oírlo. Lo interrogaban con interés y mostraban sorpresa y admiración ante sus juicios. Escribió versos que no publicó, escribió cuentos que dejó inéditos. Su espíritu crítico era exagerado. No está conforme con su obra. No tenía prisa en alcanzar fama. Y rompía originales, y tachaba párrafos y volvía a construir, con la constancia del labriego andino.

DICIEMBRE DE 1935

Diciembre de 1935. Muere el hombre que ya parecía eterno y el país recobra su voz y sus manos y sus pies, perdidos o paralizados como en una pesadilla. Las multitudes estrenan sus gritos y muestran en sus rostros el júbilo inocente de los niños que juegan con la pelota nueva. Van y vienen y se conforman con sembrar su odio en escaparates y espejos, porque ya los héroes de la malhechuría andan muy lejos. Leonardo vive aquellas horas con júbilo infinito. Organiza estudiantes, convoca asambleas, escribe para los primeros periódicos que van a conocer el calor de la libertad.

Y en una esquina de San Agustín, tiene su primera cita con su destino de caudillo popular. La multitud va a saquear una casa. Los niños lloran, las mujeres imploran de rodillas. Las turbas avanzan sobre la vivienda abandonada por los hombres culpables. Leonardo, que nunca había asistido a trances semejantes, habla a la multitud. Y con sus palabras y con su sonrisa, entre persuasivo y dominante, con razones que llegan con igual intensidad a los ingenuos y a los prevenidos, logra convencer a los airados manifestantes que se marchan y perdonan a las oscuras implorantes.

Desde aquel instante hasta el fin, su biografía es el más elocuente testimonio de consecuencia con un ideal, de lealtad a unos principios, de fe en la verdad y en la bondad de la justicia y el derecho.

Abandona entonces la literatura para dedicar días y noches al estudio de las teorías políticas. Es lector voraz, estudiante sin sueño, ni reposo.

TODOS CABEMOS SIN ESTORBO

Forma fila en el PDN, una de las organizaciones partidistas que empiezan a sembrarse en el rocoso suelo de la política venezolana. Y a su tierra regresa convertido en orador político y en candidato a la asamblea local. Su pueblo lo elige y sus primeras palabras de parlamentario son para pedir al Ejecutivo Nacional un decreto de amnistía política. O joven razona su pedimento: “No reclamo amnistía simplemente porque quienes sufren prisión y destierro sean mis compañeros. También lo haría si se tratara de otros venezolanos. Lo hago porque creo que ya es tiempo de dar término a las persecuciones entre hermanos y porque pienso que en el suelo de la Patria, bajo nuestro cielo, cabemos sin estorbamos, todos los venezolanos”.

Las barras lo aplauden, los asambleístas callan, pero la sordera de la mayoría no derrota al orador. Su fama va creciendo.

Cuando vuelva a su tierra nativa será figura de primera importancia en la región. Brillante organizador de su partido “Acción Democrática”; orador convincente, agudo en el ataque y pulcro en el estilo; periodista, catedrático, pero ante todo, persuasivo político, capaz de domar ariscos personajes y de encender en unas voluntades el fuego de la pasión partidista y de sembrar en otros, confianza y respeto.

EL ENCARGO MÁS GRAVE

En octubre de 1945, se resquebrajaba, una vez más en nuestra historia, la débil y siempre bamboleante institucionalidad. Las pasiones vuelven a hervir y la nación pierde horas irreparables, en la pugna sectaria. Preparábamos el camino de la década sangrienta. Toca entonces a Ruiz Pineda, el encargo más grave entre los que recibieron los hombres de “Acción Democrática” que en la provincia asumían la responsabilidad del poder.

Regresa a su Estado natal como gobernante, en el momento mismo en que las pasiones políticas y los odios parroquiales se[^] encienden al rojo vivo.

Ha sido el Táchira, y de manera singular a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX, tierra bravía en las luchas políticas. Pero ninguna administración regional en todo cuanto va de la historia, resistió más ataques de la pasión sectaria que los que hubo de soportar la de Leonardo Ruiz Pineda. Cuando los años permitan una perspectiva más serena de aquellos episodios y se pueda examinar sin el calor de la ofuscación el drama de esos años, cobrará importancia la actitud del joven gobernante, que inició su travesía bajo el signo de la tempestad. No perder el juicio en una tierra como Venezuela, en donde el poder convierte en locos a los más cuerdos; saber sonreír cuando las furias se desatan y dialogar cuando la razón calla, son muestras de una excepcional condición humana.

MINISTRO A SU HORA

En la mayoría de los países, el cargo de Ministro es la culminación de una carrera pública, la consagración nacional de quien por sus méritos, por su obra, por su influencia en una región o en un sector social, representa un efectivo aporte al fortalecimiento y al prestigio del Gobierno. Venezuela es la excepción. La mayoría de las veces, el país empieza a conocer el nombre de los elegidos cuando aparecen en la Gaceta Oficial, designados como titulares de algún Despacho. Son carreras en descenso, que comienzan en un Ministerio, para terminar en una oscuridad merecida. Leonardo Ruiz Pineda fue excepción a esta regla dolorosa.

Cuando llegó al Ministerio, tenía un nombre respaldado por una obra.

Y durante su breve gestión, el destino le deparó la oportunidad de mostrar a Venezuela, sus condiciones de orador magnífico y sus dotes de habilísimo parlamentario. En la Cámara se presentó una citación al titular de Comunicaciones. Y allí concurrió el Ministro Ruiz Pineda dispuesto a responder al interrogatorio y a defender en un plano trascendental la gestión de su partido en el poder. El debate constituyó un inolvidable espectáculo de la inteligencia. Respondió con maestría a los planteamientos enemigos, entabló diálogos, desarmó con preguntas cordiales a los airados

interrogadores. El Parlamento tributó el homenaje de su aplauso al joven Ministro. Cuando descendió de la tribuna y marchó con su paso firme y menudo por entre las filas de los Diputados, todos, amigos y enemigos, las barras y los legisladores tuvieron la íntima certeza de que por allí transitaba, hacia el futuro, un gran político venezolano.

LA NOVELA DE UN JOVEN ANDINO

El 24 de noviembre de 1948, esperó en el Palacio de Miraflores a las tropas que lo hicieron prisionero. Dos días más tarde nos encontramos en la Cárcel Modelo. Me hizo la más divertida crónica de los episodios ocurridos en los primeros momentos de su prisión y un agudo e implacable análisis de las causas que determinaron aquella crisis. A su ojo zahori no se escapaba ningún detalle del drama. “Y ahora, a esperar, trabajando”, me dijo. Y allí escribió la historia de su infancia y los recuerdos de su adolescencia. La más interesante novela de la vida de un joven andino.

LA HORA DE LA PRUEBA

Muy pronto habría de llegar para el político en prisión, su hora suprema: la de la prueba y el martirio. Al recobrar su libertad inició una tarea que a muchos parecía imposible y que la mayoría miraba con escepticismo piadoso. La dictadura había logrado dismantelar los cuadros de su partido. Cada día aumentaba el número de los desterrados y crecía la interminable cadena de los prisioneros. Leonardo se propuso entonces movilizar, no sólo a su partido, sino a toda la nación contra el despotismo. Y su mente imaginó los más extraordinarios recursos, que luego su audacia puso en marcha. Ante la confusión de los incrédulos y frente al temor de los prudentes fue creando una maquinaria cada vez más perfecta, cada día más eficaz. El hombre se multiplicaba. Era jefe y servidor, periodista y corresponsal, economista y militar. A cada quien hablaba en su lenguaje y a todos convencía de la seriedad de su obra y de la bondad de sus intenciones. Pávidos hombres de negocios concurrían a la cita peligrosa y de regreso volvían con el rostro alegre y las palabras claras. Funcionarios civiles y jefes militares aceptaban sus invitaciones a discutir el doloroso problema nacional y ninguno se atrevió a denunciar sus pasos, ni su morada, impresores le entregaban sus talleres y abogados y médicos y comerciantes se convertían en mensajeros.

A una sala en donde se reúnen damas enemigas de su causa se presenta y habla de mil cosas, menos de política. Cuando se marcha, todas están de acuerdo en que han sido injustas al juzgar sin conocer a hombre tan ecuánime. Y ante la necesidad de juntar las voluntades venezolanas en su lucha sin tregua, busca a sus viejos adversarios e inicia sus entrevistas con la palabra juguetona que desarma y con el reconocimiento expreso de que el pasado reciente estuvo presidido por la incomprensión y las pasiones. Borra la prevención del interlocutor, disipa dudas y el lenguaje llano y la sonrisa fácil hacen lo demás. Su escondite de perseguido tiene en ocasión apariencias de despacho presidencial. En la antesala esperan el obrero y el banquero, mientras en su despacho dialoga con un militar y muy cerca, esperando con paciencia la hora de la cita, velan en la esquina unos estudiantes. Tiene la virtud de darle importancia a todos y a cada uno de sus visitantes y de hacerlos sentirse parte esencial de su empresa. Y cada uno, al regresar de su entrevista, se considera definitivamente unido a quien le confió graves secretos de la gran tarea. Y tiene tiempo para querer a su mujer y jugar con sus hijos y para estudiar con ahínco problemas económicos y administrativos.

LA INMENSA TELARAÑA

Con paciencia indígena, sutilmente, ha ido tejiendo una inmensa telaraña en la cual ha de caer la gran mosca de la tiranía. Y para detenerlo en su marcha inexorable el despotismo no encontró barrera distinta al arma homicida. Tres balazos disparados muy cerca del sitio en donde quince años antes, siendo casi un niño, con sus palabras habían salvado de las turbas furiosas a la abandonada mujer de un gomecista. Su sangre derramada se desplegaba como una bandera. La bandera que tomaron en las manos las multitudes de enero. Su acusación y su mandato se convertían en la acusación y el mandato de un pueblo. La tiranía estaba condenada.

UN HÉROE Y UN CAMINO

Crimen tremendo, por inútil. Matar a Leonardo era transformar su carne temporal en bronce eterno. Matar a Leonardo era tan absurdo y tan inútil como asesinar la mañana, o disparar contra la luz del sol. Matar a Leonardo era tan necio como matar un pueblo. Porque Leonardo era el pueblo. Y el pueblo es eterno, invulnerable, avasallante. Leonardo asesinado es bandera y grito de

victoria, y ejército innumerable. En la noche turbia de octubre, como en el rito supremo de la más sangrienta religión, los oscuros asesinos entregaron a la Patria, transfigurado y definitivo, un héroe y un camino.

Este tiempo necesitaba su héroe, y lo tuvo en Leonardo. Poderoso en su debilidad de hombre inerme, armado de su fe conmovió oscuras y seculares potestades; entendió a su tierra y amó a Venezuela con pasión de enamorado y devoción de creyente; dominó todos los secretos de la lucha civil y predicó la necesidad de la disciplina y del estudio como instrumentos para dirigir a los pueblos desde el poder; practicó la convivencia y desechó la anécdota para buscar en las causas trascendentales, la explicación de nuestros males y las fórmulas para su remedio.

¿Cuál era su mandato? Él está contenido en estas páginas escritas al calor de la pelea, sin tregua para el adorno retórico. De ellas surge un análisis sereno, profundo y certero de la vida venezolana. Apunta las causas de nuestros desastres institucionales, examina las razones de la escasa suerte de nuestras experiencias democráticas, revisa los orígenes de nuestro atraso económico y de nuestra dependencia semicolonial. Se detiene en la tragedia rural del país y señala la necesidad de remover las causas determinantes del drama nacional. Declara que mientras ellas subsistan, las instituciones democráticas venezolanas tendrán bases muy débiles, y concluye invitando a toda Venezuela a organizar una empresa para el rescate de las libertades políticas y de los derechos económicos. Empresa para la cual ha de asegurarse el entendimiento permanente y la convivencia leal de todos los sectores que integran la nación.

LA GARITA DE JUAN PABLO

Hace muchos años, Juan Pablo Peñaloza, preso, destrozado por la hemiplejía, octogenario, doblgado por los grillos, mirando la lejana garita del Castillo, decía a otro prisionero: “Andrés Eloy, si todos nos unimos llegaremos allá arriba”. Y el poderoso inválido mostraba desde el foso, la alta garita del vigía que era el símbolo de cuanto secuestraba a Venezuela como dentro de una muralla china.

Muchos años más tarde, otro guerrillero de la libertad, capitán de la esperanza como aquél, Leonardo Ruiz Pineda, en trance de muerte dejó en su testamento el mismo consejo e igual mandato. En la noche tremenda de la recaída tiránica, abrió caminos y juntó voluntades para decirles, señalándoles, no la garita del Castillo, sino el lejano castillo de la libertad secuestrada: “Si todos nos unimos llegaremos allá arriba”.

Del libro *Ventanas al Mundo*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, N° 17,1961.

Hace tres lustros, quien es hoy el Jefe del Estado, y a quien acompañaba en las andanzas de una campaña electoral, me invitó a hablar en la plaza mayor de este pueblo sobre la vida y el sacrificio de Leonardo Ruiz Pineda.

Escribí entonces y leí una página de evocación, de interpretación y de homenaje. Recordé no sólo a quien había sido el gallardo y ejemplar jefe de la resistencia venezolana. Evoqué también al amigo de mi infancia, al adolescente amigo y discípulo de mi padre, a mi compañero de liceo y de universidad, a la figura excepcional de mi generación, de mi tierra y de mi afecto. Hablé de los días duros de la resistencia y de la persecución cuando para hacer un alto en la mortal lucha sin tregua volvía, memoria y emoción, a los recuerdos de su niñez. Conté la historia de su aparición en el liceo de la ciudad. Su entrada triunfal, porque allí llegó, como llegaba quince años más tarde a las reuniones de la clandestinidad, infundiendo confianza, tendiendo el puente de su cordialidad a los desconocidos y convirtiendo a los conocidos en amigos. Era el imán indefinible que atrae y transforma al hombre en fuerza colectiva. Hice la crónica de su descubrimiento de Caracas, de la Caracas de las postrimerías gomecistas. Su integración, mucho antes de esta historia moderna de los partidos y de los caudillos civiles al grupo de escritores y poetas que forjaban la única resistencia posible contra la dictadura. El grupo que tenía su refugio en los bufetes de Jacinto Fombona Pachano y de Inocente Palacios, o en la humilde oficina de Luis Troconis Guerrero, el olvidado luchador ejemplar, o en la redacción de Fantoques”. Leonardo era el más joven, pero al recién llegado pronto le brindaron jerarquía de soldado en una lucha que por lo interminable ya parecía inútil. Relaté su historia de universitario, di cuenta de sus pasos de luchador en las filas de un partido, de sus actos como gobernante y de su hora de prueba y de martirio.

Regresábamos de un largo tiempo de silencio y crueldad. Volvían a desatarse las lenguas y en medio de la confusión y el alborozo de aquellos meses crepitantes de 1958 era útil recordar a los capitanes a quienes el destino les negó la hora de la victoria. Los que alzaron la voz en medio del silencio. Los que encendieron la fogata en la oscuridad. Los que tuvieron fe en medio de los descreídos. Los que se desvelaron en la vigilia cuando todos dormían. Todos

ellos simbolizados en un nombre y en un sacrificio: en el nombre y el sacrificio de Leonardo.

Y dije entonces que su asesinato había sido un crimen tremendo, pero inútil. Porque matar a Leonardo era transformar su carne temporal en bronce eterno. Matar a Leonardo era tan absurdo y tan inútil como querer asesinar la mañana, o disparar contra la luz del sol. Matar a Leonardo era tan necio como pretender matar al pueblo. Porque Leonardo era el pueblo. Y el pueblo es eterno, invulnerable, avasallante. Leonardo asesinado era bandera y grito de victoria y ejército innumerable. En la noche turbia de octubre como en el rito supremo de la más sangrienta religión, los oscuros asesinos entregaron a la patria una bandera y un camino.

Cada drama tiene su héroe y el rito del sacrificio se repite como una exigencia implacable para obligar a los hombres a llamarse a cuentas. Como en los días de su asesinato no podía pronunciarse su nombre, para recordarlo evoqué las figuras de Antonio Paredes y de Francisco Laguado Jaime. Paredes fusilado en una barranca del Orinoco, en la madrugada de un día de 1907 y Laguado Jaime, tachirenses, periodista y político como Leonardo Ruiz Pineda, tirado vivo a los tiburones en la bahía de La Habana, acusado del delito de luchar por la libertad. No obstante la distancia de los años que separan su presencia cívica en el escenario nacional, Paredes, Laguado Jaime y Ruiz Pineda están unidos por la misma voluntad, por la misma angustia, por la misma entrega de sus vidas en medio del combate.

José Agustín Catalá, que acompañó a Leonardo en los tres dramáticos años de su lucha, se ha empeñado a lo largo de estos años de tranquilidad democrática en procurar que Venezuela no pierda la memoria de los tremedales y abismos que siempre han rodeado su camino histórico. Piensa acaso con Pío Gil que en nuestro país el poder político siempre es fugaz, pero la impunidad larga. Piensa además, que es pedagógico recordar a las nuevas generaciones venezolanas que han crecido en un clima de respeto a la dignidad y a los derechos humanos la existencia de otras realidades nuestras que de olvidarse pueden ser recurrentes. Y ha editado y reeditado libros que cuentan la cruel historia y organizado estas exposiciones iconográficas: la de Andrés Bello en mi Caracas y la de Leonardo en su tierra nativa. Nada más distante de

la intención fúnebre, o de la consagración mortuoria, que estos homenajes. No se trata de colocar un retrato en una de esas galerías de personajes que quisieran salirse de sus marcos en donde permanecen prisioneros, víctimas de la parálisis consagratoria. Estos retratos no tienen marco. Porque el héroe ha regresado para continuar su lucha.

Es de vida y no de muerte la intención, el propósito, el objetivo. Son escenas de una vida de lucha, temas para la reflexión, motivos para las interrogaciones. Es el diálogo de Leonardo con los que llegan y el reencuentro con los que lo acompañaron y son sobrevivientes de la trágica jomada.

¿Qué puede agregarse a las páginas que sobre Leonardo han escrito Rómulo Gallegos, Rómulo Betancourt, Andrés Eloy Blanco, J. M. Siso Martínez, Domingo Alberto Rangel, Pedro Beroes, José Vicente Abreu, Valmore Rodríguez, Carlos Andrés Pérez, Luis Beltrán Prieto, entre otros? Todos los aspectos de su vida han sido analizados: su noble valentía, su talento luminoso, la bondad sin sombras, la lealtad sin adjetivos.

Pero estas fotografías sí dicen lo que la más diestra palabra no puede expresar. Los matices que escapan al escritor, pero que adivina el pueblo o descubre el adolescente al mirar la escena que fijó el retrato. Se refleja siempre en su actitud la serena y alegre valentía de que hablara el novelista. A través de los años, nunca vi que Leonardo perdiera el equilibrio interior, pues siempre se mostraba dueño de la justa medida. No se ofuscaba, ni disminuía su estatura frente a la conveniencia o al interés. Aquí podrán aprender quienes no lo conocieron cómo era el político, el gobernante, el hombre de la leal amistad.

Para completar la historia gráfica del jefe de la resistencia venezolana sólo faltan unas escenas. Las fotografías que nos cuenten su vida de perseguido y de jefe, de organizador y fugitivo en los cuatro terribles e interminables años durante los cuales no reclamó ni obtuvo relevo.

Quienes estuvimos a su lado, quienes tuvimos su confianza sin defraudarlo, pudimos admirar sus virtudes. Cómo desafiaba el peligro, sin alardes, ni vacilaciones. El ánimo firme, la alegría contagiosa. La frase oportuna para el vacilante. El reclamo duro para el irresponsable. El mensaje al desconocido. El saludo cordial al amigo huidizo, perdido por el miedo. Y el tiempo para la

confidencia, para el recuerdo de los lejanos días del liceo. Y la ironía taladrante para disolver con el ácido de sus palabras las figuras solemnes de la perdida y lejana parroquia. Y el encargo perentorio del último libro, de la última revista. Y el deseo de dialogar con otros que no fueran de su tolda y que no fueran de su generación para completar el cuadro de la realidad. Y su empeño siempre audaz de conquistar adversarios aparentemente irreconciliables para sumar a la causa de la libertad a militares en función de guardianes del trono. Nada escapaba a su memoria, como tampoco nada escapaba a su imaginación. En cuatro años se había convertido en un gran jefe político con un claro concepto del cambio que los tiempos reclamaban. Liquidó los odios que cultivaron otras generaciones y los mitos que determinaron torceduras en el rumbo del país en etapas inmediatamente anteriores. Era el abanderado de la unidad para la lucha de la resistencia y para la empresa de construir una nación moderna. Ese fue el hombre, el de la alegre valentía que cayó asesinado una noche, en una calle de Caracas.

Cuando al hablar del asesinato de Leonardo dije ⁶en esta misma ciudad hace tres lustros que matar a Leonardo era transformar su carne temporal en bronce eterno, no dije estatua, dije eternidad.

Para que su vida fuera un símbolo, el destino lo consumió en la hoguera en la plenitud de sus años mozos. Leonardo dejó de ser un luchador aguerrido y polémico para convertirse en una bandera, en una voz de reclamo, en un camino, que son formas superiores de la lucha. Pero ante todo, su vida y su mensaje deben constituir motivo de meditación. En tiempos de prosperidad material, de hipertrofia fiscal y de fáciles riquezas crece el valor dramático de estas vidas que se entregaron sin condiciones, que reclamaron justicia sincera y quisieron hacer de la democracia no la farsa al servicio de los de siempre, sino un auténtico instrumento de liberación para las mayorías desposeídas.

⁶ Discurso en la inauguración de la exposición iconográfica de Leonardo Ruiz Pineda, en San Cristóbal, el 8 de noviembre de 1974.

Que no se pierda el recuerdo de su obra, que no se pierda su imagen espiritual en medio del crecer tumultuoso de un país que debe tener memoria para recordar su dramática historia.

San Cristóbal, noviembre 8, 1974.

LEONARDO RUIZ PINEDA
Lección cívica para los jóvenes

Carlos Andrés Pérez
San Cristóbal / 1965

“Por eso vengo, sólo con mi caja de estampas, donde estamos metidos todos los de la casa, con mi caja de estampas, en la que todos confinamos por el Este, con Angostura; por el Oeste, con Boyacá; por el Sur, con Ayacucho, y por el Norte, con la proa de las tres carabelas”... Estas palabras, se oyeron sobre esta misma tierra en la noche del 28 de marzo de 1941. Con lirismo exacerbado en acendrado amor por Venezuela, gallarda representación de las bellas letras venezolanas rendía justo tributo de homenaje nacional a Pío Gil, beato de la libertad.

La voz incomparable de Andrés Eloy Blanco trazaba entonces con maestría suprema el mapa sentimental de la patria única. Su geografía, su esencia, su historia desgarrada. La Venezuela entera, sin regiones, caminando por las veredas oscuras de las guerras fratricidas en la angustiosa búsqueda de su ser nacional. Y nos encendió la luz de ese ideal de una patria sin fronteras para contener el busto de Pío Gil, errante apóstol de la libertad, como el “pañuelo de secarse sus lágrimas la Patria”.

Ya se cumplen cien años del nacimiento de Pedro María Morantes. De nuevo se congrega el pueblo en esta alta tierra de montañas, convocado por el deber del homenaje. Para rendirlo a todos cuantos han luchado y librado batallas y entregado su sangre en el cruel calvario de la dación total por la Patria escarnecida.

NUESTRO HOMENAJE

Invocamos a Leonardo Ruiz Pineda como un derecho de esta tierra para rendir el homenaje en nombre de Venezuela. En el día de su holocausto la Patria estuvo de duelo y la enseña tricolor de las estrellas se izó a media asta en el corazón de los venezolanos. Con la sangre de Leonardo se bordó el perenne recuerdo que debe adentrarse en el corazón de las generaciones por venir. Que rezuma la vida de estos hombres que nos ofrecen su luz del ideal intacto. Que su sangre nos enseña, sin complicidad con el olvido, el alto precio que se gastó la Patria para integrarse en la carne de sus hijos inmolados. Que se oiga, eterna, la voz de su agonía forjando esta Venezuela que anida su corazón junto a la democracia.

Así concebimos, al regresar de aquel viaje que antes de nosotros hicieron tantos, al regresar a la Patria, desterrados, eternizar la memoria de los cruentos sacrificios, de las monstruosas batallas en que naufragaron los grandes anhelos nacionales, para que los venezolanos de hoy y los de mañana sepan el precio pagado y acepten tan dolorosa herencia para que se siga haciendo en paz lo que naufragó en las aventuras de los predomnios hegemónicos y se proscriba por siempre la resurrección de las pasiones que reabrirán las puertas de la discordia nacional. Un joven y talentoso arquitecto plasmó nuestra idea en esta ágora de la libertad. Adonde el pueblo venga a dialogar y aprendamos que en el diálogo está la esencia de la democracia; o nos recojamos al apacible rincón de la biblioteca para seguir en los libros de la historia y de la política nacionales el rugir de las horrorosas pasiones que nos separaron en facciones rencorosas que niegan toda virtud al adversario.

LA LECCIÓN DE LOS MÁRTIRES

Invocamos el nombre de Leonardo a los trece años de su partida gloriosa, para que su presencia combatiente y evangélica consagre esta ágora de la libertad a una política de reconciliación nacional. En nombre de los venezolanos de todas las regiones que han ofrendado su vida en la artera acechanza del tirano o en la diáspora atormentada del exiliado, para dar a la República soberanía, cultura, justicia social, en búsqueda perenne del respeto y la exaltación de la humana dignidad. Vidas ofrendadas a la libertad y al progreso de Venezuela. Lección cívica para los jóvenes de hoy, para los hijos de nuestros hijos, que arraigue en ellos el amor por la libertad y la voluntad de ser en libertad; para que el odio y la codicia en acechanza enfrenten centinelas alertas que a la Patria defiendan su ejercicio de soberanía. Que se haga la conciencia nacional en el crisol que fundió la conducta civil de los mártires en el dolor de una Patria que no ha de volver a sufrir los tiranos.

Decía Benedetto Croce que “la historia exige una aseveración de verdad surgida del fondo de nuestra íntima experiencia”. Es la historia que comenzaron a forjar, después de muertos, los abanderados de la libertad. Son las lecciones de la historia, ejemplarizantes y admonitorias, que repetirán día tras día en esta ágora del recuerdo. Que del fondo de sus vidas surja la verdad que grite en el corazón de todos y enseñe dignidad y haga soldados de una

Patria justa. Pensamiento y conducta deben ir juntos. Es su íntima experiencia y su verdad en quienes se dieron a la inmólación definitiva. Una Patria que no se construye con fariseos del pensamiento o de la acción. Al dicho debe seguir el hecho. O se la sacrifica a las ambiciones de los personalismos. Y lo afirmamos en esta noche de místico recogimiento. Cuando proclamamos que nuestros grandes muertos no tendrán derecho al reposo mientras su mensaje tenga vigencia. Han de seguir guiándonos, enseñando y ganando batallas después de muertos.

UN COMPROMISO CON LA HISTORIA

Aquí hemos venido, en la presencia misma del Jefe del Estado, donde se hace la unidad de la nación, donde se expresó limpia la soberanía popular, y sobre el suelo natal de un héroe nacional, a reivindicar el derecho de querer al hermano, a glorificar el heroísmo de perdonar. Que así se fueron ellos. Amando y sin odios. Abrazados en un solo amor por Venezuela.

Esta fecha memorable debemos arrancarla del marco mismo de la anécdota y la circunstancia y hasta del nombre de los hombres que la protagonizamos. Darle alta y justa dimensión en la historia de los definitivos acontecimientos de la nacionalidad. Resultante histórica de centenarias luchas y de heroicos sacrificios. Suma gloriosa del homenaje que en esta noche queremos rendir. Que brote la solidaridad nacional de esta generosa tierra abonada con sangre que en el Castillo, en La Rotunda, en Guasina, en el puente de Cumaná o en una calle de San Agustín de Caracas o en otra cualquiera de un camino de exilio, fue derramada para impregnar de amor, para maldecir el odio, para pintar de rojo la esperanza en la futura plenitud de Venezuela.

Tremenda lección de nuestra historia. Hemos venido a desatar el recuerdo sobre el pueblo congregado. Ejemplo lamentable de cómo la soberbia del ambicioso y la codicia del aventurero pudo llevarnos al menosprecio de algo que debiera ser intangible para el hombre: la vida humana.

La historia no se repite. Sí puede retroceder. Fuerzas retrógradas amenazan y afectan el porvenir nacional fraguado sobre tantos sacrificios que en esta noche atropellan nuestra imaginación. Vivimos atentos a los latidos del mundo horrorizado por la desintegración del átomo, que amenaza desintegración

universal: en perenne agonía por los peligros que acechan nuestro incipiente andamiaje de patria libre que tomó en sus manos la conducción de su propio destino.

“EL DERECHO A LA VIOLENCIA”

Cuando la palabra es libre y se analizan los problemas con objetivo afán de cirujano; cuando la obra nacional se inspira en el optimismo que se hace compromiso colectivo porque se aspira a darle a Venezuela la plenitud de su destino, se oyen de nuevo disparos contra la libertad. Se invoca el sagrado derecho a la rebelión. El que invocaron los Morantes, los Peñaloza, los Armando Zuloaga o los Ruiz Pineda. Quieren reivindicar ahora el derecho a la violencia. Es la perversa locura comunista en despiadada decisión de usar cualquier medio para derrocar la libertad. En nombre del inviolable derecho a pensar, a expresar ideas y a luchar por ellas, se está llamando a la guerra fratricida. Y matan porque no pueden comprender que las ideologías se confrontan en la controversia democrática. Y tratan de destruir las posibilidades democráticas que se le han abierto al pueblo venezolano. Porque sostienen que sólo mediante procedimientos de violencia se puede realizar el cambio social y niegan la evolución hacia la justicia por vías pacíficas.

Del fondo de las tumbas de cuantos cayeron en defensa de la libertad brota la consigna. Sólo la concordia civil consolidará la democracia. ¿Y qué es lo que ellos combatían? Porque también usaron procedimientos de violencia. Se trataba entonces de salvar la dignidad humana, el ejercicio de la soberanía y de luchar contra la hegemonía totalitaria. “No nos mueven ni los apetitos materiales del poder ni las bajas apetencias de la venganza política”, afirmaba Leonardo tres meses antes de ser asesinado. Y en fiase que adquiere hoy dramática vigencia decía luego: “La vehemencia de las luchas políticas nacionales ha sido aprovechada arteramente por falsos voceros públicos para envenenar la opinión venezolana. Así se explica que mientras la derecha ultrarreaccionaria nos califica de comunistas, la extrema izquierda nos endilga la canallesca acusación de agentes del imperialismo y aliados de los intereses económicos que esclavizan nuestra economía”.

Ellos combatían la discordia nacional encubierta para ocultar el odio, aparentando ser un combate por la justicia, la preeminencia de las banderías

sobre los intereses nacionales, la intolerancia ideológica, la incapacidad de convivencia, la hegemonía de la soberbia sobre el destino nacional.

“Sabemos que los objetivos históricos hoy planteados a la nación no son exclusivos de una sola clase social y constituyen preocupación común de grupos, sectores, fuerzas y núcleos aliados contra el enemigo colectivo. Sólo un régimen asentado sobre la adhesión mayoritaria de la nación tiene capacidad para cumplir esta empresa suprema”. Así escribió Leonardo días antes de su tránsito a la inmortalidad. Adelantaba las bases de lo que habría de ser en la hora del triunfo, una política de reconciliación nacional.

He aquí el reto que Venezuela tiene planteado. Debemos responderlo todos los hombres que alguna responsabilidad tengamos en la conducción de la República. Concebir la política como un instrumento de creación. Denunciar como un lastre y negativo aporte a la transformación nacional, la simple lucha por el predominio de personas en que se convierte muchas veces la política partidista.

El sistema de partidos, instrumento necesario para garantizar la efectiva vigencia de la democracia representativa, no puede descansar sobre los gastados goznes que secularmente han movido los apetitos de posiciones, así tratemos hoy de disfrazarlos con la reminiscente frase de la “cuota de poder”. Rescatar a los partidos del menosprecio adonde los condujo la estéril lucha de facciones es compromiso improrrogable. Que trascienda de ellos el alto grado de madurez cívica que realce las instituciones de la democracia. El objetivo de esta política debe ser un programa de grandes alientos. Que intente con seriedad y éxito la remodelación de la vida nacional. Para demostrar que la democracia es el medio idóneo y capaz de realizar el cambio social.

REVOLUCIÓN O CAMBIO SOCIAL

En la obra en que estamos empeñados. Encauzando nuestras fuerzas para que Venezuela se parezca a nuestras aspiraciones. El concepto mismo de la eficacia del régimen de la democracia representativa está en juego y convoca la solidaridad nacional. Quienes detestan la democracia, a la derecha y a la izquierda, se estimulan en la contradicción que parece muchas veces confundir nuestras posiciones. Hemos de luchar contra las poderosas fuerzas que nos

atan a la tradición y pretenden la defensa de la sociedad tal como es, y ponen a prueba nuestra capacidad de avanzar para enfrentarnos con energía creadora a su transformación en lo que debe ser. Cuando estamos en la encrucijada de la prueba decisiva para demostrar que la democracia es el gran disolvente de los privilegios.

Afirman las estadísticas que nuestro país está hoy poblado por jóvenes que representan la casi totalidad de la población. Esa recia presencia juvenil en estos tiempos de prueba no vamos a constreñirla dentro de viejos moldes deformados y rotos por las frustraciones. Está en pleno juego la fe en el mensaje democrático. Sus corazones deben sentir apasionadamente la gran empresa de reconstrucción nacional en que estamos empeñados. El dilema insoslayable es el de hacer respetar el voto o el de permitir que sea suplantado. No son las esperanzas vagas, ni las definiciones incoherentes o las promesas diferidas las que van a darnos respiro en una sociedad donde aspiramos a que todo el mundo diga lo que piensa. La carga de resentimientos y frustraciones nos arrastraría de nuevo a las manos de los promotores del caos. Una política de firmes realizaciones, que garantice a los venezolanos el bienestar humano indispensable para vivir con dignidad, es la fórmula única para salvar a la democracia. No hay otra posible.

La obra de ayer, frustrada y salvada en el ejemplo y en la lección de quienes no se rindieron. La de hoy, inspirada en el mismo anhelo que aspira a robustecer la personalidad nacional. Misión que no sabremos cumplir si no mantenemos con firmeza el derrotero para desarrollar vigorosamente las condiciones que hagan posible las transformaciones sociales por métodos democráticos. En paz y en libertad. Hacer la unidad nacional en la diversidad de las corrientes representativas, que si no evita los errores, pone al servicio de la sociedad los mecanismos para modificar o cambiar periódicamente sus gobiernos, y nos salvará de que puedan cometerse de nuevo los crímenes de nuestras dictaduras o de caer en las aberraciones de los regímenes totalitarios, donde se ha demostrado una vez más que cuando la democracia desaparece, se ha reemplazado por los horrores de los campos de concentración, de los fusilamientos en masa, del sometimiento a la compulsión violenta, justificándose en los requerimientos del desarrollo económico, que en muchos casos no negaríamos, pero que están empapados de sangre humana.

Y sea propicia esta hora en que conmemoramos aquélla de 1952 —la Patria unida en un solo haz, conmovida por el dolor de la tragedia— para convocar a la Venezuela de la buena voluntad a la obra de la construcción nacional que se adelanta. Responsabilidad común del gobierno y de la oposición. De todos los sectores nacionales que son parte de esta ancha democracia plural que crece y se nutre de las mejores esperanzas de engrandecimiento colectivo. Con atrevimiento y audacia modifiquemos el curso de la historia. Es menester para que pueda funcionar la democracia. Es la empresa difícil. No puede funcionar por debajo de ciertos niveles económicos y sociales. Sin resolver los términos del inestable equilibrio que en la democracia denunciaba un ilustre pensador y político inglés, Aneurin Bevan, cuando escribía que “la pobreza usará la democracia para ganar la batalla contra la propiedad, o la propiedad, por temor a la pobreza, destruirá la democracia”.

Resolver esta contradicción es un reto planteado en el campo del desarrollo económico y del cambio social. Al régimen democrático se le respalda y fortalece para que tenga la fuerza suficiente de dirigir el poder económico del país hacia la evolutiva transformación social o vendría, justificada, la apelación a la violencia para promover el cambio.

Están enarboladas y en buenas manos las banderas de la evolución pacífica. Confiamos en que las clases empresariales no negarán colaboración y comprensión, ni opondrán resistencia para que el cambio se cumpla, para que se expanda una efectiva prosperidad nacional. Del resultado de este entendimiento depende el curso de la causa democrática. Su triunfo final y la derrota comunista. Si la convertimos en efectivo instrumento de la transformación social, en arquetipo de una sociedad justa.

¿Se están cumpliendo en Venezuela estas condiciones? ¿Enfrentamos la ofensiva extremista con la defensa de los viejos privilegios? ¿O estamos realizando transformaciones económicas, remodelando el sistema, atendiendo a los intereses de las grandes mayorías nacionales? Si no logramos dar un mínimo de bienestar a las masas desposeídas, en ellas no arraigará identificación alguna con la democracia. El 90% de la población que no recibe sino los mendrugos de la opulencia creciente del privilegio, daría la espalda a

la democracia y en su indiferencia se levantaría el tinglado de farsa del falso mensaje comunista.

BALANCE Y SÍNTESIS

A Venezuela le está prohibido cometer más errores. Hemos cometido tantos y tan graves que la vertiginosa marcha del progreso tecnológico amenaza con dejarnos atrás. La imprevisión y la improvisación han copado nuestra capacidad de errar. Los profesionales de la política, en el gobierno o en la oposición, cumplamos nuestro deber. En el gobierno, respetando la autoridad y derecho del Presidente para calificar a sus colaboradores, poniendo madurez y constancia al servicio del interés del país, dando a la tecnología y a los técnicos la relevante posición que les ha entregado la segunda mitad del siglo XX. En la oposición, ejercitando el derecho a oponerse sin restar aporte a la obra común; depositando confianza en el gobierno y en su capacidad de garantizar la posibilidad de alternación en el poder. Las metas por alcanzar, lo son de todos y no exclusiva responsabilidad del régimen. La indiferencia, los resentimientos, la omisión en el cumplimiento de las responsabilidades, en otras palabras, la dejación de los deberes ciudadanos, impiden que la democracia funcione. Un sistema judicial que atienda los requerimientos del país, burocracia honesta y eficiente, universidades celosas de la formación de los futuros ductores de una Patria en progreso, son obligantes compromisos colectivos.

Es la hora de hacer un balance sincero. Laborioso y zigzagueante ha sido el quehacer nacional. Generaciones que se disolvieron en el polvo que atrás dejaban los jinetes de las contiendas civiles; otras que no supieron o no pudieron realizar su destino. Figuras estelares en todas ellas, que encendieron lumbre de perseverancia para echar cimientos de mejoramiento y de progreso nacional o para dejar hitos sembrados en la fe inquebrantable de un futuro mejor. Así la patria, a retazos, entre el fragor de las contiendas de la República, acumuló experiencias sobre sus fracasos y su destino se fue abriendo en caminos. En frente de ellos estamos. No en vano ha sido la larga lucha que tras de nosotros señala, sin soluciones de continuidad, la irrevocable decisión de un pueblo que quiso y quiere ser, con la vocación de grandeza que alumbró su nacimiento.

El voto es vigente derecho ciudadano. Correspóndenos mejorar el sistema de sufragio. Las instituciones parlamentarias son expresión legítima de elecciones directas y secretas. Pero no atienden cabalmente a los requerimientos del país. Su modernización y reforma, métodos operativos de selección de candidatos, han de ser objeto de estudio y consideración urgente para adecuar funcionamiento y eficiencia al exigente prestigio de la democracia representativa. Los partidos políticos se amparan y crecen dentro del marco de una legislación previsora y adecuada. Su influencia en la opinión nacional estará en relación directa con la capacidad que demuestren para ser factores centrales en las grandes decisiones sociales y económicas de la nación y en la contribución que aporten con su actividad responsable a consolidar el sistema que les da vida y es su base de sustentación. La riqueza se acrecienta en el país; la economía nacional toma ya conformación de solidez; la industria y la agricultura en franco proceso de sistemático desarrollo. Cada día dependemos menos de la monoproducción petrolera. Pero no podemos evaluar esta riqueza nacional sin considerar cómo se halla distribuida, si atender a las medidas que el Estado adopte para su redistribución, o sin tomar en cuenta las posiciones de colaboración o antagonismo que los sectores de la economía privada asuman frente a una justa política de desarrollo y cambio social. Y como equilibrio de todo el sistema, el papel y la responsabilidad con que actúen los sindicatos. Factor esencial en la confrontación democrática de intereses. Motor que impela la fuerza reformista en una sociedad que se fortalezca en el sano y armonioso desenvolvimiento de sus grupos y clases sociales y en el disfrute de iguales oportunidades.

Es la propia dinámica del sistema democrático. El trecho andado debe llenamos de optimismo y de fe. No hay por qué dudar del éxito, aun cuando el camino es largo. La compenetración con realidades y problemas que agitan el convulsionado mundo que vivimos será la clave de nuestros triunfos futuros. Si bien sabemos poner a funcionar el sistema, no se nos llevará a empujones a la tan pregonada, revolución por la violencia.

LA DEMOCRACIA, OBJETIVO Y FIN DEL CALVARIO NACIONAL

“Dentro de esta empresa tienen su puesto de acción todos los venezolanos anhelosos de honestidad administrativa, paz económica y social, nacionalismo

económico, democracia agraria, progreso industrial, ejercicio de libertades públicas y soberanía popular”. De la tumba de Leonardo caen sobre esta Plaza de la Libertad, en admirable síntesis, fruto de su pluma y de su pasión venezolana, de su desgarrada vocación por la concordia, las tareas para la Venezuela que nosotros debemos construir. No pensamos en las perspectivas arduas y difíciles de la lucha. Lancémonos a ella con visión de futuro y pensando sólo en la transformación social, objetivo y fin del calvario nacional en la forja del destino grande de la Patria.

Institucionalizar la democracia es la obra por hacer. Demostrar que la democracia política, con tantos sacrificios alcanzada, es el medio adecuado y eficaz para la transformación económica y social. Si al esfuerzo del gobierno no se suma una conveniente y justa participación ciudadana, no arribaremos a resultados convincentes. De la armonía en el esfuerzo común, de la distribución justa de las cargas económicas para realizar las transformaciones que no resisten aplazamientos ni sustituciones, depende el éxito de esta empresa que con tanto fervor hemos iniciado, pero que tantos enemigos tiene. Veamos claros los peligros. Demostremos que somos capaces de llevar el bienestar a nivel de dignidad y habremos ganado la batalla de la democracia. Para que los pobres no sean menos pobres, los ricos deben ser menos ricos. No por la ingenuidad de creer que con la repartición de lo que tenemos logramos el bienestar nacional. Es comprobada experiencia humana que en la mejor distribución de la riqueza se halla también el mayor bienestar social y el mejor estímulo para la creación de más riqueza.

La suerte está echada sobre el mundo. No caben vacilaciones. Hemos de tramontar caminos de superación, que otros pueblos recorrieron pausadamente, en apurados ciclos de años o acaso de meses. Ayer fue consigna de nuestros mártires resistir y esperar. Hoy, no basta lealtad a los principios. Hay que actuar. Reforma social o caos social. Democracia de partidos o partido único. El camino está abierto. Es el mandato de la historia. El modo y devoción para honrar a nuestros mártires. Su ara fue Venezuela. Sus hombres, sus mujeres, sus niños. Hicieron historia y ya son historia. Toca a nuestra generación y a las que sigan, continuarla. Para que se poseione de Venezuela el espíritu original de todos los sacrificios. Y se cumpla la fervorosa palabra de Leonardo: “No estaremos solos en esta batalla cuyo

término se acerca. Nos sabemos acompañados por la Venezuela de la esperanza y del sacrificio, la de la emoción sin amarguras, la del espíritu acerado, la de la voluntad erguida, la inquebrantable, la eterna”.

San Cristóbal, 21 de octubre de 1965.

LEONARDO, SIMBOLO REAL DEL MARTIROLOGIO VENEZOLANO

Francisco Sánchez Rincones
(Seudónimo de José Vicente Abreu)
Caracas / 1971

UN DEMONIO LLAMA AL DIABLO

...“luego de discar y marcar un número, dijo a alguien al otro lado de la línea: ‘comuníqueme con el Coronel Pérez Jiménez’, diciendo pocos momentos después: ‘Mi Coronel, liquidamos uno, a Ruiz Pineda, nos falta el otro; que seguidamente pidió una llamada a Nueva York, habló en inglés y sólo entendió que nombró varias veces a Ruiz Pineda’.”.

(De los recaudos de la Corte Superior Primera en lo Penal de la Circunscripción Judicial del Distrito Federal y Estado Miranda. Folio 275. Sentencia de 22 de marzo de 1968).

Quien así hablaba era Pedro Estrada, Director de la Seguridad Nacional, la Policía adscrita al Ministerio de Relaciones Interiores. Se comunicaba con el Coronel Marcos Pérez Jiménez la noche del 21 de octubre de 1952, pocos momentos después del asesinato de Leonardo Ruiz Pineda en la Avenida Principal de San Agustín del Sur. Aún no se había coagulado totalmente la sangre en las heridas del jefe de la Resistencia.

El interlocutor invisible en Nueva York sólo quedará en el anonimato para los ingenuos, para la gente cándida de este país. Tampoco sabemos la respuesta y las voces de aliento del más allá. Porque sin duda estamos en presencia de una comunicación por las líneas internas del infierno: un demonio comunicaba a la superioridad del Diablo la última novedad sobre sus fechorías terrenales.

Y era que no se trataba de un crimen corriente, cotidiano. Del quehacer de todos los días, del vulgar cumplimiento de la orden del día del gang de la muerte que azotaba al país. Era algo extraordinario (aunque siempre, desde dos años atrás, aparecía en la lista diaria del crimen, de primera): se había asesinado al más importante jefe de la resistencia cívico-militar, a Leonardo Ruiz Pineda, quien todos los días desafiaba la muerte a la cabeza de unos ideales y de irnos jóvenes que sólo tenían compromisos con la vida.

De allí la premura de Estrada en informar a la “Superioridad” infernal y terrenal: no había matado a uno cualquiera del montón de jóvenes de la resistencia. Había herido mortalmente al movimiento popular (sus ideas de policía primitivo —la culebra se mata por la cabeza—, seis años después fueron derrotadas en su totalidad con la liquidación de la dictadura. Es difícil

matar la cabeza de los grandes movimientos populares). Para él era la cabeza Alfredo, Leonardo, el alma de un movimiento que ya empezaba a resentirse en las estructuras por los grandes golpes asestados salvajemente a sus cuadros de base, medios y superiores.

De la respuesta de Nueva York podemos decir muy poco, pero del regocijo de un pequeño diablo gordo de rostro y fofos cuadriles, de la redondeada figura que toma la grasa humana del hartazgo y los temores, podemos adivinar sus órdenes de alertas y acuartelamientos, en el oscuro miedo de una guerra a muerte que no pudo desatar el movimiento popular de la resistencia. Porque la guerra a muerte quien la desató fue un solo bando: el de los asesinos lombrosianos erigidos como gobierno —el más execrable padecido por nuestro país en toda su historia— contra la soberana voluntad de todo un pueblo, erguida y desafiante para combatirlo a pesar de la desventaja manifiesta. La juventud entonces sólo pudo tomar unos cerros, hacer mítines relámpagos.

Decir que la venganza de la muerte de Leonardo era posible en las elecciones del 30 de noviembre —era más fácil derrotar con votos la dictadura, y se tenían esos votos, que con armas que no se tenían—, quizás era una manera también de canalizar la frustración.

Y en Pedro Estrada, el asesino, también era evidente el regocijo. Desplegó la misma sonrisa —más bien reprimida carcajada de hiena— que meses después para los fotógrafos cuando anunció el asesinato de Antonio Pinto Salinas en la carretera de San Juan de los Morros.

Los tres —Pérez Jiménez, el interlocutor de Nueva York y Pedro Estrada, trío de la muerte en Venezuela—, se habían atiborrado primero con los despojos de la muerte, con los sesos de un hombre, como estimulante para lograr después la emoción fuerte de sus alegrías, de sus regocijos y festines.

“NOS FALTA EL OTRO”

Los condenados a muerte por la Seguridad Nacional, es decir, por el gran tribunal que formaban Pérez Jiménez, Laureano Vallenilla Lanz —a quien ahora su pequeña conciencia le llena la cabeza de atentados en la cárcel—, Pedro Estrada, Llovera Páez y compañía, dividía sus víctimas entre civiles y

militares. Centenares de condenados a muerte en ambas categorías. Los civiles estaban encabezados por Leonardo Ruiz Pineda y Alberto Carnevali (AD) y Pompeyo Márquez (PCV). Es evidente que cuando Pedro Estrada dijo:

—“Nos falta el otro”...—, se refería a Alberto Carnevali, el Alí Quintana de la resistencia, que murió meses después como consecuencia de un cáncer, en un desolado calabozo de la Cárcel de San Juan de los Morros. Una ayuda providencial a la que se resignaron los asesinos, pero que siempre fue considerada por ellos como una mala pasada que no les permitió cumplir su preconcebido plan de asesinato. Una enfermedad les había arrebatado la víctima. El 19 de enero de 1953 había caído Alberto Carnevali en las garras de la Seguridad Nacional. Cuatro meses después, el 20 de mayo del mismo año, muere, urgido de una asistencia que se le negó hasta los últimos días de su agonía.

Ese era “el otro” y la dictadura se había consolidado.

UN MUERTO QUE NADIE VIO MORIR

Leonardo Ruiz Pineda fue asesinado en una Avenida Principal, de gran afluencia humana, de intensa actividad en esas primeras horas de la noche, ante decenas, si no cientos de personas. Pero nadie lo vio morir. Daniel Augusto Colmenares, Agente de la Seguridad Nacional que lo seguía en una moto que manejaba Francisco Ramón Matute, otro *Seguranal*, confiesa en el Tribunal que él esperaba mucha luz y un fuerte congestionamiento de tránsito para identificarlo. Lo había rastreado a lo largo de nueve o diez kilómetros aproximadamente, desde la Plaza Pérez Bonalde en Catia, hasta el lugar del crimen, en San Agustín. Allí, “con mucha luz, con un fuerte congestionamiento de tránsito”, accidentes de carros, maniobras e incidentes donde se protagoniza una pelea, carreras de huida y gritos —todo un show espectacular montado en plena calle para deleite de hienas nauseabundas y apestosas a carroña—, asesinan a Leonardo Ruiz Pineda. Y nadie ve ni oye nada, como no sean unos cuatro a cinco tiros, muy vagos, que son precisamente los que le quitan la vida al jefe de la resistencia cívico-militar venezolana más importante contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

UNA CAMIONETA PROVIDENCIAL CARGADA DE NIÑOS

Tanto Matute como Colmenares insisten en un largo seguimiento al carro de Leonardo Ruiz Pineda desde la Plaza Pérez Bonalde (Catia), hasta el Pasaje Sexto (San Agustín del Sur). Otras declaraciones (Segundo Espirioza, Regina Gómez Peñalver, Leoncio Dorta y David Morales Bello) indican perfectamente la ruta e incidentes de la movilización. Regina Gómez Peñalver lo deja en la Plaza Pérez Bonalde donde lo esperaba David Morales Bello (la doctora Gómez Peñalver recogería luego —9:30 p. m. — a Leonardo en la Plaza La Castellana, pero fue detenida a esa hora con dos personas más (¿había sido seguida también?). Ya en el carro conducido por Morales Bello, placas 10.586 del Estado Miranda, propiedad del Dr. Germán González, muerto poco después en la Seguridad Nacional, utilizaron la siguiente ruta (según Colmenares): “Avenida España con dirección al Atlántico”, recogiendo frente a la Oficina Leche Silsa a dos elementos (Segundo Espinoza y Leoncio Dorta); que eso le infundió más sospechas respecto al mencionado doctor Ruiz Pineda, y continuó siguiéndolo por la vía de El Atlántico, coyuntura de que se obstruyese el tránsito y así poder identificar de cerca a sus ocupantes; que del Atlántico el vehículo en cuestión tomó la vía del Nueve de Diciembre y luego dobló hacia la izquierda por la Avenida el Paraíso hasta llegar a la entrada de la Roca Tarpeya y de allí dobló hacia La Vuelta del Casquillo de San Agustín del Sur para seguir por la Avenida Principal”.

El lugar era propicio (luz y congestionamiento de tránsito). Segundo Espinoza dice que cuando llegaron la altura de una bomba de gasolina “el vehículo donde viajaban se detuvo por congestionamiento del tráfico, pues delante de ellos estaba parada una camioneta accidentada donde iba un señor y varios niñitos, pidiendo se la empujaran, lo que no hicieron porque el parachoques del carro de ellos era más bajo que el de la camioneta, siendo ese el motivo que los obligó a pararse; que teniendo allí minutos se presentó por la parte derecha del vehículo (eso mismo dice Colmenares) donde viajaban, un elemento que se identificó como Oficial de la Seguridad Nacional”...

El carro donde viajaba Leonardo estaba detenido: una camioneta accidentada y un parachoques bajo le impedía avanzar. Segundo Espinoza, que siempre siguió al pie de la letra las reglas del juego clandestino y que no dejó de

cumplir nunca — como Ramones Romero—, observó el accidente de la camioneta como una celada. Algo andaba mal. Por eso antes que nadie descubrió a Colmenares y Matute, al menos dos hombres en una moto que se acercaban de manera sospechosa. ¿La camioneta formaba parte de la maniobra de la Seguridad Nacional, o era una ayuda del cielo a la dictadura?

Lo cierto es, que resultó demasiado providencial. Desgraciado accidente para dar como resultado un asesinato de la magnitud del que se cometiera en la persona de Leonardo Ruiz Pineda.

“ENTRÉGUESE, DOCTOR RUIZ PINEDA”

Colmenares es muy elocuente en sus declaraciones. La Corte no lo condena. El mismo Segundo Espinoza coincide en los hechos que narra. Tal vez hay detalles —que dejaremos para el final— que pudieron merecer una mayor investigación por parte de los Tribunales.

Colmenares declara:

...“se bajó de la motocicleta, tomó la acera y luego regresando en forma contraria observó a la claridad la cara del tipo que iba en el asiento delantero del automóvil y hacia el lado derecho, pudiendo constatar que se trataba del doctor Leonardo Ruiz Pineda; que seguidamente, revólver en mano, se llegó hasta el carro y le dio la voz de arresto a sus ocupantes, contestándole el doctor Ruiz Pineda que estaba equivocado con ellos, pues eran gentes pacíficas; que en vista de que notó un movimiento sospechoso por parte del doctor Ruiz Pineda, cuando éste se agachó dentro del mismo carro, dio la vuelta hacia el lado contrario con el objeto de detener al chofer, quien pretendía arrancar el carro, momento ese que fue aprovechado por sus ocupantes para desmontarse del vehículo y sintió dos disparos por su espalda, uno de frente que pegó en la portezuela delantera, lugar que ocupaba anteriormente el chofer, a la vez que sentía un pequeño escozor en el dedo medio de la mano derecha, y que uno de los ocupantes de la parte trasera del carro se aferraba a su mano derecha con intención de desarmarlo; que en esas circunstancias hizo un disparo hacia el carro en dirección al suelo para amedrentar a quien lo sujetaba; que mientras sucedía esto continuaban los disparos y al aplacarse vio como a quince metros con dirección a una callecita

un cuerpo tendido en el suelo, que al acercarse con el sujeto que había tratado de desarmarlo constató que era el doctor Leonardo Ruiz Pineda, diciéndole el detenido en ese momento: ‘asesinos, cómo matan ustedes a la gente’, oyendo voces dentro del público aglomerado que decían: ‘se fue la mujer con el otro carro’; que en ese momento hizo acto de presencia el Oficial de la Seguridad Nacional de apellido Arias, que se presentó suponiendo por el ruido de los disparos y le hizo entrega del detenido”.

Pero veamos lo que dice el detenido Segundo Espinoza, uno de los testigos fundamentales de la muerte de Leonardo Ruiz Pineda. Segundo también dice que se presentó un sujeto por la parte derecha del vehículo y se identificó como Oficial de la Seguridad Nacional, manifestando: “entréguese, doctor Ruiz Pineda”: respondiéndole el aludido: ¿qué es esto? Que luego el Oficial que se decía de la Seguridad Nacional le pidió al doctor Ruiz Pineda que se identificara, y se llevó la mano al bolsillo; que cuando esto sucedía, el doctor David Morales Bello abandonó el vehículo por la parte izquierda, haciéndolo seguidamente el declarante, también por la parte izquierda, que por la misma parte salió Leoncio Dorta y el último en hacerlo fue el doctor Ruiz Pineda; que cuando esto sucedía, el Oficial que le había dado la voz de entregarse dio la vuelta por delante del vehículo desde la [»parte derecha en sentido hacia la parte izquierda, parándose frente a la puerta por donde salía el doctor Ruiz Pineda; que entonces él se fue sobre el Oficial con el objeto de que el arma que portaba no fuese disparada, pero de todos modos se fue un disparo que pegó en la puerta del automóvil”...

Segundo Espinoza fue inmovilizado por varias personas. Arias dice que por él solo y se presenta ante los Tribunales sólo una confrontación de palabras. También dice Espinoza que oyó varios disparos cuando inmovilizaba a Colmenares.

La voz de arresto contra el Dr. Leonardo Ruiz Pineda había llegado más lejos, se había perdido en el más allá, tomando a su lugar de origen: el infierno.

UN HOMBRE “CERRADO” ABRE LAS HERIDAS

Colmenares dice que Matute era un hombre “cerrado” que no se comunicaba con nadie. Parece que fue poco el comentario interno en la Seguridad

Nacional. Al menos nadie quiere comprometerse. Sin embargo, pocos meses después hay un certificado de defunción a nombre de Francisco Ramón Matute, firmado por una autoridad civil, con una causal de muerte, escrito así: “schok traumático”. Fechado el 11 de enero de 1953, a escasos 3 meses del asesinato de Leonardo. Con este documento la Corte hace el sobreseimiento de la causa del indiciado. Queda establecido que es el asesino. Hay unas buenas evidencias. Sin embargo, recuerdan los redactores que cerca de la Roca Tarpeya hubo un choque de una moto con otro vehículo. En la moto viajaban el “Indio” Borges y un tal Matute. El “Indio” Borges salió ileso. ¿Fue cierto que Matute murió? ¿Lo mataron o vive todavía? ¿Dónde está Matute, en el cementerio o con otro nombre?

Ese Francisco Ramón Matute fue uno de los matadores de Leonardo Ruiz Pineda; él abrió por lo menos una de las heridas mortales en su cuerpo, pero era un hombre cerrado, que luego fue desaparecido en unas circunstancias que también merecían una investigación.

UN HALO DE QUEMADURA QUE SE QUEDÓ EN EL MISTERIO

La única prueba incorporada al expediente “con valor de plena prueba” (todo lo demás fue confrontación de declaraciones entre perseguidos y perseguidores, palabra contra palabra, sin estimación moral de ninguna especie: pesa tanto la palabra del torturado como la del torturador en la justicia venezolana), fue el INFORME DE LA AUTOPSIA, “suscrito el 25 de octubre de 1952, por los Médicos Forenses, doctores V. Figarella Tovar y A. Capriles Sturup”.

El informe de estos dos facultativos revela más que las declaraciones de los testigos presenciales interrogados en la fecha, que oyeron “cuatro o cinco disparos imprecisos, vagos y sin importancia”. Esos cuatro o cinco disparos que segaron la vida de Leonardo Ruiz Pineda y que luego quedaron en la más completa oscuridad, impunidad y no investigación plena —pero resonantes a perpetuidad, pletóricos de acusación ineludible— por parte de los encargados de hacer justicia.

EL INFORME dice así:

“Conforme se expresa primeramente en dicho informe, los nombrados facultativos fueron llamados a las 8:30 p. m., del 21 de octubre de 1952, para reconocer en la Avenida Principal de San Agustín del Sur, a la salida del Sexto Pasaje, el cadáver del ciudadano doctor LEONARDO RUIZ PINEDA, hombre fuerte, de unos 36 años de edad, aproximadamente, a quien le apreciaron en la cara, el cuello y las ropas de la parte superior, cubiertos de sangre coagulada que había salido por la boca, la nariz, oídos y orificios de la herida que se describía en este mismo informe; que las ropas que cubrían el cadáver consistían en: corbata de varios colores, medias blancas y zapatos marrones de tipo mocasín, muy nuevos; que junto al cadáver había un sombrero gris y una revolverá de cuero, tipo comente; que el cadáver fue trasladado al Servicio de Anatomía Patológica del Hospital Vargas y al examen detenido se le apreciaron las siguientes lesiones: la.- Herida por arma de fuego con orificio de entrada a nivel de la concha temporal derecha, hacia arriba y atrás de la raíz de la oreja, de bordes redondeados y regulares, de cinco milímetros de diámetro, sin quemaduras ni tatuajes. El orificio de salida está situado en el lado izquierdo de la región frontal, a tres centímetros por encima de la ceja; medía tres centímetros de ancho, era de borde irregular y está dirigido oblicuamente de arriba abajo y de adelante atrás. 2a.— Herida por arma de fuego con orificio de entrada, de forma redonda, de cinco milímetros de diámetro, situada en la cara lateral izquierda del cuello, a uno y medió centímetros por debajo de la raíz del lóbulo de la oreja correspondiente; alrededor de esta herida se apreció un halo de quemadura de un centímetro de espesor. El orificio de salida estaba situado en la misma región lateral del cuello, un poco hacia atrás y abajo de la anterior; era de forma redondeada, con quemadura en sus bordes y de un centímetro de diámetro. Esta herida formó un sedal de dos centímetros de largo con una dirección había abajo y atrás. Asimismo de la AUTOPSIA de LEONARDO RUIZ PINEDA, se señala como CONCLUSIONES que el cadáver de dicho ciudadano presentó las siguientes lesiones: Heridas por arma de fuego en el cráneo y cuello.

Fracturas conminutas de los huesos de la bóveda. Fracturas lineales del peñasco derecho, etmoides y esfenoides. Hemorragia subdural extensa. Perforación del cerebro. Hematoma del cuero cabelludo. Causa de la muerte: Herida por arma de fuego en el cráneo”.

La primera herida descrita no deja halo de quemadura. Lo que quiere decir que fue un balazo a cierta distancia. No levantó un volcán con tatuaje de pólvora a su alrededor. Pero la segunda herida descrita, con minuciosidad científica, con rigor de cuadro anatómico, señala dos veces la certitud de una proximidad de remate, “de tiro de gracia”, cuando dice el informe que “se apreció un halo de quemadura de UN CENTÍMETRO DE ESPESOR CON QUEMADURA EN SUS BORDES”. Lo que quiere decir sencillamente que fue rematado como en un fusilamiento para acabar con toda duda de vida, de pensamiento, en Leonardo Ruiz Pineda.

¿Fue rematado con la misma arma? ¿Matute, que le había reducido a conminutas el cerebro, vino a extraerle el último hálito de vida a un hombre que ya estaba muerto? ¿Alguien de la Seguridad Nacional, esperaba para el remate?

Segundos después era imposible acercarse al cadáver. Una gran multitud lo rodeaba. Incluso, los propios esbirros se abrían paso a culatazos. Pero la gente seguía allí. ¡Habían matado una esperanza del pueblo!

LAS DUDAS DEL ASESINO

El asesino tenía dudas. El hombre había caído en la calle. La sangre brotaba por los agujeros de las heridas y además por los oídos, la nariz y la boca. Podía ser un truco del doctor Ruiz Pineda. Había que hacerlo sangrar más. (Que-se-vuelva-sangre, líquido-rojo, pino-orificios, polvo-de-cráneo-en-el-asfalto). Y se quedó sin dudas cuando hizo ese último disparo “a quemarropa”.

Entretanto, el comentario de Pedro Estrada sobre una investigación que pedía el Dr. Suárez Flamerich fue soez:

—“Ese Dr. Suárez Flamerich, tan bolsa”...

Pérez Jiménez sólo comentó:

—Es que todavía no tenemos Presidente...

Y con eso se hacía cargo del halo de quemadura de una de las heridas de Leonardo Ruiz Pineda.

UN DÍA QUE NO EXISTE: EL DE LOS MÁRTIRES

Ahora, años después, cuando se disfruta de una Democracia Representativa que no quiere “representar” los sacrificios del pasado, se descubre que los mártires no existen. Es decir, que nadie ha muerto y que los sacrificios constituyen una burda mentira.

No se puede establecer un Día de los Mártires en nuestro país porque hay muchos, porque el mártir ha sido un pan de todos los días en la alimentación de nuestra Democracia Representativa. ¿Quién no es mártir en nuestro país? ¿Quién no ha sacrificado tantas cosas en aras de la Patria? Somos la nación del martirologio, es cierto. Pero nadie negará un día, que en una hora oscura, cerca de un callejón que invoca “cenicientas” —es decir, esperanzas, sueños, anhelos— asesinaron a un hombre que como Leonardo Ruiz Pineda fue realmente el símbolo del martirologio del país, de ese martirologio que se da todos los días en la anonimidad, de lo que en nuestros sueños está dispuesto a caer siempre para luego levantarse imperecedero de entre las cenizas.

Leonardo cayó y no quiso ser mártir. ¿Para qué uno más?

Luego vienen del exterior con caras avejentadas, de patos viejos como Vallenilla Lanz y Llovera Páez y se proclaman “llenos de sacrificios”, “mesías”, “apóstoles” o insignificantes diablillos que se niegan a reconocerse antimártires, antisacrificio, antidignidad humana, aunque se saben en la inmundicia.

Leonardo cayó y siempre dijo a la juventud que no lo fueran a confundir con los falsos, aquellos que invocan la palabra libertad para establecer una dictadura y gozarla a todo sexo y a toda inversión bancaria.

Leonardo cayó, ¿es el número cuánto de nuestros mártires?

Caracas, junio de 1971.

(Francisco Sánchez Rincones es seudónimo de José Vicente Abreu/Nota del Editor).

VIGENCIA Y GRANDEZA DE LEONARDO RUIZ PINEDA

(Prólogo / 3^o edición)

Manuel Alfredo Rodríguez
Caracas / 1973

En octubre de 1955 —tiempo de exilio en México— escribí editorialmente en el N° 6 del periódico publicado por los desterrados venezolanos de Acción Democrática: “Un Héroe es una síntesis. Armoniza su personalidad extraordinaria con las exigencias de su tiempo y lo interpreta hasta el extremo de resumirlo”. Se conmemoraba el tercer aniversario del asesinato de Leonardo Ruiz Pineda por consecuencia de una orden directa de Marcos Pérez Jiménez y de la eficacia homicida de Pedro Estrada y, al enunciado sobre el concepto y la función del Héroe, agregué la explicación definidora de la personalidad de uno de los grandes jefes del pueblo venezolano en los dramáticos días de la resistencia a la ignominia perezjimenista: “Leonardo Ruiz Pineda era de estirpe semejante. Porque de sustancia heroica estaba construido quien reunió una fiera decisión combatiente junto a exquisita bondad, dones de conductor de pueblo y refinamientos de ternura, talento extraordinario con aguda inteligencia. Tenía, además, la predestinación del martirio. El sacrificio de su vida —nunca regateada— fue la dolorosa confirmación de su heroísmo. Puso la vida por delante y luego lo demás. La tenacidad fue su divisa. Llenaba los requisitos de aquella primera jerarquía establecida por José Martí cuando escribió sobre los hombres que no se cansan aunque los pueblos se fatiguen: de quienes hacen la Historia porque perciben sus recónditas señales”. Ahora —a veintiún años de su trágica muerte y a los diecinueve de aquella emocionada escritura— releo las páginas de “Venezuela Democrática” y encuentro que mis palabras actuales no podrían ser distintas a las de entonces.

Esta segunda edición de “Leonardo Ruiz Pineda — Guerrillero de la Libertad” constituye una espléndida ratificación de que aquella nota editorial no estaba movida por arrebatos partidarios enderezados al cultivo de la hipérbole. El luchador y editor democrático José Agustín Catalá ha reunido en esta obra una lograda selección de testimonios sobre el hombre-pueblo, su acción y su huella luminosa. El fragmento autobiográfico que la inicia y los trabajos y poemas que la completan —escritos entre 1952 y 1958— demuestran que aquel tachirense de “fina valentía y gozosa audacia” —calificación de Rómulo Gallegos— fue luz y esperanza de la República en uno de los períodos más sombríos de su historia. En esta apreciación coinciden sus compañeros y ex compañeros del comando acciondemocratista, un leal adversario de su partido

y varios de los innumerables independientes que le acompañaron en su gallarda y desigual pelea contra la barbarie. A las pocas horas de la consumación del crimen —21 de octubre de 1952— su camarada y sucesor en la Jefatura de la Resistencia, Alberto Carnevali, escribía con palabras estremecidas de amor y de coraje: “como héroe nacional, su nombre ha pasado a tutelar a la ya interminable fila de vidas humanas que el pueblo ha ofrendado en la lucha por su liberación”. “Leonardo, el de Rubio —dice Domingo Alberto Rangel— fue héroe de la Venezuela contemporánea”. “Ese tiempo necesitaba su héroe y lo tuvo en Leonardo”, afirma Ramón J. Velásquez. José Vicente Rangel recuerda el final de una entrevista interpartidista celebrada al amparo de la noche: “Al arrancar el vehículo, su mano emergió para agitarse en un saludo de despedida. Parecía una bandera de heroísmo”. En México el gran poeta Andrés Bello percibió la siembra de Leonardo en el alma nacional e interrogó al autor intelectual del homicidio: “Coronel que lo asesinaste, ¿cómo harás para asesinarlo en el corazón de tu hijo?” Y desde Santiago de Chile el joven bardo Guillermo Sucre Figarella anticipó la respuesta de los venezolanos del porvenir: “Ahora siento que es tu sangre la que se mueve en mí y que es un viejo clamor que nos convoca a todos en la noche”. Desde entonces y para siempre la sangre de Leonardo ha convocado y movido la voluntad de los venezolanos comprometidos en el propósito de ganar el futuro para la justicia social y la liberación nacional.

Escribir sobre Leonardo equivale a una agónica indagatoria en el propio corazón. Es preguntar y repreguntar a la conciencia militante sobre lo que hicimos y no pudimos o no supimos hacer, replantear interrogantes sobre los ineludibles deberes suscitados por las necesidades del país y recordados perentoriamente por el fulgor de su memoria esclarecida. A más de dos décadas de su muerte física —uno de los hechos de mayor influjo negativo en el curso de nuestra historia contemporánea— el ánimo se conturba con el pensamiento de todo cuanto pudo lograrse con él y a través de él y de todo cuanto con él se perdió. En este orden de ideas no tengo más remedio que volver a citarme y transcribir algunas de las palabras que a su memoria dediqué el 5 de julio de 1973 en el salón de sesiones de la Asamblea Legislativa del Estado Táchira: “Con su muerte más perdió Venezuela que el partido cuya jefatura ejercía”. Un hado fatal le arrebató a la República y se

llevó una vida que era pertenencia colectiva, promesa cierta de futuro e inagotable manantial de sensibilidad para el entendimiento de las magnitudes y aspiraciones de la nueva Venezuela.

Leonardo Ruiz Pineda —mi jefe, mi amigo, mi compañero inolvidable— fue un admirable regalo del Táchira a la Nación y a la causa universal de la dignidad, la justicia y la libertad. Su nombre es una clarinada de pelea para la defensa de los valores que configuran el patrimonio intemporal del hombre.

Caracas, septiembre de 1973

SEMBLANZA DE UN HÉROE SENCILLO Y HUMILDE

David Morales Bello
Caracas / 1974

No es extraño el dicho conforme al cual quienes ejercen liderazgo político deben mostrarse a las muchedumbres pero no permitir el fácil acceso a sus personas para así mantener cierta aureola de impenetrabilidad significativa de grandeza. La majestad del líder, se suele decir, impone distanciamiento del común para que se lo admire desde lejos y no se le adviertan sus defectos y flaquezas humanas. La actitud del líder, se afirma también, debe excluir el trato humanizado para con la generalidad de las personas que lo solicitan, porque corre el riesgo de cambiar el respeto que debe inspirar por el afecto, y más y mejor obedecen quienes respetan (y temen) que quienes miran con cariño a sus conductores. La amistad del líder no puede prodigarse, termina por sentenciar esta filosofía bastante enraizada en el modo de pensar de irnos cuantos.

Las reflexiones que anteceden obedecen a la evocación, por contraste, de ese gran líder de la revolución democrática venezolana que fue Leonardo Ruiz Pineda, héroe indiscutible de la lucha cívica por el rescate de la libertad en época difícil para la República y cuya vida promisorio, a manera de holocausto por la causa popular que abrazó sin reservas, se extinguió en un momento aciago del que ahora hacen veintidós años. Porque Leonardo, crecido en el querer de la dignidad nacional por sus hazañas y por sus virtudes, no obstante ser para el momento de su muerte la figura de mayor prestancia entre los conductores de la resistencia interna contra la dictadura, jamás mermó su comportamiento humanizado ni dio señales de transformación obediente al engreimiento por saberse acatado por quienes lo querían y temido por aquellos a quienes combatía. Su grandeza en la lucha parecía servirse de su grandiosidad espiritual, sin que dejara de influir la entereza que lo caracterizaba en la atracción creciente que ejercía sobre quienes con él trataban o de él oían decir. Con mirada melancólica y fácil expresión, su verbo persuasivo hacía prosélitos de quienes no era presumible que siguieran sus indicaciones. Por eso tuvo amigos y sumó colaboradores en los campos de ubicación más opuestos dentro del espectro político que le tocó vivir.

Llegaba a todos hasta sin proponérselo y era camino abierto para los deseos de escuchar su forma de expresar el pensamiento, a veces mediante el discurrir político fincado en la dura realidad que embargaba al país, y otras plasmando

en la frase afortunada la estampa poética de su exquisita existencia espiritual. No podía ser impenetrable quien, por condescendiente, buscaba siempre destacar lo que de positivo podía precisar en los demás.

No porque se creyera perfecto sino impulsado por la sencillez de su habitual manera de ser, Leonardo Ruiz Pineda jamás ofició desde el Olimpo la inaccesibilidad. Solía admitir sin desagrado los argumentos adversos a sus puntos de vista, cuando la objetividad del análisis lo conducía a la rectificación. Era sólido en la fundamentación de las posiciones que adoptaba pero no se creía monopolizador de la razón y la verdad. Tenía conducta de sabio, por lo que de pacientes son los sabios cuando prestan atención a los profanos. Se lo veía gozar al erigirse en espontáneo defensor de las cualidades que hacían respetables a las víctimas de la maledicencia ajena. Nunca admitió el sacrificio del amigo a cambio del facilitamiento de su ascenso o del aseguramiento de su comodidad. La lealtad era definitoria en su carácter y en las ejecutorias de su desenvolvimiento. No se le vio transigir deponiendo la estima por quienes lo hacían depositario de su fe. Sin llegar a la obstinación, tampoco fue hombre de dobleces. Por esas nada abundantes virtudes características de su personalidad, no necesitó deshacerse del afecto para asegurarse el respeto garantizador del acatamiento y de la obediencia. Sabía mandar sin maltratar y sin asumir actitudes incontestables. No hacía sentir el peso específico de su autoridad sino que estimulaba y hasta halagaba al compañero que debía cumplir irrestrictamente las órdenes que impartía como jefe que era del movimiento de vanguardia revolucionaria en resistencia interna a la dictadura opresora de la patria. No fue presa de las tentaciones de poder y eso lo robusteció hasta en el ánimo de quienes lo presumían de otra textura.

La anécdota conforme a la cual rechazó de plano la proposición de última hora que el ala militar de un movimiento organizado para deponer al dictador de turno le hizo ofreciéndole la jefatura del gobierno por constituirse, a condición de que no regresara al país el ex Presidente Rómulo Betancourt, comunica la idea exacta de su rectitud política y de la nobleza de su proceder en general. Sin inmutarse, ratiocinó su respuesta haciéndole ver al portador del mensaje el contrasentido que significaba reconocer en su persona al potencial Jefe del Estado y comenzar por disminuirle autoridad imponiéndole condiciones

contrarias a sus deberes de lealtad para con quien jefaturaba la resistencia a nivel superior. Alzó un poco el tono de voz para puntualizar que su lucha por la reconquista de la libertad, como vía irrenunciable hacia la meta de la revolución democrática, le imponía el respeto que se merecían los valores indiscutibles de la causa popular. Protestó porque se lo sospechara pasible de traición hacia uno de sus mejores y más admirados amigos.

A eso —y mucho más— lo llevó su elevada condición humana; sin pasajes de desdoblamiento y sin pérdidas de su admirable integridad.

Conforme a los “Pensamientos” de Franz Grielparzer (y conforme a cualquier manera de pensar, por exigente que resulte ser), Leonardo fue un héroe, porque sacrificó la vida a la grandeza; pero no a la grandeza materializada en el poder y en la fuerza, sino a la que realiza los elevados ideales por el bien de la colectividad, de la patria, del pueblo. Un héroe que se hizo mártir al silenciarse su onda vital a consecuencia del asesinato que lo sorprendió en plena labor defensiva de la libertad conculcada por la fuerza hecha gobierno. Un héroe que había llegado a motivar la sabiduría popular, de cuyo ingenio muchas versiones salieron atribuyéndole dotes sobrenaturales por haber podido burlar los tantos cercos de los sabuesos encargados de su localización. Un héroe por el que corrieron —y corren aún— lágrimas de protesta por la forma brutal como se le segó la vida y por el daño que sufrió la patria al perder con él grandes y bien fundamentadas esperanzas. Un héroe a la medida de la definición de Miguel de Unamuno, porque individualizó el alma colectiva de una etapa histórica que le tocó vivir a plenitud; porque sintió intensamente la unificación con el pueblo y personificó sus más elevados sentimientos; porque fue sujeto en la creación del estado de conciencia por cuya causa se repudió y se derrocó al régimen tiránico que le cortó la vida, y porque fue también —y supo serlo— objeto resultante del modo espiritual del pueblo de cuya entraña afloró para volver a él indeleblemente, bajo el signo de su sangre destinada al riego fructificador del más acendrado patriotismo. Un héroe asistido de valor y coraje, que se mantuvo en constante desafío de la brutalidad con la cual lo perseguían los cancerberos del infierno dictatorial. Un héroe cuyo más alto valor se lo dictaba la razón.

Un héroe que se acostumbró al peligro y llegó valientemente hasta el sitio donde lo aguardaba la muerte. Un héroe que, como hombre, jamás fue vanidoso y como héroe no se dejó arrastrar por la soberbia.

Fue Leonardo un auténtico cultor del espíritu y de la inteligencia. Por eso fue poeta y nunca lo ocultó por parecerle vergonzante. Tenía admiración por el talento pero no le confiaba la suerte en su totalidad. Creía en la necesidad de formarse disciplinadamente para no ser víctima de la información adquirida en forma anárquica. Por eso estimulaba a la juventud, aconsejándole la superación por intermedio del estudio. Tenía vocación pedagógica y al dialogar dictaba enseñanzas sin pretensiones de maestro infalible.

No aceptaba que la política fuese profesión para la que no hace falta estar preparado. La lectura era su mejor diversión. Fue un político amigo de la verdad, sin dejar de ser un hombre amante de la belleza, franco, discreto y probo. Buen hijo, esposo y padre atento a sus obligaciones materiales y morales. Rechazaba las extravagancias. De su sencillez y de su humildad daba fe recientemente un campesino andino al decir que cuando, a raíz del 18 de octubre de 1945, ejerció la presidencia de su Táchira natal, dedicaba los fines de semana a visitar las más apartadas aldeas, enseñando a los lugareños el uso del cepillo dental y del dentífrico que les llevaba de obsequio. Las mismas sencillez y humildad presentes en el desmentido ante su padre por la calumniosa especie que le atribuyó la autoría intelectual del pánico que victimó a varias inocentes criaturas asistentes el Miércoles Santo del año 52 a la Basílica de Santa Teresa en Caracas. Las mismas sencillez y humildad que inspiraron su respuesta de: "No, vale. Estás equivocado. Soy Crespo", cuando el esbirro que lo reconoció lo alertó diciéndole: "¡Dr. Ruiz Pineda. Entregúese o se muere!"; optando por irse... para siempre, aproximadamente a las ocho de la noche de aquel fatídico 21 de octubre de 1952, cuando Venezuela perdió uno de sus hijos más esclarecidos.

Caracas, 21 de octubre de 1974.

EL MENSAJE DE LEONARDO A LA JUVENTUD VENEZOLANA

José Vicente Abreu
Caracas / 1974

Cuando Leonardo Ruiz Pineda llega a Caracas —17 años de sueños y esperanzas, septiembre de 1933—, confiesa que vuelve a nacer. Viene poeta en ciernes y trae una apretada maleta de papeles que a él le parecen sus primeras banderas —Banderas de Papel era el título del libro que pensaba publicar—, cuando llega por el alucinante mundo de las letras. O como él mismo lo dice con palabras conmovedoras en la Cárcel Modelo de Caracas, en diciembre de 1948, a un mes del cuartelazo de noviembre, sin reproches, sin una pizca de amargura... “Entraba a mi ciudad madre, la que luego formaría a su imagen y semejanza el contorno de mi nueva vida”...

No, Caracas no era para la muerte sino para la vida.

Nadie podía presentir entonces que, escasos diecinueve años después, las calles de la ciudad se llenaban de rojo con su sangre. Quizás el poeta inicial que había en él oye a la distancia las voces de la fuga, de la huida, de la noche perseguida, azarienta y clandestina, íngrima, de acoso permanente, cuando en la Guerra Civil española muere Oscar Pantoja Velásquez y escribe un romance que le duele y hoy se nos antoja premoriente:

...“su nombre, sangre de España,
ruda, roja, ardiente corre,
por las calles de Caracas”.

Y esas mismas palabras de lamentación, nos parece que las decía Leonardo con su propia muerte: “Su voz estaba en el aire, cuando la cortó la bala”... ¿La misma bala aquí y allá, en el cerebro, salida de la misma mano asesina?

No, Caracas no era para morir ni se le apareció con los terribles signos trágicos de la muerte tensa y atormentada de concreto, sino como “la ciudad alegre... desbordante de esa imponderable fuerza espiritual que fluye en la sonrisa de sus mujeres y en el ademán acogedor de su regazo”... idéntica a su espíritu. Ella lo había cuidado —madre— y lo hizo suyo entre sus callejuelas, recodos y escondrijos. Le había nacido un hijo escondido, prohibido, un hijo de las sombras que siempre amamanta de heroísmos la ciudad, en las horas difíciles de las tiranías. Y este Leonardo de Caracas solamente —porque se lo ganó en desigual combate—, en menos de cuatro años, llenó con su presencia de leyendas, los diez mugrosos de la dictadura. Lo seguían irnos jóvenes que

en poco tiempo convierten sus esperanzas en compromisos, aquel de llegar al final, a riesgo de la vida, frente a las tiranías. Porque Leonardo fue entonces la encarnación del sacrificio.

Ante estos hombres nunca pasa el tiempo de recordar. Tal vez los jóvenes de hoy apenas saben de Leonardo el nombre de una calle, de un barrio, de una escuela, de una célula, de un centro cultural. Si alguien pregunta, ¿quién es? no falta quien responda con la premura y la velocidad de una ciudad donde está prohibido detenerse.

—A uno que mataron en Caracas...

Pero cuando alguien pasa por allí, por esa calle, donde ya hoy entre manchas de asfalto y gasolina no hay mancha del crimen sobre la tierra, si pasa — repito— y es joven, con algo de luz en los ojos, está ante el compromiso de no seguir de largo hacia el porvenir sin reconocer allí una brizna del pasado reciente que le permite ver el sol cara a cara. Porque allí está todavía la dolorosa sangre del sacrificio de Leonardo, como una reliquia, resumen, integración, esperanza de muchos sacrificios más consumados en aquella mala hora. Sacrificios de años de juventud de muchos jóvenes que se hicieron hombres en el amor a la libertad. A muchos se nos fue la vida en esos duros años donde veíamos la prisión, la tortura o la muerte como simples accidentes de trabajo. Pensábamos que a una caída debía sucederle necesariamente un levantarse en otro, sin un instante de tregua con la muerte.

Pero los jóvenes de hoy tienen necesidad de saber algo más. Tal vez que no fue inútil del todo el sacrificio. Y que no sólo aprendimos a levantarnos de la muerte y a andar con unos recuerdos en las sombras para continuar con algunas ansias de vivir. En ocasiones nos ganaba esa cosa extraña que han llamado el sentido trágico de la vida. Pensábamos que caíamos. Pero generalmente volvíamos a la conciencia de estar en algo que no moría en nosotros y terminaba en nosotros, y por eso, se nos convertía la vida en un instante alegre, sonriente, amable, fraternal, extrañamente amplia aun en los peores momentos de soledad.

Ahora pienso que he tomado un ritmo cronológico, difícil de seguir para la juventud de hoy. Salto de un momento a otro momento guiado sólo por el hilo

interior de unas vivencias en la ciudad, la juventud, la libertad y la muerte. Sigo un camino fácil para mí porque me acompañan viejos recuerdos que no expreso, que no digo, por esa absurda costumbre de creer que todos saben el trozo de vida importante que nos ha tocado vivir.

¡El trozo de vida! Cuando no andamos por caminos diferentes a los de la historia presente, sin oportunidades ni evasiones. Debo volver al principio a buscar los elementos que integran un ser humano y lo preparan en todos los aspectos para las horas malas. Leonardo, por ejemplo, tenía 35 años cuando lo asesinaron el 21 de octubre de 1952 en una calle de San Agustín del Sur. Sin embargo, de esos 35 años, vivió plena e intensamente solamente tres. Y esos tres, trataron de cortarlos bruscamente con una bala parda en un segundo, un instante — como decíamos entonces al calor de las palabras de viejos revolucionarios del mundo— para desplomar treinta y cinco años donde la vida se ha formado intuición, sabiduría, versos, sentimientos, coraje, en fin, un compendio humano donde se integran las miles de vidas que ha forjado la libertad a lo largo de todos sus milenios de existencia.

Pero debo volver al principio. Me obsesiona el instante de la muerte porque se me fue hacia adentro su vida, en los duros años que compartimos con los mismos sueños.

Leonardo de Caracas era andino. Él lo dice así en sus apuntes autobiográficos:

“Mi partida de nacimiento afirma que nací el 28 de septiembre de 1916, a las 7:30 de la noche en Rubio”.

(Ya dijimos al principio que su otro nacimiento escogido y voluntario fue en Caracas en 1933).

La infancia es la de un niño de frontera, en la afirmación de sí mismo y de su nacionalidad. Con sus padres se abre paso en la pobreza. Ansias de saber, de valerse por sí mismo, con una voluntad riesgosa en pequeñas pruebas constantes de valor. Vivir y el mundo es la casa para un nuevo descubrimiento diario, sin riesgos de mar océano en carabelas crujientes de motines. Y más tarde es el barrio y el pueblo que lo desafía a la conquista. Y por la frontera viene en el aire una invasión de Juan Pablo Peñaloza que se le transforma a los muchachos en su juego de invasiones de lucha, de huida a la frontera de una

raya o del muro o el alambre de un viejo solar, para volver a violar, a traspasar linderos de tiranía. Juegos de invasión con Peñaloza en la intuición de la libertad. Y Peñaloza viene en la obsesión de combatir toda la vida. Y Peñaloza huye y burla y se va por los montes, por los páramos, entre los grandes vientos habladores para el eterno desafío.

Aprende a leer y escribir con la alegría de abrirse hacia un mundo mayor en las lecturas. Y un tío viene de Colombia, u otro escondite, bajo la sombra de la clandestinidad. Fabrica sus propias armas de fuego y le enseña la técnica a Leonardo. Meses de entrenamiento en el monte: cazador, pescador, atrevido merodeador de sombras en la noche. Su tío lo prepara en unos riesgos y unas valentías que cree indispensables en todos los tiempos de Venezuela. Y el tío viene escondido y se va en secreto con su Virgen del Carmen otra vez, al otro lado de la frontera. Y ese tío le deja la marca indeleble de los perseguidos: burlar, escapar, desaparecer en las sombras como si se disolviera en ellas.

Y en la escuela aferrarse a la nacionalidad frente a los maestros colombianos. Los libros, la escuela y el liceo para el camino de afirmarse. Ejercicios sobre diversos temas, versos, los primeros discursos. Y ya empieza conscientemente la rebeldía.

A Leonardo se le asoma la noción de algo feroz, terrible, mandón desde la distancia de los hombres del gobierno. Comienza a formarse, gelatinosa aún, borrosa-niebla de temores y secretos, la imagen de los malos encamada en la dictadura, los policías y los déspotas. Las redadas, los allanamientos, las delaciones y los trabajos forzados de humildes ciudadanos coinciden con las invasiones reales o inventadas de Peñaloza. Los perseguidos, los acosados o simplemente quienes están fuera del gobierno, siempre tienen un ojo en la frontera: la frontera invadida o desolada es un termómetro o un reloj que marca la hora de esconderse y hablar en secreto. El mundo que empezaba a descubrir en la infancia cada vez con mayor hondura se le divide en dos:

—los malos... y los buenos...

No, las cosas no son homogéneas, de una sola pieza. Y el niño relaciona la medida de los hombres con sus propios intereses infantiles que nada tienen que ver con los intereses económicos, sociales o políticos.

Hay un campo amigo y un campo enemigo incipientes en la justicia o la injusticia de la infancia. Y este mundo es decisivo en el desarrollo futuro.

De la inquietud que descubre en los adultos algo le queda. Leonardo narra uno de estos dramáticos momentos:

“Insensiblemente me rodeaba el mundo de los acontecimientos políticos. Una vez capté en el círculo de amistades más íntimas de papá una conversación rumorosa, cerrada, discreta. No logré entender nada, absolutamente nada; sólo me llegó al oído lo referente a unos hombres que habían sido colgados en garfios, públicamente, en San Cristóbal, donde habían estado expuestos a la contemplación de los transeúntes, hasta que los zamuros empezaron a destrozarlos. Así empecé a conocer, en la oscuridad de mi espíritu infantil, el terror de una época. Aquello me perturbó la conciencia y trastornó mi pensamiento. No acertaba a explicarme por qué habían colgado a aquellos hombres... Fue después en las conversaciones con mi hermano, cuando tuve la noción exacta y bárbara. Era Eustaquio Gómez quien lo había ordenado, a raíz de un atentado contra su vida. Esa anécdota la conocí ampliada después cuando en el pueblo vino a fijar residencia política Fernando Gómez, familiar lejano del entonces Presidente de la República, Juan Vicente Gómez. Se refería que entre los guardaespaldas de Fernando Gómez figuraba un policía de apellido Perdomo a quien señalaban como uno de los autores del asesinato de los tres ciudadanos que, en San Cristóbal, fueron públicamente exhibidos colgando de los garfios. Se comentaba que Perdomo era presa de alucinaciones y que veía cerca de él los cuerpos animados de las víctimas que le perseguían y le obligaban a lanzar desesperados gritos de cobardía. Durante la permanencia de aquel Fernando Gómez en el pueblo, empezó a formarse en mí un claro sentimiento de rechazo contra ese apellido y su significación política”.

Muchos hechos imborrables u olvidados en la infancia integran la noción antidictadura de Leonardo Ruiz Pineda. Pero junto a ese Peñaloza-leyenda, voluntad de invasión, sonoro y detonante nombre antigomecista, aparece otro hecho definitivo en los deslindes infantiles de Leonardo: una proclama de Régulo Olivares. Un primer contacto “con una voz extraña que combatía a Gómez”. La proclama doblada, secreta, circula en la escuela y los niños sacan

copias manuscritas para distribuir las entre amigos y familiares. (Primer trabajo de propagandistas clandestinos, propagandistas que no desperdician medios por precarios que sean). Ya Leonardo, niño todavía —ocho o nueve años de edad— anda con los ojos abiertos y se identifica con los perseguidos que le forman el alma en heroísmos, en riesgos, en temeridades. Sí, los ojos abiertos porque se alternan intereses infantiles con inquietudes de todo el pueblo.

Y se le acaba la infancia cuando cae preso Juan Pablo Peñaloza. Entonces debe ser un hombre en plena adolescencia. Debe tomar partido, definirse abiertamente. Leonardo cuenta la caída del viejo guerrillero:

“Una tarde cundió la noticia de que el general Juan Pablo Peñaloza había sido detenido cerca de La Fundación, por donde recorría en unión de un nutrido grupo antigomecista el accidentado territorio de Uribante. Acostumbraba atravesar la frontera el viejo guerrillero, en aventuras de combate fulgurante que daban acento épico a sus andanzas audaces y arriesgadas. Esta vez había sido atrapado por los perseguidores gubernamentales que lo acosaron bajo la dirección de José Antonio González, jefe civil del Distrito Cárdenas y viejo compañero de luchas del general Peñaloza. En el liceo la noticia causó pugna de opiniones, fricción de comentarios. Un grupo se mostró jubiloso por el suceso y algunos de ellos solicitaron permiso para presenciar el arribo del viejo guerrillero que entró a la ciudad en un automóvil descubierto, al lado de José Antonio González, quien lo exhibía como trofeo, pero custodiándose la espalda con un recio puñado de fusileros parameños y cedraleros. A los pocos meses, José Antonio González recibía el galardón administrativo por sus habilidades al ser promovido a Presidente del Estado.

Pocos meses después un hecho absurdo vino a golpear en mí de un modo definitivo. Un grupo de estudiantes dio calor a la idea de colocar el retrato de José Antonio González en el salón principal del liceo, como homenaje a quien deberíamos considerar como protector del instituto. Los proponentes fueron Pérez Vivas, Simón Becerra y Laviosa Colmenares. El estudiantado vibraba de indignación ante la escandalosa demostración de servilismo”.

Para Leonardo era el retrato del traidor y perseguidor, la representación de la dictadura en el Táchira. Un homenaje de esta naturaleza solamente lo merecía

el viejo guerrillero del diario traspaso fronterizo, Juan Pablo Peñaloza, quien alentaba la esperanza embrionaria.

No. Nunca en un liceo hay cabida para el retrato del perseguidor, cualquiera que sea.

Y Leonardo fue sacado del liceo. No lo admiten como externo, pero no se resigna a perder el año tal como se lo aconsejaban. No podía perder un solo instante en el camino que ya comenzaba a clarearse en su interior. Se clareaba, paradójica-mente con la sensación de perseguido, de rebelde, de inconforme. Eso que se pudo ver en sus versos de alucinado, en sus papeles arrinconados o perdidos.

No podía perder el año y se viene a Caracas a hablar con el mismo Ministro de Educación. Lo guía todo el romanticismo y la audacia de siempre. No cree en derrotas y se siente con las mejores fuerzas morales para ganar batallas. Le aconsejan que regrese a su pueblo y no insista más. Pero el muchacho sigue todos los días el camino del Ministerio de Educación. Y es entonces cuando recibe una lección definitiva. Leonardo dice: “En la casa de familia donde estaba instalado todos comentaban mi caso con pasión e interés”.

“Pero si usted tiene lo que más necesita para triunfar: es tachirenses”...

“La observación fría de aquel hombre, dicha sin regusto de cinismo, pero reveladora del mal que roía la entraña de la República, me alertó contra la tentación. Mi padre tampoco podría aprobarme ese procedimiento. Aquel hombre faenero cotidiano, servidor de sí y de los suyos, orgulloso de su decoro íntimo y de su dignidad inmaculada, me reprocharía duramente ese acto de debilidad. Definitivamente no podía dar aquel paso.

Y entonces emprendí mi viaje de retirada, de regreso a mi pueblo, derrotado y vencido”.

Se creía que las cosas se facilitaban más para los andinos. Además se quería desintegrar la nacionalidad en la división simplista entre andinos y los demás venezolanos. Pero para Leonardo el mundo venezolano se había partido en dos en otra forma. Leonardo no era un tachirenses, era un perseguido: entraba por la hoja de la puerta que sólo abren los buenos, como en la alegoría mexicana

de Diego Rivera. Ya las bases humanas del luchador empezaban a espigar. Distinguía perfectamente, en plena dictadura, de qué lado estaba, aún en la tentación del “tachirense”. Porque supo ver claramente que su ídolo tachirense de la infancia, combatía al gomecismo y había encamado sus primeras esperanzas, cuando entraba por la puerta de los buenos en la frontera.

Hay cierta desolación adolescente, se le desploma la tierra bajo los pies y tiene que construirse su propio mundo. Por eso no regresa a San Cristóbal, al liceo, a tratar de conciliar, de lograr un acomodo, una fórmula de salvación, sino que busca fuerzas en la madre y en el páramo. Se le mezclan madre, versos y páramos en la melancolía, en la incomprensión y el rechazo. Cuando todo se le cae, se levanta en lecturas y viajes imaginarios que lo ponen en contacto con grandes voluntades. Se levanta en ensayos y poemas que no publica nunca, pero que le permiten una salida, un desgarramiento que se cicatriza en las letras.

No, el mundo no se acaba en esa gran derrota interior que entraña para él la caída de Juan Pablo Peñaloza, su fracaso en un año y la vía oportunista de “tachirense” que le sugieren. (Después hay mil derrotas más para levantarse otra vez y no dejarse ganar por fracasos y frustraciones. No, no hay derrotas posibles mientras quede aliento para levantarse otra vez).

Leonardo dice que gozó en el páramo el inmenso placer de la soledad. Nunca más se repite esta circunstanciación.

Pero ¿soledad de adolescencia con todos los habitantes de la imaginación, donde la fantasía no da reposo? No hay viento, ni soplo, ni silencio que no forme parte de ese interminable diálogo donde se tiene la conciencia de una integración con la naturaleza. Entonces vuelven las fuerzas por un doloroso proceso de purificación. Los horizontes vuelven a ser visibles en medio de la niebla interior. Y un poema suyo aparece en un periódico local precedido de una nota del poeta Antonio Castellanos:

“R.P. será de los que llegarán. Debemos abrirle camino”.

Palabras que recuerda a lo largo de su corta vida, pero no para regodearse en el primer halago, la bienvenida prometedora. Ni siquiera para quedarse promesa y seguir promesa sin llegar. Si no siguió ese camino que querían

abrirle en las letras, él mismo se hace camino, se hace poema, palpita, emociona y se labra verso a verso un destino en la nueva concepción de los poetas que no mueren tísicos, alcohólicos o suicidas, sino en un lugar de combate. Como tantos en las calles y en los caminos de esta América donde el mejor poema es la liberación, con tantas cosas que mueren en uno.

Sí, se le abrió el camino del poeta de nuestro tiempo. Con una concepción que nos dice más tarde en 1943 cuando saluda la poesía de Otero Silva:

“Porque nadie perdona que se reúnan palabras hermosas para exaltar la blancura de la orquídea mientras los niños sin nombre, hijos de la oportunidad amorosa, mueren a lo largo de los caminos campesinos. Porque es un crimen cantar para la ociosidad de hombres y mujeres cuando la humanidad se desangra en esta lucha tremenda contra el fascismo. Por todo ello no puede defenderse la posición del poeta abstracto, que se sitúa frente al mundo como cronista insensible, a manera de espectador indiferente que compró su palco para presenciar la pena común de muchos hombres.

El arte no es una manifestación desvinculada de la historia ni de los ambientes... A nadie interesa la preocupación sentimental del poeta por su mundo propio, ni sus emociones son la vida o la muerte para la lucha constante de los hombres”.

Esto dijo después, pero ya se gestaba en él. Era el mundo que buscaba en su poesía y que alguna vez logró y se perdió entre los papeles que se queman. Y ya que saltamos cronológicamente, voy a citar algo que Leonardo nos decía, casi con las mismas palabras, pero que escribió Pablo Neruda en su prólogo a “Poesía Política”, en 1952, precisamente el año que mataron a Leonardo. ¿Lo había leído Leonardo o lo había extraído de su propia experiencia de conductor clandestino? Citaré a Neruda:

“Por eso son enemigos de la poesía cuantos excluyen de ella la lucha que es también nuestro pan de cada día. Aquellos que nos ponen una frontera, quieren destruir todo el castillo. Aquellos que, políticamente, quieren apartar la poesía de la política, quieren amordazarnos, quieren apagar el canto, el eterno canto.

Yo quiero que todos los poetas canten la rosa roja y la rosa blanca, los ojos azules y los ojos negros, los días de sol sobre la arena y las noches de sombra tempestuosa. Yo quiero que todos canten sus amores.

Si no lo hicieran, estarían traicionando sus propios mandatos imperiosos. Pero hay una traición más aterradora, y es la de que nuestro canto no comparta, no recoja o no guíe los caminos del hombre. La sociedad humana y su destino es materia sagrada para el ciudadano, pero para el poeta es masa creciente, creación profunda, obligación original. No hay poesía sin contacto humano. En el pan de mañana deben ir señaladas las manos del poeta.

¡Ay de aquéllos que no comprendieron sino el silencio, cuando la poesía es palabra, y de aquéllos que sólo comprendieron la sombra, cuando la poesía es luz de cada día y cada noche de los hombres!

Por eso el camino no va hacia adentro de los seres, como una red de sueños. El camino de la poesía sale hacia afuera, por las calles y fábricas, escucha en todas las puertas de los explotados, corre y advierte, susurra y congrega, amenaza con la voz pesada de todo el porvenir, está en todos los sitios de las luchas humanas, en todos los combates, en todas las campanas que anuncian el mundo que nace, porque con fuerza, con esperanza, con ternura y con dureza lo haremos nacer.

¿Nosotros los poetas?

Sí, nosotros, los pueblos”.

(Neruda murió hace un año de una enfermedad endémica de América Latina y que nunca aparece en ninguna autopsia, tampoco fue descubierta en la de Leonardo once años atrás. Neruda murió de traición, de tiranía, de gorilada, diez días después del asesinato del Presidente Allende. Leonardo estaría hoy,

como toda la juventud venezolana, apasionadamente en la Resistencia contra la cruel dictadura militar de Chile).

Pero de aquel momento que venimos narrando, cuando en su pueblo tiene contacto con Antonio Quintero García, que viene prófugo de las aulas universitarias y funda una revista, Leonardo toma conciencia del papel de las artes. Él dice:

“Empecé a cavar la entraña fundamental del arte y a descubrir su contenido vital y humano, su razón intrínseca como disciplina en la actividad creadora. Entendí por qué el arte tiene un deber social por cumplir y aprendí a descubrir en la intimidad de la cultura una nueva y consciente dimensión que es su obligación histórica frente a la sociedad. A Antonio Quintero García le debo ese destello de conciencia”.

Y así, con este bagaje llega a Caracas. Y el poeta vive, encarna la realidad de su propio poema del sacrificio.

Aquí retomamos el hilo de su nacimiento en la ciudad-madre, en la Caracas que lo ve llegar poeta con banderas de papel y no con enarbolado pendón de montoneras triunfantes. No viene como una amenaza. Y de inmediato se incorpora al proceso de la caída de Juan Vicente Gómez, a fines de 1935. Estudia, lucha, escribe. Vida legal en la Federación de Estudiantes y clandestina en las organizaciones ilegales. Se identifica con lo mejor del pueblo en la Guerra Civil Española. Con ella anda siempre y se le ve llegar a las reuniones con los poetas de la revolución. Siempre entre las manos Antonio Machado, García Lorca, Alberti. Siente a España por sus poetas combatientes, sangrantes.

(Como escribe más tarde —a los doce años de la República Española—, siempre estará en su corazón:

...“Y hay que hacer un alto en la actividad del pensamiento y saludar a España: sangre, amor y presencia en esta lucha, valor y símbolo en la marcha de la humanidad.

No se puede nombrar a España sin que se diga con aquel poeta: ‘¡Ay! cómo me dueles por dentro’, o se exclame: ‘y un río de leones me sube por la sangre’. Y es que España duele como un recuerdo triste cuando se nombra”.

En lo más íntimo no pocas veces se ha planteado ese irse a España y combatir por ella como tantos poetas. Pero piensa con apasionado rigor intemacionalista que su lucha contra el fascismo está aquí mismo. Neruda está allá y tal vez ya comienza a representarlo a él y a todos los poetas en el combate contra la horda salvaje que se arma con lo más civilizado para destruir. España es un campo de experimentación de la guerra por venir. Pero aquí en Venezuela la persecución no da tregua. Rugen sus poemas en el Teatro Municipal cuando el gobierno de López Contreras acosa y expulsa a los dirigentes populares del país. Dirige sus versos contra los enemigos del pueblo, contra los asesinos fascistas, y es poeta de andanza y de sacrificio secreto.

En este período no podemos dejar de citar la voz sentida, dolida, de otro desaparecido: J. M. Siso Martínez. Él dice de este momento definitivo de Leonardo:

“Todo esto mientras cierra filas en los cuadros clandestinos del Partido Democrático Nacional (P. D. N.) ‘organización de la izquierda, instrumento al servicio de la revolución democrática y antiimperialista’, como escribiera (Leonardo) años más tarde. Quienes lo formaban también lo dejaron escrito: ‘Éramos un equipo de muchachos estudiantes, movidos por el fervor de los veinte años, y un puñado de trabajadores abanderados en la lucha por la justicia social’. Para la lucha subterránea escoge el seudónimo de Neruda, síntesis de su admiración por el gran poeta del Sur”.

Neruda le parece símbolo apropiado para combatir y cantar. (Probablemente Neruda se llamaría hoy Leonardo en la Resistencia chilena contra los asesinos de su pueblo). Tal vez busca la identidad en un poeta que llega a unos acontecimientos y se entrega a ellos con la pasión de las palabras y los fusiles.

Escribe, estudia, lucha, huye. La preparación de la infancia de un niño de frontera no ha sido inútil para el joven luchador. Por allá anda aquello que comenzó como merodeador de sombras.

Pero permítaseme citar de nuevo a Siso Martínez, que lo acompañó en esta peripecia semilegal de luchar contra los poderosos:

“En 1938 —dice Siso Martínez— el partido lo encarga para dirigir las elecciones en el Estado Bolívar. Con menguados dineros emprendió el viaje. Ese año las lluvias inundaron los llanos venezolanos, se salieron de madre los ríos, y el viaje calculado en tres días le llevó treinta, los más de los cuales tuvo que hacerlos a pie, hambriento pero alegre, siempre escribiendo romances y sustituyendo la visión poética que tenía de la vasta llanura por esa otra real de soledad y miseria. Cantaclaro esfuminado para dar paso a Juan el Veguero, el eterno humillado. Lo tentaba la imprevista odisea y en posteriores días recordaba con humor infantil esa experiencia de sus años mozos y gustaba de evocar —montañés asombrado— la gran serpiente orinoquense y la alucinante visión selvática de la Guayana. Pero no se quedó en paisaje la odisea. Allá en Upata, airosa población enclavada en la selva, Rosa de la Montaña en el poético lenguaje de los guáyanos, sentó sus reales y vibrando su espíritu con el espíritu democrático del dionisiaco pueblo, organizó las fuerzas populares para disputar las elecciones a una maquinaria electoral fraudulenta organizada por el propio gobierno. La represión no se hizo esperar. Encarcelado, entre gendarmes se le llevó a San Félix, pequeño puerto sobre el Orinoco y en una frágil canoa se le condujo al otro lado, a una playa deshabitada de donde tuvo que recorrer muchos kilómetros para encontrar un ser viviente. Y mientras el pueblo upatense protestaba virilmente por el atropello del cual era víctima, se introdujo clandestinamente a Ciudad Bolívar, donde organizó las fuerzas del P. D. N. Los dulces, tristes ojos de mi madre se nublaron de lágrimas por él, en ese entonces”.

A Guayana va de la mano de Gallegos y los poetas de la Guerra Civil española. Lo guía una misión de organización civil, pero no deja de pensar en los dilatados escenarios de una lucha armada caudillesca, sin una sola idea de redención. Pero no lo sorprende la prisión y expulsión del otro lado del río y un regreso guerrillero, de sorpresa, en la noche para burlar la vigilancia policial y cumplir los objetivos políticos. No, un revés, un regocijado éxito policial momentáneo —canoas, soplones y río de por medio— no es para salir en derrota desesperado y vencido. Leonardo vuelve, insiste, aprovecha las grietas del acoso y regresa al combate desigual. No regresa, continúa, porque

no se interrumpe nunca esa idea clara de resistencia y combatividad que lo caracteriza.

Nos detenemos aquí, porque esta misión en Guayana le da todos los elementos de una rica experiencia que luego desarrolla en los tres años de extraordinaria lucha clandestina contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Vuelve a Caracas y el estudiante de misiones clandestinas se gradúa de abogado. Los estudios no se han limitado a una carrera mediocre. Analiza seriamente todas las corrientes del pensamiento universal, pero fundamentalmente las ideas políticas de nuestro tiempo. La poesía sigue allí a la zaga, pero ya se lo ganan el periodismo y la lucha política.

Regresa al Táchira, a un ambiente hostil, con una voz extraña en los planteamientos de los problemas. Se convierte en el centro de la juventud desde el Salón de Lectura, y funda su propio diario, "Fronteras", donde publica su columna "Ventanas al Mundo". Como dice en el primer artículo, "Estamos abriendo con esta sección una clara ventana a la dura pared del mundo". Y por esa ventana se asoma a todo lo que ocurre sobre la tierra y particularmente al acontecer venezolano. Estamos en plena guerra mundial (1943) y en Venezuela se debate un nuevo estatuto petrolero. Por eso su segundo artículo se llama "Congreso y Petróleo". De él citaremos las primeras palabras:

"El petróleo ha sido para la historia de los últimos veinticinco años venezolanos manzana de discordia, factor decisivo y fundamental. El petróleo nos ha orientado hacia todos los rumbos. Nos convirtió en tema puntual para las charlas doradas de Wall Street. Nos incluyó en las chequeras de Deterding, Mellon, Morgan y Rockefeller. Luego nos ha traído a esta condición de lacayos del capital inversionista. Nos ha hecho célebres y expertos en maquinaciones palaciegas, en combinaciones diplomáticas, en gestos urbanizados de politiqueros. Hacia todos los rumbos nos ha aventado el petróleo con su soplo majestuoso. No hay renglón en esta historia venezolana de los últimos veinticinco años sobre el cual no haya caído la gota de petróleo para bautizar una intriga".

Y en sus análisis políticos no deja de colocar en el centro la cuestión petrolera. Así leemos en varios artículos: “Muerto Gómez (dice cuando se sanciona la nueva Ley petrolera), las organizaciones populares —ORVE, PRP, FEV y BND de Maracaibo— golpearon con terquedad patriótica sobre la conducta de las petroleras en este país, manejado por ellas como feudo puesto en sus manos por la dictadura. Una campaña tácticamente organizada se desató sobre el imperialismo yanqui-británico, instalado en Venezuela tras de las cabrias y las torres del petróleo. Pero aquel movimiento fue barrido. El viento de la represión se llevó las voces antiimperialistas. Mas la bandera no fue arriada. Obligadas a vivir en la clandestinidad, las fuerzas populares continuaron su militancia política, comandadas en la ilegalidad por el PDN”...

Podríamos citar más, mucho más de esta constante en la que Leonardo ve el origen de todos nuestros males contemporáneos. Pero estos breves trozos son suficientes para la juventud de hoy que ha asumido frente al petróleo la responsabilidad de nacionalizarlo, de hacerlo verdadera fuente de felicidad de nuestro pueblo y no madrastra de nuestras tiranías del siglo XX.

Leonardo en el Táchira tiene el indiscutible valor de convertirse en el eje de una política nacional coherente, dentro de la universalidad de nuestro siglo y sin los remedos aldeanos que vienen por la frontera. Desde el PDN y luego Acción Democrática incorpora los Andes a las corrientes modernas de las organizaciones políticas. Pero esta dura labor en un medio

que no dudamos en calificar de hostil a sus ideas —con todo y ser Leonardo un dirigente de la región— le permite afinar más la disciplina, la voluntad de hacer y de crear que más adelante le da la fuerza interior necesaria para conducir la Resistencia de todo el país.

Muy pronto Leonardo descubre que en lo más elemental conviven en el Táchira dos mundos contradictorios. De un lado el espíritu inconforme, rebelde, audaz, del viejo guerrillero Juan Pablo Peñaloza, y del otro, ciertas invocaciones al demonio del gomecismo con una oscura base feudal de guerra santa. Las cosas se toman peligrosas después del 18 de octubre de 1945 con el derrocamiento del general Isaías Medina Angarita. Leonardo fue Secretario de la Junta Revolucionaria de Gobierno y poco después Gobernador del Estado Táchira, donde parecían renacer, de una manera natural o artificial, las viejas

actitudes frente a la vida peñalocera o gomera. Leonardo como Gobernador no se deja arrastrar hacia estos absurdos terrenos y logra que las discrepancias se diluciden en los marcos del siglo XX, a la luz de las doctrinas fundamentales de nuestro tiempo. Nos interesa este hecho porque el joven gobernante afirma su carácter en la ecuanimidad, la serenidad y sobre todo, la pasión por lograr que su pueblo se incorpore a los grandes acontecimientos del porvenir venezolano y no encuentre en unos signos del pasado reciente, en sentimientos de odio o amor, una falsa guía para sus destinos.

(No, el odio y el amor prestado de otros no puede ser guía para nosotros. Y si esta es una determinante, debemos encontrar nuestros propios odios, nuestros propios amores).

En el Gobierno del maestro Rómulo Gallegos (1948), Leonardo fue Ministro de Comunicaciones. Pero el 24 de noviembre de 1948 de nuevo un golpe militar cambia el rumbo de la historia. Leonardo va a la cárcel y tiene tiempo de reconstruir su infancia y su adolescencia en cortas páginas. Parece buscar ciertos entronques, un balance, un inventario de carne y espíritu para forjarse un destino.

— ¿Que he hecho hasta aquí?

—¿Estoy preparado para esta hora?

— ¿Mi cuerpo y mi espíritu resistirán esta nueva prueba?

El 19 de abril de 1949 sale a la calle. Los jóvenes —obreros, estudiantes, profesionales— reorganizábamos, creábamos una pequeña vanguardia, tratábamos de encontrar un hilo conductor, una línea, un punto de partida. Nos faltaba experiencia e inventábamos e improvisábamos. Nadie sabía si realmente los pasos que dábamos eran buenos o malos. Lo importante era hacer... hacer, a ver qué sale... Varias veces intentamos paros generales, huelgas estudiantiles y petroleras. Lográbamos focos de agitación, de rebelión. Fallaban las comunicaciones, lo contactos. La persecución y la prisión impiden un trabajo coherente. Siempre se interrumpen los hilos por las prisiones. Y entonces aparece Leonardo. Más tarde se incorporan Alberto Carnevali y muchos otros. Queremos despistar la persecución policial contra Leonardo. Necesitamos una finta; aparece su foto cuando baja de un avión, en

el exilio. Un instante de tregua para mejorar la organización, los escondites, los correos, las estafetas, las publicaciones, los diversos niveles de comando. Necesitamos vehículos, transmisores, pantallas legales, laboratorios, armas, confianza en nosotros mismos. Cierta formación ante el aparato policial. Servicio de inteligencia y contrainteligencia, brigadas especiales, enlaces militares y con los otros partidos de la Resistencia. Imprentas, servicios de distribución. Comando sindical, juvenil, campesino, petrolero, claves, en fin Leonardo crea todo un mundo subterráneo. La persecución se recrudece. La policía —Seguridad Nacional— tortura, asesina, agrega a las viejas cárceles campos de concentración y trabajos forzados.

Leonardo es la cabeza de todo este aparato. Sus palabras llegan puntuales a todas las estafetas. Se multiplica. Pero llega fresco y jovial a las reuniones. La persecución es a muerte. Todos sabemos que en cualquier momento lo matarán y que muchos de nosotros también vamos a desaparecer. Nos parece que somos seres raros, extraños, que apenas tenemos satisfacciones personales en el trabajo clandestino diario.

Una noche Leonardo logra escapar de una trampa en medio de una balacera. Y otra y otra. Y otra vez Ramones Romero con unos jóvenes hace frente a la policía para darle tiempo a Leonardo a que se pierda en las sombras. Es una leyenda que nos abarca a todos.

No, nosotros no teníamos tiempo para pensar en la muerte.

A veces llegábamos dos o tres jóvenes a una casa. La casa de la reunión o se iluminaba toda o quedaba a oscuras en algunos lugares. Había señalamientos, interpretaciones de sonidos, de ruidos, de silbidos, de música o una conversación de una pareja de enamorados. Podía haber un hombre en el techo con un fusil. O nadie, la soledad de unos carros o unos perros que ladran. La noche da la clave para descubrir los peligros. Una pantalla de cualquier cosa que pareciera normal. Y nos sentábamos alrededor de Leonardo, atentos a sus palabras o a la noche silenciosa y acechante. La pistola nos daba la seguridad de su huida. Y él no se llamaba Leonardo ni nosotros tampoco usábamos nuestros nombres actuales. Documentación falsa. Historia de nuestras vidas, falsas. Él era Alfredo y en la combinación de otras letras formábamos una clave de emergencia para los temores y para las consignas. Veníamos de la

Universidad, de los sindicatos, de los periódicos, de los cines, de las novias, de un cerro de mítines relámpagos, o de células especiales o normales. (¿Era Neruda otra vez en la clandestinidad, de puerta en puerta con un mensaje de libertad?).

El salía primero de la reunión. Luego nosotros, uno a uno, a la tarea diaria, en silencio, extraños unos de otros porque no debíamos conocernos. Pero cada uno de nosotros era un Leonardo. ¡Qué difícil iba a resultar para la dictadura liquidarlo!

Lo supimos en Guasina y Sacupana después de una larga jornada de trabajos forzados:

—Mataron a Ruiz Pineda...

Y los jóvenes rompimos camisas y medias negras para simbolizar el luto de nuestros corazones.

Años después leímos el informe de la autopsia:

“Conforme se expresa primeramente en dicho informe, los nombrados facultativos fueron llamados a las 8:30 p. m., del 21 de octubre de 1952, para reconocer en la Avenida Principal de San Agustín del Sur, a la salida del Sexto Pasaje, el cadáver del ciudadano Leonardo Ruiz Pineda, hombre fuerte...

1ª.— Herida por arma de fuego con orificio de entrada a nivel de la concha temporal derecha, hacia arriba y atrás de la raíz de la oreja, de bordes redondeados y regulares, de cinco milímetros de diámetro, sin quemaduras ni tatuajes. El orificio de salida está situado en el lado izquierdo de la región frontal, a tres centímetros por encima de la ceja; medía tres centímetros de ancho, era de borde irregular y está dirigido oblicuamente de arriba abajo y de adelante atrás. 2a. —Herida por arma de fuego con orificio de entrada, de forma redonda, de cinco milímetros de diámetro, situada en la cara lateral izquierda del cuello, a uno y medio centímetros por debajo de la raíz del lóbulo de la oreja correspondiente; alrededor de esta herida se apreció un halo de quemadura de un centímetro de espesor. El orificio de salida estaba situado en la misma región lateral del cuello, un poco hacia atrás y abajo de la

anterior, era de forma redondeada, con quemadura en sus bordes y de un centímetro de diámetro”...

¿Esas dos heridas eran suficientes para desplomar 35 años de intuición, sabiduría, versos, sentimientos, coraje, todo lo que forma la madre-libertad en un hombre?

No. No eran suficientes. Lo habrían sido si la juventud no retoma su destino, su mensaje de liberación y dignidad, tal como lo dice el extraordinario Alberto Carnevali, el mismo día que mataron a Leonardo:

...“juramos serena y resueltamente que no desmayaremos en ningún momento hasta lograr el ideal revolucionario de la liberación de nuestro pueblo, por el cual rendiste tu vida tan noble y gloriosa”.

Muchos jóvenes de ayer lo seguimos en sus posiciones revolucionarias y en sus métodos de lucha. A muchos nos quedó para siempre la marca de su vida y de su muerte como una realidad ejemplar. Siempre nos ha acompañado en nuestras luchas y nunca nos ha abandonado su-espíritu en las horas difíciles.

Quiero recordar las palabras finales que escribí en un reportaje, hace algunos años:

“Leonardo cayó y siempre dijo a la juventud que no lo fueran a confundir con los falsos. Aquellos que invocan la palabra libertad para establecer una dictadura y gozarla a todo sexo y a toda inversión bancaria.

Leonardo cayó, ¿es el número cuanto de nuestros mártires?”.

Ahora —luz u oscuridad, dolores o alegrías— nos queda en el espíritu algo más que sus banderas de papel que nunca terminan de quemarse en esas llamas.

Caracas, 21 de octubre de 1974.

LEONARDO RUIZ PINEDA
Místico del deber

Pedro Beroes
Caracas / 1974

Hace muchos años le debo estas palabras de homenaje a Leonardo Ruiz Pineda, amigo entrañable de mi ya lejana mocedad estudiantil, y compañero impar de andanzas literarias y políticas que, si en un comienzo no nos unieron, a la hora inevitable de las divergencias no fueron lo bastante fuertes como para separarnos. Sea propicia esta triste ocasión —los veintidós años de su asesinato por la odiada Seguridad Nacional— para recordarlo con la más sincera emoción.

Era en las postrimerías de la faraónica dictadura de Juan Vicente Gómez, si mal no recuerdo, a comienzos del año académico 1935-36. Después de siete años, había reiniciado sus actividades el Centro de Estudiantes de Derecho, clausurado desde 1928 por los funcionarios policiales del régimen. Responsables del pacífico funcionamiento del Centro nos habíamos constituido, con algún riesgo personal, Luis Beltrán Guerrero, Luis Henríquez Cedraro y yo, pues el Prefecto Sayago nos advirtió que al menor desaguisado iríamos a dar con nuestros huesos a la tétrica Rotunda de Caracas. En una de esas aburridas asambleas, normalmente signadas por la más retórica de las elocuencias, conocí a Leonardo Ruiz Pineda, novel cursante del primer año de la carrera. Era un muchacho cetrino, pequeño, de rostro redondo, pómulos salientes, grandes cejas bajo cuyo espeso follaje brillaban los ojos negros y achinados y cabeza chata cubierta de pelo liso y negrísimo, como un ala de cuervo. Aquella tarde pidió con timidez la palabra, y habló brevemente, presa de gran nerviosismo. Su hablar lento, parsimonioso, arrastrando las eses y, sobre todo, las enes finales, lo descubrió: era un joven que venía de las melancólicas tierras andinas.

Al terminar la asamblea, lo seguí por el largo pasillo y le hablé. Entonces comprendí que un maravilloso fuego interior animaba aquel espíritu aparentemente simple y sin brillo. En voz muy baja me habló de sus ideales, sus esperanzas y su fe en un destino mejor para Venezuela. Incluso, me hizo el elogio de las virtudes cardinales del hombre de su tierra natal: honradez, disciplina, espíritu de trabajo, y, lo más sorprendente para mí, vocación para el orden y sentido de la organización democrática. Quedamos amigos, y desde entonces nos veíamos a ratos, a la salida de las clases. Una tarde, al pie de la estatua de Vargas, me hizo su primera confesión: era poeta. Sacó de su bolsillo unas cuartillas dobladas, y empezó a leer con voz un poco monótona.

Otra vez, el sorprendido fui yo. Esperaba unos versos sentimentales, o, tal vez, algún relamido poema de vanguardia. Pero no: sus poemas eran de indudable sentido revolucionario, aunque con cierta tendencia al cartel. Cómo recuerdo ahora a sus campesinos sin tierra, sus trabajadores explotados, sus niños andrajosos.

En aquel diciembre inolvidable murió tranquilamente Juan Vicente Gómez, y, a su muerte, que siguieron días de esperanza, se reorganizó la gloriosa Federación de Estudiantes de Venezuela, bajo la dirección de Eduardo Gallegos Mancera, a quien poco antes había llamado Ramón J. Velásquez “el universitario número uno”. Naturalmente, Ruiz Pineda formó en sus filas. Inteligente, abnegado y laborioso, pronto logró destacarse en las tumultuosas asambleas de la Federación de Estudiantes, donde se imponía la férrea voluntad de Jóvito Villalba, entonces el líder indiscutido e indiscutible. No era fácil dar la talla en aquellas reuniones, consteladas de aspirantes a Dantones, y en ellas inició Ruiz Pineda su carrera de orador político. Sin embargo, su personalidad se hizo sentir en la Federación de Estudiantes no precisamente como tribuno, sino como poeta, escritor, y, ante todo, como periodista de combate. Así empezó a forjarse “el poeta” Ruiz Pineda.

A mediados de 1936 hube de abandonar el país para regresar dos años después. Durante mi ausencia sucedieron muchas cosas. El Partido Democrático Nacional no fue legalizado, sus dirigentes —con muy pocas excepciones— salieron deportados y la represión se generalizó. Como consecuencia de todo esto, el naciente movimiento democrático quedó en manos de la juventud estudiantil: Eduardo Gallegos Mancera, Luis Augusto Dubuc, Alberto López Gallegos, Rafael José Neri, Luis Lander, Raúl Díaz Legórburu, Luis Manuel Peñalver, José Manuel Siso Martínez, Rafael Heredia, y, naturalmente, Leonardo Ruiz Pineda, ya conocido en la clandestinidad por el seudónimo de “Neruda”, alusión a su condición de poeta. Ruiz Pineda y yo redactamos “Avance”, el primer periódico legal del partido, escudados en el nombre de Aurelio González, entonces de profesión sastre, y ya más flaco que un silbido. Una especie de Agustín Lara de las tijeras, íntimo amigo y consejero político de Enrique Bernardo Núñez, diario contertulio de la “Sastrería Elegante”.

Los años 38, 39 y 40, fueron los de mi mayor intimidad con Leonardo Ruiz Pineda. Con todo respeto a su memoria, en aquella época en que ya empezaba a sedimentarse el sentimiento revolucionario* y a dividirse el vasto campo del movimiento democrático, yo influí sobre su pensamiento, como él sobre el mío. Así llegamos a una concepción socialista; inspirada en un libro que leímos y anotamos juntos: “El sentido humanista del socialismo”, de D. Fernando de los Ríos, que yo había adquirido en México, en una librería de viejo. Por esos mismos días, en su pensión de Coliseo a Peinero, me leyó Ruiz Pineda los primeros capítulos de una novela que nunca terminó, y que trataba de las aventuras de un chofer tachirenses que pasaba contrabando de Colombia.

Al abandonar las filas del P. D. N., en 1940, me fui con el dolor de dejar un amigo que, para mí, era mucho más que un amigo. Leonardo Ruiz Pineda y yo seguimos nuestra amistad y trato personal hasta que él, ya abogado, se fue a ejercer su profesión al Táchira, allá por 1942 ó 43. Fue Presidente de ese Estado en 1945 y Ministro de Comunicaciones en 1948. Lo vi por última vez, ya en la clandestinidad, pocos días antes de mi partida para México, en noviembre de 1950. Su abominable asesinato, en 1952, fue un duro golpe para mí. Ese era su destino. Pudo ser un buen abogado, un notable escritor o uno de nuestros más grandes periodistas. Pero, en el fondo, era un místico del Deber, y al deber lo sacrificó todo: juventud, porvenir, amor y, finalmente, la vida. A veintidós años de su muerte he comprendido que Leonardo Ruiz Pineda nació para el sacrificio, y cumplió fielmente su destino. Entre todos los de su generación y de su pensamiento, fue único: valiente, sincero, recto, incorruptible y leal hasta morir. Estas escuetas y desoladas palabras son testimonio de mi amistad y admiración por aquel muchacho universitario, venido desde muy lejos, y que supo elevarse por encima de su amable terruño tachirenses, para convertirse en mártir de la democracia y héroe nacional del pueblo venezolano.

Caracas, octubre 26, 1974.

A 30 AÑOS DEL LIBRO NEGRO Y DEL ASESINATO DE RUIZ PINEDA

**Prólogo a las ediciones
facsimil de 1974 y 1979**

José Vicente Abreu

CARTA DE RUIZ PINEDA AL EDITOR JOSE AGUSTIN CATALA

El 2 de octubre de 1952 —19 días antes de su asesinato— LEONARDO RUIZ PINEDA dirigía este mensaje a JOSE AGUSTIN CATALA: “Mi estimado Augusto (1): Estoy esperando tus noticias sobre el poemario (2). Mauricio (3) me hizo saber que está definitivamente listo. En la actualidad tenemos el problema del documento de fondo que hemos de lanzar, con motivo de los últimos sucesos.

Por tratarse de acontecimientos extraordinarios, quisiéramos cumplir un gran esfuerzo para capitalizar a fondo la actual situación. ¿Puedes, una vez más, hacer algo por nosotros? La situación sigue haciéndose más tensa y difícil para el régimen, en lo militar. Pérez ha provocado la crisis, y aun cuando no haya estallido, en este momento ya está definitivamente echada la suerte.

Dile a Ramos (4) espero sus noticias. Afectísimo A. 2/10.

(1) José Agustín Catalá. (2) libro Negro. (3) Simón Alberto Consalvi. (4) Ramón J. Velásquez.

UN POEMARIO PARA LA SUBVERSIÓN⁷

Escrito por la propia mano de Alfredo (Leonardo Ruiz Pineda) el 2 de octubre de 1952 y enviado a Augusto (José Agustín Catalá) a través de Carmen Veitía, este mensaje se refiere al más extraordinario esfuerzo editorial cumplido por la Resistencia —en todos los tiempos— contra una dictadura. El “Poemario”, era el nombre clave de este libro, que fue una coherente denuncia multidisciplinaria, realizada por un equipo colectivo —legal e ilegal— coordinado por Leonardo Ruiz Pineda desde la más estricta clandestinidad y editado en grueso volumen por José Agustín Catalá. Un libro mito, leyenda que se salía de la historia común de los libros. Un libro que se convirtió en personaje vivo de secreta y peligrosa andanza. Perseguido como sus autores —escritores, editor e impresores— debía moverse silenciosamente entre las sombras, sin dejar rastro, quizás con el corazón palpitante que le comunicaban los humanos. No solamente nace con seudónimo, sino que, posteriormente, en plena vida debe cubrirse con disfraces, adoptar la carátula de cualquier otro libro inofensivo para burlar a sus perseguidores. Porque se le buscaba, se ofrecen crecidas sumas de recompensa por su captura, por una simple información de su paradero o la identidad de sus autores y editores. Era un libro prohibido integralmente. Ni siquiera podía verse a la luz del día. Para leerlo se tomaban precauciones nocturnas y luego se le volvía al escondite.

En cierto momento fue el alma de la Resistencia porque encamaba el más elocuente desafío a la dictadura y a su poderosa policía política. Y como se había burlado el cerco de acero de los medios de impresión, estrechamente vigilados, chequeados, allanados con regularidad, parecía la obra de un brujo de las ediciones clandestinas. Libro de subversión para la dictadura porque contenía el testimonio irrefutable, el análisis despiadado y certero de un régimen en crisis permanente, sostenido por el crimen, por el miedo a los desbordamientos, por el reparto de un botín; porque contenía la denuncia de los campos de concentración y trabajos forzados, de los preparativos de la farsa electoral, de la censura a la libertad de pensamiento y expresión, de la

⁷ Historia de este libro, escrita por José Vicente Abreu para el prólogo de las ediciones facsímil que se publicaron en 1974 y 1979.

inmoralidad administrativa, de las arremetidas contra la cultura, de la persecución del movimiento estudiantil y del movimiento obrero, y del desorden económico imperante. Y trascendía porque proponía a los venezolanos la realización de una revolución democrática garantizada por el sacrificio que demostraban aquellos que organizaban y dirigían la Resistencia como una vanguardia de poder.

Fue el libro de identificación de la Resistencia. Para los militantes de Acción Democrática —aun sin conocerlo— se convirtió en el libro del culto, el libro sagrado del martirologio, que no pedía ni daba cuartel. Porque la lucha era a muerte.

Comenzó a circular dos días después del mensaje de Ruiz Pineda al Editor, el 4 de octubre de 1952⁸. El colofón —unas líneas para despistar— dice que había sido impreso en México el 15 de setiembre del mismo año.

Cuando el Jefe de la Resistencia recibe de manos del Editor el primer ejemplar del libro, exclama: —“¡Qué no podemos hacer ahora!”. Cuando un ejemplar llega a manos del Dictador — según cuentan años más tarde sus allegados— éste estalla en cólera, improperios y denuestos y ordena “recogerlo a como dé lugar y presentarme a sus autores”.

Era difícil buscar el libro, aun con el retrato hablado y escrito que había en su cubierta. Pero los esbirros de la Seguridad Nacional tenían entre sus muchas

⁸ En esta fecha fue detenido por la policía política, sometido a violentas torturas y por último asesinado, el dirigente de Acción Democrática Cástor Nieves Ríos. Su cadáver fue sepultado sigilosamente por sus verdugos en sitio desconocido. La Dirección de Seguridad Nacional hizo publicar en el diario La Esfera de Caracas, N° 9.158, fecha 7 de octubre, la información siguiente: “Un terrorista muerto a balazos en intento de agresión armada. —Cuando lo trasladaban al sitio donde dijo tener armamentos escondidos, arrebató el revólver a un oficial de S. N. y fue muerto en la intentona—. Al anochecer del día sábado 4 del corriente mes se produjo un incidente en el cual resultó muerto José Bohórquez o C. Nieves Ríos, uno de los cabecillas que han tratado de perturbar el orden público y que había tomado parte activa en los hechos terroristas que debían culminar en los atentados del 12 de octubre del pasado año, habiendo evadido hasta el presente la acción de las autoridades. En la mañana del sábado fue detenido en esta ciudad, capitaneando una banda de ocho sujetos más, que también fueron detenidos. Al ser interrogado manifestó, entre otras cosas, poseer armas, las cuales ocultaba en un lugar cercano a esta ciudad y convino en conducir a las autoridades hasta el sitio en que las tenía. Mientras se dirigían al lugar señalado por él, sorpresivamente arrebató el arma a un agente, disparándola, aunque sin lograr su objeto. Los oficiales de Seguridad, en defensa propia, se vieron precisados a hacer uso de sus armas, ocasionándole dos heridas como consecuencia de las cuales falleció mientras era conducido al Puesto de Emergencia. Se procedió a abrir las averiguaciones pertinentes, quedando detenidos los integrantes de la Comisión de Seguridad. El asunto pasó a los tribunales competentes”.

órdenes esta singular boleta de captura. Once días después de iniciarse su circulación —el 16 de octubre— es detenido el Editor y enviado a la Cárcel Modelo de Caracas. Cinco días más tarde —el 21 de octubre de 1952— asesinan a Leonardo Ruiz Pineda en una calle de San Agustín del Sur⁹.

UNA PROPOSICIÓN AL DIABLO

La noción de la dictadura y su policía política sobre publicaciones ilegales, era elemental: una propaganda clandestina se hace en un taller de impresión clandestino. El criterio policial era que las imprentas clandestinas funcionaban en sótanos, cuartuchos desvencijados o malolientes agujeros cavados en la

⁹ HA MUERTO UN HEROE NACIONAL. En el más horrendo crimen político nacional que registra la historia de nuestro país, fue segada alevosamente la preciosa vida del compañero doctor LEONARDO RUIZ PINEDA, uno de los más generosos y capaces conductores de la resistencia civil comandada por nuestro Partido. No recuerda la historia nacional un solo caso de crimen cometido con tan feroz ensañamiento y más baja cobardía, en que un opositor político civil haya sido acribillado en plena calle por agentes súper-armados del gobierno. A un solo hombre, que no usó nunca otra arma que sus ideales y su vibrante pluma, su oratoria electrizante y su acerada fe en los destinos de su pueblo, una oscura pandilla de agentes de la Seguridad, armados hasta con fusil-ametrallador, le dio caza sorpresiva y alevosa, y lo acribilló de modo instantáneo, sin que la rápida granizada de disparos le hubiera dado el menor tiempo para defenderse.

Para nuestro Partido y para el pueblo, para todos los que seguimos creyendo en la libertad del hombre, en el honor y la dignidad humanas, para todos los que tenemos empeñados nuestros nombres en la lucha por la restauración de la dignidad nacional, el cobarde asesinato del compañero doctor LEONARDO RUIZ PINEDA nos une en inmenso dolor, en el altivo dolor de quienes nos vemos retados en forma tan villana, y no habremos de detenemos ni retroceder hasta que el país se vea librado del oprobio y de la ignominia con que el autócrata Pérez Jiménez tiene salvajemente pisoteada la nación.

El doctor RUIZ PINEDA sabía que el encono y la impotencia política del régimen opresor había echado sobre su cabeza una implacable sentencia de muerte, y esto no lo detuvo un solo día para cumplir su noble designio de combatiente popular por la libertad, con singular abnegación y escalofriante riesgo de su vida.

El compañero doctor LEONARDO RUIZ PINEDA, ha ganado la enhiesta cumbre de los héroes nacionales. Y como héroe nacional su nombre ha pasado a tutelar la ya interminable fila de vidas humanas que el pueblo ha ofrendado en la batalla por su liberación. El fulgurante ejemplo de su vida heroica nos señala un solo camino: COMBATIR HASTA TRIUNFAR.

La conciencia revolucionaria de nuestras filas estremecidas de dolor y de indignación por tan infame agravio criminal, nos impulsa a declarar, en forma serena e imperturbable, con la tranquila serenidad de las grandes decisiones de un pueblo, nuestra rotunda decisión de continuar combatiendo implacablemente a la tiranía sanguinaria y opresora. Todos los días, ahora mismo, hoy, mañana y cada vez que sea necesario, saldremos al encuentro de la barbarie envalentonada por el exclusivo respaldo de las armas, hasta verla derribada hecha pedazos por las poderosas manos del pueblo.

Por ti, LEONARDO RUIZ PINEDA, tu austero nombre de ejemplar ciudadano; por ti ALFREDO, tu preclaro nombre de combatiente clandestino, juramos serena y resueltamente que no desmayaremos en ningún momento hasta lograr el ideal revolucionario de liberación de nuestro pueblo, por el cual rendiste tu vida en forma noble y gloriosa. —Caracas, 21 de octubre de 1952. COMITE EJECUTIVO NACIONAL DE ACCION DEMOCRATICA. COMITES EJECUTIVOS SECCIONALES EN TODA LA REPUBLICA. ORGANISMOS DE BASE NACIONALES.

tierra. Y no andaban descaminados. Los revolucionarios, con precarios recursos o simplemente por seguir un esquema, instalan sus talleres en los sitios más sospechosos para la policía. Antes de la aparición de este libro, la Seguridad Nacional allanó, desmanteló o secuestró más de diez talleres de impresión clandestina en todo el país. Se jactaban de sus descubrimientos y se daban ínfulas de consumados rastreadores de la tinta de imprenta. Los talleres legales como la editorial de José Agustín Catalá (Ávila Gráfica) o semilegales como “Canaima”, bajo la dirección de Nemesio Martínez, eran allanados sistemáticamente y permanecían sometidos a una rigurosa vigilancia.

El panorama editorial de la Resistencia poco antes de la salida de este libro era desolador. Parecía que había caído todo y ya se temía hasta la compra de papel porque se consideraba material estratégico sometido a control por la Seguridad Nacional. Aparentemente no quedaba nada y se estaba precisamente en el año de la farsa electoral, cuando más necesidad había de colocar las mejores palabras impresas en la calle.

En agosto de 1952, el capitán Juan Bautista Rojas¹⁰, oficial activo del ejército, con sede en Maturín, había sugerido al Editor la idea de recoger en un volumen las denuncias dispersas contra el régimen imperante. El capitán Rojas sabía que un libro con coherente expresión de testimonio influiría de una manera extraordinaria en el seno del ejército en cuyo nombre actuaba la dictadura.

Ya José Agustín Catalá había hecho posible la primera impresión tipográfica de RESISTENCIA, órgano clandestino del C.E.N. de Acción Democrática, con la participación de Octavio Lepage, Luis Troconis Guerrero, Raúl Acosta Ávila, Carlos Sulbarán, Guido Acuña y Dilia Gañeras, en un pequeño taller instalado en una casa de la calle Los Totumos, Barriada de El Cementerio; con Ramón }. Velásquez había redactado e impreso TESTIMONIOS, otro órgano

¹⁰ El Capitán Juan Bautista Rojas murió en el levantamiento militar ocurrido en la madrugada del 1º de octubre de 1952, en Maturín, Estado Monagas. A su lado también murieron el Distinguido Martín González y el Soldado Ramón Alvins. Resultaron heridos el doctor Jorge Yibirín, el Teniente Manuel Molina Martínez, el Distinguido Julio Castellanos, los Sargentos Técnicos Rafael Avendaño y Oscar Enrique Prieto, el Cabo Segundo José Luis Rivas y los Soldados Eliseo Galindo, Cruz Manuel Hernández, Víctor Manuel Rodríguez, Diego Antonio Reyes, Antonio Meléndez, Francisco Hernández y Manuel Colmenares, según comunicado oficial. Se produjeron centenares de detenciones y el aparato de tortura funcionó incesantemente.

de combate de la clandestinidad que aparecía como expresión de los independientes, y entre otros muchos impresos clandestinos, un folleto de gran formato con la denuncia de la farsa electoral montada por el régimen, reproducido en Barquisimeto para circulación en todo el país, cuyo texto se incluiría después en uno de los capítulos del libro.

La iniciativa del capitán Rojas fue comunicada por Ramón J. Velásquez a Leonardo Ruiz Pineda. El Jefe de la Resistencia acordó reunirse inmediatamente con el Editor para ultimar los detalles del proceso. Leonardo manifestaba un gran entusiasmo: —“Ahora más que nunca necesitamos este libro en la calle- será un detonante”...

Después de esta reunión el material comenzó a prepararse. Intervenían personalmente el propio Leonardo, Alberto Carnevali y Jorge Dáger desde sus refugios clandestinos. En la calle José Agustín Catalá, Ramón J. Velásquez, Simón Alberto Consalvi, René Domínguez y Héctor Hurtado. Recoger datos, buscar testimonios frescos, indagar lo que se ocultaba bajo el oropel de la prensa diaria, desentrañar el malestar. Abarcarlo todo dentro de la más estricta veracidad. Los originales se manipulaban muchas veces entre correcciones y agregados, pero sin pérdida de tiempo. Había que empezar cuanto antes en los talleres. Y estos no eran otros que los de la Editorial AVILA GRAFICA, ubicados en Caracas, en una casa de Hoyo a Santa Rosalía N° 18-1. Una empresa constantemente allanada por la Seguridad Nacional, permanentemente vigilada, tan sospechosa de imprimir propaganda ilegal que Catalá era conducido sistemáticamente a la sede de la Seguridad Nacional en El Paraíso, para ser sometido a intensos interrogatorios.

En sus talleres los obreros comenzaron la peligrosa tarea. Debían apelar a toda su destreza en el oficio para no demorar, no retardar el proceso. Era una lucha contra el tiempo. En la composición mecánica intervinieron los linotipistas César Maneiro, Narciso Palma, Fermín Boissiere y Carlos Sulbarán. Catalá corregía las pruebas y armaba el material en páginas de plomo. La mayor parte de la impresión la hizo un prensista italiano —recién llegado al país e ignorante del idioma— en horas de la noche, con todas las luces del taller encendidas y las ventanas de la casa abiertas hacia la calle. Rafael Pérez Sarria, Antonio Martínez y Manuel Matute, venezolanos, también

intervinieron en el proceso de impresión. La policía vigilaba y muchas veces estacionaba sus vehículos frente a las ventanas del taller. Se asomaban, veían el movimiento natural de las prensas, el ajetreo del trabajo. Todo era natural, nada era sospechoso. Máquinas y ruidos de máquinas y el trajín de hombres en unas horas extras de empeño y compromiso. En la concepción policial de impreso clandestino no entraba ese intenso trabajo que se dejaba vigilar, oler y oír sin una nota discordante. Todo encajaba dentro de la actividad legal. No había nada del esquema de taller clandestino para impreso clandestino. Y el trabajo continuaba tranquilamente. La encuadernación fue procesada por Dilia Cisneros, Ernesto Rojas, Aura de Rojas, Alejandro Gil y Margot Cisneros. Juntar los cuadernillos, coser, pegar, refilar y el libro aparecía ya como personaje que se salía de las manos de sus autores y editores. El empaquetado y transporte de los ejemplares estuvo a cargo de Ernesto Rodríguez y Segundo Mendoza. Una labor colectiva de impresión que se selló con un pacto colectivo de secreto y silencio.

Pero mientras el equipo trabaja no dejan de ser alarmantes las noticias de la represión. Sin embargo, nada los perturba, siguen el mismo ritmo sin desaliento. El asalto puede ser en cualquier momento, pero no hay tiempo para el miedo o el pánico¹¹.

¹¹ Entre el 24 y el 28 de setiembre de 1952 se producen en Caracas y Maracay numerosas detenciones por presunta participación en una conspiración cívico-militar. Entre otros son detenidos: Armando García Castillo, doctor Francisco Soto Rosa, doctor Luis La Corte, doctor Benito Raúl Lozada, Gerónimo, Enrique y Hermes Boza Müller, Guillermo Boza González, Juan Gómez Cisneros, Santiago Ordaz, Luis Felipe Pérez Flores, doctor Eduardo Arcila Faría, Godofredo Torres Neda, doctor Domingo Bozo Colventer, José Roa Lanza, doctor José Luis Peñalver, doctor Ismayel, Plinio Gamboa, Miguel Gallo, Enrique Medina Méndez, Andrés Tobías Freitas Marquina, José Victorino Montilla Carreyó, Ramón Fleming y doctora René Hartmann.

En esos mismos días también fueron detenidos en Caracas y en el Oriente de la República, por diferentes sospechas y delaciones: Ángel Fariñas Salgado, Antonio Strocchia, doctor Roger Godoy, Elio Montesinos, Antonio Roldán, Hernán Monasterios, Eustaquio Giménez Salas, Rafael Caraballo, Víctor Manuel Tachú, Cruz Alejandro Villegas, los hermanos Ortiz, doctor Ramiro Ríos Sarmiento, doctor Roque Potenza, doctor Guido Berti Márquez (ex-funcionario del régimen), doctor Narciso López Rizo, Antonio Leiba San tana, doctor Angel J. Márquez, Gerónimo Betancourt, doctor Juan Tobías, doctor Natalio Tobías, doctor Felipe Valerio, doctor José Luis Blanco, doctor Fermín Ortiz Córdova, doctor Luis Salazar Domínguez, José Francisco Bolívar, Ángel Ignacio Cedeño, José de Jesús Rodríguez, Rafael Estaba y Mauricio Rojas.

A uno de los primeros detenidos de estas redadas de Caracas, Armando García Castillo, lo interrogan sobre la procedencia de un ejemplar del Manifiesto del Partido Acción Democrática al electorado y sobre un supuesto movimiento conspirativo. Admitió que había obtenido el manifiesto durante la celebración de un mitin del Partido COPEL donde había sido repartido profusamente por brigadas de A. D. Según los interrogadores de S. N., García Castillo había entregado este impreso y la confidencia de la conspiración al doctor Luis Teófilo Núñez Arismendi, el día anterior. Fue

LA AVENTURA DEL LIBRO

No sin frivolidad, del libro en general se ha dicho que es una aventura. Nadie como José Agustín Catalá ha vivido una aventura en cada libro que edita. Pareciera que los libros le comunicaran la magia, la locura de la realización del imposible, un abismo por donde cae y se levanta en un afán de comunicación, de multiplicación de la memoria de denuncias y protestas, de agravios y testimonios para que quede algo como dura lección soportada que debe recordarse siempre para que no vuelva. Pero este libro fue la más extraordinaria aventura vivida por su editor, como editor de las sombras. El 16 de octubre de 1952, doce días después de lanzar el libro a la calle, la Seguridad Nacional lo detiene, y apenas lo interroga sobre un impreso clandestino insignificante. Sale en libertad el 7 de noviembre de ese mismo año. Pero la maquinaria policial del régimen no descansa. Actúa a ciegas en las redadas y en los intensos interrogatorios. Allana talleres y comisiona expertos para el examen de matrices de linotipo y todo el sistema de impresión. Durante tres meses —entre el 15 de octubre de 1952 y el 15 de enero de 1953—, la Seguridad Nacional ha realizado la más minuciosa y brutal investigación sobre la procedencia editorial de este libro. No aparecen

torturado para que revelara sus contactos con AD. El hecho de la profusión de impresos en el mitin podía traer como consecuencia un allanamiento a las imprentas sospechosas. En cualquier momento podrían llegar a Ávila Gráfica. La policía podía llegar pero el trabajo continuaba.

Horas después fue detenido Gerónimo Boza Müller, portando correspondencia secreta del doctor Alberto Carnevali, de la cual no pudo deshacerse por haber sido esposado inmediatamente. También fueron golpeados y planeados durante este proceso el doctor Luis La Corte, el doctor Francisco Soto Rosa, el doctor Eduardo Arcila Faría y José Victorino Montilla. El tercero sometido a las más crueles torturas —testimonio escrito en sus espaldas, aún tatuadas por el hierro de la peinilla— fue el comerciante Godofredo Torres Neda. Del grupo detenido en Maracay fueron torturados con igual violencia el doctor Ramiro Ríos Sarmiento y el Profesor Gerónimo Betancourt.

A Ramo Verde, Estado Miranda, donde se construía un edificio para Escuela de la Guardia Nacional, fueron trasladados todos, incluyendo al entonces Capitán Jesús Ovidio Martínez, el único militar detenido por la misma acusación. Allí la tortura se limitó a baños fríos en horas de la madrugada, aplicación de esposas, y golpes de peinilla. Ángel Fariñas Salgado se encuentra entre los detenidos que recibieron ese primer castigo. La vigilancia estuvo a cargo de la S. N. bajo la jefatura de un agente de apellido Peña. Las condiciones físicas de los torturados pudieron conocerlas de cerca el Capitán Enrique de Jesús Molina, el Teniente Meza y el Sub-Teniente Lozano. El traslado de los secuestrados a la Cárcel Modelo lo efectuó una comisión de la Guardia Nacional al mando del Teniente Ángel J. Meléndez.

La mayor parte de estos detenidos fue puesta en libertad dos y tres meses después, a excepción del doctor Luis la Corte, quien permaneció algún tiempo más en la Cárcel Modelo de Caracas, y de los doctores Ramiro Ríos Sarmiento y René Hartmann, posteriormente expulsados del país. Armando García Castillo, Gerónimo Boza Müller, Godofredo Torres Neda, Luis Felipe Pérez Flores y Ángel Ignacio Cedeño fueron trasladados a la Cárcel de Políticos de Ciudad Bolívar en el mes de setiembre de 1953.

imprentas clandestinas. No hay indicios de instalación de nuevos talleres. Leen y releen el colofón del libro como si allí pudiera existir la clave, el hilo, la veta para llegar hasta los temerarios editores. El colofón dice: “Este libro se terminó de imprimir el día 15 de septiembre de 1952, en los talleres de la Cooperativa de la Industria Gráfica Mexicana, para EDITORIAL CENTAURO, Apartado 2480, México, D. F.” Previamente se había suministrado a los editores las pruebas necesarias para realizar ediciones similares en Cuba, Guatemala y Colombia.

Poca cosa había allí, salvo la precisión de los datos y las truculentas ediciones anunciadas en otros países del continente. Y todo sirvió para mayor alarma por la dañina presencia del libro en el extranjero. La Seguridad Nacional envió sus agentes a México para averiguar si realmente existía la Editorial Centauro. Nadie sabía nada. Nadie informaba, la conclusión parecía definitiva: en México no existía la Editorial Centauro.

Todas las investigaciones fracasaban. Las experticias técnicas realizadas en los talleres de Ávila Gráfica no arrojaban ningún indicio, nada nuevo: las fuentes de linotipo eran distintas a las usadas en los textos del libro. No había quedado un solo rastro. La SN no podía probar la participación de nadie en el asunto.

Parecía un libro brotado de la tierra sin dejar huellas. Pero el Jefe de la Policía Política del régimen mandó seguirle los pasos a José Agustín Catalá.

La nueva detención del Editor se produce el 15 de enero de 1953, a cien metros del apartamento donde tenía enconchados a Antonio Pinto Salinas y al Capitán Wilfrido Omaña, Edificio Avellino N° 5, Calle Barcelona, Urbanización Las Acacias. Sin embargo, todavía no lo interrogan. La SN quería acorralarlo y buscaba desesperadamente apoyo en delaciones. Fue el 5 de abril del mismo año, cuando lo trasladan de la Cárcel Modelo de Caracas a la Central de la Seguridad Nacional en El Paraíso. Un traslado a las ocho de la noche, sospechoso, amenazante, por lo que los presos deducían que iba a suceder lo peor. Así se produce entonces el interrogatorio:

P. — ¿Dónde están los archivos del doctor Ruiz Pineda que usted ocultó la noche de su muerte?

R. — ¿Y es que ustedes ignoran que yo estaba preso esa noche?

P. — ¿De cuántos ejemplares fue la edición del “Libro Negro”?

R. — Ignoro de qué se trata, no he visto ese libro.

P. — ¿Es usted amigo o socio del doctor Velasco?

R. — No conozco a ningún doctor Velasco¹².

P. — ¿Sabe usted que el doctor Enrique Velutini le hizo al señor Estrada la confidencia de que usted era el editor?

R. — ¿Podrían ustedes traer aquí al señor Velutini, para que repitiera eso?

P. — ¡Esa vaina no! ¿Usted como que se imagina que estamos mintiendo? Además, aquí hay detenido un dirigente de Acción Democrática que dijo lo mismo, que usted era el editor.

R. — ¿Y por qué no traen a ese dirigente, para que lo repita ante mí?

P. — ¿Quién interroga, carajo, usted o nosotros?

R. — Ustedes preguntan, yo les respondo. Eso es todo.

El Bachiller Luis Rafael Castro, Jefe de la Sección Política, dio por terminado el interrogatorio y mandó que el detenido fuera reintegrado esa misma noche a la Cárcel Modelo. Al despedirlo le advirtió:

—“Medite en la conveniencia de decir lo que sepa sobre este asunto. El Coronel Pérez Jiménez nos ha ordenado cerrar el caso a como dé lugar. Usted es el único indiciado. Si se resuelve a decir algo me lo comunica a través del director de la Cárcel. Si no lo hace, ya sabe a lo que se expone. La próxima vez que lo traigan aquí no será para interrogarlo de la manera como lo acabamos de hacer. Piénselo. Piénselo. Una semana... Un mes”...

¹² Se referían al Dr. Ramón J. Velásquez, detenido el 9 de febrero y trasladado a la Seguridad Nacional junto con Ernesto Rodríguez, conductor del vehículo en que se desplazaba. Llevaba en su poder los originales de la segunda parte del libro y pudo deshacerse de ellos gracias a la serenidad de su acompañante, quien los tiró debajo del automóvil al estacionarse frente a la Central de la S. N. en El Paraíso. Libertado entonces, fue detenido pocos días después y enviado a la Cárcel Modelo de Caracas.

El 18 de junio de 1953 comienza a cumplirse la amenaza del Jefe de la Brigada Política de la S. N. En las primeras horas de la mañana el Editor fue trasladado de nuevo a la Central de El Paraíso. Esta vez no para un simple interrogatorio de tanteo, de prueba, como había ocurrido setenta días antes. Lo pasaron directamente a las cámaras de tortura para someterlo a un mismo “procedimiento”, en compañía de Fabián de León, viejo militante comunista y del chofer autobusero Crisanto Camacho. Era la hora de la tortura. Al decir de los torturadores, le iban a imprimir con sangre en su propio cuerpo, las denuncias del LIBRO NEGRO. En un capítulo de otro libro, “Los Crímenes Impunes de la Dictadura”, Fabián de León narra con escalofriantes detalles lo sucedido. El Editor se ha negado sistemática-mente a contarlo. Después de cuatro días en los infiernos del tormento, fueron tirados en los calabozos de la S. N. Horas más tarde Fabián de León fue retirado en estado agónico y dejado por muerto al borde de la carretera de Barata¹³. En los calabozos se encontraban, entre otros, Víctor Araque Valecillos, Régulo Briceño, José Antonio Angulo, Hernán Contreras Marín, Germán Saltrón, Casimiro Estrada, Rafael Hurtado, Andrés Hernández Vásquez, Luis Ramón Alvis, Simón Alberto Consalvi, Rigoberto Henríquez Vera, Manuel Jiménez Castro, Manuel Eulogio Acosta, Eduardo Gómez Bolívar, Ulpiano Rodríguez Chuecos, Luis José García y Eugenio Rodríguez Villarroel.

Los que habían sido torturados estaban en cuarentena y recuperación. No cesaban las amenazas, las incursiones nocturnas para debilitar, quebrar la moral de los presos. En los últimos días de junio, en el momento de desalojar los calabozos —traslado a la Cárcel Modelo— con motivo de la llamada

¹³ Diario El Nacional N° 3.530, 25 de junio de 1953, página 57, titulares a tres columnas: “En estado agónico encontraron un empleado del Banco Obrero en las inmediaciones de la carretera de Baruta”. El texto comenzaba así: “En estado agónico fue encontrado ayer a las 4 y 30 de la tarde, en la carretera de Baruta, el señor Fabián de León, caraqueño de 54 años, empleado del Banco Obrero. A Fabián de León le encontró tendido en la orilla de la carretera un oficial de Seguridad Nacional, de la brigada contra homicidios, quien procedió a trasladarlo al Puesto de Socorro de Salas, donde quedó hospitalizado en estado muy grave. La policía no ha logrado establecer las causas de las heridas sufridas por de León ni la identificación de los agresores. El oficial de Seguridad Nacional que encontró al herido informó en el Puesto de Socorro que lo había encontrado inconsciente, sangrando por las heridas del rostro, cuello, tórax, y de otras contusiones generalizadas. Fabián de León es empleado del Banco Obrero, y está domiciliado en la calle Olivares N° 4, Los Magallanes, Catia. Los médicos que le atendieron informaron la gravedad del herido y la brigada contra homicidios abrió las averiguaciones correspondientes.

“Semana de la Patria”, sólo quedan allí el Editor y el Teniente Gustavo Carnevali, “hasta que se recuperen totalmente”.

En los primeros días de agosto es trasladado de nuevo a la Cárcel Modelo de Caracas y un mes después, en la bodega de proa del vapor “Guayana”, a la Cárcel de Políticos de Ciudad Bolívar. La ficha encontrada años más tarde en los archivos de la Seguridad Nacional dice: Catalá Delgado, José Agustín. 15-1-53. Adeco. Venezolano. Editor. Detenido en esta ciudad y traído del edificio “Las Acacias”, primer piso, apartamento 1, donde según informes que reposan en esta Oficina, efectuaba reuniones todas las noches con elementos de filiación adeca. En su declaración desmiente los hechos formulados en su contra. Registra varias detenciones anteriores para averiguación de carácter político. Traslado a la Cárcel Nueva de Ciudad Bolívar el 7-9-53. Fue clasificado a cumplir tres (3) años de arresto. Cumple el 15-1-56 y luego expulsión del país”.

Pero todo lo anterior contado así, resulta una fría y escueta crónica que deja al margen lo trágico, lo dramático de unos acontecimientos siempre manchados de sangre, de dolor, de miseria, de angustia, de miedo, donde unos hombres se sobreponen y se levantan con una idea fija de la dignidad como condición humana. Decir tortura y dolor, hablar en una crónica de quedarse solo y desnudo ante el torturador, después de tantos años de padecimientos consecuenciales, apenas es una débil reseña que pierde la fuerza de lo trágico, el vigor de unas heridas que ya son secas cicatrices. Y hay más, pareciera que hoy la sensibilidad para estas cosas se ha debilitado de tanto hacer del martirologio una credencial, una tarjeta de presentación, una escala para los merecimientos. Pero queremos llamar la atención sobre estas páginas para que en ellas se vea lo que no debe olvidarse nunca, so pena de caer de nuevo insensiblemente en las mismas prácticas.

LOS HEREDEROS DEL LIBRO NEGRO

Algunas cosas las contamos ya en el prólogo de “GUASINA, donde el río perdió las 7 estrellas”. En Ciudad Bolívar, de regreso de Guasina, nos encontramos con José Agustín Catalá. Preso, seguía como editor. En las noches, terribles noches acechantes de esta cárcel de terror, editaba en centenares de hojas la producción de los secuestrados, en una letra mínima, de

hormiga, en lo que una vez llamamos las ediciones del diablo. Es lo único que se conserva como testimonio escrito en ese tiempo. Pero para él no había terminado el LIBRO NEGRO. Aquello era el comienzo. Mientras existiera dictadura o amenaza dictatorial no terminaría la denuncia y el testimonio. Hoy, muchos libros pueden ser sus parientes y en primer lugar, SE LLAMABA S. N.¹⁴, por lo menos como continuidad de una labor editorial. Después vienen muchos más¹⁵ como memoria de un pueblo que no debe

¹⁴ De este libro se han hecho doce ediciones en Venezuela, dos en Cuba, una en la Unión Soviética, una en Bulgaria y una en Alemania. "Un relato sencillo, directo, sin pretenciosas complicaciones técnicas, pero escrito con rigor y honestidad, atento a todas las implicaciones que encierran los hechos mismos que se narran, nos ha dado una de las grandes obras sobre el período de la dictadura perezjimenista"... , según el escritor Guillermo Sucre. Otro escritor venezolano, Carlos Díaz Sosa, escribió: "En 1958 apareció en Francia una obra titulada "La Tortura", de Henri Alleg, un periodista argelino que había logrado escaparse de la cárcel donde lo tenían encerrado por ser parte activa en la lucha por la liberación de su Patria. La obra circuló en la clandestinidad, con un prólogo de Jean Paul Sartre, y provocó un violento escándalo en todo el mundo... Hasta ese momento, yo creía que era la más violenta denuncia, conocida por mí, contra un sistema de acorralar al hombre, de humillar al hombre, de quebrantar su fe revolucionaria. De esa obra de Alleg subrayé el relato escrito con sangre sobre varias torturas, y me llenó de horror el pasaje que se refiere a los cables eléctricos conectados a los testículos. Ahora me encuentro con las cuartillas escritas por José Vicente Abreu, y no tengo la menor duda cuando creo que este relato es superior al de Henri Alleg. Tan alto en el uno como en el otro estuvo la moral. Más brutales fueron éstos, mayor el coraje del escritor y poeta. Aquí también conocían los procedimientos de la tortura con electricidad... No es un elogio, es simplemente una verdad: la obra de Abreu es superior a la Henri Alleg; por eso doblemente me ha impresionado. Leí este libro por partes, aun cuando quise terminarlo en el primer intento. Pero yo sentía miedo, angustia, vergüenza por lo que allí se cuenta... Esta es la literatura que esperábamos apareciera después del 23 de enero de 1958. El testimonio vivo y sufrido por los poetas y escritores que en mala hora fueron a las cárceles por defender la libertad. Esta es la literatura que reclama el pueblo, para vengarse de la afrenta, y para prevenir". José Vicente Rangel apunta: "Pocas obras han tenido en nuestro país la trascendencia y el impacto de la de José Vicente Abreu. Su experiencia novelada, o mejor, su relato-testimonio de la cruel experiencia que le tocara vivir en la época de la dictadura, es quizá el más dramático y desgarrador documento político producido en Venezuela, sólo comparable a las páginas de Pocaterra".

¹⁵ Documentos para la Historia de la Resistencia; Los Crímenes Impunes de la Dictadura (segunda edición, publicada originalmente con el título de La Denuncia); Venezuela bajo el signo del terror o Libro Negro de una Dictadura (2a edición facsímil); Guasina, donde el río perdió las siete estrellas (tres ediciones); Se Llamaba S.N./quince ediciones; La Resistencia en el régimen de Pérez Jiménez/dos ediciones; El asesinato de Delgado Chalbaud/ Análisis de un sumario; Wilfrido Omaña/León Droz Blanco, dos militares asesinados por la dictadura de Pérez Jiménez; Antonio Pinto Salinas/Poeta y Combatiente; Alberto Carnevali/Vida y Acción Política; Leonardo Ruiz Pineda, guerrillero de la libertad/tres ediciones; Pérez Jiménez/El arte de enriquecerse en el poder/Síntesis de una Sentencia; Vallenilla Lanz/Síntesis de una sentencia; Llovera Páez/Síntesis de una sentencia; Pérez Jiménez Presidente o la Autoelección de un déspota; Los días olvidados de Pérez Jiménez y sus seguidores; Testigo de Excepción/Jorge Dáger; Venezuela Democrática: Facsímil del periódico de los venezolanos del Partido Acción Democrática desterrados en México; El Pueblo_ y las F.F.A.A. de Venezuela en 1958; Pedro Estrada y sus crímenes; Las máscaras del dictador Pérez Jiménez; El Golpe contra Gallegos; Juicio y Sentencia al ex dictador Marcos Pérez Jiménez; Diario de la Resistencia y la Dictadura/1948-1958; El Militarismo en Venezuela; El 23 de

olvidar jamás el precio de ciertos disfrutes, de alguna tranquilidad, de un proceso democrático.

No podemos concluir sin dejar de decir que hoy se hace esta edición facsímil del LIBRO NEGRO —ahora con el sello legal de Ediciones Centauro, por el mismo José Agustín Catalá—, 22 años después de aquella primera edición perseguida, emparedada ¹⁶ o destruida, muchas veces por sus propios lectores, para deshacerse de un peligroso documento. Sabemos que la juventud necesita a veces emparentarse con una vieja historia. Tan recientemente vieja que ya nadie la recuerda, salvo los herederos. Esos herederos que están marcados con hierro de tortura y prisión, con lutos de desaparecidos, en unos padecimientos que sólo terminan con la muerte.

Caracas, mayo de 1974.

enero de 1958: Reconquista de la Libertad; Hombres y Verdugos; Poesía en la Resistencia/(Nota actualizada).

¹⁶ Carmen Veitía Albornoz, Santos Gómez y J. J. Álvarez, lograron salvar un centenar de ejemplares al sepultarlos entre paredes de la casa de Rosario Rivera de Rosa, en la Calle del Medio, Prado de María, Caracas.

TESTIMONIOS POÉTICOS

ELEGIA POR EL COMBATIENTE QUE NO MUERE

Guillermo Sucre Figarella
Chile / 1952

Cayó tu corazón hecho de tierra,
tu imagen clandestina viviendo en los suburbios, naciendo en los barrios
populares donde el pan divide una angustia de siglos,
alzándose en los campos de aceites con una vibración inexhausta de caudillo,
pintando en las paredes el gran apocalipsis del crimen,
clamando por el pueblo como un viejo samán oprimido por la noche,
alimentando la esperanza con una lámpara antigua
donde era el llanto de los desposeídos lo que más ardía,
lo que más golpeaba hasta los huesos en la hora mortal del sacrificio.

Cayó tu palabra que iluminaba toda la extensión de la patria,
todo el harapo ardiente que se esparce en las llanuras,
toda la furia que crece en las casas donde la palabra amor
estuvo atada por las sábanas pálidas de la muerte.

Cayó tu rostro agujereado por unas balas duras,
rodeado por una flor de sangre,
donde la gente te veía morir y te veía arder,
consumiéndote y avivándote como un leño erguido,
diseminando brasas puras y un fuego más combatido que la noche.

Cayó tu cuerpo armado de mensajes,
tu traje civil hecho con las manos rudas de los labriegos,
tu pequeña humanidad color de canela ardiendo, que las masas veían aparecer,
abriéndote las puertas en la noche,
llamándote camarada del destino y limpiando tus ojos
que traían todo el fulgor fatigado de la lucha.

Cayó tu cuerpo,
pero tu nombre lo enciende a diario el pueblo,
lo hace vibrar como una campana interminable
y lo difunde por el viento como un granero de cosecha insuperable.

Ahora tu sangre comienza a latir,
tu sangre comienza a empapar todas las raíces,
comienza a erizarse de gritos desde las entrañas oscuras,

tu sangre que sostuvo como un ramaje de cólera los cuatro años
mortales de la lucha;
tu sangre como una espada roja naciendo con el alba
de la victoria y de la venganza.

Ahora tu muerte está elevando el martirio sobre la piedra,
está levantando legiones como un gran río,
está entrando por todo el territorio apagado de la Patria
y empieza a golpear con una vieja mazorca a los enemigos.

Ahora tu vida misma ya no puede morir, tu muerte hizo
nacer la luz.

Porque toda tu vida estuvo llena de esta muerte.

Todo tu corazón estuvo goteando como un gran crepúsculo
para la copa roja que bebía el pueblo.

Estuviste muriendo desde hacía mucho tiempo.
Estuviste muriendo con un clamor de gaviotas
embalsamadas por el mar.

Los labriegos que remueven el heno amarillo de la cordillera
y caen doblados como una hoz sobre la tierra
bajo el peso de un odio milenario,
sabían que tú morías por ellos.

Los obreros que horadan las tierras del petróleo
haciendo estallar espigas negras
para alimentar las barrigas como fardos podridos de los mercaderes,
sabían que tú morías por ellos.

Los sindicatos que flameaban banderas sanguinarias como una furia larga
después del padecimiento y de la sangre,
sabían que tú morías por ellos.

Los estudiantes que veían caer las puertas de su Universidad

como barajas marcadas por un viento negro,
bajo las botas de soldados recorridos de miedo,
y veían pasear a señores graves como burros
cargando viejos infolios medioevales,
sabían que tú morías por ellos.

Las multitudes que cantaban en las cárceles,
en Guasina, en San Carlos, donde las mujeres sufrían
un llanto más tembloroso que la muerte,
cantando con una guitarra pura que desconocía el espanto,
cantando sin una lágrima, con una música
que cubría de baba a los cancerberos,
cantando rodeados de fusiles con que Wall Street pagaba
la sucia saliva que derramaban para festejarlo,
sabían que tú morías por ellas.

Todos sabían que tu muerte era por el Hombre
y que detrás de ti se movía un relámpago más puro que la nieve.

Por eso los verdugos prometían un festín por tu muerte,
prometían laureles de estiércol para que los buitres te comieran.

Porque más allá de ti se quería desangrar al pueblo
que crece ya como una gran arteria,
más allá de ti se quería manchar el barro puro
con que están hechas nuestras vidas.

Mas, nunca una muerte incendiará tantas cenizas,
nunca un corazón detenido alimentará tantas venas,
nunca un pecho apagado, moverá tantos latidos.

Camarada mortal, soldado desconocido de la angustia,
aquí mi corazón me está doliendo,
cuando digo tu nombre en el costado me está doliendo,
me están doliendo tu aire melancólico de la tierra
y tus ojos que lloraban unas lágrimas más duras que los huesos.

Aquí mi rostro se va llenando de lluvias
y siento que los malabares se empapan de sangre
cuando te recuerdo
y te miro cubierto por espátulas de tierra,
inconsolablemente cayendo allí donde tú querías

mirar crecer el pan como una gran fábula
y el júbilo nuevamente reuniendo el fuego de las multitudes.

Ahora siento que es tu sangre la que se mueve en mí,
y que es un viejo clamor que nos convoca a todos en la noche
para que empieces a vivir
con tu boca llena de raíces terrestres
y tus manos que han tocado los rescoldos del mundo.

Ahora una bandera pina recorre las entrañas del hombre
y tú vuelves a crecer con desatados rumores oceánicos
y un río de metales se enfurece en tu mirada
y los verdugos atribulados tiemblan como una enredadera
y el gran día comienza a derramarse como una siembra.

Camarada civil, combatiente del lado de la tierra,
territorio coronado de lámparas,
esta es la vida que no muere nunca,
esta es la vida que nos va rodeando como un gran océano
y nos entrega a la espaciosa llamarada del destino.

Esta es tu vida que se hizo desde la muerte,
desde el gran crimen,
como un puño rasgando las tinieblas de los días,
como una rosa huracanada después del cataclismo,
como un largo viento soplando sobre el vestigio de las llanuras.

Santiago, octubre 52, en el exilio.

DE FRENTE A LA ESPERANZA QUE NOS MUEVE

Juan Liscano
Caracas / 1952

LEONARDO RUIZ PINEDA,
combatiente que hasta morir creciste en la batalla,
vengo a imprecicar, vengo a llorar, de pie,
mirando el porvenir que te contiene.

Vengo a alumbrar tu sombra libertada,
caudillo de esperanza, ánima buena.

La imagen de la muerte que te dieron
quienes, en mi país, tan sólo saben
mentir, matar, robar, matar de nuevo,
cazar al hombre con voraz astucia,
dar el zarpazo a la inocente presa,
lamer la oscura sangre derramada,
saciar, en fin, su bestia de rapiña;
la imagen de la muerte que te dieron
unos coronelitos carniceros
cebados en tu vida, en tu esplendor,
nunca será la del atroz cadáver
de bruces, desangrándose en la calle,
en la nocturna calle iluminada
de una ciudad con niños y jardines
y una pacífica, leal montaña
—serenidad a la que nadie sube—
nunca será la del cadáver roto,
tendido en el calvero de algún bosque
de zapatos, espías, piernas trémulas,
de botas militares como patas,
vacío, abandonado, sin tu ser,
sin la idea con que les escupías
el sucio rostro de traidor que esconden,
sin aquella alegría de justicia
con que pasaste, por la lucha, un tiempo,
sin tu valor, tu pulso, tu sonrisa,

tu presencia serena, tu insistencia,
sin la virtud de lumbre que te hacía
para su sombra, apetecible presa.

LEONARDO RUIZ PINEDA, fidedigno,
cuando tu voluntad civil en lucha
cercaba la guarida de las bestias,
cuando eras todo pecho y frente altivos,
cuando tus tres virtudes terrenales
movían las montañas de la duda,
verdecían los yermos, daban agua,
cuando tu voz de cólera y justicia
se llenaba de látigos y manos,
cuando los coroneles, por las calles
volvíanse una fuga de traseros
entre su raudo séquito de guardas,
en fin, cuando apuntaba la razón,
lo que debía ser, el día exacto
y en tu sangre subía como un grito
la marea del pueblo, ¡te mataron!
Caíste al pie sembrado de tu esfuerzo,
te mataron el cuerpo, sí, caíste
para siempre abrazado con tus muertos.

Tus compañeros muertos te rodean.
Los que empezaron a cavar la noche
buscando una salida hacia la aurora:
proletarios de cotidiano pan
que quisieron limpiar la mesa diaria,
dar letras al pequeño, ser mejores,
maestros que murieron con sus letras,
cortada al ras la planta de enseñanza
humildes campesinos que miraron
ondear sobre su parco sembradío
las antiguas banderas amarillas
y hasta soldados que al caer, ganaron

para su causa, la mejor batalla.
Caíste entre los brazos de tus muertos,
andino con un indio en el semblante,
andino en quien se redimía el Táchira
de la violencia de sus hijos malos
y en quien el indio recobraba patria.

Para matar tu muerte escribo ahora,
para romper la imagen del cadáver,
de aquel fardo de carnes, desgarrado
de aquel rostro de sangre vuelto al aire.
Eres hermoso con tu muerte viva,
de cara a las estrellas que te nombran,
de cara al porvenir que te recibe,
de frente a la esperanza que nos mueve.
Te levantamos, ven hacia la vida,
te rescatamos del olvido, vence.
La imagen de tu muerte es el combate,
es la simiente de tu sangre fértil,
el dolor de perderte tan viviente,
la huella que repartes entre todos;
la imagen de tu muerte es la victoria
que llena de inminencia a tu cadáver
¡pequeño para el luto que nos deja!

Caracas, 22 de octubre de 1952.

¡AH! LEONARDO RUIZ PINEDA

Alberto Ravell
Trinidad /1952

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
compañero, ¡noble hermano!
cómo me duele tu muerte,
cómo me duelen las manos
de buscar entre su sangre,
más allá de mis entrañas
a mi pueblo torturado.

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
compañero, camarada...

Cómo me duelen tus hijas
—Natacha y Magda, tan tiernas—
en vientre de amor sembradas...
Cómo me duele tu sangre
que llama a rebato ahora
y me duelen las estrellas
que en tus ojos se apagaron.

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
¡noble hermano, compañero!

Cómo me duele la noche
en que la muerte llegara
con paso leve y artero...
Manos de innoble acechanza
junto a tus ojos valientes
te apagaron los luceros...

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
¡nervio y lucha en Venezuela!

Por la calleja
pasaban entre balas y centellas,
los hombres uniformados;
voz de fuego repicaban
las pistolas asesinas
en campanarios de acero...
Sangre moza te manaba
del asiento de tu pecho,
que nunca anidó la infamia,
y en polvo te convirtieron
el corazón generoso
que a tu tierra se dio entero...

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
nubes negras se cruzaban
por los caminos del cielo.

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
te asesinaron cobardes,
por miedo a tu voz de hombre
que el silencio taladraba;
los que no tienen entrañas,
los que amordazan los pueblos;
los que asustan a los niños,
los que desnudan mujeres;
los que siembran a los caños
de llantos y maldiciones;
los que construyen prisiones
con torturas y gemidos;
los que visten uniformes
manchados de sangre y lodo...
Los que se dicen “decentes”
los que se dicen “austeros”,
los que traicionan su casta,
los que se llaman “doctores”,

los que en vez de sangre llevan
espesa noche en sus venas...

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
noble hermano, compañero,
tu sangre venganza clama...

Aullaban perros de infamia
cuando en tu busca llegaron;
lunas de sangre corrían
por la pista dé los vientos;
se encendieron agoreros
los fanales de los muertos...
Brujas de corvas narices,
sus escobas cabalgaban...
Y entre escombros y raíces
pasaba torvo el destino...

(Un forcejear de asesinos,
una bala y un Camino...
Después un charco de sangre
un rumor... Un comentario...
Ni un grito, ni una palabra).
Y ante el silencio de un pueblo,
de un pueblo que tú llevaste
como herida en el costado
la calle manando sangre,
la viuda llorando duelos,
las hijas sin fe ni amparo.
¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
noble hermano compañero,
tu vida sacrificada...

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
cómo me duele la bala
que tus sienas taladrara...

De las casas se salieron
volando en negro cortejo,
las mariposas del llanto
con las alas todas negras...
En sus cunas, los infantes,
se revolvieron ceñudos...
Los besos de los amantes
se quedaron en suspenso
junto a los muros desnudos...
Dime, madre, lo qué pasa,
¿a quién segaron la vida?
Oí ruidos de disparos
muy cerca de mis oídos...

Mataron a Ruiz Pineda
y a vengarlo me llamaron,
me lo dijeron los cielos
con la noche, así desnuda...
Mataron a Ruiz Pineda:
¡la luz en la noche negra
en que vive Venezuela...!
Los asesinos cobardes,
que tras sus pasos llegaron
cobrándole como deuda
lo que es gloria de su nombre,
lo que es gloria de su pueblo...

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
desde Los Andes venido,
tu sangre trazó caminos,
que no han sido recorridos...

Cómo me duele tu muerte,
cómo me duelen las manos
de buscar entre tu sangre
más allá de mis entrañas.

¡Vergüenza me da nombrarlo!
a mi pueblo dolorido...

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
¡buen hermano, camarada!

Vergüenza me da escribirte
un mensaje con palabras,
mientras la sangre ha corrido,
mientras llora Venezuela
tu muerte, a puertas cerradas...
Mientras se visten crespones
desde Rubio hasta Guasina.
Mientras te lloran tus hijas,
mientras te lloran las viejas,
mientras te lloran los niños.

A vengarte ya llamaron
desde los llanos abiertos
hasta las cumbres andinas...
¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
compañero, buen hermano
para dolor y vergüenza
en mi exilio sin orillas
tu sangre fresca ha golpeado
en el pecho de los hombres...
Y mientras lloran las piedras
y se apagan las estrellas
y el agua se seca y clama
en el cauce de su pena,
aún desenfundan pistolas
y celebran sus festines
y amedrentan a los niños
y viven a cielo abierto
los brutales asesinos...

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
¡compañero, buen hermano!
Te están llorando los pueblos
desde los llanos remotos
hasta las cumbres andinas...
Y mientras lloran las piedras
y se apagan los gemidos,
tu vida noble cortada
como flor de duraznero
por cierzo inclemente y duro;
tu vida noble entregada
a la causa de tu pueblo;
tu vida que fue camino,
tu vida noble segada...

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
maestro de cien virtudes
en el silencio de un pueblo
que tu muerte no ha vengado...

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
compañero, camarada,
yo no quisiera llorarte
en mensaje con palabras,
yo no quisiera acercarme
a tu sangre coagulada...

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
compañero, noble hermano,
cómo creciste en tamaño,
cómo creciste en hazaña,
mientras las horas se alargan,
mientras la sangre se seca,
mientras las bocas se callan.

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
yo no quisiera escribirte

desde mi exilio impotente
que es casi dolor cobarde,
un mensaje con palabras...

¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
compañero, noble hermano.
Por amor a Venezuela,
por honor al gentilicio,
por las palabras ya dichas
y las acciones frustradas,
¡Ah! Leonardo Ruiz Pineda,
buen hermano, camarada,
tu sangre venganza dama.»

Puerto España, octubre 28, 1952.

ROMANCE POR LA MUERTE DE LEONARDO RUIZ PINEDA

Alarico Gómez
Caraca / 1953

La procesión de los cirios
del cerro viene bajando.
Una espada de suspiros
los búcaros ha cortado.
Hay voces de luna llena,
de sol y aire inflamado,
voces de madres que gritan
sobre una muerte de nardos.
La procesión entre arenas,
entre juncos y entre llantos,
a pesar de la maleza,
sigue en el iris marchando.
Su paso es luz de silencio,
bruñido de rojo el paso.
Los luceros se detienen
al mirarlos ¡ay! tan altos:
Trigales del pueblo herido,
abejas que teme el rayo.
Sufren cárceles dolientes,
grillos torturan su canto,
pero un alba de gaviotas
sale de mártir costado.

Mataron a quien moría
todos los días soñando
por resucitar al pueblo
y encender un cirio blanco.
Su cuerpo cubrió la tierra
en el vientre del espanto,
y su palabra dolida
montó en aire desolado.
Mataron a la clemencia
en el rostro de Leonardo.
Pedía justicia y le dieron

un cielo guillotinado.

Sus balas han florecido:

Son antorchas en el paso
de la procesión de arterias,
de silencios y de cardos.

Su espíritu de azucena,
su afán de nube, esperando:
Lámpara encendida siempre
aunque hiéranla apagando.

Procesión de los humildes
sigue marchando, con paso
de sol, de luna, de estero,
de cordero desolado.

¡Cuándo llegarán las huellas
chapoteando sobre el barro!

Un jilguero de sonrisas
se ha suicidado en un árbol.

Campanas del Sacrificio

llueven sobre mil poblados:

Las campanas de los cedros
están tocando a Leonardo,
ceibo caído una noche
sin que pudieran regarlo,
porque quien fuera antes hombre
ahora se convierte en astro.

Astro prendido en la arena,
lucero sobre el espanto,
que le da sol de esperanzas
a nuestro pan cotidiano.

Triste procesión de cirios,
de corazones nublados,
vienen bajando del cerro,
rodando corzas, bajando.

Desfilan aires sombríos
cuando sus teas y manos
se alejan por veinte rutas
de alientos sacrificados.
Allá van los redimidos
por la sangre de Leonardo,
sangre resurrecta en ojos,
sangre resurrecta en brazos.
Las madres arrullan hijos
para que sigan al astro;
las novias téjenle iris,
las esposas cogen nardos,
las hermanas bordan sueños
con crepúsculos rosados.

Va desfilando sin fin
la procesión, desfilando.
Tienen corazón de espigas,
el corazón no quebrado,
ni marchito, ni vencido,
el corazón agostado
cuando una noche los buitres
se comieron a Leonardo,
cuya sangre es una estrella
que va guiando los pasos
de una procesión salvada
a pesar de los estragos.
¡Cuándo el alma llegará
para amanecer los llantos!..

Caracas, 21 de enero de 1953

LEONARDO RUIZ PINEDA
MEDITACION ANTE SU MUERTE
Y REPOSO EN CLAROSCURO

Lucila Velásquez

MEDITACIÓN ANTE SU MUERTE

“Leonardo Ruiz Pineda,
el de la fina valentía y gozosa audacia”.

Rómulo Gallegos

Acaso la anunciaban en esa tarde agria
los zumos esparcidos del gajo del crepúsculo
que apuraba, sería como en amarga lágrima,
el aire con olfato de ensangrentado gusto.
Cuando en la tarde llena de pálpito en plegaria
envuelta con su polvo sudara el día oculto
y hasta los cinco dedos de una rosa, en la cébala,
dejaron cinco gotas sobre un papel de puntos
o dentro de las piedras mojadas de la fragua
algún mensaje urgente flotara sin conducto
y hasta en la imperturbable razón mayoritaria
ese presentimiento se crispara en el pulso.

¿Por qué contra las puertas las lámparas de alarma
no abrieron sus cerrojos de luces advertidas?
¿Por qué no estuvo el ángel guardián bajo la palma
bendita, custodiando la mística continua?
Y desde los espejos la piel de Dios, que salva,
¿por qué no dio su sangre por él, la arrepentida?
¿Acaso, en fin, acaso su muerte era una pauta
cargando dentro un alma de losas subversivas?

Oh día memorable, terrible día de gloria,
¿acaso le cantaron los duendes de la bruma
o en pantalla de pálida mascarilla de alondra
ya crecía en su rostro alguna yerbaluna?
¿Qué haría cuando el viento derribaba las formas
del blanco minarete donde abría las sumas
selladas, que guardaba debajo de las hondas?
¿Qué haría con el peso de tanta cruz, en una?

Dejó sobre la punta sutil del escritorio
seguramente un vaso de cántico de plata
donde se conservaran en un perfume rombo
sus salmos de profeta, rapsoda de las masas.
Dejó para medir el tiempo de sus hombros
la última camisa de ardor en cal intacta,
el cuadro del esfuerzo para legar el cromo
y un rápido mensaje de fechas de esperanzas
en un papel sellado de azul acento y olmo
donde quedó una idea de empuñadura blanca.
Y mientras esperaba, de pie, el café del horno
nervioso tiraría un cigarrillo en ascuas,
mas ya sobre la espalda su fiel adiós, tan sólo
buscó un lugar seguro donde abrazó la patria
y descendió por calles de nombre transitorio
en tiempos destinados para vías más altas.
Leonardo Ruiz Pineda cayó sobre un contorno
¡de mármol! y los astros levantaron un acta!

ALFREDO EN CLAROSCURO

Traigo la luz, enciendo la campana
que en mágico epicentro lo confina
debajo de la torre. En la mañana
miro cubrir la noche donde pisa
él, que en lodo de flores se adivina
y en oscuros profundos va de prisa.

Quiebro cántaros ácidos de espina
y arenales del aire en canto riego
para tocar la huella clandestina
conque dura señal intransparente
revélame el matiz cerrado, ciego,
que guarda a su diamante residente.

Por aire comprimido, en demudado
paso de roca por camino inverso
y en límite hacia abajo levantado,
por todo lo que en piedra se contiene
y en ignoto espesor se palpa terso,
me acerco al corazón de donde viene,
alto latir izado con urgencia
de voz seguida y conductora hazaña,
su vida en desplegada resistencia.

Cruzo espacios envueltos en umbrías,
abro metros de luces y en extraña
ronda larga por hondas travesías,
por ecos sostenidos en clamores,
por móviles de rígida armadura
que bajan como en humo de espesores,
llego hasta él, lo bajo de su altura,
le escucho en el mensaje y en el llanto
y cubro en mi palabra su figura.

El en tierra desierta y ascendente,
él en divina arenga por el canto,
él mismo combatido y combatiente.

De paso por la sombra transitoria,
delante de caminos esperados
que acercan su alejada trayectoria.

El por ángeles, frisos y alabados
contornos que le guardan, y en memoria
de lumbre por nocturnos desvelados.

Con aras de rodillas en la espera
cerrada de sus manos, poderosa
la palma innumerable y verdadera.

Con pólvora hasta el sello de la rosa
y un relámpago duro a la sordina
golpeándole la prisa cautelosa.

Con ávido estupor en la retina
y ese viento del suelo que trasciende
la ciénaga profunda de una espina,
hiriéndolo en la luz con que defiende
aquel color de aurora perseguida
que en impasibles lámparas se extiende.

Defendida la patria de su vida
por dígitos que envuelven en cristales
el tacto de su nombre sin herida.

En el medio de yermos temporales,
el pecho entre los hombros de la tierra,
desnudo el corazón en los glaciales.

En fila conduciendo el himno puro.
Con sangre en el aspecto que lo encierra,
en piedra tierno y en el brillo duro.

Y en el alba ondular de la divisa,
desgarrado por cascos y tropeles
el campo cardinal donde la irisa.

Ciegos láticos rasgan su mirada
y aridecen la piel de sus laureles
remembranzas de un agua flagelada.

Ciudadanos al hombro le responden
y columnas de dórica jomada
alzan por dentro brisas que lo esconden.

En la noche los ecos de su mano
van moviendo la huella directora
por donde anda la acción en altozano.

Le conocen de frente los espejos
cifrado va el mensaje en voz sonora
en ondas silenciosas de reflejos.

Cortan cintas de hierro brillantado
en cada individual correspondencia
hasta llegar al nombre irrevelado.

Amanece con lámparas abiertas
y la calle perdida de la ausencia
es apenas un aire entre las puertas.

En la mesa las formas presurosas
se detienen en síntesis calladas.
Se tocan soledades amorosas.

Texto, anuncio, campaña, pensamiento,
peligrosas aristas refinadas
surgen de su metal en ardimiento.

Pesos de fiel constancia le sostienen
y entrenados clamores numerables
derriban filas y en el tiempo vienen.

¡Ah los rostros de gesto combatiente,
las arriesgadas manos inmutables,
las mismas del pasado y del presente!

Ay! de ellas en límite velado.
Ay del juego celeste de las niñas,
el alto papagayo destrozado.

Las letras del espejo de frecuencias,
llamadoras de voces y campiñas,
ay! de ellas, su luz, sus transparencias.

Ofelia en la jomada es calendario,
rito oficiado en cálida costumbre,
deber risueño, fiel devocionario.

Permanencia callada en dulcelumbre,
primera magnitud de los dintornos,
la Estrella mía con su certidumbre.

Y en su anillo de dedos impasibles,
con esa mano abriendo los retornos,
¡Claudio entre lisos riesgos invisibles!

Ah! la piedra grabada de los nombres,
legendaria memoria en su granito
con firma de mujeres y de hombres.

El tiempo de Cristóbal allí escrito.
Un riesgo demudado en los perfiles,
un campo de batalla con su grito.

Presurosas viajeras confesiones
le conducen por ámbitos civiles
cuando vienen y van en comisiones.

Previsto el cielo, el aire y el sonido.
Y en franca exactitud de ingeniería
previsto el muro recto del sentido.

Nada rompe las líneas de armonía.
Una redonda curva vigilante
se mueve por su antena, noche y día.

Clamo el éxtasis puro de su amante
patriótico dolor de pensamiento
que mira fijamente hacia adelante.

Clamo color, señal, padecimiento,
piel, ojera, completa quemadura,
morada, corazón y monumento.

Clamo este amargo pan de mordedura,
este golpe tocado en el silencio,
el vientotemporal de su aventura.

Clamo el faro de rosas amarillas,
el límite solar donde aquerencio
la tierra que concita sus orillas.

Aquí su libertad al fin concedo.
El sube el horizonte clandestino,
bautízalo la luz: se llama Alfredo.

El pueblo le acompaña en su destino.

APÉNDICE

LA PRENSA DE CARACAS BAJO EL SIGNO DEL TERROR

Versión del asesinato

“EL NACIONAL”, 22 de octubre de 1952

**MUERTO EN TIROTEO CON LA POLICIA
EL DR. LEONARDO RUIZ PINEDA**

El suceso se produjo anoche a las 9 frente al Sexto Pasaje de San Agustín del Sur. Un individuo que le acompañaba se dio a la fuga y otros dos fueron apresados por los pesquisas.

El dirigente político Leonardo Ruiz Pineda resultó muerto anoche, poco después de las 8, en un tiroteo con miembros de la Policía que tuvo por escenario la calle real de San Agustín del Sur, a la salida del denominado Sexto Pasaje.

Ruiz Pineda, abogado tachirenses que ejerció por un tiempo la Presidencia de su Estado nativo, dirigía las operaciones clandestinas del disuelto Partido Acción Democrática y como tal, era perseguido por los hombres adscritos a la brigada política de la Seguridad Nacional. Anoche, a la hora mencionada, viajaba en un automóvil Chevrolet de color verde, matriculado en el Estado Miranda bajo el número 10.586, junto con otros tres individuos, cuando fue interceptado por la moto placa 1.251 D. F., que tripulaban Daniel Colmenares y Francisco Matute, quienes los perseguían. Los hombres descendieron del auto, algunos con sus pistolas desenfundadas, y se produjo un cruce de disparos —cuatro o seis— entre ellos y los dos funcionarios policiales. Al final, quedó tendido en la calle, con el cráneo atravesado por un proyectil, el doctor Ruiz Pineda. Uno de los ocupantes del auto penetró a la casa marcada con el número 110 y desapareció. Los funcionarios policiales detuvieron a los otros dos sin necesidad de hacer nuevos disparos.

PRIMERAS NOTICIAS

Cuando los hombres que descendieron del automóvil se abrieron hacia el centro de la calle, con las armas en la mano, los transeúntes, pocos a esa hora por el lugar, buscaron sitio dónde guarecerse, mientras uno de los pesquisas, con ademán resuelto, sujetaba a dos de ellos por los hombros.

—Están detenidos —les dijo.

Su compañero, entre tanto, atareado en acomodar la moto, ya descendía y se aproximaba al grupo cuando se produjeron los primeros disparos. Uno de los hombres entró a la casa marcada con el número 110, en la calle real, y el doctor Ruiz Pineda quedó en el centro de la calle, entre los dos fuegos. Minutos después caía fulminado, a unos tres metros de la acera.

El cuerpo de Ruiz Pineda quedó boca arriba, con las manos extendidas hacia abajo y con la boca, por donde salió abundante sangre, ligeramente abierta. La bala que le segó la vida le penetró un poco por debajo de la región malar derecha y siguió una trayectoria ascendente, hasta brotar en la región parietal derecha. Quedó con la cabeza dirigida hacia el centro de la calle y los pies, muy juntos, hacia la acera.

Vestía un traje marrón, de rayas, y una corbata roja con flores blancas. Una camisa crema y un cinturón negro, de hebilla amarilla. Calzaba unos mocasines de color amarillo mamey. Tenía en la muñeca izquierda un reloj cuadrado, con pulsera dorada y en sus bolsillos, aparte de algunos documentos personales que reposan en poder de las autoridades, Bs. 3.600 en billetes.

DETENIDOS

La Policía, en principio, anunció que emitiría un comunicado al respecto, pero posteriormente, el señor Pedro Estrada, Director de la Seguridad Nacional, lo negó, aunque admitió que había sido practicada la detención de dos de los compañeros del doctor Ruiz Pineda.

Al principio, en el vecindario se regó la voz de que había muerto un médico. Posteriormente, se comentaba que se trataba de un abogado; pero ni los profesionales del derecho que pasaban ocasionalmente por la calle y que se acercaban a ver el cadáver, que duró varios minutos en el suelo, alcanzaban a identificarlo. Los miembros de la Policía guardaban reservas. El departamento fotográfico de la brigada contra homicidios tomaba detalles gráficos y los técnicos las huellas digitales del cadáver.

La dificultad estaba en que el doctor Ruiz Pineda se había rasurado el bigote, el fino bigotillo que lo distinguía en las fotografías de prensa, de cuando ejercía las funciones de Ministro de Comunicaciones, con la Junta Revolucionaria de Gobierno.

Pero mirándole detenidamente, los reporteros, por la orificación de los dientes superiores, alcanzaron a darse una idea y poco más tarde, las fuentes oficiales consultadas confirmaban el dato. Se trataba del doctor Ruiz Pineda.

Al sitio del suceso —que por espacio de hora y media estuvo aislado, para evitar aglomeraciones—acudieron: el señor Pedro Estrada, Director de la Seguridad Nacional; el teniente-coronel Carlos Morales, Comandante de la Policía de Caracas; el señor Ochoa Maldonado, Subjefe de la Seguridad Nacional; Ulises Ortega, Jefe de la Brigada Político-Social; José Francisco Colmenares, Jefe del Departamento contra Homicidios; Ramón Useche, Jefe de la Brigada contra Robos; el médico forense, doctor Vicente Figarella, quien practicó el reconocimiento del cadáver; cinco unidades radiopatrulleras, que se encargaron de mantener la vigilancia, y tres ambulancias.

Un vecino que presenció la escena dijo que el automóvil venía de Puente de Hierro hacia el Este de la ciudad. Y había sido desde Puente de Hierro desde donde la motocicleta comenzó la persecución del Chevrolet, que trató inútilmente de sortear el tránsito cuando avanzaba hacia la Avenida Roosevelt, quizás. El vehículo se detuvo a unos 15 metros del lugar donde funciona una bomba de gasolina, a muy poca distancia del denominado edificio La Grange.

El cuerpo de Ruiz Pineda, cuya cabeza cayó sobre una revolverá, quedó a unos seis metros del establecimiento denominado “Refrigeración Caiz”.

El doctor Leonardo Ruiz Pineda había nacido en Rubio y tenía en la actualidad, unos 36 años. Era hijo de Don Víctor M. Ruiz, propietario de una ferretería en San Cristóbal, y de Doña Rosa Pineda. Desde joven se dedicó a la política. Estudiando bachillerato, concurrió como Diputado a la Asamblea Legislativa del Estado Táchira, el año 39, en representación del Distrito Junín. Más tarde se dedicó al periodismo y fue director del diario “Fronteras”. Cuando advino el movimiento de octubre del 45, fue el primer secretario de la Junta Revolucionaria de Gobierno. De allí salió para encargarse de la Presidencia de su Estado. Poco después, cuando el régimen de Gallegos, ocupó la Cartera de Comunicaciones, cargo que ejercía cuando se produjo el movimiento de noviembre.

Ruiz Pineda era de estado civil casado. Su esposa, Aurelena Merchán de Ruiz Pineda, queda con dos hijas: Magda, de 6 años y Natacha, de 4.

Los reporteros no pudieron establecer el paradero de la esposa del político muerto.

* * *

“El Nacional”, 23 de octubre de 1952

**COMUNICADO OFICIAL SOBRE LA MUERTE
DEL DR. LEONARDO RUIZ PINEDA**

La Oficina Nacional de Información y Publicaciones hace del conocimiento público que las Autoridades de Seguridad habían tenido aviso de que en determinados vehículos eran trasladados algunos elementos responsables de las actividades clandestinas y terroristas de los disueltos Partidos Acción Democrática y Comunista de Venezuela, por lo cual han intensificado la vigilancia a fin de impedir se lleven a cabo los nuevos planes de subversión y terrorismo que promueven los mencionados elementos.

En las primeras horas de la noche de ayer dos Agentes de Seguridad establecieron contacto con uno de esos vehículos, en la Avenida Principal de San Agustín del Sur. Uno de los Agentes reconoció entre los ocupantes al Dr. Leonardo Ruiz Pineda, por lo que se acercó al automóvil y conminó con orden de arresto a quienes estaban dentro de éste. El Agente fue empujado violentamente con la puerta del automóvil abierta en forma súbita por uno de los ocupantes, al mismo tiempo que contra aquél disparaban desde otro vehículo que iba delante del interceptado. Los Agentes hicieron uso de sus armas para repeler el ataque. En el tiroteo uno de los individuos fue alcanzado por los proyectiles. De los cuatro ocupantes del auto en que iba el Dr. Ruiz Pineda dos se dieron a la fuga y el otro fue dominado y apresado por los Agentes de Seguridad. El vehículo desde el cual dispararon y en el que iban también 4 personas se dio a la fuga, así como otro que venía detrás, ocupado por varias damas, y que al parecer formaba parte del convoy. La persona alcanzada por los proyectiles resultó muerta. Portaba Cédula de Identidad a nombre de Eduardo Crespo, bajo el N° V-230.672, pero luego de practicadas las averiguaciones del caso, se estableció que efectivamente se trataba del Dr.

Leonardo Ruiz Pineda, el mismo a quien el Agente de Seguridad había reconocido y a quien dio la orden de arresto.

El cadáver fue trasladado al Hospital Vargas, previo el cumplimiento de los requisitos legales. Las Autoridades Judiciales se hicieron cargo del asunto.

* * *

“La Esfera”, 22 de octubre de 1952

**MUERTO A BALAZOS EL DOCTOR
LEONARDO RUIZ PINEDA**

Pereció anoche durante un tiroteo con Oficiales de la Seguridad Nacional. Fue Gobernador del Estado Táchira y Ministro de Comunicaciones con AD.

Un balazo en el parietal derecho causó muerte instantánea al doctor Leonardo Ruiz Pineda, de 35 años de edad, abogado de la Universidad Central, periodista, ex Ministro de Comunicaciones y ex Gobernador del Estado Táchira durante el gobierno de Acción Democrática.

El suceso ocurrió anoche, durante un cruce de disparos entre los ocupantes de tres automóviles y oficiales de Seguridad Nacional que seguían a dichos vehículos en motocicletas. El doctor Ruiz Pineda, quien conducía el automóvil placa 1-10.586 del Estado Miranda, detuvo bruscamente su vehículo y cuando salía una bala se incrustó en la puerta y otra astilló el cristal de la misma. Se dirigió hacia la acera, llevando en la diestra una pistola calibre 45, marca Colt, y fue alcanzado por un proyectil que le perforó el cráneo. Aún en estertores agónicos recorrió una distancia aproximada a veinte metros, cayendo finalmente en la entrada del Sexto Pasaje. Fue en la avenida central de San Agustín del Sur, frente a una estación de servicio.

Al producirse los disparos, uno de los automóviles desapareció a toda marcha y los ocupantes del otro auto, un Buick, modelo 51, placa 1-10.535, también con hombres armados, utilizaron sus armas y trataron de acercarse al lugar donde yacía el doctor Ruiz Pineda. Al parecer comprobaron que estaba muerto y volvieron al vehículo, mientras los oficiales de la Seguridad Nacional hacían disparos tratando de cortarles la retirada. Entre personas que se hallaban en

establecimientos y casas, así como las que transitaban por esa vía, hubo pánico y desbandada al ocurrir el tiroteo, exactamente a las 8:10 de la noche.

El cadáver del doctor Ruiz Pineda quedó tendido en el pavimento en posición decúbito dorsal, hasta el momento en que acudieron las autoridades y la medicatura forense. En sus ropas se halló una cartera con retratos de su familia y una cantidad mayor de Bs. 3.500 en billetes de quinientos. El proyectil provocó derrame de la masa encefálica y otorragia. Cerca de la mano derecha fue hallada la pistola Colt, serial C-22.692, con carga de proyectiles calibre 45.

El automóvil “Buick” fue perseguido por un auto radiopatrullero que le dio alcance y uno de los guardafangos delanteros tuvo averías en colisión provocada para detenerlos, siendo detenidos los ocupantes. Se informó posteriormente que se calculaba en una docena el número de viajeros en los tres automóviles.

Tanto el auto Chevrolet que condujo el doctor Ruiz Pineda, como el Buick detenido posteriormente por patrulleros policiales, fueron llevados a la central detectivesca. El primero tenía dos impactos de arma de fuego, uno sobre la puerta izquierda, debajo de la platina, y el segundo que astillara el cristal. El segundo auto tenía deterioros por colisión en el parafangos delantero derecho. La persecución fue ordenada a todas las autoridades policiales.

Acerca de la ruta seguida anteriormente por los tres automóviles no se dieron detalles, pero se supo que los oficiales que iban en motocicletas habían tomado parte en persecución a través de zonas centrales de la ciudad y que luego enfilaron hacia San Agustín del Sur, en cuya calle central se desarrolló el suceso.

En el lugar donde cayera muerto el doctor Ruiz Pineda, los reporteros observaron la presencia del Gobernador del Distrito Federal, Teniente-Coronel Guillermo Pacaníns; del Comandante General de la Policía, Teniente-Coronel Carlos Morales; del señor Pedro Estrada, Director de Seguridad Nacional, y otros funcionarios. Gran cantidad de público se congregó durante varias horas en el lugar y se estableció cordón policial.

* * *

“Últimas Noticias”, 22 de octubre de 1952

**MUERTO RUIZ PINEDA EN TIROTEO
EN SAN AGUSTIN**

El doctor Leonardo Ruiz Pineda, ex Gobernador del Estado Táchira, ex Ministro de Comunicaciones y líder del disuelto partido Acción Democrática, fue abatido a balazos anoche en el pasaje La Cocinera, San Agustín del Sur, al batirse con oficiales de Seguridad Nacional que interceptaron el auto en el cual viajaba.

A las ocho y diez de la noche, aproximadamente, dos agentes de Seguridad dieron alto a un Chevrolet, 51, verde claro, de placa 10.586, del Estado Miranda, que manejaba el propio Ruiz Pineda. Este abrió la portezuela y trató de ganar el Pasaje La Cocinera, mientras disparaba.

De un Buick, verde claro, placa 1-10.536 y de otro automóvil no identificado que seguían al Chevrolet, dispararon contra los agentes, como tratando de proteger la fuga de Ruiz Pineda, que ya alcanzaba la oscuridad del pasaje. Antes de que el fuego de los dos automóviles distrajera la atención de los oficiales de Seguridad, una bala alcanzó a Ruiz Pineda en el cuello causándole la muerte instantánea.

El Buick se dio a la fuga, pero fue detenido más tarde por una Radiopatrulla. La Seguridad Nacional anunció la captura de dos personas que acompañaban al doctor Ruiz Pineda.

CÉDULA DE EDUARDO CRESPO

Ruiz Pineda vestía un traje marrón y portaba un sombrero gris. En su poder fue encontrada una cédula de identidad N° 230.672, expedida en Caracas, el 27 de octubre de 1946, que lo acreditaba como Eduardo Crespo, comerciante, nacido el 16 de agosto de 1914, hijo de Carlos Crespo y de Luisa Mendoza. En otros datos de identidad se decía que tenía cabellos y ojos negros, que era soltero y lo hacía poseedor de la Libreta Militar N° 1.534. Fijaba su residencia en el edificio La Torre.

Del lado izquierdo le colgaba una funda, en la cual guardaba una pistola calibre 45 Colt, automática, serial 226925, con un número 90. En los bolsillos le hallaron una suma de dinero que sobrepasaba los tres mil bolívares, en billetes de banco.

Tanto el Chevrolet como el Buick fueron decomisados por las autoridades. No se conoce todavía el paradero del otro automóvil. Se dijo, además, que en los tres automóviles viajaban doce personas aproximadamente.

* * *

“El Universal”, 22 de octubre de 1952

Anoche en San Agustín del Sur.

AL AGREDIR A TIROS DESDE UN AUTOMOVIL
A OFICIALES DE LA S. N., ESTOS ABRIERON FUEGO
Y MURIO EL DR. RUIZ PINEDA

Tres automóviles, al estilo Chicago, pasaron a la entrada del Sexto Pasaje de San Agustín y desde ellos se abrió fuego contra los Oficiales. Estos se defendieron y de uno de los vehículos descendió Ruiz Pineda, quien cayó bajo las balas. Se supone que viajaban en los carros 12 personas. Hay dos detenidos y dos autos en poder de la S. N.

Tres automóviles ocupados por elementos del disuelto Partido Acción Democrática abrieron fuego contra dos oficiales de la Seguridad Nacional cuando éstos transitaban por la calle real de San Agustín del Sur. Los detectives al contestar en la misma forma, lograron dar muerte a uno de los sujetos que, pistola en mano trató de perseguirles cuando los agentes secretos se refugiaban en el sexto pasaje. Los ocupantes de dos de los automóviles, que no pudieron proseguir la marcha, se dispersaron y lograron darse a la fuga. Uno de los individuos trató de introducirse a la casa marcada con el número 110, pero fue apresado por los detectives. El sujeto que cayó abatido por las balas de los dos detectives resultó ser el doctor Leonardo Ruiz Pineda, ex Ministro de Comunicaciones y ex Gobernador del Estado Táchira, en el

régimen de Acción Democrática. Este hecho ocurrió anoche a eso de las siete y treinta minutos aproximadamente.

A juzgar por las informaciones obtenidas en el teatro de los acontecimientos, los dos agentes de Seguridad Nacional cuyas vidas estuvieron en peligro, se dirigían hacia la calle real de San Agustín del Sur, por el pasaje N° 5. Cuando transitaban entre el 5o y 6o pasaje, uno de los pasajeros que viajaba en un automóvil Chevrolet, modelo 52, tipo Belair, color verde y matriculado en el Estado Miranda con la chapa N° 1-10.586, abrió fuego contra ellos. Afortunadamente para los dos agentes los disparos no dieron en blanco, pues el vehículo desde el cual les hicieron fuego, iba aún andando. El conductor de este automóvil, que al parecer resultó herido por una de las balas disparadas por los revólveres de los agentes, detuvo la marcha, siendo entonces cuando otro de los ocupantes se desmontó pistola en mano y al querer hacer fuego contra ellos, cayó abatido a balazos. Los demás al ver caer a uno de los suyos se dieron a la fuga, abandonando en el centro de la vía el vehículo arriba señalado y un Buick color verde claro modelo 52 y también matriculado en el Estado Miranda bajo el N° 1-10.535.

Numerosas personas de las que se encontraban en los bares y residencias cercanas al lugar, salieron a cerciorarse de lo que ocurría, motivo por el cual se hizo imposible a los dos representantes de la autoridad, poder dar alcance a los fugitivos. Uno de éstos, al tratar de refugiarse en la casa de familia marcada con el número 110, de la misma vía, fue detenido por uno de los detectives.

El Dr. Leonardo Ruiz Pineda cayó al pavimento sangrando copiosamente por la herida recibida y a juzgar por las características de ésta, la muerte se produjo instantáneamente. En su mano derecha apretaba una pistola Colt calibre 45 de cañón largo. El doctor Ruiz Pineda, que siempre usaba unos gruesos bigotes, carecía de éstos. Su barba estaba rasurada y sus cejas, al parecer estaban entresacadas. De esta manera, se nos dijo, había logrado despistar a las autoridades de investigación que le solicitaban.

Ruiz Pineda, vestía un traje de casimir marrón a rayas, zapatos marrones tipo mocasín, medias blancas y camisa del mismo color. En su muñeca izquierda llevaba un fino reloj de oro. Al serle requisados sus bolsillos se le encontró la

suma de tres mil bolívares en billetes de a bolívares cien y quinientos, así como unos papeles, al parecer con propaganda subversiva.

El vehículo que viajaba delante del Chevrolet donde iba Ruiz Pineda, logró darse a la fuga desarrollando gran velocidad.

A juzgar por las informaciones suministradas, se supone que las personas que viajaban en los tres vehículos eran en número de doce y que todos iban armados.

Pocos minutos después de las siete y media —hora en que aproximadamente se registró el tiroteo— se presentaron varias unidades radiopatrulleras de la Comandancia General de Policía, Comisiones de la Seguridad Nacional y otros vehículos policiales.

Hicieron acto de presencia en el lugar de los hechos, el Jefe de la Brigada contra Homicidios, el Jefe Civil de la Parroquia y el Médico Forense, quienes una vez hecho el reconocimiento médico del caso, se ordenó el levantamiento del cadáver y su traslado a la morgue del Hospital Vargas. Posteriormente, los dos automóviles abandonados por los acciondemocratistas fueron trasladados a la Seguridad Nacional, donde según investigaciones realizadas, el auto Chevrolet es propiedad de un conocido abogado capitalino, quien según se nos dijo extraoficialmente, aseguró que su vehículo se lo habían robado horas antes de registrarse el tiroteo. Este auto recibió un impacto de bala en una de las puertas y el cual, según se supone, haya sido el que logró alcanzar al que lo conducía.

* * *

“El Heraldó” (matutino), 23 de octubre de 1952

**DE UN BALAZO EN EL MAXILAR DERECHO
MURIÓ ANOCHE EL DR. RUIZ PINEDA**

El auto que conducía el ex Ministro de Comunicaciones era seguido por una camioneta de la Seguridad Nacional y al serle dada la voz de alto sus ocupantes comenzaron a disparar. Los agentes respondieron. El tiroteo tuvo

lugar frente al Sexto Pasaje de San Agustín del Sur a las 8 y media. Uno de sus acompañantes le dio muerte equivocadamente.

Anoche a las 8:30, frente al pasaje seis de San Agustín del Sur y a la Bomba vecina al Puente que une las dos barriadas —Norte y Sur—, resultó muerto el Dr. Leonardo Ruiz Pineda, quien fuera Secretario General de la Junta Revolucionaria de Gobierno en 1945, Presidente del Estado Táchira meses después y luego hasta el 24 de noviembre Ministro de Comunicaciones. La bala que le causó la muerte fue disparada por uno de sus acompañantes al producirse un tiroteo entre miembros de la Seguridad Nacional que perseguían al auto verde Chevrolet patente 10.586 del Estado Miranda con distintivo de abogado que lo conducía y las otras personas que le acompañaban en el citado vehículo.

El doctor Ruiz Pineda, quien había ingresado al país para tratar de dirigir un movimiento clandestino del disuelto partido Acción Democrática y como tal firmaba manifiestos en unión de Rómulo Betancourt, portaba una cédula con el nombre de Eduardo Crespo. No usaba sus habituales bigotes finos y en cambio usaba anteojos. La bala le penetró por el maxilar derecho con orificio de salida en la sien izquierda.

LA PERSECUCIÓN

De los datos obtenidos por nuestros reporteros en fuentes de crédito se desprende que el Chevrolet verde 10.586 iba con otro vehículo que no pudo ser identificado por las autoridades. En el Chevrolet viajaban cuatro personas, entre las que se encontraba el doctor Leonardo Ruiz Pineda y un señor de apellido Zambrano.

El automóvil en cuestión era seguido por la motocicleta 1.25Í matriculada en el Distrito Federal, en la que viajaban los ciudadanos Francisco R. Matute y Daniel Colmenares, oficiales de Seguridad Nacional.

Frente al pasaje seis de San Agustín del Sur, en plena vía principal, los oficiales de Seguridad aceleraron la marcha de su moto, se acercaron al vehículo y dieron la voz de alerta. Inmediatamente el vehículo verde frenó y tanto sus integrantes como los del carro que los escoltaba abandonaron sus

máquinas y abrieron fuego contra los funcionarios de Seguridad Nacional, quienes a su vez respondieron.

HERIDO UN DETECTIVE

El fuego continuó y uno de los ocupantes del vehículo verde hirió en la mano derecha al oficial Daniel Colmenares, que es jefe de la Brigada Política de Seguridad Nacional. Ante ello, se compañero Francisco R. Matute se abalanzó contra el que había disparado, y surgió una encarnizada lucha entre ambos. Así que otro de los ocupantes del vehículo verde disparó contra Matute, pero en los movimientos producidos por el cuerpo a cuerpo, la bala fue a penetrar en el maxilar derecho del doctor Leonardo Ruiz Pineda, quien desde hace algún tiempo venía siendo solicitado por las autoridades del Servicio de Seguridad Nacional. El proyectil tuvo orificio de salida en la región parieto-temporal izquierda.

TRATAN DE HUIR

Viendo que el doctor Ruiz Pineda cayó fulminado, los solicitados por las autoridades trataron de escapar. Uno de ellos se introdujo en la casa marcada con el número 110 y fue detenido por oficiales de Seguridad Nacional que pasaban por el lugar. Otro de los individuos en su afán de huida fue también detenido. La casa en cuestión es propiedad del señor Germán Palacios, quien manifestó que estando sentado en el interior de su casa oyó un escándalo y cuando abrió la puerta vio con gran sorpresa que se llevaban a un hombre detenido.

Los ocupantes del otro vehículo, en virtud de las circunstancias, montaron en el carro y desaparecieron fugazmente hacia la vía del Este.

RUIZ PINEDA

Rápidamente llegaron al lugar del suceso las autoridades correspondientes y luego de presenciar el levantamiento del cadáver, éste fue conducido al anfiteatro del Hospital Vargas, por orden del doctor Vicente Figarella Tovar, médico forense, para la autopsia legal.

El doctor Ruiz Pineda trajeaba de marrón, camisa, zapatos y medias del mismo color, corbata roja, sombrero gris, portaba un reloj en la mano izquierda y uno anillo en los dedos de la mano derecha. Se le encontró una cartera conteniendo Bs. 3.500 en billetes de quinientos bolívares y un billete de cien bolívares, y una cédula de identidad con el nombre de Eduardo Crespo.

Las autoridades de Seguridad Nacional decomisaron el vehículo 10.586, mientras los detenidos pasaron a la sede de Seguridad.

* * *

“El Heraldo” (vespertino), 23 de octubre de 1952

**SE HAN PRACTICADO VARIAS DETENCIONES
EN RELACION CON LA MUERTE
DEL DOCTOR RUIZ PINEDA**

Detalles iniciales de cómo ocurrieron los sucesos. Localizados los propietarios de los vehículos. El dirigente político murió en breve y violento tiroteo frente al Sexto Pasaje de San Agustín del Sur.

Venimos en esta edición vespertina a ampliar los detalles del suceso en el cual encontrara la muerte el doctor Leonardo Ruiz Pineda, con datos adquiridos en fuentes de crédito, y, además, con el cotejo de las diversas informaciones publicadas en los matutinos de hoy:

Anoche, a las 8 y 10 minutos, el automóvil sedán verde, placa Miranda N° 1-10.586 con insignia del Colegio de Abogados, fue detenido por la motocicleta placa 1.251 que conducía a los oficiales de Seguridad, Daniel Colmenares y Francisco R. Matute, quienes tenían órdenes de detener al vehículo frente al sexto pasaje de San Agustín del Sur.

Al parar el auto descendieron de él cuatro personas, algunas de ellas con armas de fuego en las manos y ocurrió un breve pero violento tiroteo. El Agente Colmenares fue herido en un dedo y el doctor Leonardo Ruiz Pineda —quien venía en el automóvil— recibió un balazo que le penetró por el maxilar derecho,- con orificio de salida por la sien izquierda.

La versión suministrada a nuestros reporteros en el lugar de los sucesos indicaba que la bala que dio muerte al dirigente político salió, en la confusión, del arma de uno de sus propios compañeros. Los diarios de la mañana sólo informan que encontró la muerte en el tiroteo. Las Autoridades competentes, pese a nuestros esfuerzos, guardan la más absoluta reserva sobre el caso en todos sus detalles y por tanto resulta imposible esclarecerlo como debe ser.

Uno de los disparos efectuados por los Oficiales de Seguridad Nacional atravesó la puerta izquierda del auto, debajo de la platina, mientras otro astillaba el cristal.

Cuando los cuatro hombres se apearon del auto “Chevrolet” con revólveres en las manos, el oficial Matute se abalanzó sobre el doctor Ruiz Pineda y éste, en medio del tiroteo que se originó entonces, fue alcanzado por un proyectil que le causó la muerte instantánea.

Matute se escudó tras de un cartelón, mientras Colmenares era herido en un dedo de la mano. Un oficial de Seguridad Nacional que se encontraba allí cerca y de apellido Arias, acudió al oír el ruido de los disparos y logró detener a uno de los hombres. Entre tanto los otros dos escapaban confundidos entre los transeúntes que corrían llenos de pánico.

A los pocos instantes hacían acto de presencia en el lugar el señor Pedro Estrada, director de Seguridad Nacional; el teniente-coronel Carlos Morales, comandante general de la Policía; el señor Ochoa Maldonado, sub-jefe de Seguridad Nacional; el jefe civil de San Agustín, y los tripulantes de dos radiopatrullas policiales.

El cadáver del doctor Ruiz Pineda quedó tendido en el pavimento en posición decúbito dorsal, hasta el momento en que acudió el médico forense, doctor Figarella Tovar. En sus ropas se halló una cartera con retratos de su familia y una cantidad mayor a los tres mil quinientos bolívares en billetes de quinientos. El proyectil provocó derrame de la masa encefálica y otorragia. Cerca de la mano derecha fue hallada la pistola Colt, serial C-22.692, con carga de proyectiles calibre 45.

Otro automóvil marca “Buick” fue perseguido por una radiopatrulla que le dio alcance en Sabana Grande y uno de los guardafangos delanteros tuvo averías

en colisión provocada para detener a sus ocupantes. Se dijo que se calculaba en una docena el número de viajeros en los automóviles.

Noticias obtenidas a última hora dan a entender que ya las autoridades localizaron a los propietarios de los vehículos placas 10.586 y 10.535, este último marca Buick y modelo 51.

El doctor Leonardo Ruiz Pineda, era natural del Estado Táchira, casado, abogado, de 35 años; había sido secretario de la Junta Revolucionaria de Gobierno en 1945, luego gobernador de su Estado nativo y, finalmente, Ministro de Comunicaciones hasta el 24 de noviembre de 1948. Posteriormente salió al exterior de donde regresó para tratar de dirigir, según las autoridades, las actividades del disuelto Partido “Acción Democrática”. Portaba para el momento de su muerte una cédula de identidad a nombre de Eduardo Crespo, N° V-230.672, expedida en Caracas, el 27 de octubre de 1946. Su viuda se llama Aurelena Merchán de Ruiz Pineda. Sus hijas Magda, de 6 años y Natacha, de cuatro.

Finalmente, se han practicado varias detenciones en relación a la muerte del doctor Ruiz Pineda.

ÍNDICE

| | Pág. |
|--|------|
| LEONARDO RUIZ PINEDA Prócer Civil/David Morales Bello | 5 |
| SINTESIS AUTOBIOGRAFICA Leonardo Ruiz Pineda/1948-1949 | 25 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA Soldado invencible/Andrés Eloy Blanco/México/1952 | 51 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA Preclaro nombre de combatiente clandestino Alberto Carnevali/Caracas/1952 | 54 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA Fina valentía y gozosa audacia Rómulo Gallegos/México/1952 | 57 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA Héroe sin miedo y sin tacha Valmore Rodríguez/Nueva York/1952 | 61 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA Perseverante tenacidad/Gonzalo Barrios/París/1952 | 66 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA Vida y epifanía/J. M.Siso Martínez/México/1952 | 70 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA Gallardo cruzado de la libertad Rómulo Betancourt/Cuba-Uruguay/1952 | 86 |
| MANIFIESTO CLANDESTINO DE ACCION DEMOCRATICA/Primer Aniversario del asesinato de Leonardo Ruiz Pineda/Octubre 21, 1953 | 95 |

| | |
|---|-----|
| EL LEGADO DE LEONARDO José Vicente Rangel/ Caracas/1958 | 99 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA La hidalguía iluminada Manuel Vicente Magallanes/Caracas/1958 | 102 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA Héroe de la Venezuela contemporánea Domingo Alberto Rangel/Caracas/1958 | 108 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA El Gobernante/Gonzalo Vivas Díaz/San Cristóbal/1958 | 116 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA Un héroe y un camino/Ramón J. Velásquez/1961-1974 | 120 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA Lección cívica para los jóvenes Carlos Andrés Pérez/San Cristóbal/1965 | 136 |
| LEONARDO, SIMBOLO REAL DEL MARTIROLOGIO VENEZOLANO Francisco Sánchez Rincones Seudónimo de José Vicente Abreu/Caracas/1971 | 149 |
| VIGENCIA Y GRANDEZA DE LEONARDO RUIZ PINEDA/Prólogo/3a edición Manuel Alfredo Rodríguez/Caracas/1973 | 160 |
| SEMBLANZA DE UN HEROE SENCILLO Y HUMILDE David Morales Bello/Caracas/1974 | 165 |
| EL MENSAJE DE LEONARDO A LA JUVENTUD VENEZOLANA José Vicente Abreu/Caracas/1974 | 170 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA Místico del deber/Pedro Beroes/Caracas/1974 | 189 |

| | |
|--|------------|
| A 30 AÑOS DEL LIBRO NEGRO Y DEL ASESINATO DE RUIZ PINEDA Prólogo a las ediciones facsímil de 1974 y 1979 José Vicente Abreu | 194 |
| TESTIMONIOS POÉTICOS | 209 |
| ELEGÍA POR EL COMBATIENTE QUE NO MUERE Guillermo Sucre Figarella/Chile/1952 | 210 |
| DE FRENTE A LA ESPERANZA QUE NOS MUEVE Juan Liscano/Caracas/1952 | 215 |
| ¡AH! LEONARDO RUIZ PINEDA Alberto Ravell/ Trinidad/1952 | 219 |
| ROMANCE POR LA MUERTE DE LEONARDO RUIZ PINEDA/Alarico Gómez/Caracas/1953 | 227 |
| LEONARDO RUIZ PINEDA Meditación Ante su Muerte y Reposo en Chiaroscuro Lucila Velásquez | 231 |
| APÉNDICE | 239 |
| LA PRENSA DE CARACAS BAJO EL SIGNO DEL TERROR/Versión del asesinato | 240 |

Este libro es algo más que un homenaje y mucho más que un testimonio: ha seguido aumentando sus páginas en igual forma en que se ha ido engrandeciendo la figura de Leonardo Ruiz Pineda a través del tiempo. Hoy aparece con proemio de David Morales Bello.

Día terrible para sus compañeros aquel 21 de octubre de 1952, cuando ruines disparos de la policía política dictatorial segaron la vida de quien ha sido conocido desde entonces como auténtico Mártir de la Resistencia.

Desde distintos puntos del planeta llegaron las voces. El dolor mezclado a la protesta. El compañerismo y la hermandad como ratificación de una fe: Andrés Eloy Blanco, Alberto Carnevali, Valmore Rodríguez, Rómulo Gallegos, Gonzalo Barrios, J. M. Siso Martínez, Rómulo Betancourt, y la adhesión a un homenaje por parte de uruguayos libres y exiliados de otras patrias americanas.

De la misma década del 50 se recoge el Manifiesto clandestino de Acción Democrática en el primer aniversario del asesinato, y las palabras de José Vicente Rangel, Manuel Vicente Magallanes, Domingo Alberto Rangel y Gonzalo Vivas Díaz.

Del 60 y del 70 son las expresiones de Ramón J. Velásquez, Carlos Andrés Pérez, José Vicente Abreu, Manuel Alfredo Rodríguez, David Morales Bello y Pedro Beroes e incorporado a estos textos el Prólogo a las ediciones facsímil de 1974 y 1979 del LIBRO NEGRO, suscrito por José Vicente Abreu. También están presentes los testimonios poéticos de Guillermo Sucre Figarella, Juan Liscano, Alberto Ravell, Alarico Gómez y Lucila Velásquez, y la versión del asesinato publicada entonces por la prensa de Caracas.

En el XXXV Aniversario del asesinato de Leonardo Ruiz Pineda, el editor José Agustín Catalá —quien le acompañó en los últimos años de su dramática lucha— entrega esta cuarta edición ampliada, con la intención de que los venezolanos no olviden el trágico decenio dictatorial, de terror, de crimen, de permanente irrespeto a la dignidad y los derechos humanos.

Caracas, octubre 21, 1987